ODÓN MELÉNDEZ DE ARVAS

Artículos periodísticos

(1903 - 1917)

Estudio y edición de

ÁNGELES MARTÍNEZ ÁLVAREZ

Artículos periodísticos
1903 - 1917

Odón Meléndez de Arvas

Artículos periodísticos
1903–1917

Estudio y edición de
Ángeles Martínez Álvarez

Tous pa Tous
Cangas del Narcea
2021

Primera edición: julio 2021
© Estudio y edición: Ángeles Martínez Álvarez
Edita: TOUS PA TOUS. Sociedad Canguesa
de Amantes del País (Cangas del Narcea)
https://touspatous.es
touspatous@touspatous.es
D.L. AS 01280-2021

ÍNDICE

Introducción 11

Odón Melendez de Arvas Rodríguez

Datos biográficos 15
La familia de Odón 29
La época 35

Los artículos de Odón

Criterios de edición 51
La firma de sus artículos 51

Artículos

La Verdad 55

Un buen consejo 60
Un sábado en Cangas 62

La Justicia 65

Mi saludo [Borí] 69
Cangas de Tineo 70
Entendámonos 68
Entendámonos [Borí] 78

El Narcea 79

Nebulosidades 86
¿Por qué la agricultura no progresa y el labrador no prospera? . . . 91
El Tío Antón, el Tío Lucas y la cuestión de Marruecos 95
Para todos 100
¡¡Oh!! La agricultura 104
El trabajo 108

El separatismo 112
Ayer y hoy 116
La emigración y el atraso de la agricultura 121
El maestro y el abuelo 126
Las retribuciones escolares 133
Cosas de la aldea 138
¿Cómo será el final de la comedia? 142
El juramento y la promesa 146
Al amor de la lumbre 150
Impresiones de un veraneo 159
Los padres y los maestros 159
Verdades 163

El Distrito Cangués. 169

Nuestros propósitos 173
Calentándose al sol 176
La enseñanza agrícola en las escuelas 180
Para los padres de familia 183
La escuela y el maestro 187
Tomando la sombra 190
Costumbres aldeanas 194
Lo de Marruecos 199
Para los labradores que perdieron sus cosechas 204
¡¡Pobres maestros!! 206
No se debe sentir el mal sin pensar en el remedio 209
La emigración 213
Para D.ª María Luisa Castellanos 216
De La Habana 219
¡¡La más grande de las revoluciones!! 222
El conflicto europeo. Año II 226
Una protesta. Los maestros y *El Narcea* 228
El domingo en La Regla 230
Mirando a Europa 233
Bélgica 235

La recolección de la castaña 238
Francófilos, sí; germanófilos, no 242
¡¡La guerra!! 245
¡¡Riego!! 248
Cristo y la guerra 252
Los grandes crímenes 255
De Bogayo 258
¡Cristo! 261
La guerra 264
Sostengo lo dicho 268
La agricultura 271
España, con la guerra o sin ella 274
San Luis del Monte I 277
San Luis del Monte II 274
¡La patria en peligro! 282
Jesús de Nazareth 285
Las flores 289

La Voz de Cangas 291

La neutralidad 295
¡Polonia! 298
Alemania 303

Duelos y debates 309

José Gómez López-Braña y Odón

Contestación al Sr. Gómez 313
La propiedad III [José Gómez y López-Braña] 318
La propiedad IV [José Gómez y López-Braña] 324
Para terminar 329
La propiedad 334

Pepín y Odón

Contestando a una alusión de «Pepín» 341
La unión de los labradores. 345

Roger de Flor y Odón

¡Odón nos da la razón! 349
Los sindicatos de *El Narcea* 353
De re sindical 356

Evaristo Meléndez de Arvas y Odón

Carta abierta (para mi pariente Odón Meléndez) 361
Para mi pariente Evaristo 364
Odón, te escapaste por la tangente 370
Más vale tarde que nunca 373

Bibliografía 375

INTRODUCCIÓN

Mi afición por la literatura, que es modelo de vida, me llevó a iniciar un trabajo que hace tiempo deseaba emprender: la recopilación de los artículos escritos por un maestro del occidente asturiano llamado Odón Meléndez de Arvas.

Como dice Laura Freixas:

> Lo leído sirve para mejor entender lo vivido y esto a su vez traduce lo leído a términos personales; uno y otro se iluminan mutuamente, se matizan, se comparan, se corrigen, se contradicen a veces.[1]

Pues bien, siguiendo las ideas de esta autora, pretendo conocer algo más de la vida de este hombre tan apreciado en su época: su carácter, su ideología, sus gustos, etc., es decir, todo aquello que pueda aumentar los pocos conocimientos que la familia me ha ido transmitiendo acerca de él. Todos sabían que, además de maestro, era un articulista que provocaba sentimientos encontrados entre sus contemporáneos, pero poco más podían decirme. Lo que sí era cierto, según contaban, es que no dejaba a nadie indiferente.

Los periódicos de los que Odón fue colaborador eran inencontrables; la familia solo conservaba tres o cuatro ejemplares que, dado mi interés, me entregaron para que los conservara. Además, su hija Aurelia, mi abuela, me dio la llave del hórreo, al que nadie había subido en años, y me dijo que allí encontraría muchos papeles. Efectivamente, allí se guardaba un montón de papeles, y entre ellos numerosos ejemplares de la prensa asturiana de principios del siglo XX, en la que

---

[1] Prólogo de Laura Freixas a *Cuentos de amigas,* Anagrama, Barcelona, 2009.

Odón publicaba sus artículos y donde vertía sus ideas sobre distintos temas, defendiendo unas veces, criticando otras o, simplemente, exponiendo hechos.

El contenido de sus escritos era variado pero se pueden resumir en tres grupos temáticos[2]:

- Temas locales, costumbristas o medioambientales dedicados a Asturias, en especial al occidente de esta región, así como crónicas festivas.
- Temas nacionales de la actualidad de principios del siglo XX, como los maestros, la educación, la agricultura, etc.
- Temas de carácter internacional, Europa, la Primera Guerra Mundial, etc.

Coetáneo de los integrantes de la Generación del 98 (nace en 1851 y muere en 1923), en muchos de sus artículos se muestra como un genuino miembro de esta generación. Fue un hombre adelantado ideológicamente a su tiempo lo que hace que, muchas veces, aparezca como un precursor tratando de asuntos que aún nos sigue preocupando en pleno siglo XXI, por ejemplo la LOGSE (véase *El Distrito Cangués*, 8 de julio de 1913); la formación de tribunales internacionales («Francófilos, sí; germanófilos, no», en *El Distrito Cangués*, 5 de diciembre de 1914) o la construcción de carreteras que comuniquen a España y a sus gentes en todas direcciones (*El Distrito Cangués*, 6 de julio de 1915).

Con la selección de los artículos reunidos en este libro, y con los datos que he podido recopilar sobre su persona, espero realizar una contribución al mejor conocimiento y al recuerdo de Odón Meléndez de Arvas.

---

[2] Aunque los vamos a ordenar por orden cronológico de aparición, veremos que en ellos alternan indistintamente los tres temas sin orden ninguno.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de mi investigación sobre la biografía y personalidad de Odón Meléndez de Arvas. He de agradecer la colaboración de Juaco López Álvarez y su esfuerzo al leer el borrador del trabajo y orientándome con sus notas, sugerencias y comentarios. Si después de todos sus consejos todavía se encuentran errores, solo a mí deben imputarse. Muchas gracias.

ODÓN MELÉNDEZ DE ARVAS RODRÍGUEZ[1]

Datos biográficos

Nació en Carballo[2], en el concejo de Cangas del Narcea (Asturias), en 1851, y vivirá la mayor parte de su vida en Cibuyo, otro pueblo de este mismo concejo, donde la suya era conocida como «La casa del maestro».

Perteneciente a una familia de abolengo del concejo, cuya genealogía hace descender a sus miembros de reyes y del Gran Capitán; eran los llamados caballeros de Meléndez de Arvas. Su escudo lleva tres barras azules en campo de plata, que son los mismos que pinta la casa de Valdés, y por orla ocho rosas de color natural, que significa «pureza de linaje».

Era hijo extramatrimonial de José Meléndez de Arvas de Uría y Llano, último escribano de honor del concejo de Cangas del Narcea. Este dejó en Cibuyo cuatro o cinco hijos naturales entre los que se encuentra Odón, reconocido oficialmente y muy bien acogido por la familia, tanto que su padre, persona muy influyente, le protegió durante toda su vida y le ayudó para que estudiase la misma carrera que él tenía, magisterio.

Odón residió toda su vida en Cibuyo y siempre ejerció en la escuela de La Regla de Perandones. Se casó con Engracia Arias, de casa

---

[1] Todos los datos que sobre Odón Meléndez de Arvas aportamos aquí proceden de sus propios artículos periodísticos.

[2] Aldea situada en la zona central del concejo, a 11 km de Cangas del Narcea y a 396 metros de altitud. Su nombre autóctono es Carbachu.

Cachón de El Pládano, hija de un rico campesino de la zona, cuya casa actualmente está convertida en alojamiento de turismo rural. Era una joven muy guapa y con mucho éxito entre los hombres. Odón se enamoró de ella nada más verla y al poco tiempo de conocerse, se casaron.

Odón, al igual que su padre, fue un mujeriego incluso después de casado, aunque Engracia todo se lo perdonaba porque estaba muy enamorada de él. También, y siguiendo el modelo de su padre, tuvo varios hijos extramatrimoniales no reconocidos; sin embargo, como de su matrimonio con Engracia no nacían más que niñas y él quería un hijo a toda costa, reconoció a uno de los extramatrimoniales al que se le conocía como Odón Meléndez de Bernardo. Este era también de Cibuyo y maestro, siguiendo la tradición familiar.

Odón murió joven debido a una enfermedad degenerativa que le fue dejando impedido, y a la que él alude en numerosas ocasiones en sus artículos:

> Y no me diga nadie, de los que me conocen, que a mi edad, deteriorado por los cuatro costados, que no debía meterme en faldas […]
>
> […] alguno cargó también con una señorita al hombro pero yo, con mi reúma en los riñones, no pude practicar tal galantería, porque no estaba en condiciones de cargar con semejante pecado mortal por la escalera arriba. Además, un compañero me tiró de la chaqueta: anda, que nosotros no podemos. Esta vez fue Bonifacio de Biescas. (*El Narcea*, 4 de octubre de 1911)

Esta enfermedad, que le obligaba a andar con muletas, lo llevó pronto a la muerte, tan pronto que no pudo acompañar a su hija Aurelia en el año 1925 cuando se casó con su discípulo preferido: Florentino Álvarez Menéndez.

Odón murió en 1923.

Carácter y gustos

Nervioso e impresionable. Siempre estaba metido en líos por su carácter pendenciero y orgulloso. Así lo reconoce él mismo, aludiendo a ello numerosas veces, como se puede ver en el fragmento que insertamos a continuación, uno entre otros muchos que se podrán leer en los artículos que aparecen en la antología que aquí publicamos.

> Como soy nervioso e impresionable, al tirarme por la chaqueta el compañero, se me retiraron de mi mente las ideas que se me amontonaban [...] (*El Narcea,* 4 de octubre de 1911).

> Una vez, por una rapazada mía, en la villa del oso y del madroño, me llevaron a la prevención. Como no iba de buena gana, a uno de mis conductores se le cayeron dos botones. Llegamos a la prevención, y me dieron una zurra que valía más que toda la botonadura. Yo creí que después de habernos cobrado los botones y algo más me dejarían en paz; pero, ¡quiá!, a los dos días, juicio, costas y demás accesorios. Y no sirvió alegar lo de las bofetadas; me contestaban que era mentira, y eso que llevaba como testigo el ojo izquierdo hinchado de orgullo y con un hermoso color violeta que daba gusto verlo. (*El Narcea*, 13 de diciembre de 1911)

> [...] Me recuerdas también que fui procesado y encarcelado. Sí; muy honrosamente con lo mejor de los labradores de este concejo ¡Y quién sabe si volveré a serlo el día que crea hollada la justicia [...] El republicano Odón Meléndez de Arvas. (*El Distrito Cangués,* 13 de enero de 1914)

Bebedor y amante de las fiestas.

> [...] y si de las truchas y de la manteca podía sisar para un cuartillo, tomarlo y escaparme a casa corriendo porque de ir de noche, me expongo a que mi mujer me tire de las orejas [...] El aldeano. (*La Verdad,* Oviedo, 23 de mayo de 1903)

Gran viajero. Hay numerosas alusiones a sus viajes en los distintos artículos que escribe.

> Como hace poco vine de Madrid, era la primera vez que me veía precisado a intervenir en el mercado de Cangas comprando [...] El aldeano. (*La Verdad,* Oviedo, 23 de mayo de 1903)

> Después de haber recorrido una buena parte de nuestras poblaciones marítimas, principales balnearios del interior, algunos que llegaron a Biarritz y otros de Suiza, nos encontramos en San Sebastián —instalados en los mejores hoteles, como corresponde a nuestra clase— unos cuantos maestros de quinientos y seiscientos veinticinco [...] (*El Narcea,* 4 de octubre de 1911)

Mujeriego y también feminista, aunque crítico con determinados tipos de mujeres. Admiraba a las mujeres y era un gran defensor de ellas. Eso le llevo a realizar una recopilación de citas de distintos autores ensalzándolas:

> Me entretuve en reunir el pensamiento de muchos hombres respecto la mujer, que tanto la enaltecen. Pero hay muchos que piensan lo contrario, y si las lectoras de *El Distrito* no me lo tomasen a mal, reuniría también y publicaría... «el reverso de la medalla». Ellas dirán. (*El Distrito Cangués*, 27 de noviembre de 1915)

> Los nombres de los autores que ignoro llevan en su lugar la X[3]. (*El Distrito Cangués*, 27 de noviembre de 1915)

Como promete, cierra esta admiración que siente por la mujer con dos opiniones más, esta vez suyas, que aparecen en *El Distrito Cangués*, el 4 de diciembre de 1915, en la sección «Por pasatiempo» dedicada a «La mujer»:

> Puede el hombre no necesitar de la mujer en sus negocios; pero le es indispensable en sus dolores, para los que tiene siempre un consuelo.

---

[3] A continuación de estas palabras, aparecen 17 citas de autores literarios ensalzando a la mujer. Se cierra con un «continuará».

> Si Cristo al morir no nos dejase madre, acaso no sería cristiano.

También le llamaban mucho la atención las modas de estas aunque, a veces, era crítico con ellas.

> En mi ya larga vida […] he visto el miriñaque con todos sus inconvenientes […] He visto el polisón y lo toleraría […] He visto los escotes veraniegos con las desnudeces del brazo, y no los odiaba […] El destino aún me tenía reservado para última hora la presencia de la falda de paso corto o la trabazón de las patas, como llamaba mi compañero, ¡ah!, fue un golpe terrible para mí, partidario acérrimo del triunfo del feminismo […] (*El Narcea,* 4 de octubre de 1911)

> Yo también, mi desconocida amiga, he conocido muchísimos matrimonios, en que el desmedido afán del lujo de la esposa concluyó con la fortuna del marido […] El excesivo lujo en una mujer casada ¿es acaso para gustar más a su marido? No, seguramente […] Y a nadie seduce el lujo. La que de soltera se acostumbra a él, ¿cómo se resignará cuando las necesidades del matrimonio se lo impidan? (*El Distrito Cangués,* 2 de diciembre de 1913)

> La caridad española es inagotable […] Y como la mujer es la encarnación de la caridad, no tenemos más que señalaros el punto donde debe acudir. La redacción[4]. (*El Distrito Cangués,* 19 de agosto de 1913)

De carácter liberal. Comulgaba con las ideas de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), ideas que trataba de inculcar en sus discípulos. Podemos decir que, al igual que Joaquín Costa, era un convencido de las ideas del Regeneracionismo, que trajo cambios ideológicos que se impondrían en la sociedad a raíz de la pérdida de las últimas colonias que España tenía en América, Cuba y Filipinas. España no funciona y Odón, al igual que hicieron los miembros de la Generación del 98, se vale del privilegio que le otorga el tener una tribuna donde poder exponer sus ideas, los periódicos que se editaban en las villas de Cangas del Narcea y Grado: *La Verdad, La Justicia, El Narcea, El Distrito*

[4] En esta época Odón era el jefe de redacción de *El Distrito Cangués,* por eso firma así.

Cangués (del que llegó a ser redactor jefe, como se ve en la cabecera del mismo) y *La Voz de Cangas*. En todos estos periódicos vierte sus ideas continuamente; pero no solo en ellos, sino también en muchos otros escritos suyos que, por circunstancias de la vida, no conservamos en la familia.

En el año 1898, Joaquín Costa prepara su magna obra *El colectivismo agrario* y en 1901 publica *Oligarquía y caciquismo*, que son las guías donde figuran las nuevas ideas del Regeneracionismo español, su testamento político y el catecismo de la ILE, de las que Odón es un gran seguidor.

Defensor de un presupuesto volcado en la educación y en la reforma de la misma. Odón hace suya esta idea y deja ver en sus numerosos artículos su opinión al respecto. Su obsesión era que el maestro debía estar bien remunerado, puesto que era el padre de la instrucción, y esta es «la madre del progreso». Veamos como ejemplo el siguiente fragmento de un artículo suyo:

> Nada hay en el mundo tan importante como la instrucción y cuanto con ella se relaciona. […] Los hombres que rigieron y rigen los destinos del pueblo, o no supieron, o no saben, o no quieren saber, que la base de la felicidad de un pueblo está en la instrucción del mismo; que la obligación de instruir y educar a un niño es por consiguiente obligación del Estado, por aquello de que la instrucción mata la guerra y hace enmudecer los cañones, la instrucción cierra las cárceles, la instrucción es la madre del progreso, la instrucción civiliza al pueblo y le da la libertad y la soberanía, la instrucción es el espantajo de la tiranía del caciquismo. Un gobierno leal al pueblo, y de quien es su apoderado, debiera mirar ante todo por los intereses y necesidades de su poderdante. (*El Narcea,* 12 de marzo de 1910)

Su amigo Ibo Menéndez Solar en una nota aparecida en *El Distrito Cangués* del 20 de noviembre de 1915 corrobora este aspecto:

Nota.- El ilustrado maestro de Regla de Perandones, de este concejo, sabe muy bien lo que es la escuela primaria y lo que ella es capaz de hacer y de conseguir, extendiendo, como se extiende, su radio de acción: esto es, *l'ecol hors de l'ecol* (la escuela fuera de la escuela), y por sabido, olvidado tiene que la escuela de hoy es eminentemente educadora, y que no hay ni puede haber un solo maestro que no inculque en sus discípulos ideas de paz, de respeto y de amor a sus semejantes. Los maestros de algunas de las naciones beligerantes han hecho esta misma afirmación al ver que trataban de soldadesca desenfrenada a sus compatriotas, a quienes acusaban de ciertos desmanes.

Quien dijo que transformaría el mundo si le diese curas y maestros, sin el remoquete que aparece al final de un artículo titulado «La guerra» que publicó este periódico en su número 127, y firmado por Odón, sabía perfectamente lo que al mundo le hace falta para ser mejor de lo que es.

Odón asentirá conmigo si le digo que pueblo sin patriotismo es un pueblo automático que debe desaparecer.

Y para terminar esta nota le diré que la enseñanza de la Historia, en la escuela de hoy, es muy otra de como alguno se la figura. - Ibo

Su amigo Mario Gómez, en un poema aparecido en *El Distrito Cangués* el 3 de junio de 1913, titulado «Proclama sensacional», hace alusión a esta obsesión de Odón:

Si de Instrucción, cobrarán
triple paga los maestros,
solo por agradar a Odón
merece la pena hacerlo.

Suministro de tierra cultivable, con calidad de posesión perpetua, a los que trabajan y no la tienen propia. Europeización de la agricultura. También Odón trata este tema continuamente en sus artículos, como veremos. He aquí varios ejemplos.

¡Ah!… ¿Por qué la agricultura no progresa y el labrador no prospera? ¿Por qué no se tiene cariño a la más noble, a la más antigua y a la más útil de todas las profesiones? Porque son muy pocos los labradores que

trabajan terrenos propios. El que más, posee una hacienda en foro y paga por ella generalmente de renta, trigo, centeno, gallinas, carneros y manteca. Estos son los mejores parados. Otros, y son la mayor parte, cultivan bienes en arriendo con una renta excesiva y pagan la contribución como si fuesen propietarios. Son por lo regular los pueblos de mejor situación y mejores terrenos, razón por la cual han de pertenecer, precisamente, al Duque, Conde o Marqués de […]

[…] Por eso no prospera; por eso no progresa; porque trabaja sin cariño; porque trabaja para muchos; porque trabaja lo que no es suyo; porque es la piedra del cimiento que sufre todo el peso del edificio social.

[…] La agricultura no progresa, no se le atiende; las rentas y los impuestos la estrujan: por eso se le abandona. Los pocos que quedan dedicados a ella quieren vivir con poco trabajo […] Los labradores se avergüenzan de serlo. Es verdad que el labrador trabajaba mucho, porque trabajaba para todos […]

[…] Sea el maestro el consejero del agricultor y enseñe a sus discípulos mucha agricultura y mucho amor a ella, aun cuando no les diga una palabra de Ciro, rey de Persia. (*El Narcea,* 15 de junio de 1907)

Antimonárquico y republicano. Se jacta de ello constantemente, y se defiende contra los enemigos que lo acusan de chaquetero.

Republicano de toda mi vida, llegué a convencerme de que la República se hará después que estemos hechos los republicanos, de ese modo, vendrá ella sola; y si no, habrá que traerla […]

Instruir al pueblo es revolucionar; es preparar el camino para la república, haciendo republicanos, porque no se pueden hacer repúblicas con materiales de monarquías viejas y podridas […]

Pudo haber un día, en que un pueblo equivocado pidiese un rey […] Desde entonces, vinieron siendo los reyes los que dividieron, vendieron, regalaron la tierra a su antojo, mejorando a algunos, despojando a los más; y dividieron e hicieron castas, de los que todos eran semejantes; hicieron esclavo al hombre que naciera para ser libre, y llamaron sangre azul a la que también era roja o, acaso, más negra […] (*La Justicia,* 19 de mayo de 1912)

Como decimos en la aldea, recibí la tuya que me envías por *El Narcea* del 1.º de este, dirigida al pariente y al republicano, con cuyos títulos me pusiste orgulloso. Y con la franqueza que a uno y otro título corresponde, voy a contestarte asegurándote, que ni tu carta ni mi contestación, pueden enfriar poco ni mucho el afecto que siempre sentí, aun a pesar de la larga pendiente subiendo, que hay de un kleiserista a un republicano. – El republicano Odón Meléndez de Arvas. (*El Distrito Cangués,* 13 de enero de 1914)

Firmado por «Un labrador» aparece en *El Distrito Cangués* del 5 de septiembre de 1914 el siguiente artículo:

Para que te distraigas un rato, lector amigo

……

Los lectores del *El Distrito Cangués* recordarán que hace poco (no recuerdo el número ni la fecha a que correspondía) apareció en este periódico un escrito titulado «Los Sindicatos de *El Narcea*», escrito y pensado y suscrito por «Un labrador» que no estaba conforme con los sindicatos kleiseristas católicos que los marxistas de *El Narcea* trataban de organizar en Cangas de Tineo.

Como la coca no cubría bien el anzuelo, quedaba éste al descubierto; lo advertí a mis compañeros y amigos (que tengo muchos y buenos) y… ¡claro! Nadie picó siquiera.

Pues bien, herida de muerte la única esperanza política, o, mejor dicho, deshecha la tabla de salvación a que *El Narcea* quería agarrarse, acordaron entre los dos o tres vestales que alimentan el fuego sagrado del kleiserismo, designar uno que proporcionase algo de leña para el fuego que se apagaba.

¿Y cómo? Pues salir a reñir con alguien, a ver si con las voces se llamaba algo la atención y se reanimaban las cenizas del fuego apagado.

Y dicho y hecho: a falta de paladín mayor, presentóse en los campos de Montiel el gaitero de posada de Rengos, o al menos uno que por su parecido debía ser pariente próximo del marido de Ramona la tendera.

¿Y a quién llamaba? Pues a Odón que en aquel momento estaba con

sus amigos celebrando el acierto o la puntería de «Un labrador», que con su escrito había hecho tanta pupa en *El Narcea.*

Las voces del novel manchego eran desentonadas, como la gaita del otro. La simpleza confeccionara el yelmo que le cubría la cabeza; la presunción, la celada, y la mentira, la cota de tan rala malla, que estaba expuesto a que la punta de la verdad le acariciase la piel por todos los sitios.

A los desplantes, insultos y mentiras del Quijote, contestaban los amigos de Odón con grandes y despectivas risotadas, a pesar de que no cesaba de decirles:

—No hacerle caso; callar; dejarlo: son berrinches y arrechuchos de neno.

……

Pero tanto y tan pesado se puso que «Un labrador», que también estaba allí, se creyó en el caso de intervenir, creyéndose la causa del bromazo que el Quijote gaitero les daba, pues no cesaba de tocar la polka que el labrador compusiera, titulada: «Careta al suelo o el aborto de los Sindicatos».

Y a pesar de la oposición de todos y en particular de Odón, salió «Un labrador» sin más armas que un cuchillo de afilada punta comprado en la armería de «La Verdad», diciéndole:

—Ya sabes que fui yo y no Odón el que autorizaba el escrito que tan mal parados os dejó. ¿Por qué te dirigiste a Odón y no a mí? No naciste para periodista.

¿En qué conversación ha dicho Odón «que el triunfo de los kleiseristas era colosal»?

La mentira prueba vileza de ánimo. Por eso Odón no quiere rebajarse a discutir contigo, porque para ello tendría que emplear muchas veces la palabra «embustero», y Odón no usó jamás ese lenguaje.

Dijiste también, «en reciente conversación sostenida con vosotros hablando de sindicatos, tuvo Odón que callar».

¿En qué conversación, solemnísima? ¿En qué bodegón comieron juntos Odón y el gaiteiro de Posada de Rengos? No; Odón no quiere daros lecciones de socialismo. Le sobran recursos; no quiere. Antes que tú nacieras, sabía Odón lo que era socialismo mejor que tú hoy. Hacia el año 70, cuando contaba 18 años, se honraba en Madrid con la amistad del grabador Isaac Moral, fundador del acaso primer periódico socialista de

España, *La Cooperación,* en donde se admitían de buena gana muchas de sus cuartillas. ¿Lo sabíais acaso y queréis que os dé lecciones? No quiere, porque el que con niños se acuesta… Pretendiste también manchar la reputación bien sentada de un maestro sin mancha en veinticinco años de ejercicio y diez y seis en la última escuela, ¡tú que conoces a alguno que fue corrido y silbado de algún pueblo!… ¡Y tienes valor para decir también que con los sindicatos que tú vas a crear sacarán al labrador de las garras de la usura, tú que sabes de alguno que cobraba el 30 por 100 de interés a los labradores y que a su fallecimiento no hubo cura que pudiera entenderse con él hasta que un fraile resolvió el conflicto!… Para esos prestamistas pide Odón leyes y Guardia Civil. No te empeñes, niño, en querer que diga quiénes fueron esos algunos, que Odón no lo dirá ni permitirá que yo lo diga. Que lo digan muchas casas de labradores, cuyas heridas aún chorrean. No insistas, ni continúes por el camino emprendido. Vuelvo a repetirte que Odón no está dispuesto a darte lecciones de socialismo. Si queréis aprender, seguid el camino que os indicó F. Solís. Si vuelves a ocuparte de Odón, sabiendo como sabes que no ha de contestarte, es porque cuentas con la impunidad, por el silencio que su dignidad y la seriedad de *El Distrito Cangués* le impone. Yo, por mi parte, te digo lo mismo; pero antes de terminar voy a darte un consejo. Sabiendo como debes saber que el destino del papel donde tú escribes es el de hacer cierta clase de limpiezas, ¡por Dios!, no expongas a verse cubierto con la más asquerosa de las manchas el glorioso nombre del Jefe de los Almogávares. Elije la mejor cantidad de seudónimo, que es la que te corresponde: El gaiteiro de Posada de Rengos.

Concluyó la conversación.

El cuchillo «Verdad» abrirá el paso por entre las ranuras de la mal tejida malla de la mentira. La celada, presunción, caerá al suelo, dejando al descubierto un rostro cadavérico. ¡Ojalá cayera también el yelmo, simpleza que le cubría la cabeza! Y para que te distraigas un rato, lector amigo, te regala el relato de esta aventura. Un labrador

Intelectual y hombre de razón. Esto lo podemos ver en el artículo que escribe a su pariente Evaristo Meléndez de Arvas en *El Distrito*

Cangués. En este artículo se muestra conocedor de distintas ideologías y datos históricos.

> El primer expositor de las doctrinas anarquistas, Bakunin, en su célebre folleto *Catecismo revolucionario*, escrito en cifras y que vino a ser algo así como la Biblia de los anarquistas, decía: El anarquista revolucionario es un hombre consagrado a sí mismo; no debe tener intereses personales, ni sentimientos, ni propiedad [...]. Al individuo y al Estado, sucederá la comunidad autónoma [...] la riqueza para todos [...]. He aquí lo por venir. (*El Distrito Cangués,* 7 de mayo de 1910)

Pero no solo es este artículo, hay numerosos comentarios suyos que inciden en lo mismo. Véanse los que publica en *La Voz de Cangas*: «Polonia» (16 de diciembre de 1916) y «Alemania» (1 de junio de 1917).

Católico y anticlerical. Aunque era católico convencido, sin embargo, estaba en contra de los representantes de la Iglesia. Creía en la doctrina de Cristo como medio de salvación de la raza humana. Los hombres necesitan algo en qué creer para obrar bien, pero desde los púlpitos se les está engañando. Desde sus primeros artículos hasta el último de ellos, encontramos numerosas alusiones a esta idea.

> [...] Me lo escribe el chico desde Madrid: que el gobierno trata de descristianizar a España con una política anticlerical o antirreligiosa, que no sé si es todo uno, pero que debe ser antirreligiosa, porque al parecer tratan hasta de suprimir de las escuelas la imagen del Crucificado y no permitir que en clase se hable de nada de religión, y que las escuelas sean neutras [...]
>
> Si se tratase solamente de reformar las relaciones que existen entre la potestad religiosa y la potestad civil porque las intrusiones de una en otra produjesen rozamientos inconvenientes, o si de algún modo se atacase la conducta política o social del clero, la que no fuese conforme con su misión, entonces la cosa no podría llamarse antirreligiosa [...] La vida sin creencias religiosas no sería vida, sería una sombra, un páramo, una

infinita soledad; un despoblado eterno, como decía un gran pensador [...] (*El Narcea,* 19 de noviembre de 1910)

[...] Todos los curas — y entiendo por cura lo mismo a Pedro el Ermitaño que al Abad de Claraval—, pastores, popes, rabinos, santones y brahamas, todos han predicado el odio y las guerras santas. Y no es que todas las religiones no tengan en sus cimientos principios de paz y amor.

[...] Y nuestro divino Maestro Jesús lo abarca todo con el precepto más grande de su doctrina: «Amaos los unos a los otros, como hijos de un mismo padre». ¿Por qué con tan hermosa moral en todas las religiones el mundo se halla hoy en guerra? Porque en todos los púlpitos se predicó más religión que moral, y en todas las escuelas se enseñó menos moral que patriotismo. (*El Narcea,* 15 de junio de 1907)

El día que en las escuelas y en las iglesias no se hable más que de paz y amor, habrán concluido los Káiseres, los Zares y todos los Césares, con sus sueños guerreros de conquista [...]. (*El Distrito Cangués,* 4 de diciembre de 1915)

Sin embargo, con respecto a este tema y Odón, nos encontramos un artículo en *El Distrito Cangués*, de 23 de diciembre de 1913, firmado por «El Duende»:

Para un tontín. No creas que es Odón el que contesta a tu mal intencionada simpleza, publicada en *El Narcea* del 12[5], fechada en Cibuyo el 9 de este y suscrita por Z. No me costó trabajo alguno averiguar quién eras; porque no habiendo en Cibuyo Zolios ni Zacarías, y sí solo un señorito chiflado que le llaman Zurrapulgas, nadie más que él podía ser el autor. Odón no te quiere mal; y muchas veces te tiene defendido de aquellos que públicamente dicen que tu desequilibrio mental no tiene cura. Que la intención no es buena, ya lo sabía Odón también; por eso no quiere contestarte y te perdona la intención. Pero como no lo manifiestas más que con coces al aire que a nadie hacen daño.

Pero yo, «El Duende de la aldea», íntimo amigo de Odón, no me da la gana de callar, y quiero preguntarte ¿en qué número de *El Distrito* desde

[5] Se refiere aquí a un artículo publicado en *El Narcea* el 12 de diciembre de 1913, que no hemos podido encontrar.

la aparición de este, ni de *El Narcea* de ayer, has visto algo ofensivo para los señores sacerdotes, suscrito por Odón?

Lo que habrás visto muchas veces, fueron reseñas de fiestas, procesiones, sermones y otros actos que realiza el clero, en donde Odón no escaseaba los elogios, sinceros y entusiastas como él los sentía; porque él, no dice más que lo que siente; no es kleiserista. ¿Por qué, entonces, lo acusan, sin fundamento para ello, de enemigo de los curas? ¿Qué querías Zurrapulgas? Que los elogios que prodigó al clero cuando lo vio esmerándose en el cumplimiento de sus sagrados deberes, los hubiera hecho extensivos a los que olvidándose de ellos, anduvieron de pueblo en pueblo sembrando la discordia entre familias y entre vecinos, predicando la guerra los que no sabían interpretar el evangelio?

No, Odón no es hipócrita, no es farsante, no es embustero, no es kleiserista. Sus respetos y todo su cariño, para los ministros del Dios de paz; del Dios que predicó el sermón de la montaña. Para los que miran más a la tierra que al cielo; para los que quieren que la religión viva con la política en repugnante maridaje, para esos, los elogios y los respetos de Zurrapulgas; los de Odón jamás. Capaz te creo de llamar también anticlerical y enemigo de los curas, al que tan hermosa lección está dando al Arcipreste de Limés, que este oye sumiso y sin chistar. ¡¡Tontín!! ¿Que creíste perjudicarlo presentándolo como enemigo del clero para «regalarle» sus oídos? Pues te equivocaste, porque hay muchos que le honran con su mano, la que él le honra mucho con besar.

Tu escrito, querido Zurrapulgas, no fue más que uno de tantos pares de coces como sueltas al aire. No ha hecho daño; pero se conoce y se agradece la intención.

Ahora vamos con tu segunda parte; odio a los señoritos.

Dices también creyendo que lo molestas, que su odio a los señoritos es porque «su figura no es adecuada para un traje elegante». ¡Bien se conoce que no tienes pizca de…! Cuando tú llegues a la edad de Odón, de tu figura no conservas ni siquiera la hechura. Hoy eres un estuche de monería jacarandoso y macareno, lo que no impide que seas calabaceado, percance que nunca le ocurrió a Odón cuando gastaba blusa.

Por no acobardarte de todo, no te digo algunos trajes que Odón lució

en sitios donde tú no llegarías, sin que hubiese que quitar inmediatamente el forro del calzón, porque es un traje que no puede lavarse.

Pero dejémonos de tonterías. ¿En qué escrito suscrito por Odón has visto que ofenda a los señoritos? Es verdad que en uno bien reciente dijo: «que había algunos que por ocuparse demasiado en su adorno personal, presentan tipos afeminados, con charla insustancial, ridículas piruetas, etc., etc.,» ¿Es esto declararse enemigo de todo el que gaste corbata? Si todas las circunstancias apuntadas concurren en ti, quéjate tú solo y no metas a todos los señoritos, que hay muchos, y sobre todo aquellos que gastan más lujo en sus modales que en sus afeites y, que sin exceso de pulcritud, sostienen por encima de todo y como más elegante, la seriedad natural que corresponde a su sexo; pues bien, entre esos tiene Odón muchos amigos, sin que resulte un inconveniente la corbata de ellos y el traje de pardomante de mi amigo. De modo que si trataste de enemistarlo con todos los señoritos por lo que te escuece a ti solo, perdiste el tiempo.

Solo tú, Zurrapulgas, fuiste capaz de lanzar una calumnia semejante tratando de ridiculizar hasta en su figura al que por todos conceptos te es superior.

Como de tus simplezas se ríe grandemente mi amigo, solo yo, «El Duende», que soy un gran fotógrafo, me encargo, si vuelves a alzar la pata, de presentar al público tu retrato de cuerpo entero, que gustará a muchos menos a ti. (*El Distrito Cangués,* 23 de diciembre de 1913)

La familia de Odón

El origen del apellido Meléndez de Arvas se encuentra en Cangas del Narcea (Asturias) y el solar de la familia es el pueblo de Carballo. Según Antonio de Ron[6] el origen del linaje es el siguiente:

> Alvar Gómez de Ibias aparece en este tiempo armado caballero de la Banda por el Ricohombre Rui Pérez Ponte, su tío, con otros nueve, todos asturianos, en el año 1332, según consta en la Crónica de dicho

[6] Antonio de Ron, *La casa de Ron y sus agregadas.* Lugo, 1932 (digitalizado por Elena Gutiérrez, Asturias, 2000).

> Rey y de García de Nobilitate […] Fue Señor de Ibias y de él desciende la casa de Arvas.

Vamos a conocer a alguno de los personajes que pertenecían a esta familia; aquellos que más cercanos estuvieron a Odón por su relación o por su importante posición social en la época en la que vivió nuestro biografiado. Muchos de sus familiares también estuvieron relacionados con la prensa en aquel tiempo, aunque no todos tenían la misma ideología.

El Padre, José Meléndez de Arvas.– Maestro como él, y persona muy reconocida y estimada en la zona; estuvo casado dos veces. La primera vez con doña Carmen García-Pumariño y Arias Carvajal, con la que tuvo ocho hijos: Facundo, Cristina, Macrina, Carolina, Aureliana, Urbana, Luciana y Faustino. De la segunda esposa desconozco el nombre.

Además de estos hijos habidos dentro del matrimonio, dejó varios extramatrimoniales aceptados, aunque no reconocidos. Sin embargo, cuando nace Odón, también extramatrimonial, lo reconoce legalmente y le da sus apellidos.

En la revista *La Maniega*[7] se le dedican las siguientes palabras a José Meléndez de Arvas:

> […] Pepe compartía las horas del día entre el cuidado de las vacas y la asistencia a la escuela. Se hallaba esta muy cerca de su casa y tenía tales características, que bien merece aquí un pequeño recuerdo. Situada en los bajos de la casa en la que vivía el maestro, era una pieza rectangular que recibía la luz por tres ventanas abiertas al oriente. Su piso era de tierra, pero tenía blanqueadas las paredes y había en ella bastante limpieza, que hacían los mismos niños una o dos veces por semana. En sitio preeminente figuraba un crucifijo y sus paredes estaban cubiertas

[7] El primer número de la revista *La Maniega* se publica el 26 de marzo de 1925. Su fundador fue Mario Gómez, amigo de Odón. Esta revista duró siete años, desapareciendo en los últimos meses de 1932, año en que muere su fundador.

de algunos mapas, de las tablas para sumar y multiplicar y de otros elementos muy a propósito para los fines de la enseñanza. Alrededor del edificio se veían rosales, claveles, dalias y caléndulas o maravillas que daban atractivo al pequeño rinconcito y constituían un factor educativo de indiscutible valor.

Regentábala don J. M. de A., persona educada y educadora, muy culta e instruida y con buena dosis de sentido pedagógico. Nunca dejaba de dar sus clases, en las cuales ponía el mayor empeño y celo […]

[…] Sin embargo, los instintos belicosos de aquellos pueblos habíanse amortiguado bastante por la época escolar de Pepe. Cuando se hizo cargo de la escuela don J. M. de A., eran tan continuas y rudas las luchas de los rapaces que aquel hubo de acudir para aminorarlas al recurso de tocar la flauta y hacerles que bailasen. Así nos lo dijo él mismo.

Respecto a sus hermanos, no voy a hablar aquí de todos ellos. Me referiré solo a aquellos que tuvieron alguna relación directa con Odón, bien por su labor periodística, bien por otros motivos profesionales o personales.

Facundo Meléndez de Arvas (1848-1928). La familia de abolengo de Odón contaba con personajes tan estimados como Don Facundo, párroco de la villa de Cangas del Narcea durante muchos años, y al que se le puso una lápida en la iglesia de Cangas del Narcea pagada por suscripción popular cuando murió en 1928. La revista *La Maniega* dedica el siguiente artículo a su entierro:

Durante cincuenta años, decir en Cangas don Facundo, era mentar a la persona de más respetos y prestigios. Don Facundo, el modelo de párrocos; don Facundo, el fogoso, el magistral orador; don Facundo, el incansable catequista, el paternal confesor, el intachable, el austero, y, sobre todo, don Facundo, el amigo de los pobres, el hombre por excelencia caritativo.

De lo que era en Cangas don Facundo puede juzgarse por su entierro. Puede asegurarse que de los cientos y cientos de entierros en los que él ofició como párroco, no se vio otro igual en gentío y en expresión de

duelo. Si de Dios no estuviera ya reconocido, el pésame de esta feligresía habría bastado para acreditar ante Él la larga gestión de este párroco.

La mañana del 24 de noviembre, la iglesia parroquial estuvo siempre repleta de los fieles que asistían a los solemnes funerales. A la conducción del cadáver asistió el pueblo en masa […]

[…] Toda esta manifestación de duelo tenía merecida don Facundo, como acreedor que es a la lápida que el pueblo de Cangas piensa dedicarle en nuestra iglesia parroquial. Murió el día que cumplía ochenta años, llevando cincuenta y uno de párroco de Cangas […]

[…] Supo mantenerse siempre al margen de las luchas políticas, que muchas veces asolaron su Parroquia. Pasó muchas veces en su larga gestión por días muy difíciles y de muy grandes apasionamientos cuando las luchas partidistas separaban al hermano del hermano y al padre del hijo. Don Facundo no repudiaba a ninguna de sus ovejas. En el antiguo solar de los Arvas, primero; en la casita rectoral, después, seguía ardiendo el faro que alumbraba a los extraviados y daba la verdadera luz a los, acaso piadosamente, deslumbrados […]

[…] Era hombre de poca sociedad, tal vez, misántropo. Acompañado de otro cura, o solo, las más veces, daba, con nieve o con sol, su diario paseo a Corias […] Disfrute de eterna gloria el insuperable párroco y reciba su familia nuestro sincero pésame, en especial, su hermana, doña Aureliana Meléndez de Arvas, viuda de Flórez Valdés […].[8]

En 1928, año de su muerte, se abre una «Suscripción para la lápida de D. Facundo Meléndez de Arbas» (así, con «b», figura su apellido en el títular de *La Maniega*). Esa suscripción llegó a recaudar la suma de 963,50 pesetas.

La suscripción abierta en *La Maniega* para honrar la memoria del insuperable párroco de Cangas, ha sido un éxito. La lápida, de gran tamaño y en mármol negro con aplicaciones de bronce, lleva la firma del laureado escultor Peresejo, que hizo el proyecto gratis. La dedicatoria,

[8] *La Maniega* (1927). Artículo dedicado a don Facundo Meléndez de Arvas con motivo de su muerte.

> en letras doradas, dice: «Al celoso y caritativo párroco y eminente orador D. Facundo Meléndez de Arvás. Sus feligreses. 1848-1928» [...] A continuación del funeral fue el descubrimiento de la lápida, acto al que asistieron las autoridades, el rector y otros frailes de Corias y el pueblo en masa. La niña Carmina Meléndez de Arvas Ontañón, tiró del cordón que sujetaba la cortina, mientras los palenques atronaban y nuestra banda de música musitaba unos compases religiosos [...] *La Maniega,* que con todo amor laboró en ese homenaje, felicita a la Comisión gestora, compuesta por don José Uría, D. Fernando Blanco, D. Antonio Arce, D. Carlos Graña. D. José Morodo y D. Luis Arce.

Aureliana Meléndez de Arvas (1854-1932). Otra de las personalidades significativas perteneciente a esta familia. Hermana de Don Facundo y también de Odón, Aureliana se casó con don Fernando Flórez Valdés y de Uría[9], señor del palacio de Carballo. Este casamiento la convierte en una rica propietaria del occidente asturiano. Fue socia del *Tous pa Tous*[10]. Murió a la edad de 78 años, el 28 de agosto de 1932; a su entierro acudió mucha gente, tanto de Carballo como de Cangas. No tuvo descendencia.

Faustino Meléndez de Arvas y García Pumariño (1838-1917). También hermano de los anteriores, era abogado y escritor, llegando a ser secretario del Ayuntamiento de Cangas del Narcea. En 1882 establece la primera imprenta de Cangas del Narcea, en colaboración con Menendo Valledor y Ron, y en ella editarán el bisemanario *El Occidente de Asturias*, llegando él a ser director del mismo. Fue colaborador habitual en la segunda época de *El Narcea*, cuando este periódico

[9] Antonio de Ron, *La casa de Ron y sus agregadas,* Lugo, 1932 (digitalizado por Elena Gutiérrez, Asturias, 2000). «En las Morteras [...] se ostentan las armas de Flórez de Valdés en escudo partido en palo, y en la casa de Carballo en escudo cuartelado con las armas de Flórez, de Valdés, Alfonso y Queipo de Llano».

[10] Sociedad Canguesa de Amantes del País. No tenía ánimo de lucro y era ajena a la política. Su fin era favorecer la comunicación entre los cangueses y sus familiares en cualquier parte del mundo.

se convierte en el medio de propaganda del partido liderado por Luis Martínez Kleiser. Posteriormente colaborará en la revista *La Maniega*. Faustino Meléndez de Arvas estuvo casado dos veces: la primera vez con Rafaela Flórez Valdés y la segunda con Liberata Valdés Carvajal, con la que tuvo varios hijos, entre ellos Donato Meléndez de Arvas, veterinario mayor del Ejército.

La generación siguiente

Carolina Meléndez De Arvas. Sobrina de Facundo, de Aureliana y de Odón, que tomó los hábitos de dominica en el Convento de La Encarnación de Cangas del Narcea.

Luis Meléndez de Arvas y Flórez-Valdés. Era este hijo de Faustino Meléndez de Arvas y de su primera esposa, Rafaela Flórez-Valdés. En la revista *La Maniega* se dice que fue «jefe provincial del Instituto Geográfico y Estadístico, oficial en Vitoria, jefe, después, en Tarragona, lo fue luego en Oviedo, de donde pasó a la Jefatura de Santander, de allí a la Coruña, y hace muy pocos meses a Palencia».

Evaristo Meléndez de Arvas. Quiero hacer mención especial aquí a uno de los hijos de Faustino, Evaristo Meléndez de Arvas, sobrino de mi bisabuelo Odón. ¿Por qué mencionarlo aquí? Pues bien, tanto Odón como él eran enemigos políticos y, a pesar de los lazos de familia que los unían, mantuvieron constantes enfrentamientos en los dos periódicos más importantes de la época: *El Narcea*, cuyo director llegó a ser Evaristo Meléndez de Arvas hasta el 20 de marzo de 1915, y *El Distrito Cangués*, donde Odón figuraba como jefe de redacción. Hay bastantes alusiones a los dos en ambos periódicos, así como muchos artículos que se dedican el uno al otro, como veremos en el apartado final de este trabajo.

La época

Primero vamos a ver cómo estaba la situación en Europa y en España antes de pasar a ver las opiniones de Odón y sus artículos.

1.- situación en europa

1870 - 1914. Se vive en Europa un período de tranquilidad aparente, pero las grandes potencias se preparaban para el conflicto que estallaría a finales de julio de 1914: es el denominado periodo de «Paz Armada». Sin embargo, las grandes potencias destinaban enormes partidas de sus presupuestos a gastos de armamento y ejército.

Este problema lo tratará Odón en algunos de sus artículos. En todos ellos se muestra como un francófilo convencido, en contra de Alemania, a la que reconoce su poder, pero a la que critica por no saber utilizarlo correctamente. Así, en un artículo titulado «Mirando a Europa. Lo que dirá mañana la Historia», escribe:

> Existió un imperio que se llamaba Alemania. Al frente de él había un hombre que se creía también jefe de una Alianza que se llamó Triple. Y en su orgullo y su soberbia llegó también a creer que los destinos de Europa habían de ser regulados por sus gestos, por las encrespaduras de su bigote y por movimientos del sable, que en son de amenaza levantaba muchas veces por ver si temblaba el mundo. La Triple Alianza formábanla naciones que se engrandecieran despojando y aun anulando o suprimiendo otras. (*El Distrito Cangués,* 3 de octubre de 1914)

1915 - 1919. La Primera Guerra Mundial se declara el 28 de julio de 1914. Los motivos fueron tanto económicos como políticos. Alemania desde el principio puso de manifiesto su superioridad y alcanzó brillantes victorias, pero sus aliados eran pocos y débiles, mientras que al lado de sus enemigos, Francia e Inglaterra, estaban naciones tan poderosas como Estados Unidos cuyo apoyo fue decisivo.

Los enfrentamientos se dan entre las siguientes naciones: Inglaterra se enfrenta con Turquía, Alemania, Austria y Hungría. Italia per-

manece neutral. Rumanía, Bulgaria y Grecia se muestran dudosas y, por eso, tratan de atraérselas ambos bandos.

Las etapas de esta guerra, a las que Odón alude en sus artículos, son:

- 1914. Guerra de movimientos.
- 1915 - 1916. Guerra de posiciones.
- 1917. Crisis profunda; intervención de Estados Unidos; retirada de Rusia.
- 1918. Retorno a las grandes ofensivas hasta el 11 de noviembre en que se firma la paz.
- 1919. En el mes de junio Alemania se ve obligada a firmar el Tratado de Versalles, un tratado durísimo que le hacía perder todas sus colonias, reducir su ejército y reparar los daños causados con enormes sumas de dinero. Pero lo peor fue la pérdida de territorio que permite, entre otras cosas, el renacimiento del estado polaco.

Odón, sobre todos estos temas, opina mostrándose como francófilo y antimilitar. Un ejemplo, son los siguientes artículos. El primero, «Francófilos, sí; germanófilos, no. ¿Por qué?»:

> Sin Alemania acaso habríamos llegado ya, si no al desarme general, a una reducción grande en los ejércitos permanentes. Estaríamos en el camino de la formación de tribunales internacionales para la resolución pacífica de todos los rozamientos que surgiesen entre los pueblos fuertes y la sumisión de los débiles. Así nos lo hizo ver con el atropello de Bélgica por su parte, y el de Serbia por Austria, por ella aconsejada […]
>
> […] Hace ya más de cuarenta años que el militarismo se entronizó en Alemania, y los recelos que esta política sembró en Europa pusieron en guardia a todos los pueblos, y unos tras otros fueron aumentando considerablemente, en perjuicio de la cultura, en perjuicio de la fábrica y del taller, y en perjuicio de la tierra inculta, ese… «¡¡Presupuesto de Guerra!!» al que Bottach llamaba frase repugnante y dolorosa, porque

representa impuestos, guerras, inmoralidad, opresión, sufrimiento, lágrimas, pobreza y barbarie. (*El Distrito Cangués,* 5 de diciembre de 1914)

¡¡Cristo y la guerra!! […] ¿Cómo aprovecharon al mundo las doctrinas del Crucificado?

Al cabo de mil nueve cientos quince años que el divino Mensajero de la paz y del amor derramó su sangre para hacer del hombre un ser digno de la paz y del amor eterno, el hombre de hoy, convertido en lobo para el hombre, se mata, se destroza y, cuando llegan al cuerpo a cuerpo, se abrazan y se muerden como las mismas fieras. Y mueren los artistas y los hombres de ciencias, y sus tesoros, afanosamente recogidos en el libro y trabajosamente concertados en las joyas del arte, caen por tierra, barridos por la metralla o quemados por el fuego del infierno […]

¿Habrá fracasado el evangelio de Cristo, o estarán próximos los tiempos del Apocalipsis? […] (*El Distrito Cangués,* 3 de abril de 1915)

En «¡¡La guerra!!» se plantea Odón cuál será la postura de España con respecto a esta guerra:

[…] ¿Y tendrá España que intervenir en la contienda?, se preguntan algunos. No; no intervendrá España en la lucha porque el pueblo no quiere la guerra y ¡ay de aquellos que quieran empujar al pueblo por donde el pueblo no quiera ir!

Ni directamente por unos ni por otros; ni por los torcidos caminos de la ocupación de Tánger, ni por los intentos de unión ibérica, ni por ningún otro que indique un mal entendido patriotismo ha de correr aventuras que le comprometan; porque el pueblo sabe ya, por su historia, lo que valen y cuestan los triunfos guerreros y las expansiones imperialistas, comparados con esa paz que hace sonreír a la naturaleza misma y que es una necesidad urgente a todo pueblo civilizado.

Grande fue España en los tiempos de Felipe II; pero las guerras que sostuvo para el sostenimiento de tan grandes dominios produjeron en su interior un hambre más grande que su grandeza exterior […] (*El Distrito Cangués,* 6 de febrero de 1915)

E insiste en el mismo tema en el artículo «Los grandes crímenes»:

[…] La guerra actual no respeta al niño, a la mujer, al anciano, al arte ni a la ciencia, ni a los pueblos que quieren la paz.

Es menester que esto concluya. Si esperamos la paz de los que luchan, no la habrá mientras que alguno no espire y queden todos sin fuerzas para defender siquiera el solar de la noble Europa y que las hordas del África o del Asia vengan a comerse los restos de nuestra civilización.

Es menester que algo grande surja alguna vez desde abajo a arriba. Que el pueblo se imponga a los que le llevaron a la guerra; que el pueblo proclame la paz […]

[…] Pues bien; esa millonada de seres que odia la guerra y que sufre las consecuencias de ella, que despierte, que se levante, que se imponga, que proclame la paz […]. (*El Distrito Cangués*, 15 de mayo de 1915)

II. SITUACIÓN EN ESPAÑA

1868 - 1903. Durante el reinado de Isabel II los enfrentamientos entre los moderados, dirigidos por Narváez, y los progresistas fueron constantes y feroces. Isabel II tomará partido a favor de los moderados, y los progresistas responderán con revueltas, motines y pronunciamientos militares. La prensa favorece estos enfrentamientos y levanta los ánimos de la población de tal forma que en septiembre de 1868, al grito de «abajo la Isabelona, fondona y golfona», comienza una revolución que llevará al exilio de Isabel II a Francia en 1869.

Elaboran los vencedores la Constitución de 1869, que conserva la monarquía y permite la libertad de cultos, el matrimonio civil y otras disposiciones que disgustaron a los católicos. En 1870 fue proclamado rey Amadeo I de Saboya que abdicó en 1873. Se proclama, entonces, la Primera República (1873-1874), que en menos de dos años tuvo cuatro presidentes.

Isabel II, en el destierro, abdica en favor de su hijo Alfonso, quien reinará con el nombre de Alfonso XII. Cánovas del Castillo apoyará a este y se restaura la monarquía borbónica (1874)

La Restauración supone caciquismo, clientelismo en las eleccio-

nes, pucherazos y compra de votos. Esto se va a notar especialmente en los pequeños núcleos de población donde el señor poderoso hacía y deshacía a su antojo, contando siempre con el beneplácito de los representantes de la Iglesia.

Alfonso XII muere en 1885 y toma la regencia del país su esposa María Cristina hasta que su hijo, Alfonso XIII, sea capaz de gobernar.

En 1897 es asesinado Cánovas del Castillo, al que sustituyó Antonio Maura. La represión contra los rebeldes fue tremenda.

El Partido Liberal perdió fuerza y se dividió en numerosos grupos después de la muerte de Sagasta, en 1929; tendencia que continuó bajo la dirección de su sucesor, Antonio Canalejas. También en 1897, ocurre la sublevación de Filipinas. A lo largo de los años noventa las colonias españolas de América comienzan una serie de rebeliones para intentar conseguir su independencia. En 1898 Estados Unidos declara la guerra a España, que acaba con el Tratado de París donde España reconoce la independencia de Cuba.

1903 - 1931. En 1903 muere Sagasta, y Alfonso XIII alcanza la mayoría de edad y toma las riendas de un reinado lleno de problemas que no pudo solucionar, y que llevó a la caída de la monarquía. El 14 de abril de 1931 el rey marcha al extranjero y se proclama la Segunda República Española. Sobre todos estos hechos opinará Odón.

Pero antes de conocer qué opina Odón sobre todo esto, vamos a analizar la situación que se vivía en Asturias durante aquel periodo.

Las dos Españas dominantes, la de los liberales, seguidores del progreso y del cientifismo, y la de los conservadores, seguidores de la tradición y del caciquismo, se van a ver representadas en Asturias por dos grupos:

– Los kleiseristas, partidarios de Luis Martínez Kleiser.[11]

---

[11] Luis Martínez Kleiser (Madrid, 1893-1971), escritor y doctor en Derecho. Era conservador y ultracatólico. Cuando entró en política, decidió presentarse para diputado a Cortes por el distrito electoral de Cangas de Tineo. Al llegar allí, en el año

– Los inclanistas, partidarios de Félix Suárez Inclán.[12]

Entre 1912 y 1914 estos dos grupos políticos mantendrán una lucha virulenta en la prensa de la zona occidental de Asturias y en las urnas (en las que siempre ganaron los inclanistas).

Los intelectuales siempre se sirven de los periódicos para llevar a cabo sus duelos, y así lo hacen también los inclanistas y los kleiseristas. Odón Meléndez de Arvas no iba a ser menos, y en un artículo firmando como «N. de la R.»[13], expone sus ideas sobre el tema:

> Aviso importante. Como arma electoral que se esgrime contra el Sr. Inclán y sus partidarios sabido es que con insistencia se viene diciendo que no es lícito a los católicos prestar apoyo a quien viene teniéndolo, no una, sino varias generaciones.
>
> Los hechos han puesto en claro quién o quiénes fueron los inventores de esa treta. Responde su invención y divulgación a los agentes electorales que el señor Kleiser logró reclutar merced a una circular que se repartió profusamente cuando de modo oficial, por así decirlo, anunció su quijotesco propósito de variar el curso de la política en Cangas, y por ende, en Asturias. Posteriormente aumentó el número de reclutas con sus artes de encantamiento político que va difundiendo por los pueblos en sus periódicas visitas.
>
> Aquí ni se aumentó ni disminuyó el catolicismo por las idas y venidas de Kleiser. Éramos católicos antes de ser inclanistas y si Dios quiere seguiremos siéndolo ahora y después. Ninguna trascendencia tiene para

---

1912, se rodeó de un grupo de seguidores de ideología conservadora, los kleiseristas. Entre 1912 y 1914 intentó, sin éxito, arrebatar el control de *El Distrito Cangués* a los inclanistas. El 10 de enero de 1946 entró como miembro de la RAE.

[12] Félix Suárez Inclán (Avilés, 1854 - Madrid, 1939) era liberal y progresista. También abogado, llegó a ejercer los cargos de ministro de Agricultura, de Industria, de Comercio y de Obras Públicas. En 1890 reorganizó el Partido Liberal en Asturias. En mayo de 1914 aparece como vencedor en las últimas elecciones a Diputado por el distrito de Cangas de Tineo.

[13] Es decir, su opinión sobre el tema la hace como propia del periódico, no solo suya, al poner «N. de la R.» (Nota de la Redacción), y no firmar como Odón.

nuestras conciencias esos ardides de que se valen ciertos sacerdotes para coaccionar la voluntad de los electores.

Y, como a nuestro juicio, esa táctica que se emplea es una visible tramoya electorera, para nosotros quedan descalificados los sacerdotes que de una manera tan aleve y solapada coadyuban a los promotores del sedicioso movimiento.

A los que se separan del tabernáculo para tomar parte en el callejero movimiento, perentoriamente se les amonesta que serán considerados, en las represiones que desde estas columnas hagamos, tan facciosos como otros, o aún más por ser mayor en los sacerdotes el elemento subjetivo de la falta. No habrá contemplaciones ni privilegios.

No se tergiverse la medida igualitaria que nos hemos trazado con las máximas de nuestra religión. El sacerdote que desciende al arroyo de la pasión política no tiene derecho a ser respetado; porque por ciertos sitios no debe discurrir un sacerdote; y si no, se expone a sufrir las consecuencias de su pecado.

Hacemos esta aclaración en consideración a los muy dignos sacerdotes que vienen observando la conducta que su puesto les impone; previniéndoles que cuando hablemos de algún compañero suyo no ha de ser para ridiculizar a la clase, y menos menoscabar y fustigar el caciquismo de sotana, que es el peor.

Idéntico criterio podemos autorizadamente asegurar que se seguirá en otros órdenes y procedimientos.

Con esta previa monición atajáranse escándalos farisaicos y evitáranse recriminaciones pueriles. (*El Distrito Cangués,* 2 de diciembre de 1913)

El distrito electoral de Cangas de Tineo fue un feudo del conde de Toreno, jefe del partido conservador, durante la década de los años ochenta del siglo XIX, y para defender sus intereses políticos se sirve del periódico *El Occidente de Asturias*.

Cuando muere el conde de Toreno, los conservadores son amparados por *El Eco de Occidente*.

– De 1906 a julio de 1912, 1.ª etapa de *El Narcea*, este periódico es partidario de los inclanistas (liberales), pero a partir del 6 ju-

lio de 1912 *El Narcea* pasa a manos de Martínez Kleiser (conservador), comenzando la 2.ª etapa de este con un contenido y una ideología totalmente distintos a los de la 1.ª. El fracaso electoral de 1916 supuso la desaparición de este periódico.

– Los contrarios a los kleiseristas también se sirvieron de *La Justicia*, semanario republicano de Grado, que se editó desde 1905 a 1912.
– El 8 de abril de 1913 los inclanistas fundan *El Distrito Cangués* para combatir a *El Narcea*.

Odón, con sus ideas, no deja indiferente a nadie y provoca numerosas y variadas reacciones:

1.- Por una parte están los que lo alaban y respetan, considerándolo como uno de los mejores. En *El Narcea* aparece la siguiente noticia:

> Autobombo. Esta vez es un periódico importante de Gijón, titulado *La Voz del Agricultor,* quien copia íntegro un artículo de don Odón Meléndez, publicado no ha mucho en *El Narcea* y en el cual, con la maestría y galanura de nuestro colaborador valiosísimo, se estudiaban la emigración y sus causas.
>
> Somos tan modestos que hasta los elogios dirigidos a nuestros colaboradores nos ruborizan, y por eso y por su gran extensión, renunciamos a publicar aquí el preámbulo que *La Voz del Agricultor* dedica a ponderar el artículo de Odón.
>
> El periódico dicho, empleando un leal proceder, dice claramente que copia el magnífico artículo de *El Narcea,* y aunque añade que nuestro periódico se publica en Tineo, bien claro está que se trata de una equivocación.
>
> No debe ser tan malo *El Narcea* cuando tan a menudo copian otros periódicos sus artículos. (*El Narcea,* 11 de diciembre de 1909)

Otra reseña aparecida en *El Narcea* nos habla de Odón, poniéndolo como ejemplo de autoridad:

> [...] No se trata de la falta de quintos, pues esto no tiene nada de no-

vedad, puesto que todos nuestros lectores saben que la creciente emigración para América va dejando la provincia sin jóvenes útiles, y opinamos como Odón que no es justo, o no lo sería, poner trabas a la realización del derecho que todo el mundo tiene a buscarse la vida o los medios de vida allí donde estén. (*El Narcea,* 12 de marzo de 1910)

En *El Narcea* aparece un manifiesto de once vecinos de la Pola de Allande donde se le pondera y alaba, y en el que se le anima a seguir escribiendo y se aconseja a todos que lean sus artículos para que sirvan de guía.

De La Pola de Allande. A continuación insertamos con todas sus firmas una especie de manifiesto y dice así: «Admiradores entusiastas de los artículos de Odón, artículos dignos de aprecio sincero, por estar todos ellos basados en la lógica, y sobre todo el del 7 de mayo, que es excelente; le animamos a que siga escribiendo, y no se fatigue su espíritu, y evite la revolución social que se nos viene encima. Encarecidamente se lo piden los que suscriben, vecinos de La Pola: Antonio Pérez Cosmen, Faustino Arce, Juan Serrano, José Hernández, Conrado García, Laudelino García, Rafael González, Francisco López, Manuel Ronderos, Modesto Mon y Ricardo Linera». (*El Narcea,* 14 de mayo de 1910)

También una forma de defensa es el ataque a aquellos que intentan compararse con él.

Política canguesa. Acostumbrados a encogernos de hombros ante los dislates e insidias con que semanalmente nos entretiene *El Narcea*, al leer el número de la pasada semana la risa, alegre, retozona, acudió a nuestros labios. ¡Y cuidado que la cosa no es para menos! Se necesita todo el cinismo de los kleiseristas para afirmar que coinciden con Odón. ¿En qué? ¿Cuándo, como él, levantasteis vosotros la voz en defensa del paisano? ¡Nunca! Odón se halla en un polo y vosotros en el opuesto. Odón señala el camino de la absoluta liberación del labrador, tanto material como espiritual. Vuestras pretensiones son opuestas; deseáis retrotraer al paisano a los tiempos medievales, destruir la poca libertad que hoy disfruta, encadenarlo aún más a todos los malditos prejuicios de

raza. La unión por vosotros ideada es opuesta a la aludida por Odón. Vuestro único deseo es haceros dueños de la situación política, para medrar, para comer, encubriéndolo todo con la hipócrita y jesuítica máxima de *Ad majorem Dei gloriam* [...]

Os aplaudiremos el día en que vuestros millonarios retiren sus capitales de los bancos y los empleen en obras beneficiosas para la región. Sí tanto se interesan por el labrador, ¿por qué no acuden inmediatamente con sus millones a remediar sus desgracias? Odón está y estará con nosotros, y sin duda se sentirá rejuvenecido al leer la contestación que por nuestra parte os damos. (*El Distrito Cangués,* 4 de julio de 1914)

Como maestro estuvo tan considerado que todos le pedían opinión sobre lo que se debía hacer o no. Esta consideración hizo que llegara a ser nombrado presidente de la Asociación de Maestros de Primera Enseñanza del concejo de Cangas del Narcea. Así lo vemos en algunas noticias aparecidas en *El Narcea*:

Asociación de Maestros. Reunidos los Maestros de la Instrucción primaria de este concejo para la renovación de la Junta directiva de la Asociación, resultó elegido Presidente, por unanimidad, nuestro colaborador don Odón Meléndez. Sea enhorabuena. (*El Narcea,* 7 de mayo de 1910)

Asociación de Maestros. En la última reunión que celebró la Asociación de Maestros de 1.ª Enseñanza de este concejo se acordó designar a *El Narcea* órgano de la Asociación. Y confiados en que la redacción aceptará dicha designación, se lo participamos, esperando nos conteste para poder desde luego ocupar (sin perjuicio de otros trabajos) alguna columna en asuntos pedagógicos y todo lo que se refiera a mejoras en la enseñanza, que tan necesitada se encuentra de ellas.

Así nos lo comunica su presidente, nuestro colaborador y amigo D. Odón Meléndez, a quien complacemos gustosos, poniendo a disposición de la referida Asociación, para los fines expresados, nuestras columnas que en nada mejor podemos emplear que en servir de medio de expresión a trabajos que tienden a difundir la cultura y el perfeccionamiento de la enseñanza. (*El Narcea,* 30 de julio de 1910)

Como presidente estuvo varios años, como podemos ver en la firma del siguiente acuerdo de dicha Asociación perteneciente al 19 de febrero de 1916:

> Asociación de Maestros del Partido de Cangas de Tineo
>
> .....
>
> En sesión celebrada el 12 de este mes por dicha Asociación, se tomaron los acuerdos siguientes:
>
> 1.- Aprobar las cuentas de ingresos y gastos del año anterior.
>
> 2.- Reelegir la Junta Directiva, cuyos miembros fueron confirmados en sus cargos.
>
> 3.- Admitir como socio al compañero D. Honesto López, maestro de Bimeda.
>
> 4.- Dar conferencias en los centros de los distritos escolares de este concejo, con el fin de interesar a los padres de familia en favor de la escuela y de la educación de sus hijos, e ilustrarlos en otros aspectos.
>
> 5.- Denunciar al Juzgado a todo el que, sin título profesional de maestro, dedíquese a atrofiar inteligencias por los pueblos de este concejo y en la villa, mostrándose la Asociación parte en la denuncia.
>
> 6.- Averiguar el por qué los haberes de los maestros de este partido son muchas veces hechos efectivos bastantes días después del señalado para el cobro, lo que ha sucedido en meses anteriores. Por lo avanzado de la hora quedaron pendientes de aprobación, para el mes próximo, otros varios asuntos, figurando entre ellos la proposición de temas relacionados con las materias objeto de enseñanza en las Escuelas Nacionales.
>
> El presidente, Odón Meléndez.– El secretario, Aquilino Núnez.
>
> (*El Distrito Cangués,* 19 de Febrero de 1916)

2.- Por otra parte, aparecen también numerosas críticas contra él y sus ideas. Veamos tres casos. Odón se queja de que su amigo José Gómez López-Braña le acuse de anarquista, cuando este habla de «La Propiedad» de las tierras, para rebatir sus ideas sobre este tema. Odón se defiende diciendo en *El Narcea* del 7 de mayo de 1910:

> [...] Para sostener esto no era necesario que en el último artículo, o

sea en el correspondiente al 30 de abril último, se me hiciese aparecer poco menos, como un dinamitero que pide soluciones violentas, y que lo que yo sostengo es un anarquismo ligeramente velado […].

Con un artículo publicado en la primera *página* de *El Narcea*, titulado «Carta para mi pariente Odón», Evaristo Meléndez de Arvas tachará a este de chaquetero por haberse pasado a las filas de *El Distrito Cangués*, semanario desde el que Odón le contestará a todas y cada una de las opiniones que Evaristo le envía desde las páginas de *El Narcea*.

> […] y para terminar te recordaré un sucedido: hace aproximadamente diez y seis años y debido a lo escandalosamente que los inclanistas habían hecho el reparto de consumos, bajaron a la villa grandes grupos de paisanos que penetraron en el Ayuntamiento y redujeron a cenizas la documentación. Uno de los citados grupos iba capitaneado por ti, siendo por tal causa encarcelado y procesado […] Ayer, perseguido por los inclanistas, porque les exigías lo mismo que hoy pedimos, justicia, hoy eres su principal defensor.
>
> […] ¿Habrá que aplicarte a ti la palabra de asalariado que con tanta frecuencia los inclanistas pronunciáis?
>
> Paisanos: no creáis en los sermones de Odón, porque su manera de obrar demuestra que es un falso apóstol. (*El Narcea,* 1 de enero de 1914)

Por último, el periodista D. Suero de Quiñones, en un artículo titulado «Insistiendo también», lo llama blasfemo y pedante:

> […] uno que como Ud. es escudero, devolvió el periódico con un mensaje diciendo que no lo quería mientras en él escribiese el pedante, el blasfemo (y algo más) de Odón y sus aliadófilos. (*La Voz de Cangas,* 11 de noviembre de 1916)

AÑO I — CANGAS DE TINEO, 25 DE AGOSTO DE 1916 — NÚM 4

LA VOZ DE CANGAS

SE PUBLICA EL SEGUNDO Y CUARTO SÁBADO DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año pagado en Ultramar.....PESETAS 8
Un año en la Administración.....» 6

La correpondencia dirigirla al
ADMINISTRADOR: JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA.....Un año.....PESETAS 4
La suscripción se paga adelantada.

El secreto de Cervantes

Dícese que no tiene razón Rivero

Antes de continuar dando a conocer nuevas afirmaciones de Rivero acerca de la vida de Cervantes, tenemos que hacer una rectificación, por que hemos sufrido un error en nuestro anterior artículo y no queremos aumentar, con una inexactitud nuestra, las muchas que ya se atribuyen al que se ha imaginado haber hallado el secreto de Cervantes.

Volviendo a leer la primera carta de las que publica Rivero, notamos el error, que no es pequeño..... Decíamos que Cervantes mató al alguacil Sigura de una cuchillada y que el juez, aunque el lance fué en defensa propia, lo condenó a que le cortasen la mano derecha (así lo asegura Rivero).

Pero éste no niega lo que el mismo Cervantes dice de sí mismo: «que perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, hey alzóse solo, por su cuenta y riesgo.»

La sentencia prescribió. Quedan unicamente en pie las afirmaciones de que Cervantes mató al alguacil Sigura; fué condenado a que le cortasen la mano derecha, y no era posible que Monseñor Aquaviva aumentase su servidumbre con un extranjero que había dado muerte a un corchete. Sobré este punto no tenemos mas que decir, y puesto ya en claro, seguiremos a Rivero, aunque sin extendernos mucho, porque, si al principio sus artículos fueron leídos con sorpresa, ya decae el interés que tuvieron, al conocerse las opiniones de los cervantistas de más autoridad.

Atanasio Rivejo dice que «el más enconado enemigo de Cervantes, el enemigo por antonomasia, fue Lope de Vega. Nació su enemistad en los *Corrales Madrileños*. Lope quería ser *único y solo*; Cervantes le estorbaba y el *Fénix* escribió al divino Hernando de Herrera algo depresivo para la literatura y para la honra de Cervantes. Herrera, desde Sevilla, envió la carta a Cervantes y éste se la mandó con un reto a Lope.» valiente, receloso y airado, y según el mismo Avellaneda. *excelente y no poco pendenciero autor*.

Omitimos en obsequio a la brevedad otros pormenores y detalles que no tienen ya gran importancia, y vamos a ver si Atanasio Rivero descubre de un modo claro y que no deje lugar à duda quién es Alonso Fernández de Avellaneda, y si Cervantes lo conoció.

Esto es lo que no se ha podido poner en claro hasta ahora, y ahora ¡lo veremos!

El autor del Quijote apócrifo no fué ni Lope (esto ya lo sabíamos) ni Alarcón, ni Alemán, los cuales fueron en justicia absueltos por el Tribunal como lo fué Gaspar Shoppe, acusado por mister H. Rawdaon Brown, del plagio; no fue Aliaga, ni Alfonso Lamberto, a pesar de que el maestro Menéndez Pelayo le hace triunfar de Argensola, de Paz, de Aliaga, de Tirso.....

Rivero dice que es de mayor éxito su descubrimiento anagramático, que el de Menéndez Pelayo, el cual toma las 28 letras del primer renglón del Quijote de se tantas combinaciones!... Es muy poco seguro esto.

Pero se empeña en demostrar que con un trabajo así, que requiere una paciencia sin límites, se halla el secreto de Cervantes. Si nosotros tratáramos a Rivero o tuvieramos la seguridad de que a sus manos llegaba este número de LA VOZ DE CANGAS, le rogaríamos que escribiese en esa forma, no un libro, una carta solamente como las que acaba de publicar, para que viera que esa forma de escribir no podían emplearla ni Cervantes, ni Avellaneda ni nadie, aunque existe el acróstico en composiciones poéticas o fragmentos sueltos, pero se nota que hay en él una frase que descifrar, por la incoherencia y lo forzado de algunas palabras, y estos mismos acrósticos son descifrables metódicamente, según asegura Francisco A. Icaza. Dice también éste que las palabras que usa Rivero en nombre de Cervantes «no son del léxico cervantino, ni del léxico de la época, ni siquiera del vocabulario español corriente hoy día en la Península»

LA VERDAD

Cangas de Tineo 14 de Febrero de 1903. — *Director: D. Luis G. Ballesteros*

Este semanario no es político, ni insertará nada contra religión alguna.

Procurará ser un eco fiel de cuanto ocurra en Cangas de Tineo su concejo y su partido judicial, dando cabida en sus columnas á cuanto á esas entidades interesa y con la buena administración, adelanto y progreso de las mismas se refiera.

Todo suscriptor que tenga el valor cívico necesario para decir la verdad en letras de molde, bajo su firma, y se comprometa á justificar lo que diga, abiertas tiene gratuitamente estas columnas y á nosotros á su lado sin miedo ni contemplaciones á nada ni á nadie.

Sin embargo, prevenimos á nuestros colaboradores que dado el, por hoy, corto espacio de que podemos disponer solo admitiremos trabajos que sean de utilidad general, y su extensión no exceda de seis cuartillas de las usuales entre periodistas, y escritas por una sola cara. Han de ser de puño y letra de su autor y autorizadas con su firma y rúbrica.

Si conviene al que sea que se reserve su nombre así nos comprometemos á hacerlo, previo aviso, y en este caso solo saldrá al pié del escrito el anagrama ó pseudónimo que el autor elija.

Conste que, insértese ó no, no se devuelven los originales.

Toda la Correspondencia y los mismo el cambio se dirigirá á nombre del Director, y á nuestras oficinas, Calle Mayor, número 34, en Cangas de Tineo.

La persona que reciba un número y no lo devuelva á la Redacción, será considerada como suscriptor y vendrá por tanto, obligada al pago de la suscripción.

Los precios de suscripción son: un mes 25 céntimos de pesetas; un trimestre, 75 céntimos idem; un semestre, 1 pta, 50 y un año 3 pesetas.

Los anuncios en cuarta plana son todos á precios convencionales y á tratar con el Director, quien preferirá á los primeros solicitantes.

Deseamos corresponsales serios en todos aquellos puntos en donde existan cangueses, sean de la villa, del concejo ó del partido judicial.

Este ruego lo dirigimos por igual dentro y fuera de Asturias que dentro y fuera de España.

AÑO V — Sábado 24 de Abril de 1909 — NÚM. 225

LA JUSTICIA DE GRADO

SEMANARIO REPUBLICANO

Defensor de los intereses del Concejo de Grado

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Grado: Una peseta, trimestre.
En España: 1,50 id. id.
En América y Extranjero: 1 peso

FUNDADOR
Julio César Estrada

LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR
Modesto Tolivar, Calle de Suárez Valdés, número 17, Grado.

mili-
á dado
ir cam-
ayo.

mitin y las personas que desde Grado les acompañaban, fueron recibidos con entusiastas ovaciones por los salcedanos. A la hora

mi puedo decir que si algo ofrecí á Salcedo, he cumplido con mi palabra.

Recuerdo—y para hablaros de

no, cuando conviniera á los intereses de la situación política local imperante, porque á los salcedanos había que tratarlos *á*

AÑO I. — CANGAS DE TINEO 21 ABRIL DE 1906 — NÚM. 21

El Narcea

Se publica los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

La suscripción se paga adelantada

ESPAÑA..... Un semestre..... PESETAS..... 2
» Un año..... » 5.

Redacción y Administración
Calle Mayor núm. 22
Director: IBO MENENDEZ SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La suscripción se paga adelantada.

Un año pagado en Ultramar..... PESETAS..... 10
Un año en la Administración..... » 8
Anuncios á precios módicos.

Tuberculosis

No temas amigo Manolo que esalte yo las columnas de EL NARCEA para llevar un nombre mas á la interminable lista de intrusos que asolan, cual nube

En cuanto á los peligros que puede entrañar el consumo de carnes; por lo que respecta á la villa nada me toca decir, porque hay un matadero con su inspección facultativa á cargo de un dignísimo compañero, cuya pericia y rectitud excluyen todo temor. En las aldeas se reducen las matanzas de reses vacunos á las del *San-Martín*.

Yo bien les podia recordar el artículo 148 capitu-

y pescar, y vieran así mismo dichos señores el medio de corregir tan descarados escándalos.

Nada se escribia en revistas y periódicos, que tratándose de las distracciones mas predilectas de San Humberto, no leyera yo ávido mas de una vez, cuando daban cuenta de alguna nueva sociedad constituida, con el noble fin de contribuir al fomento de la pesca y caza, ó cuando valientemente denun-

Año I — Cangas de Tineo, 15 Julio de 1913 — Núm. 14

EL DISTRITO CANGUES

DEFENSOR DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES DE LA REGIÓN

Se publica los martes

Precios de suscripción: ESPAÑA, 5 Ptas. año; EXTRANJERO, 8.	Director:—IBO MENÉNDEZ SOLAR. Jefe de Redacción:—ODÓN MELÉNDEZ.	*La correspondencia, administrativa y literaria, al* Administrador:—LUIS ARCE DÍAZ.

Año I — Cangas de Tineo, 7 Octubre de 1913 — Núm. 26

EL DISTRITO CANGUES

DEFENSOR DE LOS INTERESES MORALES Y MATERIALES DE LA REGIÓN

Se publica los martes

La correspondencia, administrativa y literaria al, Administrador:—LUIS ARCE DÍAZ.	Director:—BENEMÉRITO DE LLANO Jefe de Redacción:—ODÓN MELÉNDEZ.	*Precios de suscripción:* ESPAÑA, 5 Ptas. año; EXTRANJERO, 8.

El Distrito Cangués

SE PUBLICA LOS SABADOS

AÑO II. — NÚM. 85.

La correspondencia á la Redacción CALLE DE URÍA No se devuelven los originales.	Cangas de Tineo, 12 Dbre. 1914	Precios de suscripción: ESP.ª 5 PTAS. AÑO; EXT., 8 Pago adelantado.

LOS ARTÍCULOS DE ODÓN

Criterios de edición

Con el objetivo de facilitar su lectura, los textos de los artículos recopilados en el presente volumen se han despojado de las erratas detectadas y se han adecuado a las normas ortográficas actuales en lo que se refiere a ciertos usos de época —acentuación, mayúsculas, grupos cultos…— que no afectan en modo alguno a la buena prosa ni a la integridad de los mismos. En lo referente a la puntuación, hemos optado por eliminar alguna coma, solo en aquellos casos en que su presencia era manifiestamente contraindicada.

El propio Odón, con muy buen sentido, restaba trascendencia a las «faltas gramaticales» propias y era comprensivo con las erratas que los cajistas añadían involuntariamente a sus artículos:

> …Y de lo que me dices que muchos se ocupan buscando faltas gramaticales en nuestros escritos, lo creo. ¡Cuántas hallarán en los míos, unas mías y otras de la imprenta! De eso hago poco caso; las personas de buen sentido subsanan todas las faltas del que, sin tiempo para examinar ni perfeccionar mucho lo que escribe y atento solo a descargar la idea que le pesa en la cabeza, se olvida de algunas pequeñeces que quedan para pasto de los desocupados…[14]

La firma de sus artículos

La firma nos da a conocer la personalidad, la conducta, el estado psicológico de una persona. Hay quien siempre utiliza la misma, pero

---

[14] Véase el artículo «El trabajo», aparecido en *El Narcea* del 26 de diciembre de 1908 (pág. 102 del presente volumen).

también los hay que usan distintas firmas atendiendo a momentos personales, los temas a tratar e, incluso, de sus posibles lectores. Odón es uno de estos y por eso hemos creído interesante incluir este apartado sobre las distintas firmas que utilizó para sus artículos.

– *Odón*. Esta es, por regla general, la que utiliza. Al escribir solo su nombre (sea con mayúscula o con minúscula) quiere decir que se muestra con sinceridad, con franqueza. Conocido de sobra por sus lectores, no le importa que le critiquen pues está convencido de que todo lo que dice es verdad, «su verdad».

– *Odón Meléndez de Arvas*[15] La familia siempre estuvo orgullosa de la segunda parte del apellido pues, según contaban, provenía de un acontecimiento histórico por el que un militar perteneciente a la familia se le concedió el privilegio de añadir el «De Arvas» detrás del apellido Meléndez por haber defendido el coto de Arbas frente al acoso de los enemigos, impidiendo la conquista del monte. Este aparece casi siempre con mayúsculas indicando su orgullo, su autovaloración. Así lo podemos ver en: «¡¡La más grande de las revoluciones!!», «Francófilos, sí; germanófilos, no!», «Los grandes crímenes», «¡Polonia!».

– *O.* Aunque esta forma de firmar aparece solo una vez, indica predominio de la razón. Se sentía seguro de lo que decía en «Un domingo en La Regla».

– *El aldeano.* Aunque era muy viajero, él siempre volvía a su aldea. Se sentía muy orgulloso de ser aldeano y, por eso, firma alguno de sus artículos con este apodo. En los periódicos que poseo, al lado de este apodo, y puesto de su puño y letra, aparece el nombre de Odón: «Un sábado en Cangas». Otras veces, y por la misma razón,

[15] Arbas y Arvas son dos formas del mismo apellido (seguramente fruto de la confusiuón del algún notario). Odón siempre utilizó la segunda.

utiliza *Un labrador* («Los sindicatos de *El Narcea*»). También *El duende de la aldea* («Calentándose al sol», «Tomando la sombra»).

– *La redacción*. Él fue jefe de redacción del periódico *El Distrito Cangués*, por eso, en algunos artículos identifica su ideología con la ideología del periódico escondiéndose tras estas firmas: «Nuestros propósitos», «Para los labradores que perdieron sus cosechas».

– *El republicano, Odón Meléndez de Arvas.* Republicano convencido, quiere afirmar su condición de inclanista (liberal) frente a su pariente Evaristo, que era conservador y ultracatólico, es decir, kleiserista. Por eso, cuando se enfrenta a él dialécticamente en «Para mi pariente Evaristo», firma así.

LA VERDAD

Aunque poseo varios ejemplares de este semanario, solo en dos números del mes mayo de 1903 encontramos artículo de Odón. En la cabecera ya podemos ver sus características. Se editaba en la Imprenta La Económica, sita en la calle Santo Domingo n.º 1, bajo, Oviedo. Constaba de cuatro páginas con tres columnas cada una, menos la última que estaba dedicada a la publicidad. Tuvo una vida muy breve y dos épocas, a pesar de su corta duración:

La primera época duró dos meses: aparece el 7 de febrero de 1903 y acaba a finales de marzo del mismo año. El director era Luis García Ballesteros. Los editores de esta primera etapa estaban dados de alta en Cangas de Tineo (hoy, Cangas del Narcea), y allí, a la calle de La Fuente n.º 22 (principal) se dirigirá la correspondencia.

Los editores tuvieron que darse de alta en Oviedo en el mes de abril de 1903, y allí permanecieron hasta el mes de junio del mismo año. Esta fue la segunda época, y su director era Manuel Flórez de Uría, concejal del Ayuntamiento de Cangas del Narcea.

A pesar de que en el encabezamiento del periódico dice «Este semanario no es político, ni insertará nada contra religión alguna», lo cierto es que la causa de su desaparición fue la persecución política que sufrió por parte del Ayuntamiento.

> La primera querella. El 11 del actual se presentó en el Juzgado de instrucción de Cangas de Tineo la querella tan anunciada del Sr. D. Nicolás de Ron y Flórez-Valdés, alcalde presidente del Ilmo. Ayuntamiento de dicha villa, contra el director de *La Verdad,* D. Manuel Flórez de Uría y Baltar, se basa en supuestas injurias graves que se dice fueron inferidas al Sr. Ron en el número 7.º y último de *La Verdad* de Cangas de Tineo, en la sección Correspondencia Oficial […]
>
> […] Es decir, que de los veinticuatro concejales que constituyen el Ayuntamiento de Cangas de Tineo, uno está muerto, otro es el inculpado y de los otros veintidós, diez y ocho, por varias razones, están interesados en la pérdida del Director de *La Verdad*, y solo pueden formar

juicio imparcial de los hechos y tomar desinteresado acuerdo los cuatro restantes, o sea los Sres. Morodo, Fernández, Rodríguez González y Gayo: es decir, que siendo preciso según el art. 104 de la Ley Municipal que para que haya sesión (ordinaria o extraordinaria) asistan la mayoría del total de concejales que debe tener el Ayuntamiento, a la sesión esa que se proyecta es preciso que asistan trece concejales como mínimum y como según el párrafo segundo del art. 105 de la propia Ley, se entiende acordado lo que votaren la mitad más uno de los concejales presentes a la sesión, es evidente que lo que voten siete concejales se impondrá en este asunto, y como solo de cuatro se espera que emitan su voto sin perjuicios, sin interés, sin pasión, puede anticiparse que el acuerdo será contrario al Director de *La Verdad*, cualesquiera que sean sus explicaciones. (*La Verdad.* Oviedo, 21 de Mayo de 1903)

Algunos datos sobre esta publicación se ofrecen en el n.º 2 de la revista *Entrambasaguas*, editada en Cangas del Narcea, en el verano de 1980. En ella se publica un artículo titulado «Apuntes para una historia de la prensa canguesa», en el que su autor, J. J. Morodo nos habla de este semanario, dándonos a conocer cómo y por qué apareció

En 1903 apareció *La Verdad* (26 × 35 cm de mancha, a tres columnas), subtitulado «Semanario dedicado a la defensa de los intereses morales y materiales del partido de Cangas de Tineo». Constaba de 4 páginas y su primer número venía precedido de varios ejemplares sueltos y sin numerar, dirigidos por Luis G. Ballesteros, y en los que se afirmaba que «este semanario no es político, ni insertará nada contra religión alguna. Procurará ser un eco fiel de cuanto ocurra en Cangas de Tineo, su concejo y su partido judicial, dando cabida en sus columnas a cuanto a esa entidad interesa y con la buena administración, adelanto y progreso de las mismas se refiera.

Todo suscriptor que tenga el valor cívico necesario para decir la verdad en letras de molde, bajo su firma, y se comprometa a justificar lo que diga, abiertas tiene gratuitamente estas columnas y a nosotros a su lado, sin miedo ni contemplaciones a nada ni a nadie […]»

[…] Una vez instituido como semanario, *La Verdad* fue dirigido por

Manuel Flórez de Uría. Se imprimía en Oviedo y nació con la ambición de crear una sociedad anónima. En su número 6, de 16 de mayo de 1903, insertó un anuncio para solicitar corresponsales en todos los pueblos de la provincia. Era un periódico con ideas avanzadas en lo que a la prensa escrita se refiere, incluso el estilo de su lenguaje era, eminentemente el periodístico moderno, y no el típicamente decimonónico, plagado de gerundios y circunloquios, difícil de comprender y rebuscado que encontraremos en los otros periódicos estudiados».

En el encabezamiento de este periódico se dice: «queremos corresponsales en todas partes donde haya cangueses». Odón Meléndez de Arvas, como hemos podido comprobar, aprovecha la oportunidad de entrar en este mundo del periodismo que le iba a permitir dar a conocer todo lo que él pensaba y sentía. Poco tardaron en aparecer en *La Verdad* artículos suyos, como los que siguen, pertenecientes al año 1903, únicos que he podido conseguir.

UN BUEN CONSEJO

Señor D. Joaquín Rodríguez.– Muy Sr. mío: espero no tomará usted a mal que un humilde aldeano, y por añadidura inclanista como usted, se atreva desde su choza a elevar estos mal pergeñados renglones hasta el sitio donde usted, cafetera en mano sirve y discute a la vez de los problemas más arduos de las cuestiones palpitantes de nuestra política.

La indiscutible competencia de usted como estadista está universalmente reconocida. ¡Lástima que su excesiva modestia no le haya dejado abandonar la cafetera para dedicarse al cultivo de las letras y de las ciencias o resolver de una vez todos los inconvenientes que le impiden la pronta regeneración de España! ¡Pero, cómo no ha de ser! El café por un lado, el escabeche por otro; y *La Verdad* cada ocho días no le dejan más tiempo que el necesario para celebrar pequeños interviús mientras les sirve el café a políticos de la talla de Sacamuelas, Besugo de Folgueras, Carralín de Llano, etc., etc.; y esto, don Joaquín, no basta. España espera de usted algo más y voy a permitirme por un momento ser el eco fiel de la opinión pública para en su nombre suplicarle que si no puede prescindir del café y del escabeche, que deje al menos de ocuparse de *La Verdad*, y dedicar algunos momentos a la política internacional, o a la cuestión social o a la religiosa, pues así lo exigen de consuno el deber y la patria. ¿Qué sería de nosotros si llegase un nuevo reparto de consumos y le hallase preocupado con *La Verdad* y no pudiese atender a dicho reparto?

¡Por Dios, don Joaquín, deje usted ese periódico en paz para que llegue a estas aldeas, que nosotros no podemos pagar la suscripción de esas revistas literarias donde usted escribe! ¡Y usted, señor Director de

La Verdad, no vuelva a herir la modestia del cafetero haciendo que su nombre aparezca en letras de molde!

Don Joaquín; ni don Félix, ni sus correligionarios han de agradecerle que trate usted de acabar con una publicación que sea como quiera, honra al pueblo de donde sale. El que suscribe tiene tanto de carlista como usted de buen mozo, dicho sea sin molestia; si *La Verdad* fuese carlista la apoyaría lo mismo con mi suscripción solo porque Cangas tuviese un periódico como lo tienen casi todas las villas de Asturias, y algunas de menos importancia que Cangas; y como yo, piensan casi todos, don Joaquín; ya ve usted que su campaña contra el periódico nadie la ve con buenos ojos.

Y ustedes, señores de *La Verdad*, no vuelvan con su pluma pecadora a acordarse de ese señor, única esperanza de esta nación digna de mejor suerte; y si, lo que Dios no permita, don Joaquín Rodríguez, con todos los alias que ustedes quieran, entre España y el café opta por el café y el escabeche, que se concrete a esto solo y no se ocupe más de molestar nuestro gusto, que es el de tener un periódico en Cangas correligionario del don Joaquín y entusiasta por el periódico.

Espero tomen ustedes mi consejo.

A reconciliarse y para el que no cumpla, sea *La Verdad* el fiscal acusador. – Un aldeano.

(*La Verdad*, Oviedo, 2 de mayo de 1903)

UN SÁBADO EN CANGAS

No crean ustedes que es cuento, que sucedió como lo digo. Caballero en un poderoso macho con oreja y media, cogido el ronzal con la diestra y la otra armada de puntiaguda navaja con la que acariciaba a menudo el anca del animal para templarle algo los arranques de su fogosidad, bajaba un sábado por la carretera de Rengos al mercado de Cangas a vender cuatro libras de manteca por mandado de la mujer, y con el producto de todo comprar algunas libras de unto; tenía también que subir una hemina de centeno, esta, fiada, por supuesto; y si de las truchas y la manteca podía sisar para un cuartillo, tomarlo y escaparme a casa corriendo porque de ir de noche, me expongo a que mi mujer me tire de las orejas. Como hace poco vine de Madrid, era la primera vez que me veía precisado a intervenir en el mercado de Cangas comprando y vendiendo lo que acabo de decir.

Principié por vender las truchas con bastante mala sombra porque resultó media libra de menos porque me dijeron que la libra era de diez y ocho onzas —y cuántos coscorrones me costó en la escuela el aprender que la libra tenía diez y seis. Vamos con la manteca y me vienen también con la libra de diez y ocho onzas. Pues señor, dije para mí; estoy apañao; si traigo huevos me los cuentan también por la docena del fraile que dicen que son trece; pero me acordé del unto y dije, vaya pues también me darán libra de diez y ocho onzas y pase uno por otro y me dirijo a la tienda; pero ¡ah!, allí era de diez y seis. Al ver tanta informalidad y claro está siempre en perjuicio del pobre, me acordé de Madrid y otros puntos donde se compra o se vende medio kilo, un kilo, dos, tres, etcétera.

Salí de la tienda y fui a la plaza a comprar el centeno; si no me

engaño, había cuatro cajones llenos; en cada uno de ellos una cuarta nueva con un rapón que alguno de ellos me pareció que curveaba algo en sentido cóncavo hacia el medio; pero como el fuelle que llevaba era de la hemina justa medido por una cuarta antigua de casa marcada como buena en el Ayuntamiento, cuando aquellos señores también antiguos se ocupaban menos de política y mucho más de estas pequeñeces. Pedí una hemina de centeno y claro, conocí que me faltaba un chopín largo; pero como era fiado, no me atreví a decir nada al que me lo vendió, y eso que siendo el precio corriente a nueve reales la cuarta, tenía que pagarlo a doce en septiembre y estamos en mayo. En mi interior maldije la tierra donde se roba a mansalva en medio de una plaza pública, robo que no avergüenza al ladrón, porque está consentido por las autoridades, y volví a acordarme de Madrid, donde los dependientes del Ayuntamiento vigilan diariamente las pesas y medidas, y recogen todo el pan de una tahona si hallan un panecillo que le falte media onza de peso. Preocupado con mi fuelle que no iba lleno y temiendo los desahogos que mi mujer iba a tener conmigo por llevar el centeno mal medido, como si yo tuviese la culpa, entré maquinalmente en una taberna a tomar el consabido cuartillo. Había mucha gente; todos pedían cuartillos y a uno le daban una jarrita blanca mediada; a otro casi llena; a otro, un cacho al medio; a mí, me tocó una escudilla de barro negro, pero más de al medio; en fin, que la medida del cuartillo era, como suele decirse, a ojo de buen cubero. Volví a acordarme de Madrid, donde se vende por litros, y del trabajo que me costó de pequeño aprender el nuevo sistema de pesas y medidas, y creía, ¡tonto de mí!, que Cangas podría también aprovecharse de ese beneficio y formar parte en el concierto de los pueblos cultos… pero, qué le hemos de hacer.

Cargué el centeno sobre el Vucho y mirando siempre de reojo al fuelle que a la legua se le conocía la falta del chopín, emprendí por la carretera de Rengos a fin de llegar de día a Parada la Vieja.

Sr. Director de *La Verdad* semejante desbarajuste y tanto criminal abuso, se podía cortar de una vez estableciendo como la ley manda y la conciencia aconseja, el nuevo sistema de pesas y medidas. Ud. es también uno de los ediles del pueblo: si cree que existen abusos como los que dejo expuestos y otros mayores que me callo, trabaje cuanto pueda en la Corporación y en el periódico, hasta conseguir el establecimiento uniforme en el modo de pesar y medir, y desterrar de una vez, llevándolos a un museo de antigüedades, las romanas de diez y ocho, las cuartas y los cuartillos, etcétera, etc., con los cuales se comete diariamente tanto… abuso de confianza. – El aldeano.[16]

(*La Verdad,* Oviedo, 23 de mayo de 1903)

[16] Al lado de la firma de «El aldeano», y escrito a mano con letra del propio Odón, se lee «Odón», lo que nos confirma que utilizó este seudónimo para firmar el artículo.

LA JUSTICIA DE GRADO

Entre la primera etapa de *El Narcea* (1906-1912) y la segunda etapa (1912-1915) encontramos a Odón colaborando en un «semanario republicano» denominado *La Justicia*, que se editaba los domingos en Grado. Julio César Estrada (Grado, 1869-1908) fue quien puso en marcha este semanario que se publicó desde 1905 hasta 1912.

La correspondencia se dirigía a nombre de don José Guisasola. Su formato era de 4 hojas en tamaño DINA3. La última de ellas estaba dedicada a la publicidad. Este semanario tenía corresponsales en toda América, como se puede ver en la lista que encabeza este apartado y que es la que aparece en la última hoja de cada número dedicada a la publicidad. Trataba temas de carácter político-revolucionario.

En el tercer año de este semanario aparecen como colaboradores dos grandes amigos que ya hemos citado anteriormente: Borí[17] (Gumersindo Díaz Morodo) y Odón Meléndez de Arvas. Ambos utilizan las páginas de este semanario para expresar sus opiniones, lo que les valió algunas denuncias.

Nos dice Juaco López Álvarez[18] que durante la primera época de *El Narcea* (1906 - 1912) no hubo otro periódico que se editara en Cangas, por eso, cuando empieza la segunda etapa de este (1912 - 1915), los contrarios a las ideas del nuevo *El Narcea* y a la política de Suárez Inclán escriben en este semanario de Grado, *La Justicia*, sus opiniones y sus críticas revolucionarias, y allí se dirigen Borí y Odón.

Borí tuvo numerosos problemas por las ideas vertidas en este semanario. Incluso fue denunciado, como figura en el periódico *El Narcea* del 27 de julio de 1912:

---

[17] Gumersindo Díaz Morodo (Borí) fue director de este periódico. Más adelante, fue director propietario de la 2.ª etapa de *El Distrito Cangués.* Él era el encargado de realizar las suscripciones a este, como figura en la última página.

[18] J. López Álvarez. «Memoria canguesa. Prensa histórica», web del Tous pa Tous.

> Denuncia. Gumersindo Díaz Morodo (Borí) ha sido denunciado por un artículo que publicó en el semanario *La Justicia*. Con motivo de la denuncia, el Sr. Díaz salió hace varios días para Pravia, llamado por el juzgado de dicho pueblo. Celebraremos que el asunto quede reducido a caldo de castañas, como vulgarmente se dice. (*El Narcea,* 27 de julio de 1912)

Borí es el que presenta a Odón como colaborador de este semanario en un artículo titulado «Mi saludo», que aparece en el número correspondiente al 21 de abril de 1912:

El artículo de Odón que aparece en el mismo número en que Borí lo presenta está dedicado a Gumersindo Álvarez, un emigrante en Cuba, y una dedicatoria sirve como introducción a sus palabras.

El domingo 19 de mayo de 1912 volvemos a encontrar otro artículo de Odón en *La Justicia*, titulado «Entendámonos».

En el otro número que poseo de este semanario de *La Justicia* no hay ningún artículo escrito por Odón, pero sí uno de Gumersindo Díaz Morodo (Borí) dedicado a este. En él, Borí se dirige a su amigo, rebatiéndole algunas de las cosas que aparecen en su artículo donde habla de la instrucción y de la agricultura. No lo reproduzco completo, solo los fragmentos en los que se dirige a su amigo Odón.

Las opiniones revolucionarias que aparecían en el periódico le valieron a Gumersindo Díaz Morodo (Borí), numerosos problemas y denuncias como la que aparece en *El Narcea* del 27 de julio de 1912, ya vista anteriormente.

MI SALUDO

[Borí]

Mi viejo Odón, el amigo de siempre, el consecuente revolucionario, empieza hoy sus tareas en *La Justicia* enviándoos un saludo que hace tiempo debiera por mi parte haberos expresado y que abrumadores asuntos locales de actualidad motivaron su aplazamiento.

Odón me sustituye en esto, como me sustituirá en otros muchos más asuntos. Creo lo conocéis bastante para que necesite presentarlo. En contacto íntimo con la siempre explotada y vejada masa rural, compartiendo sus muchas penas y ninguna alegría, conociendo sus interioridades, podemos esperar que en las columnas de *La Justicia* expresará el pensar y sentir de los tan olvidados como pacientes aldeanos, sobre todo en las actuales circunstancias en que la política local atraviesa momentos críticos.

Odón olvidará, momentáneamente, sus dos grandes amores, la instrucción y la agricultura, y se consagrará por completo a la obra revolucionaria, convencido de que mientras esta no se lleve a efecto serán inútiles los esfuerzos que se hagan para instruir y para que la tierra se cultive en beneficio del labrador. Si en el inmoral régimen monárquico está el mal, natural es que todos los hambrientos de pan y de justicia procuremos exterminarlo, cercenando de raíz el maldito árbol que se alimenta con el sudor de todos.

Me limito, pues, a unir mis votos a los de Odón, deseando que el Unión Club de Occidente tenga larga y próspera vida para que pueda desarrollar su mil veces bendito programa benéfico y cultural. – Borí.

(*La Justicia,* 21 de abril de 1912)

CANGAS DE TINEO

Para D. Gumersindo Álvarez - Habana

Mi muy querido y respetable, aunque desconocido compatriota: He recibido la atentísima de usted felicitándome inmerecidamente por mi artículo en *El Narcea* «Padres y maestros».[19] Entonces, como ahora, me encontraba en una situación desairada respecto a dicho periódico, del que usted es tan entusiasta favorecedor, y al contestarle tenía en honor a la verdad que decirle algo que acaso entibiase sus entusiasmos por *El Narcea*, cosa que no me perdonaría, toda vez que al salir a luz su segundo número ya llevaba mío su artículo de fondo titulado «Un sueño»; y desde entonces, a falta de otra cosa mejor, ofrecí mi colaboración entusiasta, hasta que, considerándola sin duda de poco valor, el mismo periódico se deshizo de ella.

Recluido en este rincón del Occidente de Asturias, de donde soy natural; agobiado por los años; maltratada mi salud por anejos padecimientos; desheredado de la fortuna; explotados por todo el que quiere mis escasos conocimientos; despreciado y mal pagado en mi profesión de maestro por los gobiernos que padecemos, amo no obstante a mi patria, y lloro sus desventuras acaso mucho más que las que a mí personalmente me afligen. Por eso, al ver en *Crónica de Asturias,* de La Habana, los trabajos que usted realiza para la formación del Club Unión de Occidente, entre los hijos de Tineo, Cangas de Tineo y Allande, residentes en esa, sentí la calor de los entusiasmos juveniles con toda la vehemencia propia de mi temperamento nervioso, y es

[19] Este artículo aparece en el periódico *El Narcea* del 29 de noviembre de 1911 que se verá más adelante completo.

por lo que no pude menos de coger la pluma para felicitarle efusiva y calurosamente, haciendo votos por que la idea se realice grandemente, como grande y santo es el motivo que la inspira: «el amor a la Patria». Para esto tengo que abusar del Sr. Director de *La Justicia*, ocupando un lugar que corresponde a las bien cortadas plumas que en él escriben, con las que —y con la tan acertada dirección — hacen del periódico de Grado uno de los mejores defensores de la causa del pueblo.

(Prometo no reincidir, y por esta vez muchas gracias, Sr. Guisasola)

—

En la perla de las Antillas, en esa tierra hermosa donde vivís, la Cubagua de Hatuey, la Juana de Colón, la Fernandina de Velázquez y la Cuba de hoy, son necesarios esos Centros, en donde, como el fuego de los templos de Vesta, no se apague ni de día ni de noche el cincuenta veces santo amor a la madre España y el no menos santo amor a la tierrina. Cuba también es nuestra: es una hija emancipada, por su edad y por su cultura; vive por su cuenta, separada del hogar materno; pero siempre es hija del corazón de España, y tenéis el deber, aun a costa de la vida, de impedir que ese lucero o «estrella solitaria» no forme nunca parte de la constelación yanqui.

En vuestro Centro, asturianos del Occidente, conservaréis puro el idioma que inmortalizó a Cervantes, sin perjuicio de recrearos a veces con el recuerdo del bable de nuestra patria chica. La historia de la patria grande ocupará muchas veces el tiempo en vuestras reuniones, para que conociéndola todos no se entibie jamás el amor a España, y esta, a pesar de su debilidad actual, no desespere de la grandeza para que está capacitada. América es testigo de nuestro valor y de nuestro genio, en todas las manifestaciones del progreso humano.

Cuando de la patria chica tratéis, recordaréis, con el pecho henchido de satisfacción, lo sano y templado de nuestro clima; lo puro y cristalino de nuestras aguas; lo frondoso de nuestros montes; lo hermoso de nuestras cascadas; los ríos bien poblados de truchas y anguilas; las

sierras pobladas de perdices; el verdor de nuestros prados; la leche de nuestras vacas; el jamón, la longaniza y el *llacón* y la cecina, todo curado al fumo; nuestras mañanas de primavera, alegradas por el canto del jilguero, del verderín y del pardillo y de la calandria; nuestros atardeceres de julio y agosto, con el canto de las segadoras, y nuestras noches de invierno, con sus esfoyones y filandones… ¡Ah! Todo es hermoso en el Occidente de Asturias, que nada tiene que envidiar a la tan decantada Suiza.

Los que tengáis hijos cubanos, contadles todo esto e inculcadles el amor a España y a nuestra tierrina. Pero no les digáis, ¡por Dios!, que esta es la tierra donde impera el más asqueroso caciquismo; que los maestros se pagan con cinco o seis reales de sueldo, y que las escuelas están instaladas, en su mayor parte, en frías, oscuras y húmedas bodegas; que los cultivadores de la tierra lo hacen a título de siervos, siendo dueños de ella los grandes señores que viven del sudor del pobre, como en los tiempos malditos del feudalismo; que aún no vino por aquí una ley que redima del foro, ni que ponga coto a la usura, ni tasa al arriendo de la tierra, por cuya causa habréis acaso emigrado muchos de vosotros, y siguen emigrando, quedando aquí solo ancianos y niños. No; no les digáis nada de esto, que solo subsiste por culpa nuestra. La hora de las reivindicaciones y de la justicia se acerca… Y cuando España sea feliz, porque tiene derecho y condiciones para serlo, por la fertilidad de su suelo, en general, y en particular, nuestra tierrina, rica en minerales, rica en maderas, rica en ganados; cuando la escuela salga de la bodega y el maestro deje de ser el figurín más completo de la representación del hambre; cuando el labrador sea el dueño de la tierra que cultiva y la virtud de la propiedad en sus manos haga los milagros de convertir las peñas en jardines, desapareciendo con esto usureros y vampiros, ¡ah!, entonces vendrán vuestros hijos a ver la tierra donde su padre nació, y cogerán un puñado de ella y la

besarán, porque sobre ella se meció la cuna donde la abuelita le dormía cantándole las endechas del placer…

Nada más por hoy, amigo Álvarez. Un beso a Panchito y otro a Nicolás, y póngame a los pies de su D.ª Nieves. Y si, como creo muy probable, a ese Club concurre alguno que haya sido mi discípulo, dígale, le ruego, que en mi nombre dé un «¡Viva España!»; otro a Cangas, Tineo y Allande en Cuba, y otro a Cuba libre, siempre española de corazón…

Y yo haré votos por la felicidad de todos ustedes, y por la prosperidad de ese Club, a donde mi espíritu concurrirá con frecuencia mientras viva. – Odón.

(*La Justicia*, Cibuyo, 21 de abril de 1912)

ENTENDÁMONOS

Con un artículo mío en *La Justicia*, dedicado a «D. Gumersindo Álvarez, Habana», apareció a continuación un saludo de mi amigo Borí, en el cual parece que me excita a continuar escribiendo algo; y parece, también, que me aconseja suspenda (ya que olvidarlo sabe no podría) el amor que profeso a la instrucción del pueblo y al pueblo que cultiva la tierra; y que convierta mi pobre pluma en lo que sería también una pobre piqueta revolucionaria. A esta excitación y consejo de Borí, contesta un bromista en *El Narcea*. «Más pocu: que Odón escriba artículos revolucionarios, ni de la localidad, ni la provincia, ni… *¡ca!*».

Siendo lo que es Borí, mi amigo y correligionario, y sea quien quiera el bromista, incapaz de molestarme; porque acaso no tuvo tal intención, aunque yo soy impermeable, me creo en el deber de hacerles una aclaración.

He sido revolucionario a lo Borí: hoy soy revolucionario a lo Odón; pero siempre revolucionario, señor bromista. Entiendo que no debe combatirse a la razón, más que con el razonamiento seguro y sereno, y creo que pasó el tiempo de disparar balazos a las ideas. Republicano de toda mi vida, llegué a convencerme de que la república se hará después que estemos hechos los republicanos; de ese modo vendrá ella sola; y si no, habrá que traerla. Eso es un sueño, dirá alguno; porque la monarquía tendrá siempre defensores; los monárquicos por conveniencia, como los presupuestívoros, los señores, los caciques, vagos y políticos de oficio, los vividores a cuenta del sudor del tonto y del pobre, etc, etc. ¿Y qué serían esos frente a la gran masa productora de un pueblo consciente de sus derechos y deberes? Hojas secas de un árbol

viejo y gastado, que para su caída no son necesarios huracanes revolucionarios. No. A la altura que nos encontramos no creo que merezcan ya el honor del insulto en la prensa, ni el de la revolución en la calle, ni el de la dinamita en la puerta. Instruir al pueblo es revolucionar; es preparar el camino para la república, haciendo republicanos; porque no se pueden hacer repúblicas con materiales de monarquías viejas y podridas.

Cuando la república venga, debe hallar un pueblo ilustrado, condición precisa para que pueda ser libre; porque la inteligencia vencerá a la fuerza, como el derecho redime al esclavo. La instrucción del pueblo es como la luz del crepúsculo matutino, precursora de los rayos del sol de la república, cuyo color de oro se advierte ya en el horizonte; ciego el que no lo ve. Apresuremos su llegada, no con insultos a nadie; no con algaradas muchas veces estériles y siempre dolorosas. Preparemos la opinión pública en nuestro favor, con sensatez y cordura; y así como la robusta y secular encina salta en pedazos en su lucha con el huracán, así las monarquías se derrumbarán también; porque la opinión pública es el huracán del desierto. La democracia con la república han de ser, infaliblemente, la vida providencial del porvenir. Para conseguirlo pronto, son necesarias tres cosas: unión entre todos los republicanos, que la unión puede más que el número; disciplina, que vale más que la fuerza y la perseverancia, que es más eficaz y segura que la ira.

Pudo haber un día en que un pueblo equivocado pidiese un rey; y que una voz desde la altura dijese a Samuel: «para castigo de ese pueblo, unge al rey». Desde entonces, vinieron siendo los reyes los que dividieron, vendieron, regalaron la tierra a su antojo, mejorando a algunos, despojando a los más; y dividieron e hicieron castas, de los que todos eran semejantes; hicieron esclavo al hombre que naciera para ser libre; y llamaron sangre azul a la que también era roja o acaso más negra; y lanzaron muchas veces al hombre contra el hombre, en

guerras, sin más objeto que para satisfacer sus rencores, sus ambiciones o sus caprichos. Es verdad que los reyes actuales han degenerado, forzosamente; pero conservan reminiscencias de lo pasado, y deben desaparecer con todas sus consecuencias.

En las revoluciones nunca se camina más deprisa que cuando se ignora a dónde se va, decía Robespierre; por eso no convienen precipitaciones. Nuestra finalidad sea levantar la agricultura de la postración, esclavitud y abandono en que se halla, no permitiendo que continúen las cargas que sobre ella pesan, ni se impongan tasas arbitrarias sobre la tierra ni el hombre; ni sufriendo campos sin cultivo, ni hombres que los miren con los brazos cruzados; ni consintamos un cultivo rutinario e improductivo. La instrucción del pueblo hará todo esto; pero no la instrucción como la monarquía la difunde, porque tiene para ella regateos de a céntimo. Instrucción. Agricultura. He aquí los fundamentos de la felicidad de un pueblo.

Amigo Borí: no sé revolucionar más que de este modo; de cualquier cosa que escriba, he de sacar hasta el tintero en la punta de la pluma estas palabras: instrucción y agricultura. Estaré obsesionado como Catón, que todas sus oraciones, cualquiera que fuese el asunto de que tratase, habían de concluir siempre con el «delenda Cartago». Me alegraré que esto te satisfaga; porque este camino ha de conducirnos a la realización de nuestros deseos, si convencemos al pueblo, que esto, que es menos que secundario en la monarquía, será el eje de la república.

Amigo bromista: si creyó usted que artículos revolucionarios son aquellos en que se zarandea al cacique o al diputado, o se insulta al cura o al fraile, entonces tenía usted razón; Odón no los escribe por más de una razón, y porque carece de objeto andar por las ramas cuando se trata de arrancar un árbol. Pero si son revolucionarios los trabajos encaminados a destruir un edificio viejo, por no solamente inútil, sino perjudicial, costoso, incapaz para aposentar ideas moder-

nas y atender a necesidades del tiempo; y trabajar por levantar un edificio sólido, capaz y hermoso, en donde la felicidad del pueblo asome por todos sus huecos, ¡ah!, entonces se equivocó usted.

Quisiera muchas, muchas facultades para escribir; muchos, muchos artículos revolucionarios, de demolición y construcción. – Odón.

(*La Justicia*, Cibuyo, 19 de Mayo de 1912)

ENTENDÁMONOS

[Borí]

Para Odón

Sí, amigo Odón, entendámonos. Ni usted me entiende ni yo le entiendo, si he de juzgar por su último artículo, que contradice su historial de siempre, por lo que se refiere al modo y manera de dar por tierra con la podrida Monarquía […]

[…] Instruid al pueblo, que con la instrucción vendrá la República, nos viene a decir usted […] ¿Con qué libros cuenta usted en la escuela que regenta para llevar a feliz término esa utópica revolución con que sueña? […]

[…] ¿Quiere usted una República jesuítica, con el apoyo del clero y del cacique, que son los que hoy intervienen en su escuela, al igual que en todas las de España? […]

[…] Figúrese usted, mi viejo Odón, que en uno de sus cotidianos paseos se encuentra frente a un edificio derruido, de cuyo interior salen desgarradores gritos en demanda de socorro. Penetra en él, y se encuentra con dos enclenques y moribundas criaturas: la instrucción y la agricultura […]

[…] Usted quiere que se hagan intelectuales para que ellos traigan la República; y yo deseo que venga la República para que ella nos haga intelectuales. El fin es idéntico; pero el camino que yo sigo es más corto, y por eso lo prefiero, y por eso no me apartaré de él […] – Borí.

(*La Justicia*, Grado, 2 de junio de 1912)

EL NARCEA

El semanario *El Narcea* apareció en 1906 y llegó hasta 1915. Hasta 1910 se publicaba los sábados, pero, a partir de este año empieza a publicarse los miércoles. Constaba de 4 páginas y se imprimía en Cangas del Narcea, en la Imprenta Moderna (calle Mayor n.º 22) de Santiago García del Valle. Esta imprenta era muy pobre, como se nos dice en una nota que aparece en el número correspondiente al 15 de junio de 1907:

> Nota.– Como por efecto de las más reducidas dimensiones de la máquina en que provisionalmente se tira *El Narcea*, la confección de este se hace de muchos tirones […]

Sus contenidos eran básicamente tres:

– Información sobre la Campaña de Melilla.
– Una sección titulada «Crónica local» en donde se incluían noticias de todo el concejo de Cangas del Narcea.
– Instrucción y agricultura: el mismo Odón escribe lo siguiente:

> Por eso, amigo y compañero, la educación e instrucción, la agricultura y el trabajo, son mi pesadilla o acaso mi chifladura. Todo cuanto he escrito en *El Narcea* ha sido sobre lo mismo, porque veo abandonado lo que considero de importancia capital para la prosperidad de los pueblos. (*El Narcea*, 26 de diciembre de 1908)

Tuvo dos etapas totalmente distintas en cuanto a ideología, dirección e, incluso, cabecera.

Primera epoca (1906 - 1912)

En esta primera etapa tuvo tres directores. El fundador y primer director fue el maestro Ibo Menéndez Solar, que estuvo tres años, de 1907 a 1910. Después le siguieron: Abel García del Valle, que estará hasta el 17 de mayo de 1911; a partir del 24 de mayo de 1911, vuelve Ibo Menéndez como director, y en 1912, y hasta que acaba esta primera etapa, tomará la dirección

Jesús Menéndez, que era partidario del diputado a Cortes por el distrito de Cangas del Narcea, Félix Suárez Inclán (liberal).

Tuvo colaboradores muy reconocidos en la época, como el médico Mario Gómez. [20]

Odón Meléndez de Arvás, maestro de La Regla de Perandones, fue uno de los colaboradores habituales y más reconocidos en la zona. A veces utilizaba una técnica en esta primera etapa ya usada por nuestro gran maestro del siglo XVII, Baltasar Gracián, quien en su obra *El Criticón* se esconde tras dos personajes creados por él, Critilo y Andrenio, apareciendo el autor solo como testigo de lo que estos dicen, y trasladándolo luego a su obra. Esta misma técnica la va a usar Odón en alguno de sus artículos, creando dos personajes: el Tío Antón y el Tío Lucas, que son los que opinan sobre distintos temas, cerrándose el triángulo con el propio Odón que, escondido, escucha conversaciones de estos y luego nos las da a conocer en sus artículos.

El mismo autor nos presenta a estos dos personajes en un artículo correspondiente al 28 de septiembre de 1907:

> Era domingo; y debajo de un copudo castaño, en donde la sombra y el norte hacían agradables las horas de una tarde calurosa de agosto,

---

[20] En el periódico *La Verdad* del 21 de febrero de 1903 aparece la siguiente información sobre él: «Nuestro querido amigo y distinguido médico segundo de Sanidad Militar D. Mario Gómez ha sido ascendido a médico primero. Se halla actualmente desempeñando cargo en el Hospital Militar de Victoria, sin que podamos asegurar si debido a su ascenso será trasladado.

Mario: así se le conoce solamente por toda la juventud canguesa, sin distinción de clase ni colores.

Cuánta alegría y bullicio tiene producido en esta villa con su carácter organizador y su educación esmeradísima. Es uno de los que la Providencia premió con el «don de gentes» y es imposible que allí donde permanezca algún tiempo, no lleve tras de sí las simpatías de todos.

Reciba Mario nuestra más cordial felicitación y hagámosla extensiva a su apreciable familia, que cuenta entre ella a su señor padre D. José Gómez Braña, quien como médico y como particular, merece la distinción y el aprecio de todos». Odón, aunque era antimilitarista, era amigo íntimo de Mario Gómez, como se verá en muchos de sus textos.

> hallábanse descansando de las faenas de la semana, el tío Lucas, y el tío Antón, ambos vecinos de una montañosa aldea de este concejo. Ya en otra ocasión los vimos en el mismo sitio ocuparse como ahora de política; porque el tío Antón, y acaso también el tío Lucas, hubieran servido para desempeñar cualquier cacicazgo de provincia: como que habían sido aguadores muchos años en la villa del oso y el madroño [...]

Esta misma técnica la utiliza con otros dos personajes creados por él con la misma finalidad: el Abuelo (que representa la experiencia) y el Maestro (que representa la sabiduría)

Segunda epoca (del 6 de julio de 1912 a julio de 1915)

A partir de 1912 Martínez Kleiser llega a Cangas del Narcea y se hace cargo del periódico, cambiando totalmente de ideología: ahora va a ser el vehículo de información de los kleiseristas (conservadores).

Antes de la desaparición del periódico, hubo dos directores más:

– Luis de Ron, que lo dirigirá hasta el 9 de junio de 1914.
– Evaristo Meléndez de Arvas, familiar y enemigo político de Odón, quien aprovechará las páginas de este periódico para atacarle. Será director del mismo desde junio de 1914 hasta finales de mayo de 1915.

Odón deja de colaborar en esta 2.ª etapa de *El Narcea*, y se pasa a *El Distrito Cangués.*

En la primera página de *El Narcea* perteneciente al 6 de julio de 1912, en un artículo titulado «Salud paisanos», se nos habla de esta segunda etapa del periódico:

> «Un *Narcea* nuevo, con distinta redacción, más amplia colaboración y plausibles propósitos de trabajo se presenta ante nosotros; un *Narcea* más esmeradamente hecho, más extensamente informado, más nutrido de lectura, ve la luz pública deseoso de luchar por el progreso, por la cultura, por intereses de los asturianos que se esconden en los repliegues de estas montañas [...]». La redacción.

> «Notas.- La nueva redacción saluda a sus compañeros de la provincia,

y les invita a establecer el cambio con los que hasta la fecha no lo tenga. Desde hoy en adelante *El Narcea* se publicará los sábados».

En el semanario *El Distrito Cangués* aparecen numerosas alusiones a esta segunda etapa de *El Narcea*, y siempre criticándolo. Veamos algunas de ellas.

a) En *El Distrito Cangués* del 11 de julio de 1914, en la primera página se publica un artículo, sin firma, titulado «Política canguesa» donde se dice:

> «Los Grañas, alma y vida de *El Narcea,* única redacción de ese periódico, han dejado, según manifestaciones de los mismos, de pertenecer a ella. ¿Por qué? Lo ignoramos, constituye para nosotros un misterio, que el tiempo tal vez nos aclare […]».

En una nota aparecida en este mismo número vuelve a hablar de ello:

> ¿Por qué los kleiseristas despiden en forma tan destemplada a los Grañas, que tanto trabajaron por el periódico?

b) Firmado por «Un labrador»[21], en el número del *Distrito Cangués* perteneciente al 8 de agosto de 1914, en un artículo titulado «Los sindicatos de *El Narcea*», entre otras cosas, aparecen las siguientes opiniones…

> *El Narcea* —les dije— fue abandonado por sus primeros explotadores porque se había cerrado la mina. En lastimoso estado, después de una derrota, lo recogieron sus actuales poseedores. Nunca le importó, hasta ahora, la suerte de los labradores más que para perjudicarlos. ¡Acordaos de lo de las arroyadas! Ninguno de cuantos en él escriben dio ni sabe dar un riego; son señoritos […]
>
> […] En este caso — proseguí — los sindicatos de *El Narcea* no tienen de agrícolas más que la careta. Todo en ellos es política, y las víctimas de la política son siempre los tontos».

c) Un tal Jerjes, en lo tacha de «botafumeiro kleiserista»:

> «El botafumeiro kleiserista inserta constantemente en sus columnas notas más o menos extensas diciendo a lectores que en el Ayuntamien-

[21] Este era el propio Odón el cual se sentía como un verdadero labrador, enamorado de la agricultura, como se puede ver en muchos de sus artículos.

to no se les quiere, porque a los inclanistas no les conviene en las Consistoriales gentes ajenas que descubran los terribles secretos y confabulaciones que allí se traman». (*El Distrito Cangués,* 5 de diciembre de 1914)

d) De nuevo este semanario lo vuelve a tachar de «botafumeiro kleiserista».-

«Leyendo el último número del botafumeiro kleiserista, vulgo *El Narcea,* ya se deduce la educación y vergüenza que pueden tener quienes con dignísimas personas emplean ese lenguaje soez, asqueroso, propio de «gentes» que siempre deben ser despreciadas por la sociedad». (*El Distrito Cangués,* 16 de febrero de 1915)

Reproducimos en las siguientas páginas los artículos que Odón publicó en el semanario *El Narcea.*

NEBULOSIDADES. «LAS PRENDAS»

La primera vez que tuve conocimiento de lo que voy a contaros, hará ya como cosa de veinte y tantos o treinta años. No vayas a creer que voy a referirme a algún juego de esos que se llaman «de prendas». No. Nuestros aldeanos, a cualquier objeto de valor, como una sortija, un guardapelo, un colgante para el cuello, etc., etc., si es de oro o de algún valor, le llaman «una prenda». Pues bien: como digo al principio, hace como unos treinta años, vino a casarse a mi pueblo una moza de otro bien cercano. Cuando en estos pueblos ocurre un casamiento, apenas nadie se ocupa de las cualidades de la novia; pero sí si trae mucha o poca dote; si le compraron la capa y los zapatos al novio, o si solo fue el vestido, porque todo esto se trata con mucho regateo entre los padres de la novia y del novio con su acompañante, que llaman el embustero, el día de «la longaniza», o sea el de las composturas. ¡Cuántas veces se deja una buena moza por los zapatos del novio y se casa con un mastuezo porque sus padres dieron los zapatos que los otros no quisieron dar!; pero dejemos esto, que vamos fuera de nuestro objeto de las prendas.

Como decíamos, al ocuparse de la dote que aquella moza trajera, decían aquellas mujeres con mucho secreto, contándolo a todos y mandando a todos callar «que dote había traído poco, pero que trajera una prenda que le diera su madre, que valía tanto como dos de las mejores vacas». Yo creí que se trataba de alguna campanilla traída de Roma, de esas que se tocan cuando hay que espantar una tronada, o de algún cachito de la uña de la Gran Bestia, o de algún trocito del cuerno de Alicornio, o de algún hacha templada con agua bendita, para cuando alguna parturienta tarda en librar, que no hay más que

meterla sin que ella lo sepa por debajo de la ropa, cerca de los pies y con el corte hacia arriba, y despacha enseguida. Sí; de esas prendas y del valor que tienen, ya estaba enterado, y creyendo que alguna cosa de esas sería, no traté por entonces, de averiguar más.

Pasó el tiempo; aquella moza, mujer después, tuvo familia y murió no hace muchos años, dejando una hija y tres hijos; se casó en la casa el mayor y llegó el tiempo también de casarse la hermana sin incidente alguno desagradable, hasta el día siguiente al de la boda, en que la muchacha vino a su casa a buscar el baúl y vio que le faltaba la «prenda» que su madre le dejara, y que su cuñada se había apropiado.

Y… ¡Aquí fue Troya! Hubo un escándalo fenomenal, y algo más porque intervinieron los dos cuñados, hasta que ya cansados y sosegados por la intervención de algunos vecinos, acordaron por último en que si la muchacha llevaba la prenda, tenía que renunciar a lo que le tocaba en la casa. La verdad era, que algo de dote le dieran; la casa y bienes no valían mucho, y el hermano también tenía parte en la «prenda», porque fuera de su madre; pero a pesar de todo aún le tocaba en la casa algo más, y muy bien más. Arreglados en esta forma, la «prenda» no se entregaba sin que testigos formales se hiciesen cargo del contrato, por si había necesidad de obligar al otorgamiento de la escritura de renuncia y, claro está, al buscar personas formales, entre otras, me llamaron a mí, que soy el más formal del pueblo.

Al enterarnos los testigos del motivo para que se nos llamaba, pues yo no oía más que hablar de la «prenda» mandé que me la enseñaran, y sacaron una cajita de madera que había hecho el quinto abuelo, que había sido algo curioso, y dentro de ella envuelta en un pañito de lino estaba la «prenda».

¿Sabéis lo que era o lo que había sido? —El tirador del cajón de una mesa, de color ceniciento, así como cristal ahumado, pasta o piedra que ahora no recuerdo bien más que era redonda y conservaba

aún parte de la espiga por donde la cogiera una anilla metálica; en fin, como todos los tiradores de cajones.

Principié a santiguarme y tardé mucho en volver de mi asombro, al ver el objeto de tanto disgusto y por el que la muchacha había de renunciar a una buena parte de su herencia. Les pregunté el valor o la virtud de aquel boliche, y me dijeron que era la piedra de la leche; que cualquier mujer parida que no tuviese leche pronto, en cuanto tuviese una noche la prenda arrimada al pecho, la tendría enseguida en abundancia; y principiaron a contarme las mujeres que la obtuvieran de aquel modo milagroso. En vano traté de hacerles ver la procedencia de aquel boliche, que no valía absolutamente nada; no pude convencerles, y tuve que resignarme como Sancho cuando decía a su amo que la hija del molinero de El Toboso estaba lavando trigo (¡Quiá!, eran los malandrines encantadores que le hacían ver trigo lo que eran perlas y diamantes). Poco menos me decían aquellas gentes pues se me figuraba el tirador de un cajón lo que era la piedra de la leche. No hace mucho tiempo, hallándome un sábado en un café me llamaron dos paisanos conocidos míos, y me dijeron: «Sabíamos que venías aquí y queremos que hagas por favor una obligación —¿De qué?, les pregunté —De ciento veinte y cinco pesetas que le debo a este (este era un tuno que estaba lastimándose por una prenda, que decía no la hubiera dado por la mejor vaca) —Pero ¿qué es eso de la «prenda»? —Pues que mi mujer estaba medio muriendo con un fluyo que acababa con ella; fuimos a casa de este por la piedra del fluyo, y en cuanto bebió agua pasada por la «prenda» unas cuantas veces, le paró y sanó; y como he perdido la «prenda», nos arreglamos en que abonaré por ella 125 pesetas que ahora no tengo, por lo que pagaré los intereses hasta que se las pague —Me levanté sin tomar café siquiera. Si no estuviésemos en un establecimiento hubiera armado un escándalo, porque hubiese puesto al uno de tonto y al otro de granuja, que no habría por dónde cogerlos. Me dirigí a la puerta y me marchaba,

cuando viene uno tras mí a decirme en la calle —El caso es que la «prenda» no se perdió; le dijimos que se había perdido porque como no pide más que 125 pesetas quiero quedarme con ella —Enséñamela si la tienes ahí. Me enseñó otro bolicha; este era de cristal, color caña claro, completamente redondo, como miles de ellos que vi de diferentes colores («prendas»), que son juguetes de los niños. Miré el bolicha y… miré si por la calle parecía Dionisio o algún municipal; pero… no vi a nadie; le di la «prenda», y me marché.

Desde entonces acá vengo averiguando el paradero y la variedad de esas «prendas» y hallé otras para curar la mordedura de las culebras; para curar las espinas, para contener hemorragias, para curar las nubes de los ojos, etc., etc.

¿No veis el amanecer de muchas mañanas de marzo en que la neblina envuelve nuestras aldeas y nuestras montañas, oscureciendo la luz del día y rociándonos con su humedad maléfica? Pero vienen los rayos del sol naciente y penetran a través de la niebla, llevando luz y calor al pueblo y a la montaña, disipando a la vez aquella masa acuosa, de la que suelen quedar a veces restos sueltos que llaman cabrones de nublo, y que resisten por algún tiempo la acción de los rayos solares. Pues bien: hubo un tiempo en que la ignorancia tenía también al mundo envuelto en las tinieblas y en el que no se respiraba más que la pútrida humedad que las mismas despedían. La humanidad caminaba sin rumbo; no veía, y se aturdía como nosotros nos aturdimos si cruzamos una sierra a través del «nublo». En medio de aquel caos, de aquella confusión, se inventaron las más estúpidas extravagancias: hiciéronse dioses para todos los gustos y todas las necesidades; sacrificábase en sus altares examinando la sangre, los movimientos y hasta las últimas palpitaciones de las entrañas de las víctimas, en donde creía el hombre hallar presagios del bien o del mal. Llegó el hombre en aquella estúpida borrachera, a esperar su felicidad, hasta de la felicidad de las fieras que adoraba. El vuelo de las aves en esta o

aquella dirección le atemorizaba a veces porque creía que indicaban siniestros destinos; la salud del cuerpo, estaba confiada a asquerosos amuletos, a palabras incoherentes y a signos irrisorios. Pero aparece el sol del cristianismo; y penetrando sus rayos a través de aquella niebla, apareció en letras de oro esta hermosa prohibición: «No creáis en agüeros ni uséis de hechicerías ni cosas supersticiosas».

El progreso, la ciencia, robustecieron la razón de aquel mandato, porque llegó a enterarse del orden natural establecido; conoció las causas y señaló los efectos, y si algo sobrenatural o milagroso ocurriese, sería obra de la omnipotencia increada, invisible e incomprensible, pues solo ella puede alterar el orden por ella misma establecido. El mundo se iluminó: cayeron las divinidades paganas; enmudecieron las Sibilas; quemáronse los amuletos; olvidáronse las supersticiones y las hechicerías y desaparecieron los agoreros. Pero quedan, como en las mañanas de marzo, algunos cabrones de nublo resistiendo aún los rayos del sol de la civilización. ¿Sabéis cuáles son? Aquellos pueblos que aún creen en brujas, trasgos, nubleiros, los que usan la fumaza y los que creen en la virtud de las «prendas», despreciando la religión y la ciencia que lo condena, como resto de la borrachera pasada en los tiempos oscuros. – Odón.

(*El Narcea*, 1 de Junio de 1907)

¿POR QUÉ LA AGRICULTURA NO PROGRESA Y EL LABRADOR NO PROSPERA?

El labrador no tiene el cariño que debiera a la tierra que cultiva; y de ahí, que cualquier hijo de un labrador, deja de serlo, apenas se da cuenta de la situación en que fue criado y en la que viven sus padres. Por eso emigra; por eso la agricultura no dejará nunca la heredada rutina; se trabaja sin anhelo, sin cariño, sin deseo. ¿Por qué? Cosecha el labrador el trigo, cría y engorda el cerdo y la ternera; elabora la manteca; cría los pollos, recoge los huevos y parece el dueño de todo lo que constituye una alimentación nutritiva y regalada.

¿Pero qué come?

Vende el trigo y come muy escasamente pan de centeno, vende el cerdo y la ternera y come el potaje sin más sustancia que la vegetal; vende los huevos y la manteca y come papas de maíz y aquella leche insustancial que se llama leche fría, después de extraerle la manteca ¿Carne? Muchos de ellos no la prueban más que el día de Carnaval por la noche, y acaso el día de la fiesta del pueblo. No exagero nada. Para familias de seis u ocho personas, suele matarse un cerdo al año, de cuatro o seis arrobas; cuando más dos; y una gran parte de ellas, nada.

Cómo visten, ya se ve; cómo duermen y cómo viven, venga por estas aldeas el que quiera verlo. Todo lo venden.

Viciosos los labradores, salvo raras excepciones, no lo son; porque si alguna vez a alguno de ellos se le ve tambalearse algún sábado en Cangas, es porque el vino en estómagos vacíos, no quiere permanecer solo y se sube a la cabeza. Todo lo venden. ¿Tendrán dinero?…

¡Ah! … ¿Por qué la agricultura no progresa y el labrador no prospera?

¿Por qué no se tiene cariño a la más noble, a la más antigua y a la más útil de todas las profesiones? Porque son muy pocos los labradores que trabajan terrenos propios. El que más posee una hacienda en foro y paga por ella generalmente de renta, trigo, centeno, gallinas, carneros y manteca. Estos son los mejor parados. Otros, y son la mayor parte, cultivan bienes en arriendo con una renta excesiva y pagan la contribución como si fuesen propietarios. Son por lo regular los pueblos de mejor situación y mejores terrenos, razón por la cual han de pertenecer precisamente al duque, conde o marqués de… Cien generaciones amasaron aquella tierra con el sudor de su rostro; cerraron e hicieron prados de los zarzales; plantaron y edificaron los castañedos; desmontaron y allanaron los cerros; abrieron caminos; extrajeron aguas de los ríos y los arroyos para riego de aquellos prados, y cuando el dueño de los terrenos los veía prosperar, les subía la renta, y cuando no podían pagarla, los desahuciaba, lanzándolos hasta de la casa que ellos mismos construyeran. Las mejoras ejecutadas no les servían de abono; y el sudor de sus abuelos quedaba con el suyo mezclado con aquella tierra que cultiva; no puede tenerlo; por eso no procura mejorarla, porque no es suya. No puede además soportar la renta y las excesivas contribuciones que pesan sobre él. Por eso, todo lo vende; y vende lo mejor y come lo peor y aun esto con escasez. Por eso aborrece su profesión y envidia el jornal del bracero que trabaja solo para sí, sin renta ni contribuciones, al menos tan excesivas.

Los que cultivan haciendas de arriendo, pagan rentas y contribuciones, sí; pero no pagan intereses; es claro, como nada tienen suyo, nadie les presta un real; en cambio, cualquiera que tenga algo propio o siquiera la hacienda en foro, cae en manos de los usureros; encuentran dinero mientras baste a responder lo que tengan; y el interés suele ser tan módico, que a los pocos años sus bienes pasan a satisfacer los

deseos del prestamista, que al darle el dinero calculaba ya el valor de los prados. Todos, todos los que tienen dinero, quieren tierras y prados; ¿para trabajarlos?… ¡Quia!… Es para arrendarlos después al mismo que despojaron, imponiéndole otra nueva renta. Es tan grande el decir que se cobran rentas y tan dulce el comerlas que, como digo, todos quieren tierras y prados para que otro los trabaje; para tener quien a su paso se descubra en la calle, y para poder decir al diputado, si le visita o le escribe en vísperas de elecciones, lo que decía uno que cobraba tres cuartas de renta. «Ya tengo avisados todos mis renteros». Y presentábase en Burgos con todas sus mesnadas: total, cuatro soldados y un cabo que se pasaron al enemigo. ¡Vaya por Dios!

Tal es la condición triste en que vive desde hace muchos siglos el infeliz labriego. Trabaja para todos y no puede por lo tanto, esperar tan pronto la hora de su redención, porque tienen que trabajar mucho para los que no trabajan nada. Por eso no prospera; por eso no progresa; porque trabaja sin cariño; porque trabaja para muchos; porque trabaja lo que no es suyo; porque es la piedra del cimiento que sufre todo el peso del edificio social. Por él no se calentaron la cabeza los estadistas en busca de soluciones de alivio. Así vivió, vive y vivirá. El dinero, que solo debiera dirigir su acción explotadora a las fábricas, a las industrias, a las minas, a las carreteras y ferrocarriles, acecha al labrador; no para auxiliarle, sino, como el ave de rapiña, para devorarle; al primer picotazo, infiere en sus mejores fincas una herida de curación difícil, los intereses; y el segundo, tiene que sufrir la dolorosa amputación de las fincas picoteadas.

El servicio militar le quita los brazos más robustos y queda, a veces, el débil anciano sosteniendo el azadón para mantener dos hijos en el cuartel, los que después de cumplidos, huyen del hogar paterno, porque vieron en las poblaciones al obrero en huelga pidiendo y consiguiendo aumento de jornal; reducción de horas de trabajo; redimirse

de la explotación y ponerse en condiciones de vida racional, mientras que el destino de su familia, no espera aún la hora de su redención.

Pero llegará un día también en que esta clase desgraciada diga: «el que quiera comer, que trabaje». Y cuando forcejeen por salir las piedras de los cimientos, temblará todo el edificio, y o se derrumba entero, o habrá que admitir la sentencia de aquel gran pensador: «La tierra, para el que la trabaje».[22] – Odón.

(*El Narcea*, 15 de junio de 1907)

[22] Odón se refiere a aquí Emiliano Zapata, campesino de principios del siglo xx y referente de la revolución mejicana que exigía «la tierra para quien la trabaja».

EL TÍO ANTÓN, EL TÍO LUCAS Y LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Era domingo; y debajo de un copudo castaño, en donde la sombra y el norte hacían agradables las horas de una tarde calurosa de agosto, hallábanse descansando de las faenas de la semana, el tío Lucas, y el tío Antón, ambos vecinos de una montañosa aldea de este concejo. Ya en otra ocasión los vimos en el mismo sitio ocuparse como ahora de política; porque el tío Antón, y acaso también el tío Lucas, hubieran servido para desempeñar cualquier cacicazgo de provincia: como que habían sido aguadores muchos años en la villa del oso y el madroño.

—Dime Antón, ¿qué sabes de eso de Marruecos? Porque según me contaron y según me escribe el chico que tengo en el servicio, andan a tiros con los moros, y dice el chico, que están mirando de un día a otro cuando los llevan también al tiroteo. No seré yo solo el padre que esté con cuidado, ni el contribuyente que esté intranquilo; porque ya sabes que el dinero y la sangre corren en abundancia en las guerras; y particularmente la sangre, puede decirse que es solamente la del pobre; la roja, entiendes, porque la azul ni la burguesa, que no sé qué color tienen, no colorean nunca los campos de batalla.

Si alguna ofensa grave hicieron a nuestra patria, pase que por ella viertan su sangre los que poco o nada tienen que perder; porque el honor de España pertenece al pobre como al rico, y no tendría pena por mi chico si se porta como un valiente, aunque no me quede de él más que un «¡Adiós!» y un «Viva España».

—Mira Lucas: no hubo tal ofensa; porque en ese caso, tendrías muchísima razón y hablaste como hablarían todos los hijos de estas montañas.

Lo que ocurre es que entre los consejos que dejó el franciscano Cisneros y un testamento que debe estar apolillado ya, de Isabel I, tienen desde entonces preocupados a nuestros gobernantes con la vista fija siempre en Marruecos; pero pasaron aquellos tiempos. Desde entonces acá, fuimos muy a menos y hemos probado al mundo que no servimos tampoco para colonizadores. Perdimos todo lo que teníamos fuera de la Península y deseáramos un ensanche por ese lado; pero no estamos en condiciones para ensancharnos, por muchas razones.

Primero, porque Francia se nos adelantó; quitó al moro ya las babuchas, y quiere quitarle también el jaique. Pero sucede, que celosa Alemania, con un gesto de matón, paró los pies a aquella, y dieron al asunto una solución honrosa con el acta de Algeciras. En esa acta a cuya confección asistimos, se nos confió un papel que de vergüenza no debiéramos aceptar.

Figúrate Lucas: nos encargan de organizar la policía en Marruecos a nosotros, que nunca la tuvimos bien organizada en casa; a nosotros, que tuvimos a Barcelona poco menos que en manos de los terroristas, a nosotros, que declarándonos casi impotentes para evitar la repetición de bombas que llenasen de luto y terror a la ciudad condal, buscamos al inglés Arrow para organizar una policía que diese los resultados que no podíamos esperar de la que teníamos organizada. Quieren valerse de nosotros para moralizar aquel pueblo; nosotros, el pueblo de los analfabetos, el pueblo de las escuelas debajo del hórreo; nosotros, los de los maestros con cinco reales de sueldo. Quieren que europeicemos el África; nosotros, que dejamos a los igorrotes[23] en Filipinas a la misma altura que cuando descubrimos aquellas islas; nosotros, que nunca supimos hacernos querer de nuestras perdidas colonias.

¡Llevar nosotros el progreso al África, cuando aún tenemos en ella,

---

[23] Se refiere a un pueblo que vive en la región montañosa del norte de la isla de Luzón (Filipinas). Los igorrotes se dedican a la agricultura y trabajan los metales.

la extensa Isla de Fernando Poo casi despoblada, inculta y salvaje! ¡Ah Lucas, cuánto desatino!

Aun cuando se tratase de una penetración pacífica, que era lo que procedía, para ir atrayendo a los moros al sendero de la civilización, no éramos nosotros los que podíamos alegar títulos de mejor derecho para ello. Tenemos plazas importantes en la costa fronteriza de Marruecos, las que debiendo de ser plazas comerciales y de atracción, las hicimos presidios y enviamos a ellas toda la gente maleante; es decir, que entre los moros y nosotros, colocamos al criminal; y si alguna penetración pacífica había por nuestra parte, era la de algún bandido o asesino fugado, que iba a adiestrarlos en el robo, o en el manejo de la faca.

Debo decirte Lucas, que con nosotros, desfacedores de entuertos en Casablanca, será una quijotada como las del famoso manchego por los campos de Montiel.

Pues bien, como consecuencia de todo esto, los moros protestan de un modo heroico y legítimo de esa intromisión forzosa y extraña en sus asuntos.

Los moros son valientes y patriotas. Acaso por nuestras venas corre sangre de aquellos que vivieron ochocientos años en España. Que si vinieron a ella, fueron llamados por la traición de D. Julián, de D. Opas, de Eva y Sisebuto, hijos de Witiza, y de otros; pero dejaron la civilización y el arte; díganlo sino muchas de nuestras catedrales, mezquitas antes, construidas por ellos; la Alhambra de Granada; la famosa Córdoba, califato, en cuyo alcázar o palacio de Meruhan vivieron y gobernaron caudillos tan sabios, tan valientes, tan grandes y tan caballeros, como lo fueron los Abderramanes y Almanzores, y que frente a nuestra nobleza goda, colocaron rivalizando con ellas sus Gomeles, Zegríes y Abencerrajes.

Hoy por desgracia amigo Lucas, viven envueltos entre las tinieblas.

Si se tratase de franquear las puertas de Marruecos a los rayos del

sol de la Ilustración, por los medios pacíficos, muy bien; pero no es de eso de lo que se trata. Si en Algeciras se acordó lo de la policía y otras cosas, fue porque no podían ponerse de acuerdo con el reparto que estaba en la intención de los más. Y si nosotros vamos haciendo el oso, o mejor dicho, haciendo el caldo gordo a Francia, es porque esperamos en que el día que se acuerde el reparto nos den alguna piltrafa; acaso el monte del Gurugú.

Qué razón tienes Antón: no es seguramente por sentimientos humanitarios por lo que Europa acordó su intervención en Marruecos; porque, si como dicen, los moros mataron tres o cuatro europeos en Casablanca, por motivos que ignoramos; si esos sentimientos, repito, armaron el brazo de Francia y España por acuerdo de Europa, ¿por qué no se armaron igualmente para contener y castigar las matanzas de los cristianos de Armenia? ¿Por qué no se puso coto a los recientes asesinatos en Rusia? ¿Por qué el Japón no tiene ya su escuadra frente a la de los Estados Unidos, por salvajes linchamientos? ¡Ah! Es porque se temen. Solo se atreven con ese imperio caduco, al que debieran rejuvenecer, inoculándole la savia bienhechora, por los medios que el cristianismo aconseja; pero nunca con esos alardes de fuerza tan injustos, como legítima es la defensa por los fueros de la patria.

—Tienes razón, Antón. Quieren repartírselo; pero temen salir todos liados como los perros cuando se juntan a un carnero. Y si llegara ese caso, ¿qué sería de España metida en ese lío?

Y si eso, Lucas, ¿qué iremos ganando nosotros con que los moros gasten sombrero de copa u hongo en lugar del turbante o la capucha del albornoz, que dejen de envolverse en el majestuoso y blanquísimo alquicel y se vistan de frac o levita, traje de bailarines; que oigan el fonógrafo; que dejen de ser buenos jinetes para caminar en bicicleta o automóvil, que es la única ilustración que podemos llevarles — a no ser que les llevemos también las corridas de toros — porque robos y

asesinatos, ¿hemos de evitarlos allí cuando aquí los tenemos a la orden del día?

Había pasado el sol y levantáronse el tío Antón y el tío Lucas para regresar al pueblo; y pasaron por cerca de mí que escondido tras unos ganzos, los había estado escuchando. Paráronse en medio de aquel terreno yermo y dijo el tío Lucas:

—Mira Antón; todo este terreno es mío, y estoy esperando que den la licencia al chico, para que venga a ayudarme a cavarlo

—¡Cuántos yermos esperan lo mismo! Si nos dejáramos de aventuras insensatas, y nos acordáramos de cultivar nuestros yermos del campo, y los yermos de la inteligencia, otro gallo nos cantara. – Odón.

(*El Narcea*, 28 de septiembre de 1907)

PARA TODOS

No hace mucho tiempo, publiqué en *El Narcea* un artículo «Para los labradores»[24], en el que se trataba del arbolado y sus ventajas. No volveré a repetir las razones que allí exponía en favor del árbol, fundadas en las ventajas que a todos reportaría la repoblación de los montes y de las sierras, y la de convertir en bosques para madera, la mayor parte de tantos terrenos incultos que, si otra cosa no producen, siempre servirán para leñas y madera. Creo que nada adelantaría con decir una vez más, lo costoso de nuestras obras por la escasez de maderas, ni el deciros que en la villa de Cangas cuesta seis pesetas un carro de leña que tendrá poco más de dos cargas de un hombre, ¡cosa increíble! Es claro: viene del Pueblo de Rengos, cerca de cuatro leguas de distancia, y aún allí, va escaseando ya.

Estoy convencido de que el hombre de hoy, no fue educado convenientemente; no saldrá de su apatía, no cambiará de rumbo. Cuando la vida se le hace penosa, piensa en la emigración y va a llevar sus energías a tierras de seguro más ingratas que esta.

No, no, si queremos progreso, dejemos al hombre de hoy y hablemos al hombre de mañana; hablemos al niño.

Cuando la dirección de la instrucción pública cayó en manos competentes y en hombres de buena voluntad, se hablaba, aunque no fuese más que en proyecto, de dotar a las escuelas de terrenos que sirviesen de campos de experimentación o una cosa así como granjas agrícolas, donde la agricultura en sus diferentes partes, se enseñase prácticamente a los niños. ¡Qué hermoso sería y qué provechoso, es-

[24] El artículo que cita aquí Odón no hemos podido localizarlo.

pecial y particularmente para las escuelas rurales, a donde solo acuden los hijos de los labradores!

Convencidas también beneméritas autoridades de algunas localidades de lo provechoso y trascendental que sería inculcar al niño el amor al arbolado, instituyeron la fiesta llamada «del Árbol», y llevan a los niños a plantarlos, dando a aquel acto, toda la solemnidad que requiere enseñanza tan provechosa.

Pues bien: de esa enseñanza, en ninguna parte se siente tanta necesidad como en este concejo de Cangas de Tineo; y los medios de efectuarla en parte alguna son tan fáciles como aquí. Voy a demostrarlo.

El Sr. Conde de Toreno (por ejemplo) tiene terrenos dados en arrendamiento en un pueblo donde hay una escuela. Sin necesidad de quitar a un colono, ni un prado, ni siquiera un trozo de terreno yermo que lo cede a la escuela por catorce o diez y seis años. El Ayuntamiento lo cercaría con alambre, que eso cuesta muy poco y se entrega al maestro. Qué higiénico para los niños; qué provechoso para el porvenir, si al menos dos veces al mes, por la mañana o por la tarde, la escuela se trasladase al campo y principiase el maestro sus enseñanzas; primero, eligiendo y preparando el trocito de terreno que había de servirles para semillero de los diferentes árboles que habían de poblar aquel bosque. Otro día replanteando las hileras donde habían de plantarse, que podían ser tantas como secciones tuviese en la escuela, a fin de que cada sección cuidase de la suya y que cada niño tuviese su árbol o más, a fin de introducir entre ellos una noble emulación en el cultivo y desarrollo de los suyos.

En todos los meses del año se puede trabajar en el cultivo del árbol; en unos, se plantan los de semillero; en otros las estacas de los que pueden reproducirse de este modo; en otros por el acodo de las ramas; los injertos de hendidura y coronilla, tienen su tiempo; y otro los de escudete; otro para la poda, y en todo tiempo para la limpieza

del terreno. Y estas enseñanzas prácticas son de más efecto que cuanto puedan decir los mejores autores en sus libros de texto.

El maestro, a fin de encariñar más al niño con el árbol, procuraría que la entrada a la escuela, o la salida de ella, o el paso de una a otra sección, se señalase con la colocación de un árbol, de una estaca o de un injerto, para que el niño viese siempre representada en aquel bosque, su historia escolar; para que mire siempre con cariñoso respeto aquellos árboles y cuando salga de la escuela, convencido de que en los árboles se puede escribir una historia, plantará árboles en su hacienda; plantará uno al ir al servicio; otro si se ausenta de su patria; plantará otro cuando se case; otro cada vez que tenga un hijo; y cuando sea viejo reunido con su prole les vaya enseñando la historia de su familia representada en cerezos, nogales, perales y manzanos, aquellas frutas llevarán a su paladar sabores deliciosos, a la vez que a su mente el recuerdo de gratos acontecimientos.

Estas enseñanzas elevan al hombre, identificándolo con la naturaleza, haciéndole su auxiliar.

¿Quién que haya leído a Pablo y Virginia[25] no se enternece al repasar la historia de aquellos cocoteros que representaban sus edades y aquellos otros que eran el recuerdo de asuntos cariñosos?

Y la segunda visita después que a la familia, del que vuelve del servicio y del que se ausentó de su patria, sería para el bosque de la escuela, y para los árboles que plantara al ausentarse.

Este es el único camino para conseguir que el árbol ocupe en el corazón del hombre el sitio que se merece; con lo que las maderas, las leñas, los frutos, la salud, la caza y la hermosura de esta desgraciada tierra, se aumentaría, y sus moradores no pensarían engañados que hay otra mejor por la que pueden abandonar la suya.

He dicho, el Sr. Conde de Toreno, como pude decir los Sres. de

---

[25] Se refiere a la novela francesa *Paul et Virginie* del siglo XVIII (1788). Su autor es Jacques Henri Bernardin de Saint-Pierre.

Velarde, los de Flórez de Sierra, los de Llano, los de Arango y otros más[26], que podían regalar por catorce o diez y seis años un pedazo de terreno a las escuelas donde radican sus haciendas. ¿Qué perderían con eso? Nada ¿Cuánto ganarían? Muchísimo. Porque la escuela inculcaría a sus colonos de mañana el amor al árbol para que plantasen en las haciendas del señor; además, que por un pedazo de terreno inculto que recibe, devuelve al cabo de ese tiempo un bosque o un vergel de ricos frutales, con lo que paga con muchísimas creces la renta que podía producirle aquel yermo. Y como al cabo de catorce o diez y seis años nada quedaba que hacer allí, más que la conservación de los árboles, podría señalarse otro trozo. ¡Ya lo creo! Prestar terrenos yermos para devolverlos bosques bien poblados.

Por eso os decía con cuanta facilidad se puede llevar a la práctica la repoblación forestal en este concejo. Medítenlo bien todos. – Odón.

(*El Narcea*, 1 de febrero de 1908)

[26] Son estas familias famosas en la zona de Cangas de Tineo por su riqueza y sus títulos nobiliarios.

¡¡OH!! LA AGRICULTURA

El primer azadonazo que el hombre dio sobre la tierra, o el primer surco que abrió en ella para hacerla producir, fue el primer paso que dio hacia la civilización; fue la primera ocupación del hombre, la más útil, la más noble y como decía Columela[27], la madre de la inocencia y del honesto trabajo, parienta allegada de la sabiduría y cimiento seguro de la fuerza y esplendor de los pueblos. La más útil, porque le basta al hombre propagar una planta, mejorar o multiplicar un árbol, para ser bienhechor de su pueblo. Es la más noble, porque en la antigua Roma cuando se quería ensalzar un ciudadano, se le daba el dictado de buen labrador o buen colono, no creyendo que se le podía tributar mejor elogio, y porque la agricultura parece que hace participar al hombre del poder creador de Dios, como decía un célebre pensador. Puede la instrucción hacer sabios; el comercio y la industria hacer ricos; pero la agricultura, hace siempre buenos ciudadanos; porque en medio de los trabajos del campo se mitiga la violencia de carácter, se calman las pasiones, se inspiran ideas inocentes y santas, y se va a Dios por medio de la contemplación habitual de la naturaleza.[28]

La agricultura y la ganadería, son la base más sólida de la prosperidad pública; y sin embargo labradores y pastores, son los últimos en el vocabulario insensato del orgullo.

La necesidad de cultivar la tierra y de domesticar los animales fue el primer descubrimiento del hombre en los tiempos primitivos, y el

[27] Lucius Junius Moderatus, de sobrenombre Columela, fue escritor agronómico romano (Gades, Bética, 4 d. C. – Torento, ca. 70 d. C.). Era amigo de Séneca.

[28] Podemos ver aquí cómo Odón sigue la idea que los místicos tenían de la naturaleza, y su poder para llevarnos a Dios por medio de su contemplación.

reconocimiento de su utilidad, fue la primera lección que aprendieron en el libro de la experiencia. Desde entonces a hoy, prosperaron los pueblos que tuvieron por fundamento la agricultura, y empobrecieron los que la abandonaron por seguir atentos, extraños derroteros que la ciencia descubría, sin más utilidad muchas veces que para los refinamientos del lujo, buscando una felicidad que no podía existir, si no tenía por base el cultivo de la tierra.

A medida que el hombre se apartaba de la tierra, crecía el orgullo y la soberbia de los pueblos, y en lugar de ver un hermano en cada semejante, los pueblos se armaron y solo se pensó en el perfeccionamiento de las máquinas destructoras de la humanidad, en vez de pensar en embellecer y enriquecer por medio del cultivo la tierra que el creador le entregara. Y continúan las naciones por este camino suicida, sin que las enseñanzas del pasado les hagan abrir los ojos.

Cuando el pueblo israelita fue transportado a Egipto, llevó consigo sus costumbres patriarcales, su amor a los rebaños, y el cultivo de la tierra. El país de Gesen fue bien pronto cubierto de ganados y fecundizado por el riego y el cultivo, y el pueblo de Israel se enriqueció y multiplicó extraordinariamente hasta el punto de inspirar temores a los egipcios que vivían en la miseria en medio de la ciencia y del arte; porque los egipcios abandonaban la agricultura y se dedicaban a la magia y a la astrología arrancando secretos que fueron tenidos por milagros en la corte de los faraones. Eran también artistas, porque si no entonces, fueron enseguida el pueblo de las pirámides, cuya obra viene admirando el mundo a través de los siglos y las generaciones, y sin embargo eran pobres y veían con envidia aquel pueblo de agricultores y pastores que vivían en la abundancia, con la sencillez que aprendieran de Abraham y Jacob.

Semiramis instruyó a su pueblo en el cultivo de la tierra, y para mostrar al mundo su grandeza, no halló forma más adecuada que el

cultivo de las flores, construyendo en Babilonia aquellos jardines colgados, que fueron una de las primeras maravillas del mundo.

El paganismo ensalzó la agricultura encomendándola a una diosa que la protegiese. Los romanos atendieron preferentemente la agricultura, sucedieron, para que fuese la base de su grandeza.

Nada hay tan grande ni tan sólido, como la agricultura y la ganadería; ni nadie tan respetable en la sociedad como el pastor y el agricultor, diga el orgullo lo que quiera. Cuando un pueblo necesita un hombre, surge de entre los ganados o de entre los aperos de labranza.

Cuando el pueblo de Israel se vio amenazado por los egipcios, el pastor Moisés, abandona los ganados que guardaba de su suegro Jetro, para convertirse en el caudillo y el legislador de su pueblo.

Consternado estaba el ejército de Saúl ante las amenazas de Goliat. Ninguno de sus capitanes acepta el reto que recoge el pastor David, y con solo su honda, arroja a los pies de Saúl la cabeza del gigante.

Régulo estaba cultivando sus tierras, cuando una comisión del Senado fue a notificarle que había sido nombrado para mandar la flota que Roma enviaba contra Cartago. La desgraciada lealtad con que Régulo sirvió a su patria asombró a los cartagineses.

En nuestra historia, ningún caudillo llegó a la altura de Viriato que llegó a ser el terror de la altiva y poderosa Roma. Y Viriato fue un pastor. Pastores fueron algunos emperadores romanos. San Pío guardó ovejas y Sixto V puercos, y ciñeron después en su frente la tiara de los papas. Juana de Arco fue pastora. Francisco Pizarro, guardó cerdos y fue después el conquistador de Perú. El marqués de la Ensenada, honra de España como hombre de Estado, se crió entre los arados de su padre, honrado labrador de La Rioja. Alberoni, fue jardinero. El cardenal Cisneros, fue también hijo de un labrador; y sería interminable la lista, si fuese a relacionar todos los hombres célebres cuyo origen se halla entre los útiles de labranza o en el aprisco de un rebaño.

Ya veis pues lo que el campo produce moral y materialmente. No

tratéis de averiguar en qué consiste nuestro atraso y nuestra miseria. Debiéramos ser un pueblo agricultor y ganadero, y somos un pueblo de malos políticos, de Quijotes y de vagos. Somos un pueblo de esclavos sumisos al caciquismo. No somos un pueblo agrícola; la agricultura representa el carácter de los pueblos libres. La inclinación al campo, es propia de las almas tiernas y nobles y de los entendimientos sabios.

La ciencia no ayuda a la agricultura, ni a ella se dedica.

El capital tampoco se acerca a ella; solo en esta tierra se acerca algún usurero para ofrecer ganados a medias; una onza por una hemina de centeno de interés o veinte duros por un carro de yerba también de interés anual. Los brazos del agricultor, marchan solos por el camino que trillaron sus abuelos. Y nuestros estadistas miran con predilección el ejército; y se destinan millones y millones para la escuadra; y nada para llevar agua a los secanos; para la repoblación de montes; para roturación de yermos; para caminos vecinales ni para la instrucción agrícola, que se halla a la altura de los tiempos de Noé, que también fue agricultor. Las atenciones de un Estado, debieran dividirse en cuatro secciones; una para el comercio; otra para la industria y dos para la agricultura. Todo lo demás, es secundario. Un pueblo, así constituido, sería temido sin grandes ejércitos, y respetado sin poderosas escuadras; porque en los pueblos ricos, para las necesidades imprevistas, surgen siempre recursos improvisados.

Solo con la agricultura, desaparecerá el imperio del sable, del caciquismo, de la estupidez y la miseria, reemplazado por la abundancia y el progreso.

Pero es necesario que la ciencia y el capital se unan al trabajo del obrero del campo. Que de ningún modo se roben brazos a la agricultura y que. El hierro de los cañones cuyo empleo al mundo aterra, se convierta en azadones para cultivar la tierra. – Odón.

(*El Narcea*, 3 de octubre de 1908)

EL TRABAJO

Dedicado a mi amigo y compañero.
Un monitor

El trabajo ha enriquecido a muchos pobres. La ociosidad ha empobrecido a muchos ricos.

He visto, querido amigo y compañero, el aplauso que me envías y la observación que me haces en las columnas de nuestro querido *Narcea.* Respecto al primero te excediste algo mucho; no merecen mis artículos más elogios que el que merezca la buena intención con que los escribo y el cariño entrañable que como tú profeso a la honrosa misión que el destino nos confió: «la educación de los niños». Respecto a la observación que me haces, me propuse no discutir con nadie; cada uno tiene su modo de ver y apreciar las cosas; respeto la opinión de todos, porque no creo infalible la mía. Y de lo que me dices que muchos se ocupan buscando faltas gramaticales en nuestros escritos, lo creo. ¡Cuántas hallarán en los míos, unas mías y otras de la imprenta! De eso hago poco caso; las personas de buen sentido subsanan todas las faltas del que, sin tiempo para examinar ni perfeccionar mucho lo que escribe y atento solo a descargar la idea que le pesa en la cabeza, se olvida de algunas pequeñeces que quedan para pasto de los desocupados, a los cuales recomiendo la lectura del presente artículo «El trabajo».

Si los desocupados lo son porque heredaron una fortuna, tengan presente que el heredar no es ningún mérito; el aprender y ejercer con dignidad un oficio o una profesión es hermoso.

El trabajo despierta a cada paso una fuerza adormecida y desarraiga

un error. El que nada hace nada sabe. El trabajo es el padre de todas las virtudes, decía Franklin, porque la virtud huye de la ociosidad.

Con la actual organización económica, social y política, puede decirse que al menos en la producción, de cada diez personas no trabaja una.

Nuestra legislación aún permite la holganza a los que viven de rentas cuyo origen es tan oscuro como los nimbos que ocultan el hermoso azul del cielo, porque también las rentas ennegrecen y matan el hermoso estímulo del trabajo.

Se vive en la usura; se vive de la política con grandes sueldos, sin hacer otra cosa más que como el pavo real en mirar si sus plumas están siempre tersas y brillantes.

Por eso la miseria de los trabajadores es tanta, porque es proporcionada a la imperfección social, y esta, a la riqueza de las clases parásitas y explotadoras.

Y continuará esta imperfección, porque la política es la carrera de los holgazanes que carecen de todas aquellas virtudes que solo se adquieren con el trabajo, porque el trabajo morigera las costumbres y las regulariza para que produzcan acciones generosas. El que sin estas condiciones se encumbra será todo lo político que se quiera; pero será el orgulloso e insoportable cacique, que vive a costa del trabajo ajeno, y de quien el trabajador no puede esperar protección ni ayuda, porque nunca tuvo amor al trabajo.

Debo aclarar, querido amigo monitor, para que nuestros desocupados me entiendan bien, que considero trabajadores lo mismo al agricultor que al zapatero, que al albañil, que al médico, al boticario, el abogado, etc.

El trabajo, es la salud del pueblo; y cuando los gobiernos no protegen al trabajador, puede decirse que franquean el camino del vicio, enfermedad mortífera.

La abeja y la hormiga son los símbolos de la constancia en el traba-

jo; nos enseñan que sin esta preciosa virtud no es posible alimentar el cuerpo ni engrandecer el alma.

Para vosotros desocupados que os entretenéis en examinar la construcción de las oraciones que componen mis artículos, y en mirar si esta coma o aquel punto está en su lugar, para vosotros son mis consejos y mis afectos, porque sois inofensivos por hoy; sois, generalmente, jóvenes inexpertos. Pero si mañana os viese viviendo del sudor del pobre, sea por el camino de la política, de la usura y aun a costa de una herencia que llegue a vosotros por caminos torcidos, para entonces os guardo mi maldición.

Trabajemos todos, no solo para el provecho propio, sino para el provecho de todos. El que solo trabaja para sí, es un egoísta; el que trabaja para otros, es un esclavo; pero el que trabaja para sí y para todos, pertenece a la falange de los hombres libres y honrados.

¡Cuánta deficiencia se observa en la constitución de la sociedad humana! Hay leyes para castigar todos los crímenes; pero no hay ninguna que señale al zángano como un criminal; no hay ninguna tampoco para premiar el trabajo y la virtud.

Y mientras al trabajador no se le premie, no se le estimule y no se le instruya; y mientras que sobre el agricultor pese el quinto, el diezmo, el censo, el foro, etc., seguirá corriendo la sangría suelta de la emigración, que en vano tratan de contener con sus vendajes en nuestros puertos de mar de esos hombres que desconocen por completo cómo vive el pueblo que trabaja, y el trabajo sin estímulo ni recompensa se hace odioso al que tan malamente vive de él.

Por eso, amigo y compañero, la educación e instrucción, la agricultura y el trabajo, son mi pesadilla o acaso mi chifladura. Todo cuanto he escrito en *El Narcea* ha sido sobre lo mismo, porque veo abandonado lo que considero de importancia capital para la prosperidad de los pueblos.

Deja que los desocupados, amigo monitor, nos critiquen. Tu desti-

no y el mío, así como la misión de *El Narcea*, debe ser la de moralizar e instruir. Reconozco mi incompetencia, pero hago lo que puedo y lo que debo.

La educación y la instrucción hay que adquirirlas; pero del trabajo nadie puede evadirse; hasta el vivir de zángano es trabajoso.

Encaucemos toda nuestra actividad al beneficio de todos, que será también el propio; y tengamos presente lo que decía un sabio pensador: «El trabajo es una ley que el Creador impuso a toda su obra. Todas las cosas están llenas de trabajo. No hay raza, no hay ser que buscando reposo pueda encontrarlo. Toda la creación es presa de universal inquietud. No hay corazón que no suspire, ni hoja que no tiemble, ni roca que no se agite y estremezca. Hasta el océano palpita y ruge como si le agitara un dolor sempiterno. Y es que la creación entera sufre la pena del trabajo». – Odón.

(*El Narcea*, 26 de diciembre de 1908)

EL SEPARATISMO

Era una noche de estas de febrero, claras, heladas y silenciosas, en que las estrellas centellean en el cielo, como centellean las miradas en los ojos de una mujer celosa.

El tío Antón y el tío Lucas, antiguos amigos nuestros, calentábanse al pie de un buen fuego en la cocina del último, y, como siempre que se juntaban, hablaban de la cosa pública…

—Ya ves, Lucas, como en todas partes se observa el malestar, se perciben los quejidos y se sienten los dolores. Estoy para asegurarte que aun en nuestros días hemos de sentir sacudidas tremendas, de las que no sé si saldrá el bien o el mal. Yo, al menos, presiento, como aquel célebre orador, el trotar a nuestras puertas los caballos de Atila.

—Pero, Antón, yo no veo las cosas del mismo modo. Es verdad que la cosa no presenta buen aspecto; pero acaso los que dirigen el carro cambien de ruta y entren por el buen camino.

—No pueden; el carro está demasiado atollado. La unidad de la patria presenta grietas que amenazan. Hay insultos de una a otra región; se mancha mintiendo la historia más gloriosa del mundo, dividiéndola como quieren dividir la patria. Se llama capitán de bandoleros al Cid, y acusan poco menos que de usurpadora y fratricida a una reina que acaso merece un puesto en los altares. Buscan precedentes en la Historia para fundamentar sus aspiraciones, y la Historia se los niega; y con el separatismo en el corazón y una España de piezas hilvanadas en los labios, se presentan tan frescos esos hombres cuyos discursos y explicaciones por recientes agravios no pudieron tranquilizar a los amantes hijos de la España una.

Las glorias de Aragón, Navarra y Cataluña son tan españolas como

las de Castilla y León, y con tan patriótico orgullo leo las glorias de los Moncadas; de Roger de Lauria, mandando la flota aragonesa; de Roger de Flor y Berenguer de Entenza al frente de los almogávares catalanes, peleando contra todo el poder de los turcos, como las de los castellanos Fernán González, Alonso de Guzmán o las del andaluz Gonzalo de Córdoba, que las de los extremeños Cortés y Pizarro.

Solo la desgracia dividió a España algunas veces. Roma la había unido con su idioma, con sus leyes y hasta con sus costumbres. La irrupción de los hijos del Norte volvió a dividirla entre Godos, Suevos, Vándalos y Alanos. Walia estuvo cerca de realizar la unidad de España; la realizó Leovigildo, y su hijo Recaredo apretó aquella unidad con el cristianismo. Y antes de esto ¿no fueron por España toda y para toda España las glorias de Sagunto, de Numancia, de Viriato y de Sertorio? Vuelve la desgracia a desunir a España con el desastre de Guadalete; pero cuando la cruz se levantó triunfante sobre los minaretes de la Alhambra, habían desaparecido reinos y condados para que Boabdil se despidiese de la España una, como una la encontró Muza.

—Ya ves, Lucas, como la Historia nos dice que el fraccionamiento de España fue siempre la consecuencia de la desgracia, y encuentro criminal la idea de separación y aun todo lo que tienda a aflojar los lazos de la unidad. El separatismo existe, como sabemos todos, y en lugar de ahogarlo al nacer, se confeccionan leyes que lo alientan y que, según ellos, son un medio para conseguir el fin.

—Muy lejos de mí, Antón, el defender el separatismo; pero acaso tengan poderosos motivos para desearlo. ¿Cómo nos encontramos al cabo de los siglos con que cuenta la España una? Que los gobiernos no han sabido constituir la sociedad con una variedad que no perjudicase la unidad.

La unidad mandaba a las regiones, como mandó a las colonias, hombres que desconocían por completo el modo de ser y el modo de vivir de los pueblos que iban a gobernar, y sin mirar tampoco el

modo de vivir y el modo de ser de los hombres que escogía para gobernar las colonias y regiones. De aquí nacieron los desaciertos y, por consiguiente, los odios entre gobernantes y gobernados. No importa que alguna vez algún hombre con rectas intenciones se haya levantado sobre el nivel de los demás; le siguieron los espíritus mezquinos como suben tras el sol del invierno los vapores de la misma tierra que ilumina a empañar su brillantez.

— ¡Ah, Lucas, creo que nos vamos poniendo de acuerdo! Esos hombres, a que aludes, no pudiendo sostenerse ni en las regiones ni en las colonias, por su desacertado modo de gobernar y por incompatibilidad de su modo de ser y de vivir con la misión que se les confiara, establecieron un punto de apoyo para sostenerse, contrario a la razón, a la justicia a la libertad: el caciquismo. Y la razón de la fuerza oprimió a la fuerza de la razón; y la razón del dinero, a la razón en la miseria; y la razón de la influencia, a la razón sin ella.

De ahí nace, como ves, que si se trata de quintas, se diga: el hijo de Fulano no va al servicio porque su padre tiene buenos amigos; si se trata de pleitos, Zutano gana, porque tiene buenas influencias; si de contribuciones, el otro paga poco, porque tiene buenos padrinos, y de cualquier cosa que se trate siempre dirás que la influencia y, sobre todo, el dinero derriban las murallas de la justicia. Y el dinero se consigue de cualquier modo. La usura devora los pueblos y se extiende como una asquerosa lepra sobre el cuerpo social. Todo lo malo está más o menos consentido. No hay respeto a la desgracia; el rico atropella al pobre; el joven se burla del anciano, sin mirar en que está demoliendo por la mañana el techo en que ha de dormir por la noche.

Dices muy bien Lucas; la sociedad está mal constituida, el pueblo está mal educado.

Pues bien, Antón, ahora te convencerás de la necesidad de constituir de nuevo la sociedad. Los anarquistas quieren destruir la existente con dinamita. ¡¡Maldito sea tal procedimiento!! Pero esos que

quieren separarse de un cuerpo gangrenado, para formar otro cuerpo que crezca sano, rodeado de limpieza, rico de nutrición apropiada para su desarrollo natural, ¿no tienen acaso razón? ¿No son al menos disculpables sus desvaríos? ¿No es en cierto modo natural que el hombre que se cree desamparado por la Ley se rebele contra ella, viniendo así a justificar, hasta cierto punto, la conocida clasificación tolstoyana de los delitos, en delitos respecto de los cuales la sociedad es tan culpable con relación al delincuente como esta respecto de aquellas? Si hay, pues, anarquistas y separatistas, y si no hay nunca justificación para el crimen, hay cuando menos posibilidad de que haya criminales, porque todos los males nacen de males anteriores; y es un hecho, tan constante como triste, que en todos los órdenes de la vida, así como en los de la naturaleza, lo malo produce lo malo y germina y se reproduce mucho más que lo bueno.

Bastará por hoy, Antón. Tú odias, como yo, a cuantos de algún modo traten de aflojar los lazos de la unidad de España; pero yo te aseguro que si la educación y la instrucción del pueblo se entrega a las regiones, nuestros hijos han de ver cómo los pueblos de las parroquias de Ambres y de Maganes piden la autonomía, digo, la autonosuya, con su lengua, con su historia y con su legislación; pero como no lo hemos de ver, podemos decir mientras vivamos: ¡Viva la España una, la España grande, la España capaz todavía de reproducir su historia de grandezas y la España respetada y temida de las naciones…!

Alguno está tras del volao, en el estrado de casa; oí ruido; esta vez no será Odón que lleve al *Narcea* nuestra conversación.

Efectivamente, había ido yo a buscar fuego en una almadreña rota, pues en mi casa no había cerillas. Oí la conversación y me agache hasta que terminada entré en la cocina. Les pedí permiso para publicarla, y yo la traslado a mis lectores para su conocimiento y efectos consiguientes. – Odón.

(*El Narcea*, 13 de marzo de 1909)

AYER Y HOY

Era yo un niño; los hombres de mi pueblo gastaban calzón corto y montera; las mujeres, saya *raxona,* dengue de estopa que llamaban «solitaria», una especie de mandil en la cabeza sujeto por debajo de la barba con un plegado atrás, de donde pendía una cinta encarnada; los días de fiesta pañuelo francés encarnado, ¿de seda? No. La seda era desconocida. El hombre los días de fiesta calzaba borceguí, y adornaba sus gruesas pantorrillas, solo cubiertas por media blanca avarillada, con las motas que colgaban de sus tronjiles (ligas) que las mujeres sabían hacer. Por junto a mi casa, pasaba la recua los viernes con dirección a la villa; todos los niños salíamos a verla y a oír de la zumba el triste tan, tan, con que nos saludaba el macho delantero. De uno a otro pueblo rechinaban los carros del país saltando las peñas y atrancando en los pozos, sin más camino que la huella marcada por el paso de muchas ruedas; y rascando también las peñas, veíamos al labrador cogido a la manera del arado que inventara Noé.

El maestro de mi pueblo abandonaba la bodega huyendo de la oscuridad y de la humedad, y calentábase al sol en un campo, donde a la vez que cuidaba de que los niños leyesen hacía cucharas de madera y a veces castañuelas. Tenía mucha familia; ganaba seis reales — porque era escuela elemental — y no le alcanzaban; es claro, ganaba menos que el sastre y tenía que hacer algo que le ayudase a vivir, y lo único a que podía dedicarse en las horas de clase era a las cucharas o a las castañuelas. Ya comprenderás, lector amigo, que las cucharas y las castañuelas del maestro eran para vender o cambiar por un cesto de patatas, por una escudilla de habas o por un bolso de castañas; ¡retribución no le pagaban!, y para él en su casa las cucharas duraban mucho; y las castañuelas

¿para qué las quería? Desde que se hiciera maestro no volviera a dar una vuelta y hasta se le olvidaran los cantares que aprendiera de niño.

Los jornaleros salían de casa poco después de las doce de la noche para ir a la carretera a ganar un jornal de cinco o seis reales. Las horas de entrada y salida las marcaba el cielo en el reloj del obrero, al que llamaban la estrella jornalera.

…

Pasaron sesenta años, como pasa un sueño. El «Ayer» desapareció y una nueva decoración se presenta en el teatro de la vida. Desapareció el calzón corto y la montera. La aldeana de hoy no se parece a la de ayer: la cubre la seda y la adornan los encajes; hasta el moño abandonó su sitio, para colocarse en lo más alto de la cabeza. Ya no rige para el obrero el reloj del cielo: todos lo llevan en el bolsillo; disminuyeron las horas de trabajo y aumentaron casi doble los jornales. Desapareció la recua que pasaba por delante de mi casa, para dejar paso al coche, a la bicicleta y al automóvil. El aldeano no baja ya a la villa los días del mercado con el zoquete de pan moreno en el bolso de la chaqueta de calcín. En la villa se come, se bebe, se toma café y se oye el fonógrafo con gusto, mientras que un abuelo nuestro si lo oyese echaría a correr y no pararía hasta la Colegiata para si la hallase abierta llegar a la pila y echarse unas gazapadas de agua bendita por la cabeza, para librarse del diablo del fonógrafo.

Hermosa es en verdad la decoración de hoy. Triste, sombría, la de ayer.

Así decía hoy al despertar de un sueño de sesenta años; pero… me restregué un poco los ojos y vi que si es verdad que una oleada de progreso invadió penetrando hasta los rincones más apartados de la última aldea, esa oleada vino desbordada, sin dirección, sin orden en su marcha, arrolladora del ayer; vino sin concierto, importada por contrabandistas como los géneros extranjeros, o propagan el contagio de una enfermedad.

Porque el progreso aparece en la superficie como la pintura que, figura de caoba, cubre una mala madera, donde se ocultan grietas y podredumbre. Porque a través de ese lujo, solo aparente, vese invariable todavía el arado de Noé; rechinando los carros que inventara Túbal, saltando peñas y atrancando en pozos; porque el progreso en el vestir y el progreso en las comodidades se adelantó al progreso del arado y del carro en su perjuicio. Porque aún crecen los inútiles arbustos donde debieran crecer los árboles. Porque escasean las maderas donde debieran sobrar. Los ganados no prosperan porque crece la folguera y la zarza donde debiera crecer el toxo. Crece la siniesta donde debiera crecer la yerba en prados artificiales. Cultívanse imprudentemente las vertientes preparando las frecuentes arroyadas, que se evitarían, por ejemplo, con el toxo, cuya utilidad aún no conocen los ganaderos.

No se conoce ni se emplea otro abono que el que procede del animal que vive bajo el mismo techo que el hombre, donde pudren y fermentan excrementos y vegetales, causa de enfermedades desconocidas. Este abono pesado, se conduce muchas veces al hombro por falta de carriles de carro. Se lleva indistintamente a cualquier tierra, porque creen que en todas las tierras sirven los mismos abonos. No se conocen por sus componentes las necesidades de la tierra, ni el abono que por sus componentes pueda llenarlas. Todo es rutina; todo, ignorancia: todo miseria, cuanto con la agricultura se relaciona.

Es verdad que no se ven los zoquetes de pan moreno en el bolso de la chaqueta de calcín; el progreso de comida, bebida y café en la villa cuando a ella vamos; pero quedan a veces las familias en casa deseando un pedazo de pan moreno de sus abuelos. Es verdad que el jornalero gana más, pero la vida es muy cara. Los productos de la tierra escasean; todos vivimos de lo que la tierra produce, pero la tierra se abandona, hacia ella no se dirige el progreso; todo nuestro afán es blanquear y adornar la casa, y no reparamos que se nos marcha por los cimientos.

La vida del mozo o de la moza en la aldea, se les hace insoportable si no pueden costear la bufanda, la corbata, el reloj, los pañuelos de seda, las puntillas y los encajes. La moza con el moño alto es la moza emancipada de la cesta que algún día llevaba cantando con ceba para sus ganados.

Por eso emigran, por eso huyen del cultivo de la tierra. La agricultura no progresa, no se la atiende; las rentas y los impuestos la estrujan; por eso se le abandona. Los pocos que quedan dedicados a ella quieren vivir con poco trabajo a costa de lo que encontraron, cortando para vender, sin plantar otras maderas que otros les dejaron. No hay labrador que no piense en carterías (peatones), estancos, camineros o sacristanes; cualquier cosa menos cultivar la tierra, porque los labradores se avergüenzan de serlo. Es verdad que el labrador trabajaba mucho, trabajaba para todos; comía mal; vestía y dormía peor. Vino por aquí el progreso, pasaron por aquí las comodidades, y dijo el progreso: «Ved lo que hay guardado para los que no aran». El labrador arrojó su calzón y su montera, sus hijas arrojaron la cesta y cambiaron el sitio del moño, sus hijos se pusieron la corbata y corrieron el mundo tras la bicicleta, el coche y el automóvil; la tierra quedó en manos de los que ya no podían o aún no pueden correr el mundo, y cortan, talan, descuajan, venden y empeñan para ir tirando…

Los estadistas o no advierten este cambio, o si lo advierten, sin procurar su remedio, debieran retirarse antes de contraer tan tremenda responsabilidad social. Tienen sobrados medios para reanimar la moribunda agricultura. Con todo lo superfluo e inútil, tendrían una palanca bastante fuerte que, tomando como punto de apoyo al hombre de las cucharas de madera y de las castañuelas, la levantaría de su postración para que la agricultura fuese como debía ser, el sostén de todo el edificio social.

Pero… ¿qué digo? El maestro sigue en su bodega y con sus seis reales, como hace sesenta años. ¿Quién hace caso de él? Dadle siquiera

un jornal como a un bracero y que tire la leña con que hace las cucharas, para que emplee las vacaciones, y hasta los domingos, en la extensión escolar, combatiendo por los pueblos la rutina, la superstición que los viejos y mujeres alimentan en los hogares, para esterilizar sus trabajos en la escuela. Sea el maestro el consejero del agricultor, y enseñe a sus discípulos mucha agricultura y mucho amor a ella, aun cuando no les diga una palabra de Ciro, rey de Persia.

Sin ciencia, sin capital y sin trabajo la tierra no produce.

Pero con la administración y los hombres que padecemos hoy, está visto que hay para todo, menos para la ciencia y capital que necesita la agricultura, y por esa razón el trabajo huye también de ella.

Por eso, bien mirado todo, diga el progreso lo que quiera, no es mucho lo que va de ayer a hoy. – Odón.

(*El Narcea*, 5 de junio de 1909)

LA EMIGRACIÓN Y EL ATRASO DE LA AGRICULTURA. CAUSA Y REMEDIO

En nuestra tierra, por desgracia o por fortuna, es raro el caso de esterilidad en la mujer; las familias de nuestros labradores son generalmente numerosas. Si todos los individuos de esas familias, después de criados, educados e instruidos convenientemente, dedicasen con afán su instrucción y sus energías al cultivo y mejoramiento de la hacienda de sus padres, otra sería la situación en que se hallan hoy casi todas las familias que de la agricultura viven, y otro sería por consiguiente también el aspecto general que tan triste y sombrío presentan nuestros campos.

Quisiera que por estas líneas pasasen la vista muchos de nuestros labradores, y después de examinar detenidamente la causa que voy a presentarles, y que yo creo es la fuente de muchos males, me dijeran si tenía o no razón.

Un padre tiene seis u ocho hijos, y tiene que su casa y bienes representan un capital de cuatro a cinco mil duros; esto es sin ser una gran casa. ¿Cómo reparte ese padre para el día de mañana su hacienda?

Este es el único camino para conseguir que el árbol ocupe en el corazón del hombre el sitio que se merece; con lo que las maderas, las leñas, los frutos, la que (…) después el otro tercio que se llama de libre disposición. Con el otro tercio (…) asegura la dote de la (…) si se lo vendiera, y (…) satisfecho dice que arregló la dote.

Los otros cinco o siete hijos, que apenas tienen uso de razón al verse desheredados principian por odiar el trabajo y a pensar en la huida de la casa, a «ganar algo por sí», como dicen ellos, porque su estado

en el hogar paterno, después de casado el mayorazgo, no significa más que la de criados sin soldada del hermano favorecido; y se marchan, unos, a Madrid; otros, a América; y pasan sus mejores años y gastan sus mayores energías al servicio de extraños y en tierras extrañas, sin poder reunir los más de ellos mil pesetas y perdiendo otros una salud que no tenía precio.

Sin estas mejoras que desnaturalizan al padre, ni esos casamientos para casa, tantas veces antes de tiempo y casi siempre innecesarios cuando hay hijos bastantes, que hasta en su modo de confeccionarlos son asquerosos y de cuyos preliminares me ocuparé otro día, todos los hijos reunidos trabajarían con afán en mejorar la hacienda, porque trabajarían para sí, y cuanto más acrecentasen el caudal que un día habían de repartir como hermanos, a más tocarían. No pensarían en marcharse de casa, porque para reunir esas mil pesetas que acaso no encuentren o puedan reunir por el mundo, bastábales cerrar y cultivar tantos yermos como tienen en su casa, plantar muchos árboles, hacer muchos prados, buscando agua en tantos sitios como ellas mismas nos indican sus corrientes subterráneas por la humedad constante que envían a la superficie; prados artificiales, aumentar los rebaños del ganado, etc., etc., que una familia de mozos, unida por el interés y la sangre, podía hacer crecer como la espuma, sin necesidad de rodar por el mundo. Una familia siempre es fuerte y siempre es rica si se apoya en la unión de todos.

Llegando el día de repartir aquello que todos mejoraron y que entre todos hicieron valer más, las muchachas encontrarían honradamente colocación, acaso sin salir del pueblo, porque a su hijuela juntaría la suya el hijo de otro vecino y todos vivirían.

De este modo crecería el amor a la tierra, desaparecerían los zarzales, se aumentaría el arbolado, se multiplicarían los ganados y desaparecería de los pueblos esa clasificación de casilleros y hacendados, porque todos tendrían algo por donde trabajar.

En casi todas estas aldeas hay hacendados y casilleros. Los primeros son los mayorazgos que sin brazos suficientes para cultivar bien su labranza arrastran una vida mísera y trabajosa. Los casilleros, que nada tienen o cultivan que sea propio, son los segundones de las casas hacendadas; generalmente, los tímidos y holgazanes que tuvieron miedo al mundo, hallando más cómodo construir una choza o alquilar una bodega en el pueblo en que nacieron, y viven pellizcando siempre lo que tiene el hacendado; viven con mucha miseria, sí, pero no pagan rentas ni acaso contribución, y viven en la holganza, acaso más a gusto que los otros. Son una polilla para el labrador.

Esto es lo que pasa en casi todos estos pueblos. Con las mejoras y «los casamientos para casa», el padre, con su loco pensar de que «la casa no se acabe» o, para que todos lo entiendan mejor, que no llegue el día en que se divida entre todos sus hijos, lo deja todo para su mayorazgo, en la forma en que la ley consiente, creyendo que la ley satisface las conciencias, el que solo, abandonado de sus hermanos desheredados, no es capaz de cultivar ni menos de mejorar una labranza que en su mayor parte le produce espinos y folguera, y vive malamente, solo por la satisfacción de poder decir que es dueño de tantos yermos, que trasmitirá también a su primogénito, resultando con esto que sus arados y azadones no atentarán jamás contra la virginidad de la mayor parte de sus tierras.

Más vale morir sin hijos que tenerlos para lanzarlos al mundo a la lucha por la existencia en condiciones desventajosas.

No lo entienden así nuestros labradores, porque después que un padre «arregló la casa», como él dice, dándoselo todo a su primer hijo (porque eso sí, aunque sea el más menguao y el más torpe, ha de ser el primero) y vendiendo el resto a su nuera, desheredando por consiguiente a los otros, él mismo, acaso remordido por su conciencia, les aconseja la emigración para que vayan a ganar algo para sí. Es claro, en la casa nada les queda.

Cuando una familia por estos motivos se desune, desaparecen de ella todas las cualidades nobles, sensibles y generosas, cubriéndolo todo el vil interés. Los hijos quizá serían más amados de sus padres, y recíprocamente estos de aquellos, si no existiera la palabra «heredero».

¿Y en qué situación quedan los padres después «del arreglo de la casa»?

Generalmente, el hijo casado, aun cuando no se las entreguen, se hace cargo de las riendas de la casa, y, «á fuer de agradecido», recoge a su madre las llaves del arca y la panera y la manda a pasear sus achaques y su vejez por el monte con las ovejas, y a su padre con las vacas; y menos mal que hay nueras que aun los tratan regular, porque suelen decir a las vecinas «Los viejos todavía me aforran un criado». Y llega bien pronto el día en que caen enfermos, y como ya no pueden «aforrar el criado», ¿cómo los atiende la nuera? Metidos en unas alcobas que aún existen en las cocinas de muchas aldeas como un insulto a la higiene, entre mantas que no vieron el sol ni el agua desde que las apearon del lomo de las ovejas, y sin asistencia facultativa, los que imprudentemente entregaron un capital en bienes de cuatro a cinco mil duros a un hijo y a una nuera, concluyen allí su mísera existencia, echando muy de menos el cariño o acaso en su delirio sintiendo los besos y las caricias de aquellas hijas desheredadas que ellos mismos mandaron a América. Arreglaron la casa al estilo del país, y murieron también al estilo del país.

¿No es esto, querido lector, lo que ocurre entre los labradores de nuestro concejo?

Y aún no lo dije todo. Ventas que hacen padres a hijos y abuelos a nietos en perjuicio de otros y con escándalo de todos; reconocimiento de capitales que luego no parecen por ninguna parte; darse «por recibido» de cantidades de dotes que se mandan y no se pagan, etc., etc., Y no vaya nadie a aconsejar a los que tal hacen que eso no debe hacerse; creen que sí y que todos los medios son buenos con tal de asegurar

bien al hijo y a la nuera, porque…, eso sí, marchan de este mundo al otro pidiendo a Dios «que la sua casa nun se parta».

Esa facultad que la ley concede al padre para dárselo todo a uno, digámoslo así, no es beneficiosa ni al padre ni a los hijos, ni aun al mejorado, ni a la sociedad ni a nadie; es la sombra viviente de los antiguos vínculos difuntos. En pocas partes se hace uso de esa facultad más que entre nosotros; todos los hijos deben hacerse acreedores por partes iguales al cariño y a los intereses de su padre. El padre no debe dejar de ser el amo de su casa mientras viva; su autoridad y su experiencia, robustecidas por la edad, deben ser mientras aliente las que dirijan y gobiernen el timón de su nave y encaucen por buen camino las energías juveniles de sus hijos; de este modo, a su fallecimiento, habrá para todos.

Así lo aconsejan la enfermedad larga y penosa que padece la agricultura, las lágrimas de los emigrantes, el abandono de la ancianidad y otra infinidad de males cuyo origen encontraríamos en ese desgraciado modo de «arreglar la casa». – Odón.

(*El Narcea*, 11 de diciembre de 1909)

EL MAESTRO Y EL ABUELO

Un domingo después de comer salieron a calentarse al sol el maestro de mi pueblo y un viejecito octogenario a quien todos en el pueblo llamaban el Abuelo. Estaban sentados tras una pared que los guardaba de un vientecillo norte que nada tenía de agradable, al menos para mí, que curioso como todos los niños que apenas cuentan sesenta años, estaba del lado opuesto escuchando la conversación.

Decía el maestro:

—Pero, abuelito, no comprendo esas quejas de siempre contra la patria entera, contra los gobiernos, la sociedad o como Ud. quiera, han confeccionado leyes que velan por nuestra seguridad y nuestro bien; leyes que favorecen al bueno y castigan al malo, que nos dan libertad para obrar el bien y nos garantizan el ejercicio de nuestros derechos. La patria nos instruye, nos educa y realiza progresos, de cuyos beneficios hacen partícipes a todos sus hijos; así es que debemos respeto a los gobiernos; debemos querer a la patria como a la madre, a la sociedad como a la familia y a cada individuo como a un hermano.

—Principio por contestar a Ud., señor maestro, que oírle a Ud. cantar las excelencias de la patria es como si oyera por la calle a un enfermo del pecho pregonar pastillas para curar la tos. Bien sé que en usted… y en mí, que nunca fui más que un agricultor, pero que en el agricultor y en el maestro debiera descansar fresca y lozana la salud de la patria; más a la altura que nos hallamos uno y otro, débiles puntales tiene el edificio que en vano adornan por arriba; el cimiento es muy flojo, y mientras no se refuerce, la patria seguirá enferma, y todos los esfuerzos de los estadistas no conseguirán más que lo que consigue a fuerza de coloretes y postizos una mujer gastada; es decir, cada vez más fea.

—Tienes algo de razón, y no me parece mal esa casi desautorización que haces al maestro para invocar el dulce nombre de madre-patria. Es verdad que conmigo se muestra muy ingrata; con hambre principié a servirla, y a los veinte años de servicios, esa patria, agradecida, ha de dejarme morir de hambre en el mismo local que tuvo mi antecesor hace cincuenta años, y con los cinco reales de aquel tiempo, jornal que hoy no aceptaría una costurera. Pero los labradores, abuelito, tienen Uds. mucha parte de la culpa. Es verdad, que viven poco más o menos, como hace cien años; pero es por rutinarios. Mucho se ha escrito sobre agricultura, mucho se inventó; hay máquinas para segar, para aventar, para trillar, para sembrar, para todo. No sirve predicarles las ventajas del arbolado; no lo plantan. De los prados artificiales, no los hacen. De tantas clases como pueden confeccionarse los abonos, con las ventajas de cada uno, nada; parece que el agricultor es refractario al progreso.

—Bastante tengo trabajado sin provecho, o acaso en mi perjuicio. Nunca trabajé un palmo de terreno que fuese mío, y sin embargo he cerrado fincas, he plantado muchos árboles, he roturado muchos yermos, he hecho muchos prados; entre mi difunto padre y yo, que es de lo que me acuerdo, hemos hecho valer algunos miles más la hacienda que cultivamos, y todo ¿para qué? Para que en vida de los dos nos hayan subido tres veces la renta. Otros vecinos cultivan una hacienda aforada; cuando la aforaron había alguna que no valía dos mil pesetas; un hombre trabajador acortó su vida para en poco tiempo hacerla valer mil duros; pero muere aquel hombre, y deja la vida en los cerros, en los árboles, en los prados que había beneficiado para dar vida a su viuda y a sus hijos, y aquella mujer enferma, rodeada de pequeñuelos inútiles para el trabajo, no puede en tres años pagar la renta; el foro cayó en comiso, y por aquella renta que fincaba sobre un valor de dos mil pesetas, el día de la renta se alzó con los mil duros, llevándose consigo los árboles, los cerros, los prados, el sudor y la vida de aquel

hombre que la sacrificara para sus hijos. En estas condiciones, ¿puede o debe uno progresar? Nosotros no somos más que un instrumento del trabajo. Y luego dicen que Dios entregó al hombre el dominio sobre la tierra, para que la hiciese producir plantas y frutos. El hombre de hoy cultiva la tierra por cuenta del hombre.

—Efectivamente; eso de que el dueño de las fincas viva en la capital saboreando el sudor del colono, sin cuidarse de mejorar su situación ni con el consejo siquiera; abandonándole al cuidado cariñoso de un administrador para cobrarle la renta y darle cuenta de si alguna mejora introdujo que merezca el subírsela, eso es triste y no veo el remedio. Para los que cultivan bienes en foro, se espera la bendita ley que los redima; pero… es esperar a que el gato suelte al ratón que tiene cogido, porque nuestros legisladores son todos, generalmente, muy señores de rentas.

—Mire Ud., señor maestro, ya que estamos despacio, y como esto no lo ha de saber nadie, y una conversación puede tomar el giro que se quiera, va usted a permitirme que le cuente lo que yo le oí a mi padre, y este al suyo, respecto a la propiedad; serán cuentos o será la historia por la tradición. Bien sé que los hechos corriendo por las bocas de las generaciones se desfiguran, se aumentan y llegan a veces, hasta perder el parecido a lo posible; por eso lo que voy a contarle no es más que un cuento viejo en el pueblo. Usted sabe que los pueblos A, B, y C pertenecen a tal título; los D, E, y F al otro señor, y así todos. Pues bien, allá *in illo tempore,* dicen que aparecieron un día por los cerros que rodean el pueblo una extraña comitiva, compuesta de un señor, al que acompañaba otro, no tan señor, con papeles bajo el brazo, y otro hombre con unas alforjas al hombro; este venía soltando delante puñaditos de tierra que sacaba de las alforjas, que la venían pisando el señor y el de los papeles, y cuando llegaban a alguna peña, algún arroyo o fuente se paraban y escribían, y el de las alforjas esparcía puñados de tierra, mirando a Oriente y Occidente, diciendo: «Toda esta tierra es del

señor». ¡Ah!, se me olvidaba decir que con aquella gente venían dos pastores del pueblo que hallaron en el monte y por miedo los seguían, y a los que el de los papeles llamaba apeadores, que les iban diciendo cómo se llamaba la peña, la fuente o el arroyo, y de ese modo quedaba demarcado un pueblo, como yo mismo he visto en copias de apeos antiguos, cuando esta clase de documentos y procesos andaban por las escuelas, en los cuales se veía a veces encerrado un pueblo con todos sus términos, «desde la hoja más alta del árbol más alto del monte hasta el canto del río, y desde la peña de los Tontos hasta el arroyo de los Simples, bajando por la fuente del Engaño, todo propiedad del marqués de la Trampa». A otro pueblo, llegaba otro señor, construía un palacio, y un día para celebrar el nacimiento de su primer hijo convidó a comer a todos los hombres de los pueblos cercanos. Aquellos hombres, no acostumbrados a semejantes obsequios no sabían cómo agradecerlo. El vino anduviera abundante, y cuando más contentos estaban, el capellán de la casa dio una vueltecita alrededor de la mesa, indicando a aquellos aldeanos que sería muy del agrado del señor que ellos, a su vez, hiciesen algún obsequio al recién nacido. No sabían aquellos pobres con qué mostrarse agradecidos, cuando el mismo capellán vino en su ayuda, diciéndoles que una cuartita de trigo, una gallina, una libra de manteca, un carnero o un poco de miel, etcétera, etc., Poco les pareció a aquellos estómagos agradecidos semejante regalo y como no venían provistos de aquello, aseguraron ante el escribano de la casa que lo traerían y que respondían de ello con todo lo que tenían, «desde la hoja del árbol más alto del monte hasta el canto del río, etc., etc.» Aseguran muy formalmente aún los hombres de hoy que aquella comida valió la propiedad de cuatro pueblos al hijo del señor. Y precisamente son esos los artículos que se pagan hoy de renta; las patatas, berzas, maíz, habas y los nabos quedaron para regalo del que cultiva la tierra. En el pueblo de X, que Ud. sabe, señor maestro, existen cerca de él las ruinas de un convento. Pues bien; los

vecinos tenían la costumbre de regalar por Nochebuena una cuarta de nueces cada uno al convento. Pero llegó un día en que el abad no tendría muelas para partir las nueces, y llama a los vecinos para darles un banquete (¡Qué cosas buenas salían de los banquetes!… ¡Y que aún siga la costumbre de banquetear!) Pues bien; el santo abad, con la mejor intención del mundo, les propuso que cambiasen el regalo de las nueces por una cuarta de trigo. Aprobado *nemine discrepanti.* Una cuarta de nueces valía tanto como la de trigo, y a fin de que sus hijos y sucesores no dejasen la piadosa costumbre de aquel regalo, lo aseguraron en todos los bienes que abarca el pueblo, «desde la hoja más alta del árbol más alto del monte hasta el canto del río, etc., etc.», todo ante el escribano de la casa.

—Abuelo, me ha contado Ud. unos cuentos graciosos; pero hemos dejado casi por completo el asunto de que tratábamos.

—Ya lo sé; pero ya le he dicho que una conversación toma giros diferentes, y no estamos en ningún banquete en donde se reúnen para un solo objetivo, pues solo estamos tomando el sol; pero sigamos examinando los males que nos aquejan, y verá Ud. cómo encontramos la causa y hemos de llegar a ponernos de acuerdo. —Lo creo; estamos ya de acuerdo en que el mal existe y en que hallaremos la causa, solo que yo creo que una enfermedad larga necesita también un tratamiento largo y penoso. Ya ve Ud.; ahora estamos construyendo una escuadra que nos hacía mucha falta; hemos conquistado laureles y terrenos en Melilla; así es que yo no veo las cosas de ese color oscuro como Ud., y si a nosotros, o lo que es lo mismo, al maestro y al agricultor no les llegó la hora, no por eso ha de deciros que nos tengan olvidados.

— Pues estamos frescos, como hay Dios, si cree Ud. que el aumento de la escuadra y el de Melilla es el principio del tratamiento para la cura. Mire usted: esa escuadra en construcción acaso nunca llegará a rendir otra escuadra enemiga, pero tiene rendidos ya los presupuestos de Fomento y de Instrucción, que son los dos que sufren siempre la

escasez de recursos. Lo de Melilla, los laureles, los hemos pagado a un precio bien subido de sangre, y si es verdad que hemos conquistado terrenos, también lo es que el contribuyente hizo a la vez otra conquista de más rápidos efectos: «una casilla más en el presupuesto de la guerra». Como suele decirse, no es oro todo lo que reluce.

—Yo no dudo de la buena fe de nadie. Creo que nuestros gobernantes tendrán la mejor intención, pero sí hemos de confesar que andan desacertados, de lo que yo puedo quejarme más que nadie. Hace muy poco tiempo el ministro de Instrucción indicó que se procedería a la construcción por cuenta del Estado, de locales-escuelas, principiando por Madrid, al que destinaría unos cuantos millones. ¿Debe principiarse por las capitales? No. En las capitales no funciona solo la escuela oficial; hay infinidad de ellas: la del protestante, la del fraile, las laicas, las de los obreros, las particulares, las de párvulos, etc., etc.; los locales, por malos que sean, son siempre mejores que los nuestros. Los niños en Madrid reciben mucha parte de su educación de los padres; el progreso en todas sus manifestaciones se les presenta en casa, en la calle, en la plaza, en el escaparate y en el taller o la fábrica a donde el hijo del obrero va a llevar la comida a su padre; pero entre nosotros todo es oscuro; en la familia, en la calle y en la escuela. El maestro lleva un trabajo inmenso para que penetre un poco la luz en el sentido del niño; tiene que buscar recursos hasta en sus propios juegos, tomando parte en ellos, y tiene que emplear para todo el sentido parabólico de Jesús. Y la población rural de España y sus maestros son una mayoría en la nación. ¿Cuándo llegará el turno a estas aldeas? ¿Cuándo el maestro ocupará en la sociedad el puesto que le corresponde, y que en lugar de ser un objeto de lástima sea el hombre respetable y creído, cuyas máximas y enseñanzas lleven el sello definitivo de *magister dixit*?

—Estamos ya de acuerdo, señor maestro; acaba de decirme que aquí todo se principia por las ramas, y lo que se necesita es que al

árbol se le alimente por la raíz: agricultura e instrucción; he ahí la raíz del árbol, el cimiento del edificio. Habrá instrucción, y el maestro será lo que deba ser cuando se le quite el hambre de encima, y España será grande cuando el maestro sea el consejero del agricultor y este dueño de la tierra que cultive, que será lo mismo que quitarle el hambre de encima, para que tome cariño a sus terrones y lleve a ellos todas sus energías, sus amores y su desvelo, guiados por la ciencia del Maestro. Mientras esto no suceda, continuaremos todos fuera de nuestro centro y faltando a todos nuestros deberes. Ni Ud. con su sueldo irrisorio puede dedicarse por completo a su misión con aquel afán y aquel cariño que la misma requiere, ni yo he de tomar nunca a la tierra el amor a que es tan acreedora. ¿Por qué? Porque no es mía; porque no tengo derecho más que a una pequeña parte de lo que produce, y a la más mala. Usted y yo vivimos en la miseria y en el abandono; y el hambre y el desprecio engendran el odio. Y los que nos gobiernan seguirán más atentos a la ciudad que al campo. Y Ud. seguirá disfrutando sus cinco reales. Y yo y mis hijos, seguiremos pagando la renta que quieran pedirnos, cultivando trigo, criando carneros y gallinas y comiendo patatas, berzas y nabos. ¿Y sabe por qué? Porque ni Ud. ni yo lanzamos excomuniones, ni amenazamos con el sable, ni nos declaramos en huelga…

…Principiaba el sol a retirarse. Ni lo animado de la conversación pudo evitar que al maestro se le escapasen dos bostezos de lo más profundo del estómago. Por contagio, o creo que por necesidad también, El Abuelo le imitó. Apunté esta última nota que puede servir de resumen a toda la conversación: «el maestro y el agricultor tienen hambre de pan… y sed de justicia».

Antes que me viesen, salí de mi escondite, pegué un espolonazo al reúma y salí «disparao» como acostumbran los niños de mi edad. – Odón.

(*El Narcea*, 12 de febrero de 1910)

LAS RETRIBUCIONES ESCOLARES

(Dedicado a mi muy respetable y querido amigo Dr. D. Ambrosio Rodríguez)

Nada hay en el mundo tan importante como la instrucción y cuanto con ella se relaciona. La felicidad futura de un pueblo, será tanto más grande cuanto mayor y más acertada sea la instrucción y educación que reciba el niño. Bien claro nos lo dicen los niños mismos; si queréis saber el estado de instrucción y cultura de un pueblo, observad cómo juegan sus niños. Instruir y moralizar es la grande obra humana; la instrucción es el primer elemento de la libertad; la instrucción es la segunda vida del hombre, es el ornamento del rico y la riqueza del pobre; la instrucción es el freno más poderoso para contener las pasiones, y si por falta de instrucción estas causasen estragos, la responsabilidad pesaría sobre los padres, maestros y gobiernos.

Pues bien; padres, maestros y gobiernos, ¿han aunado o concertado su acción para que resulte eficaz y fructífera la sagrada obligación que tienen de educar e instruir a la niñez? No.

Lo primero que debe hacer el maestro, si quiere enseñar con provecho, es conquistar dos voluntades, o mejor dicho, el cariño respetuoso del padre y del niño. Necesita frecuentes relaciones con los padres, porque una vez ganada su confianza y adquirida su consideración tendrá los auxiliares más poderosos para el cumplimiento de su misión. El maestro no le ha de ocultar al padre los defectos de los hijos que puso a su cuidado, aunque tenga que usar las precauciones que la prudencia aconseja para no herir el amor propio del padre, exponiéndole siempre la esperanza de corregir al niño si le auxilia en

la marcha que piensa seguir, y que le propondrá, siempre segura si marchan de acuerdo el padre y el maestro. Muchas veces hallárase el maestro en situaciones embarazosas, porque la prudencia no suele ser siempre la virtud sobresaliente de muchos padres y madres de familia. Habrá quien le dé infundadas quejas y consejos poco conformes con los principios pedagógicos; los oirá sin rechazar de una manera brusca las insinuaciones que le hagan, persuadiéndoles con dulzura de su inconveniencia, y será firme sin orgullo ni petulancia. Todos los conatos del maestro en sus relaciones con los padres de los niños deben tender a persuadirlos de que su misión y sus esfuerzos tienen por base el amor y por objeto la felicidad del niño. Si efectivamente el maestro se halla adornado de esos sentimientos, no le costará gran trabajo darlos a conocer a los padres, y si estos los conocen… pero…

Entre el padre y el maestro en estas escuelas rurales de aldeas pobres medía un abismo infranqueable. Las relaciones de que hablamos, tan necesarias, acaso indispensables para que la penosa labor del maestro dé el fruto que habrán de saborear con gusto y provecho el padre, el niño y la sociedad entera, son un imposible. ¿Cuál es la causa de la imposibilidad? ¡¡Las retribuciones cobradas por el maestro directamente de los padres!! ¿Quién arrojó esa manzana de discordia entre el padre y el maestro? Los gobiernos.

Los hombres que rigieron y rigen los destinos del pueblo, o no supieron, o no saben, o no quieren saber, que la base de la felicidad de un pueblo está en la instrucción del mismo; que la obligación de instruir y educar al niño es por consiguiente obligación del Estado, por aquello de que la instrucción mata la guerra y hace enmudecer los cañones, la instrucción cierra las cárceles, la instrucción es la madre del progreso, la instrucción civiliza al pueblo y le da la libertad y la soberanía, la instrucción es el espantajo de la tiranía y del caciquismo. Un gobierno leal al pueblo, y de quien es su apoderado, debiera mirar ante todo por los intereses y necesidades de su poderdante.

¿Y cuáles son estas y aquellas?

En primer lugar, la instrucción o preparación de los materiales que han de formar el edificio «Sociedad»; es decir, la educación e instrucción de los niños para que el edificio resulte firme y hermoso.

No lo entendieron así; y con los recursos que sus poderdantes les facilitaban, dotaron espléndidamente servicios secundarios, de los que, por caminos tortuosos, poco o nada redundaba en beneficio del pueblo contribuyente. Para los que preparaban los materiales del edificio social, para los educadores de la niñez, destinaron, de los inmensos recursos que el contribuyente les prestaba, cinco o seis reales, y como campo de acción para tan importante y penoso trabajo, el pórtico de una iglesia, una bodega sin luz ni aire y recursos para silabarios, y libros segundos.

Como tamaña enormidad no podía menos de ser reconocida por todo el mundo, y a fin de cubrir en lo posible una vergüenza nacional, a esos cinco o seis reales de sueldo, añadieron retribuciones y demás emolumentos legales. Cuáles sean estos, lo ignoro. Las retribuciones, ¡ah!, son el derecho de pedirle al padre dos o tres reales mensuales, en cambio de indisponerlos con él, en cambio de que se le denigre delante de sus hijos; en cambio de aparecer como un ser ruin egoísta ante sus discípulos, que ellos mismos se clasifiquen en la escuela; el que dio los dos reales que se crea dispensado de todo, porque dio una limosna a su maestro; el que no los dio creerá que las reprensiones del maestro son la venganza del hombre ruin. No; a ese precio, el maestro que se estime como tal, renuncia a las retribuciones y muere de hambre con sus cinco o seis reales, pero muere con dignidad; no debe pedir ni recibir limosna a cambio de una afrenta.

La experiencia me lo enseñó. Las retribuciones, cobradas directamente de los padres, retraen a los niños de la escuela, entorpecen o esterilizan casi por completo la labor del maestro, le infunden desaliento en su trabajo, le privan de medios de subsistencias, porque no

las cobra, y hacen imposible las relaciones necesarias con los padres de los hijos que él debiera mirar como suyos. Los municipios, o no quieren, o no pueden llevarlas al presupuesto municipal; el Estado haría muy bien suprimiéndolas o acumulándolas al sueldo, porque, créaseme, las retribuciones son la mayor desgracia que pesa sobre las escuelas rurales de aldeas pobres cuando se cobran directamente de los padres.

Y colocados la mayor parte de los maestros en estas condiciones, aun hay oradores que dicen, con voz campanuda: «Hay tanto número de analfabetos… El maestro actual no sirve…», sin mirar que el maestro gana menos que el mozo de caballos del orador, caso que lo tenga; por lo que el maestro da de sí más de lo que tienen derecho a esperar de él.

Recordará usted, querido doctor, que el último día que estuvo usted en Cangas tuvo la amabilidad de obsequiarme y tuve yo el honor de ser obsequiado en el café de Nardo. Hablamos, entre otras cosas, de las retribuciones escolares; y, con el grandísimo interés con que usted mira cuanto con el bien público se relaciona, y muchísimo más si en ellos está interesada nuestra patria chica, a la que amamos con delirio, me dijo: «Reconozco lo desastroso que resulta para la enseñanza las retribuciones cobradas en la forma que usted dice. Tengo en Madrid amigos que valen y deseo enterarlos; escríbame». Y me atreví a molestar su atención dedicándole lo que antecede, y añadiendo que creo dejar demostrada la necesidad de una buena inteligencia entre el padre y el maestro. Lo demás casi lo sabe usted; nuestros aldeanos son generalmente pobres, viven agobiados con las rentas y contribuciones, explotados por la curia, por el usurero, etc., etc. Para sus hijos, y para todos, la enseñanza debiera ser completamente gratuita; el pago mensual de las retribuciones es para ellos odioso. ¿No contribuyen para pagar completamente todos los demás servicios de la nación? ¿Por

qué —dicen ellos— lo que más nos interesa ha de quedar manco en los presupuestos, sean del Estado, o del Municipio?

Y como el maestro necesita tanto eso, que debe considerarlo como parte de su sueldo, pide al padre con legítimo derecho, pero no tiene medios para obligarlo; el padre se niega. Los municipios y el gobierno miran impasibles la lucha entre el padre y el maestro, lucha que llega a degenerar presentando aspectos asquerosos, que empaña lo que debiera ser el espejo purísimo donde debiera mirarse la niñez.

Es de usted, querido lector, uno de sus más entusiastas admiradores, y aunque el más humilde, uno de los amigos que más le quieren. –Odón.

(*El Narcea*, 12 de marzo de 1910)

COSAS DE LA ALDEA. ¡CÓMO PROGRESAMOS!

Pues señor; en estas aldeas, y creo que en muchas más partes será lo mismo, es una barbaridad lo que vamos progresando. Todavía me acuerdo yo de cuando mi abuela me contaba que mi bisabuelo no se acostaba una noche siquiera, aun en tiempo de invierno, sin ir a eso de las once de la noche a tocar las campanas, para que todos al acostarse o después de acostarse rezasen por las ánimas. Y no me extraña que aquel buen hombre fuese, a veces cuando había media vara de nieve y de noche, a subir la escalera exterior del campanario, expuesto a pegar un salto que lo convirtiese también en ánima en menos tiempo de lo que tardo en contarlo, porque el progreso aun no viniera por aquí. En aquellos tiempos de oscurantismo, decía mi abuela, se prestaban los cuartos tras una pared, sin interés, sin testigos ni documentos, y los devolvían del mismo modo, después de remediarse unos a otros, como acostumbran a hacerlo los poquísimos que aún no caminan por la senda del progreso.

Se hacían cambios de fincas y otros contratos de importancia sin que en ellos interviniese el notario ni persona alguna, más que la palabra de los contratantes, y todos los hijos y sucesores respetaron aquellos contratos con rutinaria escrupulosidad.

No había litigios o juicios en tiempo de mis abuelos; pero para aquellos pocos no se hallaba un testigo progresista ni para un remedio. Aquellos hombres, rudos, de calzón corto y montera, no sabían más que decir, de una manera escueta y ordinaria, la verdad, sin aquellos adornos con que hoy quieren cubrirla los que no se atreven a negarla; para mentir, no se hallaba uno.

Los mojones o marcos que separan las tierras de un vecino de las de

otro, permanecían siempre fijos en un mismo sitio, sin progresar para arriba ni para abajo, para un lado ni para otro.

Las veceras de agua con que cada uno regaba sus prados, seguían, de manera rutinaria, empleando el tiempo en regar de día y de noche lo que a cada uno correspondía, como hace cien años, sin progresar nada dentro de aquella rutina. Cuando algún vecino se preparaba a sembrar en tal o cual sitio, avisaba a los compañeros para ir todos juntos, lo que parece contrario la autonomía o suya de cada uno.

Cuando algún viejo de aquellos del oscurantismo se enfadaba no se le oía más que ¡porra!, ¡canasto!, ¡repacho! Y cosas por el estilo, que tenían muy poco de cursis.

Al comparar aquella oscuridad con la luz de hoy, se me ocurre preguntar: ¿Cuál fue la causa bienhechora que convirtió la noche en día? ¿Sería acaso la muerte de mi bisabuelo, que después de él nadie volvió a tocar por las ánimas?

Para que los lectores de *El Narcea* se enteren de los beneficios que hoy se creen introducidos por el progreso en estas aldeas, voy a decirles que ya no hay nada de aquello de los cuartos tras la pared. Hoy se hacen documentos con testigos para todos los contratos, y que, a pesar de ello, ni el mismo progreso los respeta; y como os decía en lo de los cuartos, se hacen también documentos donde se consigna un interés siempre progresivo. (Esto del documento casi no me parece de más, porque hoy hay muchos hijos que quieren concluir con la rutina de pagar lo que su padre quedó a deber después de heredarlo)

Los mojones o marcos de las tierras, que permanecían fijos en los tiempos del oscurantismo, en cuanto un vecino se descuida los encuentra fuera de su sitio e incorporado a la de otro vecino parte de su finca. ¿Y cómo se realiza el milagro? Pues muy sencillo; los apóstoles del progreso andan generalmente de noche; llegan a junto a un mojón, y le dicen, con el azadón: *surge et ambula,* más arriba o más abajo, a este lado o al otro; quiero que mi tierra progrese.

Por la noche también, van los progresistas por la pradera a cambiar las aguas que están regando para el vecino, de la manera rutinaria que dije; es claro, para que sus prados progresen.

Con esta fecha hay muchos que tienen el pan por sembrar, aguardando unos por otros; porque hoy, en uso de un perfecto derecho, cuando un vecino tira para arriba, el otro tira para abajo; derecho que no ejercitaron nuestros abuelos, que siempre andaban juntos. ¿Y sabéis por qué andan así? Porque el que va detrás se mete en el sembrado del vecino para quitarle uno o dos riegos, o cuando menos para echarle una cabecera de piedras, limpiando la suya de la manera más progresista del mundo. Si alguno debe paso a otro por su finca, es el primero que la siembra, para quitarle el paso; y luego que lo demande, que aunque el paso sea de siempre, hay testigos para decir que nunca pasó; hay testigos para todos los gustos, y los estamos viendo todos los días en los juzgados, donde a la vez se examinan testigos que dicen que es de día y testigos que dicen que es de noche…

¡Oh!…

¿Y qué diremos de ese lenguaje trallero, minero o cortesano de los barrios bajos? Que es hoy la última palabra de la moda en las aldeas ¡Cuántas veces en estas noches de invierno a la salida de los filandones hirieron mis oídos blasfemias asquerosas, mezcladas con tiros de revólver, sin más objeto que echárselas de valientes los que en Melilla hubieran c… por los pantalones!

Y como tanto progreso seguramente es conocido de todos, se me ocurre decir a los lectores de *El Narcea* que si supiera de cierto que era por falta del toque de ánimas, yo, que no tengo para subir al campanario la agilidad que tenía mi bisabuelo a los ochenta años, acaso también por culpa del progreso, volvería a tocar, para ver si contenía un poco la oleada, porque, francamente, los que andan de noche mudando mojones, robando veceras de agua, escandalizando por los filandones, y los otros, estaban mejor en la cama rezando por

las ánimas, para luego dormir tranquilos, como hacían nuestros abuelos. – Odón.

(*El Narcea*, 26 de marzo de 1910)

¿CÓMO SERÁ EL FINAL DE LA COMEDIA?

Porque lo que pasa desde hace mucho tiempo en España no es más que una comedia, cuyo desenlace… nos dejará como estamos. No sé cómo el pueblo, que lo paga, no está harto ya de esas infructuosas y vulgares representaciones, cuyo parecido vemos mil veces entre verduleras y lavanderas, que arman cada lío principiando siempre por lo que debiera ser lo último.

Hace ya mucho tiempo que corre abundante la sangría de la emigración; y los hombres pensadores que observan las pulsaciones de la patria y ven que esta se debilita, dieron la voz de alarma y esperaron de los gobiernos algo que restañase la herida por donde se escapan a borbotones las energías de nuestra vida.

Hace mucho tiempo que la instrucción del pueblo agoniza en los pórticos de las iglesias y en bodegas frías, oscuras y mal sanas, en donde los niños enferman y donde el mentor de la niñez, muerto de hambre, extingue una vida de infructuoso martirio. Los hombres amantes de la cultura patria, por esta y por sentimientos humanitarios, clamaron también y esperaron. El gobierno actual presentó un proyecto de presupuestos; los hombres lo examinaron, y compararon el de Instrucción y el de Guerra, es decir, el de la vida y el de la muerte, y se horrorizaron. Los clamores de los hombres, los gemidos del niño y el bostezo del maestro seguirán por mucho tiempo perdiéndose en el espacio.

Hace mucho tiempo que el agricultor vive en la miseria, agobiado por los impuestos, explotado por el usurero, esclavizado por el señor de la renta, o por el que se llama señor de la tierra, que le come lo mayor y mejor de su renta; los latifundios en Andalucía, los foros en

Galicia y en Asturias, los feudales en todas partes, cargaron sobre la tierra derechos inicuos, que acechan, para arrebatársela, la cosecha del pobre agricultor, al que consideran casi como de otra raza y que no tiene nada de común con los que viven a cuenta de él.

Y el agricultor gallego en particular elevó su voz hasta los poderes públicos, diciendo: Dadnos siquiera una ley que nos redima del foro.

Y en todas partes pedía el agricultor tierra libre y emancipada, para trabajarla, cuidarla y enriquecerse amorosamente.

Y decía el que después tuvo que emigrar: Dadme tierra que hay bastante inculta; yo la cultivaré para que me dé pan y para que encienda en mi corazón el fuego del santo cariño al suelo que me vio nacer. Tierra para todo el que quiera dedicarse al cultivo de ella; pero tierra libre y no esclava de las manos blancas, para que el que la trabaje no la maldiga, porque no le encadenará a la miseria y al servilismo. Sea la tierra para el que viva junto a la heredad que cultiva, para que la tierra reciba todos los días las caricias, los amores y el sudor de las manos que la cultivan, y sea vigilada y defendida, siempre de cerca, por la vivienda del dueño.

Todo esto clamaron y claman los hombres que advierten la miseria en que vive el agricultor y el paso de tortuga con que camina la instrucción del pueblo, causas ambas de todos los males que nos aquejan.

Y a unos hombres sucediéronse otros en el gobierno de la nación.

Y todos se hicieron cargo de estas necesidades.

Y todos prometieron.

Y para subir, todos pusieron el pie sobre el hombro del pobre, que fiaba en sus promesas.

Y, cuando llegaron al puesto apetecido, siguieron representando la comedia, como hicieron todos, sin que al pueblo le llegase un bocado de pan más de unos que de otros.

Y no es que no hagan todo lo posible por representar bien su papel.

Y el pueblo, siempre dócil, acude a donde lo llaman.

Y enarbola las banderas que ponen en sus manos y que nunca debiera aceptar si no ostentaban estos principios: Trabajo retribuido para el obrero. Tierra libre para el agricultor. Instrucción bastante para todos.

Pero el pueblo sigue la comedia; aplaude o silba casi siempre inconscientemente. ¡Farsantes unos, tonto el otro!

Apenas esta vez se reunieron los padres de la patria, y cuando las principales necesidades del pueblo esperaban ver su pronto remedio, he aquí que el primer acto que se presenta es «La muerte de Ferrer y la cuestión religiosa».

Yo no diré que fuese justa o no la sentencia que condenó a aquel hombre, prescindiendo de mi modo de sentir que no creo justa la pena capital en ningún caso; pero lo que sí puedo asegurar es que, aun cuando a sus jueces se les probase que no debieran imponerle aquella pena, se quedarían tan frescos y tan libres, como Ferrer se quedó sin vida. Y convencido como estoy de ello, puedo decir que toda esa discusión con sus correspondientes insultos y alborotos, ¿para qué…?

En lo que se ha dado en llamar «cuestión religiosa» no entiendo una palabra; así es que no sé quién tiene razón, si los clericales o los anticlericales; pero yo quiero y debo ser uno y otro. Preguntaría a los informados si la cuestión religiosa resuelve algo del pavoroso asunto de la emigración; si la mejora de la instrucción primaria, la dignificación y posición social del maestro y otras causas de su abandono están pendientes de la resolución de la cuestión religiosa; y si con ella está también enlazada la cuestión foral, la libertad de la tierra y la emancipación del agricultor. Decídmelo, les diría, porque quiero colocarme del lado de donde soplen aires sanos, que cierren la sangría de la emigración y den al pobre pan, libertad y cultura para ver muy pronto surgir una España emancipada y rica.

Pero si de lo que llamáis «cuestión religiosa», aun resolviéndola como el gobierno quiere, han de continuar familias enteras buscan-

do tierra fuera de su patria por no permitirles cultivar los inmensos zarzales que son el espejo de nuestra miseria; si el maestro ha de ser como hasta ahora la representación del hambre, y la cultura nacional ha de continuar yendo a la zaga de los demás pueblos de Europa, ¡¡ah!!, entonces retirad por ahora eso que no satisface necesidades que no admiten dilación, y empezad por lo más urgente. Mirad que hace muchos años que se viene representando la comedia que pudiera titularse «Ofrecer y no dar». No paséis el tiempo riñendo por cosas, si estas importan poco; dejadlas para luego y atended a lo más urgente, que si no os dejan tiempo para hacerlo todo, habréis hecho lo mejor y llegaremos a creer en vosotros.

No os equivoquéis: la escuela y la tierra. He aquí el grande y el fundamental problema de España. – Odón.

(*El Narcea*, 30 de julio de 1910)

EL JURAMENTO Y LA PROMESA

Alégrate, amado Teótimo, que pronto llegará el día en que cuando te veas obligado a decir la verdad, podrás optar, para que te crean, entre jurar por Dios y la Cruz o prometer por tu honor. Llegamos al siglo XX, y la verdad no parece por ninguna parte; la hemos dejado atrás. Fue necesario que los hombres que nos gobiernan, dando una prueba más de la inmensidad de su talento, buscasen y encontrasen esa fórmula bienhechora que ha de sanear nuestra corrompida sociedad, porque los tiempos corrompidos son aquellos en que más se miente, y nunca en el mundo hubo tanta mentira ni tanto perjurio como ahora, lo que es peor, casi sin escándalo de nadie.

En la antigüedad, la mentira era aborrecida, porque decían: «es indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses», y en nuestro tiempo se miente invocando a Dios, porque es el único testigo que no contradice jamás. Es verdad que el juramento vino muy a menos, y nos lo presentan en una forma harto averiada. En mis mocedades, querido Teótimo, me cupo en suerte el destino de ser en el ejército lo que se llama «escribano de sumarios». Y bravos y pundonorosos jefes, al recibir declaraciones juradas, se descubrían, hacían la señal de la cruz y decían al declarante: «¿Juras por Dios y esta Cruz decir la verdad en lo que supieses y fueses interrogado?». «Lo juro». «Si verdad dijeres, Dios te lo premie, y si no, te lo demande». Es verdad que aquellos hombres llenos de cicatrices honrosas, antes de reunirse para fallar en un consejo de guerra, se reunían para oír la misa que se llamaba del Ejército Santo.

Pero he aquí que el progreso moderno, creyendo sin duda coartada la libertad de nuestra potestad civil con la ingerencia de Dios en

nuestros asuntos, acordó atenuar y aun suprimir la fórmula o acordó mandarle un diplomático para negociar con Él, porque se olvidó del camino por donde a Él se va. Hoy, no diré que de una manera casi despectiva, pero con una tan ligera sencillez se le dice a un testigo: «¿Jura decir la verdad?», y nada más. Las gentes ignorantes creen que no juran, y más aquellos que vieron la solemnidad de aquel juramento por Dios y la Cruz, que tanto respeto les infundía y que levantaba de sus asientos y hacía descubrirse a todos cuantos lo presenciaban. Y aumentaron los perjuros de una manera aterradora. Y no hay seguridad para la vida, para la hacienda ni para la honra. Hay testigos para todos los colores y para todos los gustos. Y tan erguido sale de un juzgado el perjuro, juzgado ya por la conciencia de todos los que le oyeron, como el hombre honrado que ha dicho la verdad. Y lo que es peor, como he dicho antes, que nadie se escandaliza. Al contrario; si se gana un asunto burlando la ley y encubriendo el crimen, todos felicitan al autor y a quien lo defiende. Es mucho menos malo el ladrón que el perjuro.

Llegará, pues, muy pronto el día deseado de la libertad de las almas, para que el perjuro cargue solo sobre el honor, como entienden muchos. Y bien mirado, ¿qué responsabilidad se le puede exigir al que «promete por su honor» si no lo tiene?

La misma que a mí si se me busca y se me admite para afianzar mil duros, sabiendo que no se me puede hacer el cobro de un real.

¡Ah! Si al menos tuviésemos del honor formado el altísimo concepto que se merece, acaso, acaso… Pero fiarse de la promesa por el honor de un golfo, de un randa, de una prostituta y, aun de muchos ignorantes para quienes la palabra honor no tiene sentido, será triste. Se me dirá que el juramento de esos tales puede ser tan dudoso como la promesa; pero yo diré que el nombre del Creador infunde más respeto que el honor de la criatura.

No se entienda por lo dicho que me definiré en absoluto contrario

a la fórmula de la promesa por el honor, no es despreciar la vida, sino estimarla en su justo precio. Y no son ciertamente aquellos que creen que la espada y la pistola son un cepillo para quitar las manchas del honor. No. La arrogancia del corazón es atributo de las gentes honradas; pero no hay que confundir la arrogancia noble de unos con la arrogancia insolente de otros. Los primeros están capacitados para prometer por su honor; los otros, no, porque el honor es una medalla construida con los materiales de la virtud y cuyo reverso debe ser la vergüenza. Para decir la verdad no debiera hacer falta ni promesas ni juramento; bastaba estimarse a sí propio para no querer manchar la obra más sublime que ha salido de manos del Creador, que es el hombre honrado.

Mientras así no se entienda; mientras la educación del hombre no se asiente sobre más sólidos cimientos que los que hoy se emplean, toda innovación es peligrosa respecto a tal asunto, y no estamos en condiciones hoy de que la promesa sustituya al juramento.

Eduquemos al pueblo, haciéndolo virtuoso. Los maestros inculquen en el niño un grande horror a la mentira. Los administradores de la justicia, observen escrupulosamente a todos los que van a depositar algo en la balanza que está en sus manos, y persigan sin compasión todo lo que no despida los hermosos resplandores de la verdad. Y si alguno se escapase de ellos, todos los hombres honrados están capacitados para ejercer la acción que puede llamarse de saneamiento social. Maldito sea el embustero y el perjuro, casi siempre comprado a bajo precio.

Cuando se juraba por Dios y por la Cruz, había perjuros, no tantos. Ahora que se jura sin saber por quién, hay más. Cuando se prometa por el honor, aumentarán considerablemente. Solo una educación cristiana puede librarnos de tal plaga.

Y mientras la educación no siga por el derrotero de la virtud y llegue a su más alto grado, no os canséis en buscar fórmulas que den

fuerza para arrancar la verdad al que no quiere decirla. Nada se adelantará. Decid solamente: «Estáis obligados a decir verdad, bajo la pena de tantos o cuantos años de presidio». Y al que falte a ella, que caiga sobre él todo el peso de la ley y la maldición de todos los hombres honrados. – Odón.

(*El Narcea*, 24 de diciembre de 1910)

AL AMOR DE LA LUMBRE

En estas noches largas de invierno, suelen juntarse para la casa donde mejor se atiza, los vecinos de la aldea a pasar un rato de la noche. Hablan de todo; de lo que no entienden y de lo que entienden. La noche a la que voy a referirme estaba con ellos el maestro de aquella aldea, al que invitaron a la tertulia para que les aclarase qué los tenía preocupados. Allí estaban también dos antiguos conocidos nuestros: el tío Antón y el tío Lucas.

Después de apurar los tizones, el tío Antón, que estaba deseando empezar, dijo:

—Señor maestro, ya sabrá usted lo que yo sé, porque me lo escribe el chico desde Madrid: que el gobierno trata de descristianizar a España con una política anticlerical o antirreligiosa, que no sé si es todo uno, pero que debe ser antirreligiosa, porque al parecer tratan hasta de suprimir de las escuelas la imagen del Crucificado y no permitir que en ellas se hable nada de religión, y que las escuelas serán neutras, término que yo no entiendo, porque yo leo mal y el chico escribe peor, y no saco en claro nada de esto. Usted dirá lo que sepa, porque si es cierto, la cosa aún es más grave de lo que parece.

—Ya sabes, Antón, que vivo alejado de la política, que mi situación financiera no me permite el lujo de tener periódicos que me pongan al corriente de lo que ocurre fuera de nuestra aldea. Algo, sin embargo, llegó a mis oídos de eso que dices y que a la verdad no lo tomé en serio; pero, ya que estamos despacio y ya que para eso me llamasteis, os diré mi parecer sobre el asunto.

Si se tratase solamente de reformar las relaciones que existen entre la potestad religiosa y la potestad civil porque las intrusiones de una

en otra produjesen rozamientos inconvenientes, o si de algún modo se atacase la conducta política o social del clero, la que no fuese conforme con su misión, entonces la cosa no podría llamarse antirreligiosa. Pero, en el momento en que pongan sus manos en el crucifijo de la escuela, que es lo mismo que impedir la inoculación de la religión cristiana en el corazón del niño, ¡ah!, entonces es que se va en contra de todo lo que existe en la sociedad, y contra lo único que nuestra vida tiene de hermoso en este valle de lágrimas, porque la vida sin creencias religiosas no sería vida, sería una sombra, un páramo, una infinita suciedad; un despoblado eterno, como decía un gran pensador.

Llevo, como sabéis, veinte años entre vosotros, al frente de la escuela, y jamás abrí la puerta sin que mi mirada al interior distinga cosa alguna antes que la imagen de Cristo. No tengo miedo a que me lo hagan quitar de la escuela. Si me lo quitan como Dios, lo reclamaré como hombre; me pertenece como todo lo que pertenece a la historia que tengo obligación de enseñar, porque el hombre que no conozca la historia es bien poco más que un ser irracional, sujeto a sus propias observaciones, sin poder utilizar las enseñanzas que suministran los hechos, los trabajos y los sufrimientos de la humanidad entera en su larga existencia.

Pues bien: para colocarla la primera, entre todos los sabios y antes que todos los conquistadores, y la primera ante todos los grandes, necesito la imagen de Cristo, como tengo, sin que nadie me lo impida, el busto de Alejandro, de César, de Napoleón, de Cicerón, de Platón, Aristóteles y otros en la sección de historia, para presentarlos a la vista de los niños, con la narración de sus hechos».

—¡Basta! —exclamó entusiasmado el tío Lucas—. Aun cuando la maldad de algunos llegase hasta el punto de querer despojarle de aquella aureola divina con que los cristianos le adoramos, si a usted le prohíben lo otro, enseñe la historia a mi hijo; háblele de la doctrina de Jesucristo; preséntelo como hombre, que él adivinará que era Dios, y luego ya sabrá lo que debe a su Criador y Redentor.

—Dices muy bien, Lucas. No puede prescindirse de Cristo en la escuela. Y cuando explique a los niños la Geografía Política, con su adición de formas de gobierno, usos, costumbres y religiones que se profesan y, como es natural, en qué consiste cada una de ellas; cuando les diga que la doctrina de Cristo es toda amor, mansedumbre y caridad; propagada sin violencias, sin ejércitos y sin riquezas; comparada con la de Mahoma cuyos preceptos se escribían con las puntas de los puñales de Damasco, propagada y predicada, blandiendo la cimatarra; o con aquellas sectas que la soberbia, la maldad y el vicio desgajó de nuestro trono cristiano ¿Creéis que puede haber escuelas neutras, que puede haber neutralidad entre el bien y el mal, entre la oscuridad y la luz, entre la hermosura y la fealdad, entre la verdad y el error? No. Porque nosotros no podemos faltar a la verdad ni a la historia. Aun los mismos enemigos del nombre cristiano convienen en que la moral de Jesucristo es lo más puro, noble y elevado que se ha visto ni pensado jamás. ¿No hemos de moralizar al hombre de mañana en el niño de hoy? ¿A quién le hemos de presentar como modelo? A Jesucristo y siempre a Jesucristo. No temáis, Antón, no. Esa fe que vuestros hijos heredaron con la sangre, que absorbieron del pecho de su madre y que les inculcáis en el seno del hogar, no tratará ningún maestro de arrancársela mientras no tenga otra cosa mejor que darles. No, no. Para suprimir la religión habría que suprimir la muerte. Quitad la religión del alma de una mujer, y temblad ante vuestra obra. Suprimidla del hombre, y temedle. Es el alma de la sociedad: una sociedad sin religión sería un cuerpo sin alma. Nuestra religión es compatible con todas las formas de gobierno. Jamás estuvo reñida con el progreso; al contrario: el cristianismo ha principiado por perfeccionar lo que había ya más perfecto en los tres pueblos más célebres de la antigüedad: las artes de los griegos, las costumbres de los romanos y las leyes de los judíos.

—Bueno, señor maestro —dijo el tío Antón—; pero, por de pron-

to, amenazan con separar la Iglesia del Estado. ¿Puede venir con eso algún mal a la religión?

—Ninguno; acaso sea un bien. Porque la religión que mendiga el sostén del Estado y que se arrima a un partido político que la defienda, acusa un apego terreno y una debilidad de la fe en sus destinos.

***

Como nadie se ocupara más de los tizones desde que el maestro principio a hablar, apagárase el fuego y principiábase a sentir el frío en los pies. El maestro logró calmar los temores de sus vecinos, con la promesa de que el crucifijo no saldría de la escuela. Yo, que por casualidad también me hallaba allí, no dije una palabra; pero, conforme con los razonamientos del maestro, lo traslado a los lectores de *El Narcea,* por si alguno les presta también su conformidad. – Odón.

(*El Narcea*, 19 de noviembre de 1910)

IMPRESIONES DE UN VERANEO

Después de haber recorrido una buena parte de nuestras poblaciones marítimas, principales balnearios del interior, algunos que llegaron de Biarritz y otros de Suiza, nos encontramos en San Sebastián —instalados en los mejores hoteles, como corresponde a nuestra clase— unos cuantos maestros de quinientas y seiscientas veinticinco. Apenas nos hubimos reconocido y saludado, es claro que nuestra conversación había de recaer en asuntos profesionales y en manifestar nuestra satisfacción, con un aplauso a quien corresponda, por el disfrute de un sueldo que nos permite estos veraneos tan en moda.

Nos felicitamos también los que éramos de Cangas, porque gracias a los proyectos del actual gobierno sobre mejora de sueldos, acaso, acaso, para el siglo que viene, disfrutemos uno que nos ponga en condiciones de veranear en Curriellos o en Vallinas, o, ¡quién sabe!, acaso en Parada la Vieja.

Dimos cada uno al mozo diez céntimos y perrón para traernos tabaco, y nos sirvió a razón de cajetilla y pitillo por *magister.* Encendimos aquel magnífico vueltabajero, y así preparados para el paseo vespertino, escupiendo por el colmillo y echando humo por las narices salimos del hotel, dispuestos, al menos por aquella tarde, a no reunirnos con la aristocracia cortesana que a aquellas horas invadía los paseos de San Sebastián, impaciente porque tardaban en llegar los de quinientas y seiscientas veinticinco.

Pero aquella tarde saludábamos sobre la marcha, atentos solo, al menos los de Cangas, en recoger algo que traer a *El Narcea*. ¿Y qué creéis que llamó más fuertemente nuestra atención? El lujo refinado con la última novedad en la falda. Espero que nuestras elegantes de

Cangas no se ofenderán por todo lo que digamos de las de San Sebastián y otras poblaciones.

¡Pásmate, lector, de lo que hemos visto y observado con unas faldas que nosotros (para nuestro gobierno) llamábamos «falda de paso corto», y que alguno se atrevió a llamar «trabazón de las patas».

Y no me diga nadie, de los que me conocen, que a mi edad, deteriorado por todos cuatro costados, que no debía meterme en faldas y que nada me importa que las mujeres vistan de esta o de la otra manera. Hay precedentes que me disculpan. El cronista de los salones de la aristocracia, aquel que acostumbra a decir «bellísima estaba la marquesa del Abedul, encantadora la condesa del Alcornoque, tentadora la baronesa del Fresno», etc., etc., sin perjuicio de que alguna de estas tenga ya de edad tres duros y pico en reales. Pues bien, si lo conocieseis a él, diríais que aquellas palabras en su boca eran una blasfemia, porque también se mete en faldas, prendidos y bordados, con la diferencia de que a él todo le parece encantador y se expone a cada momento a recibir un alfiler para la corbata, y yo, con mi mal gusto, me expondré a recibir una pedrada. Pero, por esta vez, no tengo otro remedio: mis compañeros me hicieron el depositario de las impresiones de todos; acepté el encargo, y hoy rindo cuentas a *El Narcea*.

Enemigo de las modas en todo lo que tienen de exagerado, nunca creí que la mujer aceptara un disfraz que sería su desesperación si la naturaleza la hubiese formado tal cual las disfraza la moda. Amante del progreso, comprendo que este se manifieste en el valor y perfeccionamiento de los géneros de vestir; acaso en la variación de los colores que pueden dar gusto a todos los gustos y que nada perjudica en algunos adornos sin exageración; pero nunca en la confección de las prendas contrarias a la forma del cuerpo, a su desarrollo y a sus necesidades, que como nunca cambiaron hallan dificultades y peligros en todos los cambios.

En mi ya larga vida he visto arrastrar cola: no me gustaba ni la

creía necesaria; pero tenía algo de majestad. He visto el miriñaque, con todos sus inconvenientes; pero tenía una presentación orgullosa. He visto el polisón y lo toleraría, por lo que tenía de conspirador y revolucionario. He visto los escotes veraniegos con las desnudeces del brazo, y no los odiaba, siquiera por lo que tenían de francamente provocativos. Pero al ver que el destino aún me tenía reservado para última hora la presencia de la falda de paso corto, o la trabazón de las patas, como llamaba mi compañero, ¡ah!, fue un golpe terrible para mí, partidario acérrimo del triunfo del feminismo. Con este paso no se llega nunca. En aquello otro había majestad, orgullo, conspiración, provocación; es decir, vida, valor, genio. En esto, encogimiento, cobardía, anemia, aparte de las dificultades que presenta para… a veces apremiantes necesidades…

(Un compañero me llama la atención y me dice: «No te metas por ahí, que no te lo admite *El Narcea*». «Bueno»)

Como soy nervioso e impresionable, al tirarme por la chaqueta el compañero, se retiraron de mi mente las ideas que se me amontonaban para principiar por el sombrero, pasando por el corsé y concluyendo por el zapato, para declararlo todo en la forma que se gasta, como un crimen atentatorio a la especie humana, semilla de todos los vicios, de la miseria, de casi todos los desórdenes, enfermedades y delitos. Las mujeres griegas y romanas nunca gastaron corsés, y sus cuerpos eran bellos y elegantes. No se inspiró aquel gran artista en cuerpos aprisionados por el corsé, y su Venus, al cabo de veinte siglos, resulta el tipo más perfecto de la mujer. No quiero ser pesado. Estas no son impresiones de ahora, me dicen los compañeros.

Pues a las de ahora, y cómo ellas pueden ser lo adivinará el lector, contándole lo que hemos visto.

Un señor, zanquilargo por su desgracia en estos tiempos, acompañaba a una señora que estaba bellísima —como diría el de los salones—, con una falda de tan poco paso, que el buen hombre tenía que

pararse a cada paso que daba, que resultaban seis por lo menos para su consorte. Al ver aquel extraño modo de pasear, yo creí que aquel caballero medía a pasos alguna distancia y los iba contando. Mi hombre no iba tranquilo con aquella lata que le daba su señora, y le dio el brazo para ver si mejoraba la situación; pero, ¡oh!, entonces tenía que llevarla arrastro.

Poco más o menos, sucedía lo mismo a las demás parejas, hasta que principió a encapotarse el cielo, amenazando un aguacero. ¡Había que ver entonces para subirlas al coche o al tranvía! La que iba sola, al querer alargar la pata para subirse al estribo, caía de espaldas. Las que pesaban poco era fácil levantarlas en alto y subirlas al coche, en cuya operación intervenimos los de quinientas y seiscientas veinticinco, con la galantería que nos caracteriza. Lo peor era con las gordas, que había que subirse uno al coche o tranvía, cogerlas por las manos y otro por detrás, que afaldase bien, las íbamos subiendo. Hay que confesar también, en honor de la verdad, que algunas amparadas por la ley de libertad de enseñanza, levantaron la falda todo lo necesario para poder alargar bien la pata, y subieron solas.

Principió el aguacero. Todo el mundo a casa. Y a la puerta de los hoteles, vuelta a la operación de descargar; y no era esto lo peor. ¿Cómo se subía la escalera? Todo el mundo tuvo que cargar con su costilla al hombro: el que podía; el que no, llamó a un mozo de cordel. De los de quinientas y seiscientas veinticinco, alguno cargó también con una señorita al hombro; pero yo, con mi reúma en los riñones, no pude practicar tal galantería, porque no estaba en condiciones de cargar con semejante pecado mortal por la escalera arriba. Además, un compañero me tiró de la chaqueta: «Anda, que nosotros no podemos». Esta vez fue Bonifacio el de Biescas.

Yo bien sé que esa moda de la falda de paso corto, o trabazón de las patas, como decía el otro, no puede durar, porque tiene muchos inconvenientes sin otra ventaja que la exhibición del polisón natu-

ral; por lo que carece de uniformidad y no podrán nunca ponerse de acuerdo respecto a su volumen, y habrá la mar de envidias entre las gordas y las flacas.

Nuestras elegantes de Cangas no tendrán el mal gusto de adoptar semejante falda, y continuarán con el paso largo, como corresponde a buenas asturianas.

Pero como la moda es una epidemia harto contagiosa, si como esperamos, nuestros sueldos mejoran y para el siglo que viene estamos en condiciones de ir de los baños a Trasmonte de Arriba, no quisiéramos encontrarnos allí con semejante adefesio, ni tener que ocuparnos de él, ni mucho menos tener que allanar sus inconvenientes, como este año nos pasó en San Sebastián.

Por eso damos la voz de alerta.

Y cuando otra moda se avecine, antes de admitirla, al menos en Cangas, consulten con nosotros, que para gente de buen gusto los de quinientas y seiscientas veinticinco. – Odón.

(*El Narcea*, 4 de octubre de 1911)

LOS PADRES Y LOS MAESTROS

Concluyeron las vacaciones escolares, como siempre, el día 2 de septiembre. Los maestros, en todas las aldeas, abrieron las puertas de sus escuelas. Más han hecho muchos: llamaron, aconsejaron y hasta suplicaron a los padres que les mandasen los niños a la escuela; más aún, sin retribución alguna, como creo que a ninguno se la pagan en este Concejo de Cangas de Tineo.

Y pasó el mes de septiembre, y los padres no se apresuraron a mandar a sus hijos a recibir la mejor dote que un padre puede darles. Y vino el mes de octubre, y los niños andan a las castañas. Y llegamos al mes de noviembre, y dicen los padres que hay que sacar las patatas. Y vendrá diciembre, y hay que hacer sementera.

Es claro: los hermanos mayores emigraron; los niños tienen que suplirlos, y hay que dedicarlos a trabajos impropios de su edad que dificultan su desarrollo físico e impiden la entrada del pan del alma, para formar de este modo un alma enferma en un cuerpo raquítico. Y el maestro bosteza en la escuela, con diez o doce de aquellos pequeñuelos que sin haber llegado a la edad escolar se los mandan para que no pidan pan en casa. Los que debieran mandar a la escuela, los mandan a trabajar; ya vendrán a la escuela cuando nieve o cuando la lluvia no deje trabajar.

Esto es lo que pasa en casi todas las aldeas. Es verdad que todos esos males proceden de las condiciones en que está colocado el labrador, para quien los gobiernos no tienen ni una ley de redención, ni una mirada de compasión. De ahí la emigración, la miseria y el martirio del niño apenas nacido.

El mañana que se espera en estas aldeas ha de ser indudablemente

terrible. Las madres de hoy no son como aquellas de las que decía Víctor Hugo: «No hay más que dos clases de seres que se estremezcan profundamente: la madre que abraza a su hijo y el tigre al arrojarse sobre su presa». La miseria acalló los latidos del corazón, y se las ve despedirse de los hijos que emigraron, sin derramar una lágrima, como si el destino de la madre española fuese criar hijos para América.

Y si esta sangría no fuese bastante, tenemos otra abierta en África. Y si la falta de brazos fuertes no produjese miseria bastante, la sangría del África tiene dos salidas: para el oro y para la sangre.

Y el maestro bosteza en la escuela; y los niños que le pertenecen pasan por delante de la puerta, encorvados bajo el peso de cestas de castañas, de patatas o de abono. Por eso el día que les llegue la hora de emigrar, ni lloran por su patria, ni por su madre, ni su madre por ellos.

Los padres acostumbran a servirse de esos niños como de los demás animales que crían a la vez, y habría que recordarles, a cada momento, que si bien recibieron de la naturaleza una autoridad legítima sobre sus hijos, ninguna autoridad sobre la tierra les da derecho a dañarlos o hacerlos infelices o desgraciados.

Los gobiernos y los gobernantes están completamente divorciados. Aquellos siguen derroteros opuestos a la felicidad de los pueblos. El pueblo no se instruye, no conoce sus deberes y derechos; no se le alivia en su miseria, no se le socorre en sus necesidades, ni se trata de mitigar sus dolores e infortunios. Por eso la tiranía y el fanatismo no desapareció de la tierra, ni la paz universal impera en el mundo.

Pero dejemos a un lado los gobiernos, con sus preocupaciones de conquista y con su criminal abandono a la vista de la emigración, del embrutecimiento del pueblo y de la agonía de la agricultura. Los gobiernos que van contra la corriente del sentir nacional están juzgados y sentenciados, y los recursos de la mordaza no pueden impedirnos de pensar en Portugal, Turquía, Persia, China…

Cuando el fuego se apaga en nuestros míseros hogares, revolve-

mos la ceniza, entre la cual siempre queda alguna ascua, que, aunque pequeña, a fuerza de soplar vuelve a encender fuego bastante para calentar la casa. Así nosotros, padres y maestros, si unimos nuestros alientos y soplamos con fuerza sobre nuestra miseria misma, haremos surgir la luz y la calor, sin la que no hay vida posible.

El porvenir de una nación está particularmente en las madres. En sus regazos crece y se desarrolla la humanidad; por eso el hombre no puede degradar a la mujer sin degradarse, porque formarían a los hijos tal como ellas fueren. Los padres que no trabajan en el desarrollo del alma de sus hijos, no son dignos de llevar el título de padres. Esa luz y calor, de que estamos tan faltos, hay que buscarla, soplando sin cesar, en la educación e instrucción del niño. Entre muchos niños bien educados, podrá salir alguno malo; pero de los sin educación o mal educados no sale ninguno bueno.

Nunca debe ser la educación tan esmerada como en la infancia, que es cuando los vicios se apoderan del alma sin tropiezo de la lucha que puede presentarles la reflexión. Educad a los hijos, instruidlos, mandadlos a la escuela. Si la miseria os arrebató los mayores, haciéndoles abandonar su familia y su patria, agarrémonos a los pequeñuelos que os quedan como a la única tabla de salvación para la regeneración de la patria.

Digo de la patria, porque yo no la veo en esa clase privilegiada que vive a costa de vuestro sudor, habiendo nacido condenada al trabajo, lo mismo que todos. Como tampoco llamo madre, ni a sus puertas llamo, a aquella a quien como a todas llena la naturaleza sus pechos de leche, y le hacen secar, contrariando los mandatos de la naturaleza misma, y entregan sus hijos a vosotras, hijas del pueblo, para que los crieis. Nada importa esa clase. Yo no veo más que miseria, cuando veo a vuestros niños reventados, haciendo el trabajo de los que marcharon; a las escuelas desiertas, y en los campos trozos del arado abandonado.

Y mientras la miseria, la soledad y el silencio de la muerte nos

rodea, allende el Estrecho corre el oro, corre la sangre y se oyen gritos de «¡Viva España!».

…¡Ah!…

Nada hay peor que la desesperación, cuando es capaz de secar las lágrimas del hijo que se va y de la madre que lo despide. Aterra ver el número de nuestros emigrantes. Los vemos marchar por cientos, ¿y volver?… ¿Cómo estarán por allá la mayor parte?…

Hay que despertar, labradores, oponerse a la emigración, no desesperarse. Con los niños que nos quedan, preparemos una generación más amante de su familia y de su patria, que no nos abandone en la ancianidad, que recoja los trozos del arado abandonado por el campo, que encienda el fuego que dé luz y calor a estas montañas. El señor dejará de cargar sobre la tierra: no lo dudéis. A unos gobiernos sucédense otros, y tal vez los que padecemos sean hoy los que merecemos. Eduquemos, instruyamos al niño; al niño para ser hombre y a la niña para ser esposa y madre. Ya sabéis, por experiencia, aun entre nosotros, que la mujer, habiendo nacido en el orden de la naturaleza para ser la hembra del hombre, resulta muchas veces ser el macho en el orden social. Todo, todo está en la educación de la infancia, en la escuela y en el hogar, si padres y maestros se unen persiguiendo un mismo fin: «La Regeneración».

Pero si, como pasó septiembre, octubre y parte de noviembre sin mandar los hijos a la escuela, vuestro criminal abandono continúa, cuando por delante de la escuela y en las horas de clase pasen los niños cargados con la cesta o el saco, abro la puerta y les digo: «Tira eso y entra; te enseñaré tus derechos y tus deberes, y te enseñaré algo más; entra; me perteneces, porque así la ley lo ordena, porque la patria lo quiere, la sociedad humana lo manda y tu condición de hombre así lo exige». – Odón.

(*El Narcea*, 29 de noviembre de 1911)

VERDADES

Como *El Narcea* suele estar ahíto de cuartillas, sucede a veces que tarda en llegar el turno a las mías, y acaso cuando estas vean la luz pública habrá tenido ya lugar el esperado acontecimiento de la reunión de las Cortes. Esperado con impaciencia por los maestros de las últimas categorías, que ven escaparse el año sin que para el que viene se aumente el presupuesto necesario para que el maestro deje de ser el figurín más acabado donde puedan admirarse los progresos y bellezas del hambre. Esperado con impaciencia por el agricultor, que aguarda con ansia la prometida promulgación de una ley que redima de la odiosa carga del foro y de otras que pesan sobre él, ya que no se ocupa de la esclavitud de mucha parte de la tierra, sobre la cual viven y se regodean sin cultivarla los zánganos de manos blancas. Esperando con impaciencia por todos los pensadores cuerdos que ven la inminente ruina con el abandono en que la emigración deja los campos, y esperan con sobrado fundamento que uno de los primeros asuntos que se tratarán será buscar el remedio que restañe la fatal sangría.

Espera el obrero, esperan todos los pobres, toda esa mayor y mejor parte de España que se llaman el charro, el baturro, el paleto, el campesino, el aldeano de Asturias y Galicia, etc., etc.; en fin, todos aquellos que componen ese pueblo que se llama «Juan, suda, paga y calla». Y como nunca se acuerdan de él, espera que esta vez le llegue el turno a la seriedad y principien una labor cuyos frutos le sea permitido saborear.

Pero por esta vez, querido Juan, no esperes que de tus desgracias se ocupen seriamente. Reñirán como mujerzuelas. Sí, hablarán en nombre tuyo, en nombre tuyo se insultarán y vocearán, y tú sacarás, al fin

de la jornada lo que el negro del sermón: la cabeza caliente y los pies fríos. Porque hablarán de la cuestión religiosa, de la cual, en la forma que la tratan, no ha de venirte un bocado de pan más ni menos. Hablarán de la pasada supresión de garantías, cosa que pasó desapercibida para ti, pobre y pacífico Juan. Hablarán mucho de torturas inquisitoriales en las cárceles, también desconocidas para ti, honrado Juan, que nunca te metiste en algaradas que promovieron los mismos que… Por último, se hablará algo de lo de Melilla, que es lo que algo mucho te importa; pero de caminos vecinales, de construcción de locales-escuelas, de elevación de sueldos a maestros, de la emancipación del esclavo agricultor, de la emigración y de todo aquello que directamente te afecta, acaso tratarán a última hora para preparar una caída decente; pero no esperes nada, y si algo se hace, no se ha de repartir equitativamente. Los caminos se los llevaron, primero, los más amigos del gobierno. Los locales-escuelas, lo primero será atender a las poblaciones; los sueldos de los maestros se principió también por la aristocracia de la clase, por los de las poblaciones; los demás, cuando los recursos del Tesoro lo permitan. De los foros, nada, hasta que tú no te impongas…

Conque ya ves, hermano Juan, cómo has de ser siempre el último; y resulta siempre que el último mono es el que se ahoga.

Una de las primeras cosas que preocupan a nuestros prohombres es averiguar si en las cárceles se pega. Alguno denunció estos hechos, y se consideran calumnias en desdoro de la patria. Yo no sé si en las cárceles se pega hoy; pero lo que es ayer… no solo en las cárceles, sino en prevenciones, cuartones y cuadras. En mis mocedades, cualquiera que tuviese un flemón en la cara no podía salir en Madrid a la calle sin que al verle el rostro hinchado no le dijese cualquier conocido: «Tú estuviste en la prevención». Una vez, por una rapazada mía, en la villa del oso y del madroño, me llevaron a la prevención. Como no iba de buena gana, a uno de mis conductores se le cayeron dos

botones. Llegamos a la prevención, y me dieron una zurra que valía más que toda la botonadura. Yo creí que después de haberme cobrado los botones y algo más me dejarían en paz; pero, ¡quiá!, a los dos días, juicio, costas y demás accesorios. Y no sirvió alegar lo de las bofetadas; me contestaban que era mentira, y eso que llevaba como testigo el ojo izquierdo, hinchado de orgullo y con un hermoso color violeta que daba gusto verlo.

No se escandalicen los gobiernos porque tales cosas se digan. Yo creo que en todas partes se pega; y es que la bestia humana está mal educada. Y tratándose de nosotros todo el mundo lo cree, porque el mundo no olvida las torturas ni las hogueras de antaño, y que fuimos los últimos en quitar las trallas de las manos del mayoral negrero, y en que fue ayer todavía cuando en la referida villa del oso y del madroño funcionaba la más famosa de las instituciones, la célebre partida de la porra, organizada, según de público se decía, por el gobernador de Madrid, con ausencia, naturalmente, del gobierno, y acaso por indicación del mismo. La partida de la porra era el correctivo eficaz que oponía el gobierno a todo lo que le molestaba. Si era un periódico, a la redacción la partida de la porra, y apaleaba redactores, rompía muebles y máquinas y no dejaba títere con cabeza. ¿Que molestaba una manifestación? Allá iban los genizaros de la porra, a estacazo limpio y contundente, a disolverla. ¿Que había necesidad de quitar de en medio a un individuo? Pues se le dejaba seco dentro de un coche, como le sucedió a un periodista. Iban al teatro donde se representaban sátiras picantes contra cualquier personaje, y… zurra a todo el mundo, actores y espectadores, como os podía contar un brazo mío, si hablara, lo que le pasó en las representaciones de la Caramañola y Macarronini I, sin preguntarme si aplaudía o silbaba.

¡Qué tiempos aquellos!, dirá cualquiera. ¡Pero si fue ayer, y en los gobiernos de hoy andan hombres de aquellos!… Y como todas aquellas salvajadas quedaban impunes, es de creer que tenían razón

los que aseguraban que todo era creación y hechura del gobierno. Y como en estos tiempos se sabe que ningún funcionario de nuestros establecimientos penitenciarios haya sido destituido ni procesado por alargar el brazo, no hay que extrañarse que se acuse de complicidad. Porque negar en absoluto que no se zurra… es lo más razonable creer, dados nuestros antecedentes, que no tanto será verdad ni tanto será mentira.

Gracias a Dios que al pobre Juan no le alcanza nada de eso: es de suyo bonachón y pacífico, y con él no se cuenta para nada, pues no se metió en nada hasta ahora. Para nada, Juan, se cuenta contigo, más que para que trabajes, pagues y calles. Y, sin embargo, resultas ser así como una veleta, sin más voluntad que la del aire que la sople, y que estás dando vueltas continuamente. Se ha hecho ver que eras un clerical empedernido, presentando pliegos con firmas incontables, de baturros, charros, campesinos, paletos, aldeanos, etc., etc., con la misma autenticidad que las rosquillas de la tía Xaviera o los pronósticos del Zaragozano. Más tarde hiciéronte pasar por un clerófobo rabioso, por medio de manifestaciones de tus representantes, los desocupados de las poblaciones, organizaban en nombre de Juan, mientras Juan estaba arando. Y por ese procedimiento, tan pronto apareces conservador como liberal, republicano, etc., etc.; y tú tan calladito, tan sufrido, tan trabajador y tan pagano, porque toda la comedia se representa en las poblaciones. Yo he visto una manifestación que se decía de obreros que pedían «pan y trabajo»; y toda el hampa de Madrid, la que maldita las ganas pasa de trabajar, acudió a ella, y otros, como obesos taberneros, carniceros, y otros, y otros, cuyos mofletes acusaban sobra de pan y carne, llevaban la bandera que pedía «pan y trabajo». Yo he visto una manifestación que se decía de madres de familia, pidiendo «abajo las quintas», y la mayor parte de las manifestantes eran mujeres de vida alegre, y la que llevaba la bandera, y la que presidió la comisión que subió a entregar a los poderes públicos la petición escrita de las madres de

familia fue una a la que yo dije, después de la manifestación: «¡Bribona! ¿Cómo te atreviste tú, que nunca fuiste madre de familia…?» «Sí, sí: tuve dos hijos; el primero, cuando aún era muy joven, fue de un cura; el otro ya fue de un soldado, pero los eché a la inclusa».

Ya ves, Juan, lo que pasa. Todo es mentira. Y los gobiernos toman eso en serio. Y a eso le llaman pulsaciones, ecos, aspiraciones del pueblo, sin pararse a considerar que toda esa comedia es de la más fácil representación, habiendo gente desocupada y políticos cesantes con ganas de colocación, y que el verdadero pueblo, el pueblo Juan, sigue trabajando, pagando y callando, sin meterse en nada… por ahora.

Pero como decimos por aquí, «no hay cerdo a quien no llegue su San Martín» o «Santo a quien no llegue su día de fiesta», mucho me temo que cuando Juan se entere deje la herramienta o el arado, limpie el sudor y medite, y después de meditar lance un rugido amenazador, diciendo por primera y última vez a los directores de la comedia: «Si vais a continuar pasando el tiempo en discusiones estériles, haciendo galas de hueca oratoria, convirtiendo lo que debe ser lo más respetable de un pueblo en reñidero de gallos; si vuestros primeros trabajos no se dirigen a mejorar la suerte del agricultor, si vuestra mirada no se fija en los campos desiertos por la emigración, si lo repleto de vuestros estómagos no os deja pensar en el hambre del maestro rural, si vuestras lujosas y confortables viviendas alejan de vuestra mente que el hijo del pobre tirita en frías, oscuras y húmedas bodegas-locales-escuelas; si, en una palabra, vuestros actos de gobierno no se dirigen a levantar de la postración en que yace, por la ignorancia que lo ciega, por la miseria que lo rodea, por la esclavitud que lo humilla y por el caciquismo que lo envenena, al pobre aldeano, campesino, baturro, charro, paleto, etc., etc., el que hasta ahora no hizo más que trabajar, sufrir, pagar y callar, temed no nos llegue también nuestro día de fiesta». – Odón.

(*El Narcea*, 13 de diciembre de 1911)

EL DISTRITO CANGUÉS

Cuando *El Narcea* pasa a manos del ultraconservador Luis Martínez Kleiser (2.ª época del semanario), desplazando a los inclanistas, estos se ven obligados a crear un nuevo semanario para combatirlo. Este nuevo periódico lo llamaron *El Distrito Cangués.*

En el trabajo ya citado anteriormente de J. J. Morodo, «Apuntes para una Historia de la Prensa Canguesa», se nos dice de él:

> Posteriormente nos encontramos con *El Distrito Cangués* (32 × 44 cm de formato y 26, 5 × 38,5 cm de mancha, a cuatro columnas). Se subtitulaba «Defensor de los intereses morales y materiales de la región», y añadía en su cabecera, «Se publica los martes». Como hemos dicho más arriba, también se imprimía en los talleres de La Imprenta Moderna, de Cangas. Constaba igualmente de 4 páginas que incluían preferentemente, información y opinión sobre temas locales. Apenas publica informaciones del extranjero, pero sí concede un importante espacio a la opinión política nacional. De los periódicos de Cangas es, junto con el que veremos a continuación, el más politizado. No obstante, en las informaciones locales alcanza un tono costumbrista [....]».

Su historia es la siguiente:

1.– 1913. El 8 de abril aparece el primer número (su fundador y primer director fue Ibo Menéndez Solar), con el objetivo de luchar contra los kleiseristas y *El Narcea* de la 2.ª época. El jefe de redacción del nuevo periódico era Odón Meléndez de Arvas y su administrador Luis Arce Díaz. Odón es el encargado de escribir las palabras de presentación y quien marca la línea a seguir en el editorial «Nuestros propósitos» (que reproducimos en esta selección de *El Distrito Cangués*)

El 6 de mayo de 1913, en la sección «Noticia interesante» de *El Distrito Cangués*, y firmado por «Uno que es algo más que liberal», se dice sobre la aparición de este periódico:

> En vista de los informes del jefe de la ronda, los reunidos en la tienda de los Liberales acordaron la construcción de un acorazado que se llamase *El Distrito Cangués,* que llevase en su palo más alto la bandera gloriosa que fue el Batallón de Cangas y diese caza al lanchón cartaginés que trajo a estos pueblos la peste de la diarrea con la introducción matutera de sus antiguallas. Algunos opinaron que para dar caza a *El Narcea* bastaba un pequeño guardacostas, sin necesidad de tan gloriosa enseña. Pero la mayoría dijo: el acorazado *El Distrito Cangués* no solo ahuyentará de las aguas de Cangas los buques apestados, sino que acudirá a todas partes donde algún pueblo se vea amenazado con negras mercancías, importadas por los hombres del gorro negro.
>
> Hoy, el gallardo y español acorazado *El Distrito Cangués* se pasea orgulloso con su enseña canguesa por las aguas del Corral. El pueblo lo saluda como a la garantía de la paz y el centinela avanzado que vela por los intereses y la libertad del pueblo [...]

En diciembre de 1913 cambia la dirección del periódico, pasando a manos de Benemérito Llano. Como jefe de redacción sigue figurando Odón Meléndez de Arvas.

2 – 1914. En este año se deja de publicar en la Imprenta Moderna y se contrata a Gumersindo Díaz Morodo (Borí), buscando una prensa de mano para que salga más barata la impresión. El 2 de mayo sale el primer número de la nueva prensa con un tamaño más pequeño que los anteriores (32,5 × 22 cm), pero con el doble de páginas (8 páginas)

3.– 1915. A principios de abril vuelve a cambiar la dirección, pasando a manos de Gumersindo Díaz Morodo (Borí). Este lo toma como un arma arrojadiza contra la injusticia y el caciquismo, lo que le reporta numerosas denuncias, secuestros, etc. El 29 de julio Borí traslada la imprenta al Concejo de Leitariegos.

4.– 1916. En el mes de agosto, y debido a los problemas que le ocasiona, para intentar evitar tanto malestar, decide cambiarle el nombre y llamarlo desde ahora: *El Distrito de Cangas.* En el mes de septiembre se deja de editar y desaparece. A pesar de haberle cambiado el nombre, no se consigue tranquilidad, y el juez de Cangas termina con la publicación de este periódico.

NUESTROS PROPÓSITOS

Ajenos estábamos de tener que publicar este semanario del que no veíamos necesidad alguna, porque entendemos que para defender los intereses morales y materiales de este distrito, bastaba bien uno; pero es visto que *El Narcea*, desde su aparición en esta segunda época, más que procurar desde sus columnas el fomento de aquellos intereses, ha levantado aquí la bandera de la discordia, procurando, sin reparar en medios, desunir a un pueblo que siempre vivió sin esas funestas guerras intestinas.

Afortunadamente nada han conseguido, a pesar del cúmulo de falsas noticias y pueriles paparruchas, con que han salido a la luz pública una y otra vez y siempre, las columnas del citado periódico, que bastaría él solo para echar a perder la causa de más clara defensa: y esto lo prueba de una manera concluyente, el resultado de las últimas elecciones para diputados provinciales.

Nosotros que siempre nos hemos reído de la desigual lucha que se avecinaba, nos hemos cruzado de brazos hasta los últimos momentos, confiados en la clara inteligencia del cuerpo electoral, que sabe perfectamente lo que le conviene; y a pesar del descuido por nuestra parte, de la actividad vertiginosa de los adversarios, y de ser sus candidatos Sres. Ron (don Humberto), Villa y González del Valle personas consideradas como los primates del político especial que se trataba de formar, ya se ha visto el resultado: ni uno siquiera de los tres han podido sacar a flote; y eso que la Ley electoral vigente está hecha para proteger las minorías.

Pues bien; si con todas estas circunstancias, para ellos tan ventajosas, han resultado tan burladas sus inocentes aspiraciones, ¿qué

resultará en la elección para diputados a Cortes, si hasta entonces duran las ilusiones de esa media de kleiseristas, como ellos se llaman? Resultará sin duda que el ridículo será completo; resultará una lucha tan desigual, como sería la de un titán con un niño; resultará otro fracaso mayúsculo, porque para entonces, muchos de los que esta vez apoyaron la candidatura kleiserista, por amistad u obligación a los candidatos, verán que se llamaron a engaño, y volverán a sus lares, o sea, a las filas de nuestro ilustre diputado Sr. Suárez Inclán.

Nosotros que no tenemos por qué querer mal al Sr. Kleiser, sentimos en el alma que, mal aconsejado, se haya lanzado a una empresa temeraria, no solo para él, sino también para cualquiera de los principales políticos de España, porque el cuerpo electoral de Cangas de Tineo, con muy buen sentido común, es agradecido; y lo mismo que algún día votó como un solo hombre al Sr. Uría (D. Pepín) y después al Conde de Toreno, que tanto beneficio han dispensado a estos concejos, vota y votará siempre al Excelentísimo Sr. D. Félix Suárez Inclán, que está dando pruebas de un cariño grande a todos sus electores sin necesidad de ir a visitarlos pueblo por pueblo como hizo el Sr. Kleiser, porque su elevada posición política no le deja tiempo para ello, y además porque como dice el refrán, «obras son amores y no buenas razones».

Además esta redacción comprende perfectamente que pensar en estos pueblos rurales en campañas políticas es perder lastimosamente el tiempo: a lo que debemos aspirar aquí es a procurarnos por todos los medios lícitos posibles el bienestar material, ya que en el orden moral conservamos afortunadamente las doctrinas religiosas que a todos nos han enseñado nuestras madres. Y si esto es una verdad, ¿qué diputado de más valía podríamos encontrar que el que afortunadamente tenemos? ¿Quién puede dar pan más que el que dispone de él?

La prosperidad de los países está en relación directa con sus vías de comunicación; esto es indiscutible: y siendo así ¿quién podrá hacer

más que lo que nuestro D. Félix ha hecho, está haciendo, y lo que hará en fecha próxima?

Nadie, y no seamos ilusos.

Supongamos por un momento que D. Luis Martínez Kleiser llegase a ser diputado a Cortes por este distrito, y supongamos también, y es bastante suponer, que llegase a la altura política que tiene el Sr. Suárez Inclán. ¿Cuántos años tendrían que pasar para que esto sucediese? Pues echando cuentas alegres, lo menos, lo menos, los que necesitan para que sean viejos los que ahora son jóvenes. ¡Bonito porvenir!

En fin, que la elección entre ambos no admite dudas, todos lo sabemos, incluso los kleiseristas si quisieran hablar con la mano en el corazón, y desprovistos de sus miras hacia medros personales; y por eso vamos a terminar este artículo de presentación, con las siguientes declaraciones:

1.ª – Que consagraremos toda nuestra labor a la prosperidad del distrito electoral de Cangas de Tineo, y a tener a nuestros lectores al corriente de todo aquello que más interesa al público, para lo que contaremos con buena información.

2.ª – Que como amantes sinceros del distrito electoral, defenderemos con todas nuestras energías la candidatura del Excelentísimo Sr. D. Félix Suárez Inclán para diputado a Cortes, porque solo así se defienden los intereses del país.

3.ª – Que despreciamos las diatribas que tengan por objeto hacernos descender a las polémicas de plaza pública.

Y saludando a nuestros colegas de la provincia, con quienes no tenemos inconveniente en establecer el cambio, nos despedimos hasta el próximo número.– La Redacción.

(*El Distrito Cangués*, 8 de abril de 1913)

CALENTÁNDOSE AL SOL

En mi pueblo hay dos hombres aficionados a la política, sobre todo los domingos, cuando después de comer y de haber sacado el ganado al agua, salen a tomar el sol, si es invierno o primavera, o a tomar la sombra bajo algún copudo castaño, si es en verano. Esta vez tomaban el sol.

No son del todo desconocidos el Tío Antón y el Tío Lucas, porque cuando *El Narcea* era de Cangas y para Cangas solían a veces asomarse a sus balcones. Pero los tiempos cambean, y aquel libre y simpático periodiquín se convirtió en un botafumeiro, que no tenía otra finalidad que la de dejar paso al humo del incienso que en todo él se quemaba.

Contra la costumbre establecida, esta vez principió Lucas

—¿No sabes, Antón, las barbaridades que hicieron esta vez con el reparto de consumos? ¡Pues no me echaron a mí 50 pesetas encima de las que tenía!… ¿Qué te parece?…

—Veo, Lucas, que no me lo dices todo, y que acaso eso que llamas barbaridades no sean tanto como dices. Tú debes saber algo de por qué te cargaron tanto. Habrás enriquecido.

El tío Lucas se rascó la cabeza; tardaba en contestar; le daba vergüenza; pero, por fin, con aire compungido, como el que va a confesar una falta, dijo:

—Pues, hombre, dicen que es porque fui kleiserista.

—¡Jaaa! No, hombre, no; ya sabes que esta contribución es por lo que se consume, *y* los kleiseristas llevasteis una temporada buena, consumiendo más vino y bollos de trigo que lo que acostumbrabais, mientras que los inclanistas bostezaban, y no creo que sea tanta barbaridad si ahora os lo tienen en cuenta.

—No bromees, Antón, que ya sé que tus ideas no habían de acon-

sejarte a que hicieses, aunque pudieras, lo que con nosotros están haciendo.

—Es verdad, Lucas; ni a ti tampoco. Pero los que dirigen las luchas políticas siguen aquel principio que sentó Breno, cuando dijo: «¡Ay de los vencidos!». Y desde entonces a hoy, pasaron algunos siglos, pero aún se dice «que la política no tiene entrañas». Y no te extrañes; en todos los tiempos los tontos son las víctimas de la política, y entre los errores de ella, ninguno mayor que empeñarse en lo imposible, como habéis hecho vosotros. Si no hubierais sido tan tontos, hubierais comprendido desde el principio que habíais de sufrir una vergonzosa derrota, con todas sus consecuencias; que no principian, como tú crees, con esas pesetas que dices. Y como sé ciertamente que si los tuyos ganaran y pudieran, habían de hacer lo mismo, y esas pesetillas que tú tienes acaso las tuviera yo, pues… no sé si te diga, aunque te parezca mal, que casi están bien ahí. Algo mucho me parece eso de las 50 pesetas; pero, con ser yo, como sabes, incapaz de hacer daño, amantísimo de la justicia y del derecho, no os daría una gran paliza por el error cometido sin pensar que habíais de desgraciar los intereses del concejo, pero no os escaparíais sin unas frieguecitas suaves, que no llegarían con mucho a las 50 pesetas, pero suficientes para que, acordándoos, no volvierais esa docena de kleiseristas que sois a interrumpir la tranquilidad y benéfica marcha de la corriente liberal que riega y fertiliza todo el distrito de Cangas de Tineo.

—Tienes algo de razón, Antón; fuimos demasiado crédulos. Nos pareció tan simpático, tan joven, tan rico; convidaba bien; nos aseguraba que todo el distrito era suyo, y sin más meditaciones caímos en el lazo. Y, luego, como tantísimo se nos ofrecía, creo que si tú lo oyeras, Antón, ¡quién sabe si tú también…!

—No, hombre, no. Ni su caballerosidad, que nadie se la niega; ni su juventud, ni mucho menos su riqueza, porque el oro en asuntos electorales es el corruptor de las conciencias; ni todos los cuartillos de

vino que pudieran ofrecerme, nada de eso había de satisfacerme. Me enteraría a qué partido pertenecía, porque ya sabes, Lucas, que hay dos partidos que turnan en el poder, que son los que reparten entre los suyos todas las ventajas que estos pueden dar a sus pueblos. Si a ninguno de estos partidos pertenecía, ni ninguno de ellos le quería, nada le habían de dar, nada nos podía dar a nosotros. Procuraría también enterarme de los ideales que acaricia, por si acaso; aunque no sirvan para hoy, pudieran servir para mañana. ¿Y qué sacaría de este examen? Un desengaño. ¿Ideas? Todos los hombres que van unidos a las ideas caducas, caducan con ellas. Y todo lo que pudiera ofrecerme, se lo creería como si me lo jurase. Promesas y juramentos políticos no son una garantía para nadie; todo eso es una cosa más que baldía, más que ociosa, completamente inútil, que ya nadie toma en serio, más que tú y tus pocos y bobalicones compañeros.

—¿De modo que, entonces, no habrá que pensar más en Kleiser?

—Haz lo que quieras, si no te convences, que siempre tienen más razón mil que diez, que fue el resultado de vuestra desgraciada, perturbadora e imprudente tentativa.

—No, Antón; ya estoy bien desengañado y bien me pesa; si me quitaras las cincuenta te daba palabra de no volver a las andadas, porque he visto que contra nosotros no faltó por levantarse más que las piedras, y aun temí que se levantaran; los perros ya se levantaban cuando andábamos con la gaita metiendo bulla por los pueblos, y en las elecciones se levantaron y unieron contra nosotros los liberales, republicanos y conservadores. Todos tenían jefe, programa y bandera. ¿Y nosotros? Promesas y esperanza en la punta de un palo; y en la cabeza, el aturdimiento producido por el ruido de carreteras, ferrocarriles, escuelas, puentes, aeroplanos, etc., etc., todo metido en un sonajero, incesantemente agitado por manos bien torpes por cierto. No sé cómo les hemos hecho caso.

—Me alegro de verte razonable, Lucas. Sobre eso de las cincuenta

pesetas ya veré lo que se puede hacer con Pascual Ortega. Ya le dije que no soy partidario de las grandes palizas; unas frieguitas suaves, como te he dicho, basta para que tengáis presente que ese camino que queríais seguir es contrario al común sentir de la inmensa mayoría, e incompatible con los tiempos que corren.

Y se levantaron, casi al mismo tiempo que salía disparado de tras de una pared, de donde los estuviera oyendo El Duende de la Aldea.[1]

(*El Distrito Cangués*, 29 de abril de 1913)

[1] La firma de «El Duende de la Aldea» se sabe que corresponde a Odón porque los dos personajes que aparecen aquí, El tío Antón y el tío Lucas, son una creación suya, como ya hemos visto anteriormente.

LA ENSEÑANZA AGRÍCOLA EN LAS ESCUELAS

Seguramente, queridos labradores, los que a la tierra dedicáis vuestros afanes, os habéis fijado, si a vuestras manos llegaron los números 2 y 3 del semanario *El Distrito Cangués*, en un trabajo que os dedicaba, modesto como mío, suscrito por «Un agricultor», y cuyo epígrafe era también como el que encabeza estas líneas.

Recordaréis que en dicho trabajo señalaba como causa principal de la decadencia y atraso en que se halla nuestra agricultura, la casi total ausencia de la enseñanza agrícola en las escuelas rurales, para las que pedía: más campo que encierro y un estilo preferente para la enseñanza del cultivo de la tierra, teórico y práctico en grandes huertas o granjas escolares.

No hay necesidad de ser un gran pensador para conocer que caminamos hacia la ruina. Bien claramente nos lo dicen los trozos de arados rotos, que yacen abandonados cubiertos de espinos en el campo yermo.

La juventud huye de la tierra a refugiarse en las grandes poblaciones; los que no, emigran maldiciendo su patria en busca de otra mejor. Y nuestros campos quedan sin más brazos que los cultiven, que los débiles de los ancianos y los niños y estos, esperando les llegue la hora de seguir las huellas que trazaron sus hermanos mayores: la huida, la emigración.

Para levantar de la postración en que yace la agricultura, creía como remedio más eficaz llevarla a las escuelas poniendo a estas en condiciones de enseñar teórica y prácticamente todas las operaciones del cultivo, según lo exijan toda clase de terrenos, toda clase de plantas y según lo aconsejen todos los adelantos de la ciencia; para que el

labrador con menos trabajo, obtenga mayores rendimientos; para que no desmaye; para que ahuyente la miseria, para que no piense en la emigración.

La falta de instrucción agrícola sostiene por rutina antiguos, pesados, costosos hoy e improcedentes útiles, y operaciones a veces hasta incomprensibles por lo ineficaces.

Por eso en el trabajo que os recuerdo pedía en las escuelas rurales, el sitio preferente para la enseñanza agrícola.

Hoy, como complemento de mi idea, la pido en las mismas condiciones para las escuelas de las poblaciones y de las grandes capitales. Para todas las escuelas.

Que los hijos de padres adinerados, de hombres políticos, de los grandes terratenientes, y los hijos de los obreros, reciban todos una esmerada instrucción agrícola.

¿Qué resultaría para mañana de esta importantísima enseñanza?

Que traeríamos a la tierra que abandonó su padre, al hijo del obrero; de tantos como sobran en las poblaciones; elementos de perturbación; alimento al vicio y foco de golfería.

Que los hijos de los grandes terratenientes ayudarían a la protección y el campo a sus colonos; comprenderían lo que cuesta la vida; no los abrumarían con tantas cargas; y acaso alguno también dejaba la muelle, afeminada y viciosa vida de la ciudad, para extender por el campo la provechosa hermosura de las quintas cultivadas por y bajo la dirección de ellos mismos.

Que los hijos de los políticos, se vendrían muchos a la tierra, y tras ellos, vendrían las miradas de sus padres, que hasta ahora la tuvieron olvidada, como si no mereciese que se ocupasen de ella (¡insensatos!)

Que muchos hijos de padres adinerados, traerán al campo sus capitales, y en pos del capital, vendría toda la maquinaria agrícola que la ciencia aconseja, cuyas ventajas y usos desconoce el actual agricultor; al menos la inmensa mayoría.

Ya veis lo que la agricultura podía esperar, si la enseñanza agrícola ocupase un lugar preferente en todas nuestras escuelas. ¡Qué grandiosa revolución desde arriba y desde abajo en provecho de la agricultura y por consiguiente del bienestar general de la nación!

¿Cómo llevaríamos a la práctica esta idea? Muy sencillamente. Llevando a las afueras de las poblaciones las escuelas, dotándolas de la indispensable huerta escolar. No es solo la agricultura la que lo pide. El aire que se respira en las grandes poblaciones no es bueno; y lo es mucho peor el que se respira en las escuelas encerradas dentro de ellas, donde se almacenan los niños faltos de aire sano y hasta de luz muchas veces. Comparad las coloradas mejillas del niño del campo con las del niño nacido y criado en las grandes poblaciones. Y tal vez al primero le falte el pan y el vestido que al otro le sobra, pero tiene aire y sol, y es lo bastante para que, con menos pan, se crie más robusto. Necesita también un ejercicio apropiado a su edad y a sus fuerzas, y todo podría dársele en las escuelas o quintas escolares con las que yo sueño, y en las cuales no hace falta la gimnasia ya que habrá arbolitos que podar, surcos que abrir y plantas y flores que cuidar y regar. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 3 de junio de 1913)

PARA LOS PADRES DE FAMILIA

Si queréis saber los grados de cultura que tiene un pueblo, mirad cómo juegan sus chicos.

Era la noche de San Juan, y en la aldea de X, una turba de chicuelos, recorrió todas las calles, arrancando aquí las puertas de un corral, más allá, sacaban un carro de bajo un hórreo, en otro sitio, arrastraban la yerba de un prado, o entraban en huerta ajena y por comer cerezas, estropeaban el árbol, etc., etc.

Al amanecer de aquella noche, un carro apareció en medio de un prado, con el cual arrastrarán, estropeándola grandemente, toda la yerba. Otro carro, roto en un arroyo, donde lo tirarán desde una altura, alguna puerta pareció en el río, prados arrastrados, cerezos estropeados y así por este estilo, salvajadas que se ven en casi todas las aldeas, las noches de San Juan y San Pedro, cometidos por hijos de familia cuyos padres se acostaron a dormir muy tranquilos, creyendo cumplida su misión de padres, porque les habían dado de cenar. Y si al día siguiente alguno de los agraviados se les quejaba por la conducta de sus hijos, y por los daños que le causaran, contestaba casi sonriente: «Cosa de rapaces; ¿qué hemos hecho nosotros cuando éramos como ellos?» ¡¡Vaya una disculpa!!

Y tardarán mucho en desaparecer tan reprobadas costumbres, por muchas razones, siendo la principal la imprudencia de los padres, unida al abandono en que tienen la educación de sus hijos. Es claro que hace sesenta años estas barbaridades eran aun mayores, y los padres hoy, chicos de aquel tiempo, imprudentemente parece que se gozan contando ante sus hijos, y aun a ellos mismos, todas las fechorías que

ellos y otros hicieron cuando eran de su edad. Los chicos oyen esto con atención, y por no ser menos que fue su padre, y contando con que este les deja hacer, como si fuese lo más natural del mundo, él hace al prójimo en determinados días, continúan alardeando de listos y de traviesos, reproduciendo cuanto su padre hacía para que este diga hasta con satisfacción: «¡¡Cómo se parece a mí!!… ¡¡Bruto!!»

Con padres así, que son muchos por desgracia, resultarán estériles los esfuerzos del maestro, las amonestaciones del cura, ni los consejos de personas cultas.

Ni la escuela ni la iglesia pueden influir gran cosa en la educación de los niños, porque sobre ellos pesa la mayor influencia del ejemplo casero, con tantas y tan poco edificantes escenas como presencian, muchas veces con palabras que no debieron oír, acciones que nunca debieran ver, y hasta consejos que no debieran seguir. Nada, nada oculta al niño en la aldea la insensata imprudencia de los padres. Estos están satisfechos con que solo el hijo trabaje. Y solo por decir algo, si ve en él alguna acción o palabra que no le guste y hay gente delante, suele decir: «¿Es eso lo que te enseñan en la escuela?». Y el niño debiera contestar: «No señor; lo aprendí en casa».

¡Cuánta responsabilidad tendremos ante Dios, y debiéramos tener ante el mundo por el abandono educativo de los hijos. Y es una obligación sagrada que nos impone Dios y la sociedad. Cuando llega la edad en que un hijo se lanza al mundo, la humanidad tiene derecho a saber si se le envía un individuo perturbador, o un elemento de progreso y de paz. En el primer caso, debiera muchas veces exigirse estrecha cuenta a los padres; pero no sucede así. He visto faltas graves cometidas por niños, y se les declaraba irresponsables por la falta de edad. ¡Y no se llamaba al padre para imponerle el duplo de lo que merecía el hijo!

¡Ah, los hijos! Agradéceselo a Dios, si Dios te los da; pero tiembla por el depósito que te confía. Sea para ti el niño como la imagen de

la Divinidad. Haz que hasta los diez años te tema; hasta los veinte, te ame y hasta la muerte, que te respete. Hasta los diez años sé su maestro; hasta los veinte, su padre, y hasta la muerte su amigo. Déjale como herencia una rectitud esclarecida, antes que cuantiosas riquezas. Cuando pequeño, no le escasees cuando lo necesite un castigo prudente, que será para él como el estiércol para los sembrados y como el dogal para las bestias. Dómalo de pequeño, antes que sea hombre y te avergüence, si es que con la dulzura no has podido ganar su corazón.

Padres de familia: sed vosotros los mejores auxiliares del maestro en la labor educativa de vuestros hijos; pero no les fieis en absoluto este trabajo. Son muchos los que creen que su responsabilidad termina allí donde empieza la del maestro. Otros creen que la escuela tiene la misión de instruir, y a la familia corresponde educar. Unos y otros están en un error. Es verdad que la mejor y la más eficaz educación es la familiar, y ninguna más difícil, porque exige predicar con el ejemplo más que con las reglas de la pedagogía; porque requiere que la vida sea una lección modelo constante, una conducta ejemplar, buenas cualidades, ternuras, virtudes y energías.

Trabajar todos los días su corazón, su alma, sus sentimientos, porque desde la mañana a la noche el que vive con un niño, siembra el mal o el bien.

Pero es difícil que la educación que se recibe en el seno de la familia, revista un carácter social como demanda la vida moderna, que descansa en el principio de que hay un bien social universal, al cual las ventajas del hogar deben ser muchas veces sacrificadas, toda vez que el bien social es el mejor y más seguro agente del bien familiar.

Esta ampliación, llamémosla así, de educación corresponde más bien al maestro.

Por eso, la misión educativa de la escuela, ni es tan absoluta ni tan restringida como creen unos y otros. El maestro es un poderoso agente, pero no es el único. Aunados el consejo, las formas y el ejemplo de

los padres con el maestro, se hará lo que se quiera del niño. Después que aprenda la primer lección que será la obediencia, aprenderá luego las que se quieran.

Pero… estoy soñando. El padre de hoy no fue educado para ser padre, y continuará transmitiendo el mal, casi inconscientemente, con la palabra y el ejemplo. No tuvo tampoco escuela, y si la tuvo, no conserva de ella más que un recuerdo poco favorable, casi despectivo. A los que hayan de ser padres mañana, les pasará lo mismo. Los consejos del mentor de la niñez bastarían acaso por sí solos, cuando menos, para asociar la mala educación familiar y para retirarlos del vicio y del crimen. Pero las escuelas de hoy, con todos los consejos de los maestros, no inspiran aquella fe que debieran.

Y cuando hombres, se olvidan de todo, por no querer recordar todo aquello cuyos recuerdos no nos alegran. Porque, triste es decirlo, desalienta el pensarlo, vergüenza el declararlo; pero desgraciadamente es la verdad.

En esta España, el país de la luz, de las flores, de los pájaros, de la alegría del refinamiento en consideraciones sociales, lo más sombrío, lo más pobre, lo más triste es la escuela. Y el ser menos considerado es el maestro.

¡¡Ah!! Por eso todavía nuestros nietos arrancarán puertas, arrastrarán la yerba, saltearán cercados y tirarán de los carros en las noches de San Juan y San Pedro. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 1 de julio de 1913)

LA ESCUELA Y EL MAESTRO

Para que la enseñanza del niño sea eficaz es preciso que sea experimental, porque únicamente por la observación se puede llegar al conocimiento positivo en todo orden de materias.

Los viejos métodos memoristas y librescos deben ir desapareciendo; porque encadenan el espíritu a las tradiciones del pasado, en lugar de prepararlas para la vida moderna.

La escuela, si de ella han de recogerse frutos completamente maduros, es preciso que deje de ser (me refiero a la primaria) una cátedra, donde solo el maestro hable, lea y dicte, mientras el niño se distrae oyendo o copiando; la lección verbal debe ser una excepción; la regla debe ser, el niño guiado por el maestro, observando, leyendo, reflexionando, discurriendo.

La cantidad de materia que se enseña, no es lo que tiene mayor valor, si no hemos buscado en el niño lo que puede llamarse el mecanismo de su memoria. Lo esencial es que el niño comprenda bien lo que ha oído o leído; por esto, la misión del educador ha de resultar más difícil que la del maestro de ayer; pero en cambio será más fecunda.

Ayer se decía: «solo es buen maestro el que maneja la palmeta a menudo». Hoy se dice que es bueno el que a todas horas maneja el libro o la tiza. Pero el maestro de mañana prescindirá del libro y la tiza a todas horas, empleándolo solo a las que haga falta para enseñar mucho, mucho a sus discípulos a observar el trabajo de la naturaleza y del hombre.

Por eso, en otros trabajos míos de esta índole, pedía como tan necesaria para estas observaciones, la mayor parte del tiempo al aire libre en las huertas o granjas escolares, frente al gran libro de la naturaleza siempre abierto.

La misión de las escuelas es la de formar hombres de corazón sano, inteligencia salvada y conciencia recta; y para conseguirlo, el maestro debe ser un modelo de prudencia, de corrección, de moralidad y de tolerancia pública y privada.

Puede el maestro, y hasta debe ser, un hombre político, pero no un hombre de partido en el sentido activo y apasionado que se da a la palabra; tiene, sí, el derecho y el deber acaso más que otro, de profesar opiniones, siempre conformes con la marcha progresiva de los tiempos, y de inspirarse en ellas en todos los actos de su vida de ciudadano; pero no deberá mezclarse con mucho apasionamiento en las luchas político-sociales, porque en la escuela, en política ha de ser neutral, y porque hay incompatibilidad entre esas luchas siempre apasionadas, y la obra pacificadora de la buena educación.

El maestro debe manifestar todas sus opiniones; mejor es esto que ocultarlas; pero no olvide en sus predicaciones y en sus propagandas que el maestro debe ser siempre símbolo de tolerancia y moderación. Y en el ejercicio de todos sus derechos político-electorales, hágalo de tal forma y modo que pueda servir para todos como una lección de enseñanza cívica.

Así entiendo la enseñanza y al maestro; y si he calcado algo más en lo que al maestro se refiere, es para decir a nuestro convecino *El Narcea*, ya que hace público lo que nosotros no creíamos necesario, que el director y jefe de redacción del «organillo inclanero», son maestros profesionales: pues bien, mi conducta en cuanto por mí apareció escrito en *El Distrito Cangués*, semanario muy liberal, está ajustada a cuanto dejo dicho de cómo debe ser el maestro, porque así me lo impone tan honrosa profesión.

Mi compañero, el director, no necesita que haga extensiva a él esta mi declaración.

Respecto a la pregunta que nos hace de por qué un maestro de este

concejo se ausentó por enfermo, debo contestarle que no se contesta a preguntas inocentes, (porque se equivocaron de puerta) aunque algo maliciosamente intencionadas. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 8 de julio de 1913)

TOMANDO LA SOMBRA

Ya saben los lectores de la prensa canguesa, que en la aldea de X suelen reunirse los domingos dos compadres y amigos; por el invierno, toman el sol tras una pared a la salida del pueblo, y por el verano, cerca del mismo sitio, toman la sombra bajo las ramas de un copudo castaño; y en un sitio y otro, se ocupan de política con la competencia que cabe suponer en dos aldeanos.

—Si leyeras, Antón, *El Narcea* del 4 de este, quedabas pasmado al ver la seguridad con que anuncia la próxima muerte del caciquismo; empresa que el mismísimo Maura no se atrevió a realizar, a pesar de haber anunciado su descuaje con la revolución desde arriba. Mala se la cuento al caciquismo español desde el Ratón pelao hasta nuestro Ravachol, si *El Narcea* los toma por su cuenta.

—Cuéntame, Lucas, cuéntame cuales son los proyectos del gran rotativo[2] que ya sabes que yo no leo, aunque me parece que pueden seguir tranquilos, hasta los caciques de La Nisal, los únicos con quienes podía atreverse el que se llama defensor de ocho concejos.

—Pues ya verás, Antón. Según dice el número de *El Narcea* que te dije, ya encontró el puntillero que ha de rematar el caciquismo y según se cuenta, solo le falta ponerlo en condiciones, que será lo primero, hacerlo diputado, y que a juzgar leyendo *El Narcea*, será por aclamación *nemine discrepante.* Luego, (y esto me extraña que no forme parte del programa de festejos para el Carmen) se le armaría caballero en el campo de la Vega, a donde acudirá toda la redacción de *El Narcea* en masa; y el buen pueblo cangués presenciará la antiquísima ceremonia en la que uno de *El Narcea* le calzará las espuelas,

[2] Se refiere aquí Odón al periódico *El Narcea.*

otro le ceñirá la espada y el señor de la flor de lis le dará el espaldarazo. Asistirán al acto todas las gaitas del concejo…

—Pero hombre…

—Calla Antón que aún no he concluido. Dicen que el caciquida está ya velando sus armas las tres noches seguidas, en la capilla de San Tervas de la Faya; y como te iba diciendo, después del espaldarazo, montará a caballo y se servirá de la lanza que ha de quebrar por Ibias y Dulcinea. Uno de los de *El Narcea*, montado en su burro y también con su correspondiente surratoiro se ofrece a acompañarle, y seguidos por las aclamaciones de la redacción de *El Narcea*, partirá su hombre por los Campos de Montiel, a desfacer los entuertos de…

— Pero… ¿estás de broma o es de veras, Lucas?

—Te aseguro, Antón, que así lo oí; y que se desprende de cuanto nos decía *El Narcea*.

—Mira Lucas; ya sabes que soy republicano, y odio el caciquismo, mucho más que los de *El Narcea;* has de fijarte en lo que lees. *El Narcea* no combate al caciquismo en general, arremete contra el caciquismo de aquí, que él llama inclanero, porque este no le consiente aquello de «quítate tú para ponerme yo». No es más que esto lo que quieren los de *El Narcea*. Al parecer, encontraron un hombre, que es ese que dices, dispuesto a correr aventuras; y ya verás como sus resultados en todas, han de ser como la célebre de los molinos de viento (vulgo, elecciones provinciales) hasta que el hombre se canse, y tengan que retirarse con el yelmo aboñado y por todas partes mal ferido. Si *El Narcea* combatiese el caciquismo por ser caciquismo, y yo supiese escribir, ya verías Lucas, qué artículos saldrían en *El Narcea*, si entre ellos cupiese un republicano; pero como no combate al caciquismo más que por ser inclanero, como él lo llama, no puedo seguirlos ni creerlos. No quieren más que cambiarle el color; y como no hay caciquismo de color de rosa, entre el de color azul que tenemos, y el negro que quieren traernos, me quedo con el primero… por ahora. El caciquismo es la base del régimen, y

mientras esto subsista, hay que tolerarlo procurando que sea lo menos malo en su clase. El de Cangas, ni es de lo mejor ni es de lo peor; es como deben ser todos para ser caciques.

—Los hubo mucho peores, Antón; como soy viejo, conocí muchos caciques. Una vez tenía necesidad de hablar con uno, y fui tras él; él por la acera, yo por el arroyo; él cubierto, yo con la gorra en la mano y a respetuosa distancia, desde el Corral hasta la plaza de Toreno y sin querer apenas oírme. Allí sentí escarnecida mi condición de hombre, y me retiré maldiciendo el orgullo, la soberbia, la falta de educación, la grosería y el caciquismo de altura.

—Los de Cangas, son los más demócratas que pueden hallarse en su clase; hablan a todas horas y en todos los sitios, no hay antesala en sus casas y la misma cara que pone cualquiera de ellos, ya les llame, por ejemplo, Juaco o don Joaquín, como todo el caciquismo, sirve mejor a sus amigos que a los otros; bien sé que esto, acaso no está bien, pero los de *El Narcea* si pudieran, ¿no harían lo mismo?

—Piensas cuerdamente, Lucas. Toda la campaña del *El Narcea* contra el caciquismo (inclanero nada más) es un medio para conseguir un fin. La puntería va más alta porque sus armas son de poco alcance. El diputado actual hace lo que puede (y puede mucho) por ello.

Que hace falta un ferrocarril, ya vendrá. Que faltan escuelas, que hay muchas necesidades sin atender, que la agricultura perece porque la tierra no se redime (de esto no se acuerda *El Narcea*) pues todas estas necesidades existen en distritos representados por hombres que presidieron Cortes y Gobiernos y pronuncian discursos de resonancia mundial; ¡y pretende *El Narcea* hacernos creer que su hombre, es el capaz de convertir este distrito en Jauja! No Lucas, no; no de buena fe lo creen así; y si lo creyeran, merecían, sin ánimo de ofenderlos, que les llamásemos inocentones, bobalicones y chiflados. Pero eso no es así, Lucas; ellos van tras su hombre, como Sancho, a ver si pescan la Barataria; todo lo demás es música celestial ¡¡Si el hombre supiera!!

Pero como todo el mundo está convencido, que no puede ser, porque no conviene, son dignos de lástima y todo cuanto escriban y agiten, será como las voces de aquel que clama en el desierto.

—No tanto, Antón, no tanto. Como los aldeanos no estemos al corriente de muchas cosas, cuando algún número de *El Narcea*, (y vale Dios que son pocos) se cae por aquí, al ver tanto como prometen, tanto como aseguran, dando por hecho un triunfo que solo puede concebirlo una cabeza calenturienta, puede caer en el lazo algún incauto, como cayeron aquellos pocos que están sintiendo el dulce cosquilleo producido por aquella rozadura del consumo; porque a *El Narcea* al parecer no le disgusta aquel principio de «Miente, miente mucho que algo queda»; no otra cosa puede sacar de sus promesas y de sus afirmaciones, de las que se ríen los que siquiera tengan sentido común; pero, para algunos, puede ser peligroso.

—Nada, nada; todo cuanto *El Narcea* dice y pretende, nadie lo toma en serio. Su hombre, no cuenta con más apoyo, según dicen, que con parte de su familia y parte de otra, desavenida por asuntos bien ajenos a los intereses del distrito. El día no lejano que esta familia recuerde lo que son y se unan ¿qué le queda al futuro caciquida? La suya muy mermada y alguno que otro, sin condiciones siquiera, para que no fuese un desastre el ensayo de un caciquismo de nuevo cuño. Esto lo saben todos los aldeanos.

Y levantáronse el tío Lucas y el tío Antón, sin saber que el Duende oyera toda la conversación, agazapado tras el castaño.

Y para que todos sepan cómo se piensa y cómo se habla por la aldea de la ridícula campaña de *El Narcea*, la transmite íntegra, para su inserción al semanario liberal *El Distrito Cangués*. – El Duende de la Aldea.

(*El Distrito Cangués*, 22 de julio de 1913)

COSTUMBRES ALDEANAS

Como el otro día os decía en «Una boda en la aldea», hay cosas en la vida aldeana que referiré para que no se olviden, pues temo que el progreso me las vaya dejando atrás.

Algo encontraríais en lo de las bodas que no está conforme con la razón; pero también hallaríais algo con mucho de razonable y de grande, cuya selección habrá hecho vuestro buen juicio.

El cuadro que hoy voy a presentaros tiene también de todo y es, cuando menos, una hermosa manifestación de la fe cristiana que tanto arraigo tiene en estas montañas del Occidente de Asturias.

Principian en el mes de junio las fiestas llamadas «del Sacramento», y a pesar del esmero y veneración con que tan grandiosos actos se realizan, bien sea porque la presencia de Dios infunde más respeto, o bien, que los aldeanos tengan un algo así, tendencioso a la idolatría, la verdad es que se entusiasman mucho más en la fiesta de cualquier santo, ya se lo presenten como un coloso, ya como un liliputiense, gordo o flaco, hermoso o feo, lo mismo da con tal de que sea milagroso.

Y como na hay ningún santo por esta tierra que no sea especialista; uno que nos quita el dolor de muelas; otro el de cabeza; otro para el reúma; otro que interviene en los partos; otro para la sordera, etc., etc., resulta de esto que no hay una capilla, aunque esté en el alto de una sierra, que no le llegue su día en que los devotos y favorecidos le hagan una fiesta animada, alegre y numerosa. Los reumáticos a San Tirso; los sordos a San Luis; a Santa Polonia los que padecen de las muelas; a Santa Marta los dolientes de cabeza; a Santa Lucía los de la vista enferma; y a San Antonio, al que tienen por aquí hecho un pastor, todos cuantos tienen de un cerdo en adelante, toda clase de

ganados, para que a todos cuide, a todos atienda y encuentre a cualquiera de ellos si se extravía; y hasta para casamentero oí decir que se prestaba San Pantaleón.

Pues bien: para todos estos santos tiene el aldeano una ofrenda, metálica o en especie, para hacerle un ramo el día de la fiesta. Los ramos, que así se llaman sin tener siquiera una hoja, son de rosquillas, bollos de trigo y roscas de manteca; todo colgado en tres órdenes de arcos sujetos a un mástil por donde se coge, y en el que, en su parte superior, y a guisa de bandera, se coloca el pañuelo de seda más guapo que haya en aquella aldea. Casi todas estas fiestas o las más de ellas, es el acto de hacer entrega al santo, la ofrenda de sus devotos, reunida en un ramo y, a veces, dos o tres; hermosos con sus pañuelos de seda, con la blancura de las rosquillas, el color de oro de la manteca cocida, y con los bollos de color de… de pan de trigo.

Estos ramos o ramo es llevado por el mozo más coloradote y más barbián de la aldea. A su lado, llevándole el sombrero y teniendo a la vez cuidado que no se desprenda alguna rosquilla, una moza también de lo más colorado del pueblo, y la que prestó el pañuelo bandera; y de ese modo, él, que lleva el pañuelo, y ella el sombrero (fijaos bien, si queréis, que generalmente son novios devotos de San Pantaleón) marchan satisfechos delante de la comitiva que los escolta en dirección a la capilla, seguidos de las demás mozas de aquella aldea, con los panderos engalanados con las cintas (coloñas) que sus hermanos trajeron del servicio cruzando el pecho, para sujetar el canuto de la licencia.

El orden de la marcha es el siguiente: delante el ramo; detrás de este el gaitero; luego, cuatro o seis mozas con panderos; tras estas, otras tantas con castañuelas, y cerrando la marcha, el resto de la «mocedá» y algunos chiquillos por si caen las rosquillas.

Llegados de este modo al campo o plaza donde esté la ermita o la iglesia, se paran a la puerta; toda la gente que haya, se les reúne;

se impone el silencio y se aguza el oído para escuchar y aprender los cantares con los que van a ofrecer el ramo al santo de su devoción.

Por más que esto se hace en muchísimos pueblos de estas montañas, voy a referirme a dos: uno que vi cuando era muchacho, y otro aún no hay mucho tiempo. La santa del primero de estos actos que voy a contar, era la Magdalena, cuya capilla está en lo alto de una sierra, y entre otros, venía un ramo de las vaqueras de una granja próxima. El ramo era solo de manteca hermosamente arreglada en roscas; y ya en la puerta, con voz clara y sonora, sostenida por el pecho sano de robustas montañesas, endilgaron a la pecadora de Magdalena las primeras coplas:

A la bendita Madalena,
vinimus a regalali,
pa qui nun mueran las vacas ya qui miedrin lus timbalis.

(Coro)
Sal, Madalena, sal,
a recibir al mochacho;
quil mochacho ye cubardi
ya aburrez muitu intrigachu (el ramo.)

Il mochacho que lo chieva ye el fichu de la Carbacha;
ye roxu cumu una guinda,
ye brancu cumu la prata.

(Coro)
Sal, Madalena, sal
a recibir al mochacho, etc.

Y de este modo cantando, delante de los panderos, y respondiendo las de las castañuelas, acompañados por la gaita, hicieron la presentación del ramo, del muchacho que lo «chieva», de todos los que acompañaban, de lo que ofrecían, de lo que pedían. La santa no salió

a recibir al muchacho, pero ellas entraron a dejar el ramo y a concluir de exponer lo que querían de la santa, segurísimas de que las oía y atendería. Y así sería, porque la fe hace milagros.

No hace muchos años, encontréme en una fiesta también de montaña (aquí era un santo). El señor cura, con cuya amistad me honraba, al verme, me invitó a que le cantase la misa, pues no había otro allí para que pudiera hacerlo; le complací, ¿por qué no? Anduvimos de procesión alrededor de la capilla, y al regreso de ella, entra detrás una comitiva como la de la Magdalena, con un ramo. Me sorprendió al principio, porque hacía años que no viera aquello; el señor cura estaba, al parecer, acostumbrado porque paróse junto al altar y frente al ramo; y entonces principió una serie de cantares que duró media hora lo menos. Primero, pidiendo permiso al señor cura; dándole después gracias por la galantería de concederlo, y con este motivo, le soltaron cada piropo que para mí los quisiera cuando tenía veinte años: uno fue este:

> Si todos los curas del mundo se juntasen en una sala,
> el señor cura de…
> fuera el que llevara la gala.

El buen señor hacíase el bobo y miraba para el techo, como si nada fuese con él, mientras las mozas continuaban con su granizada de flores. Yo, como también me metiera en aquel lío, creí y casi esperaba que me piropeasen también algo pero…. ¡quiá! Todo era para el señor cura. Y no se crean ustedes que era mucho más jacarandoso ni macareno que yo, porque, aunque es verdad que yo ando con la cabeza algo gacha, él, en cambio, estaba repantingado a causa de su enorme panza, capaz de dar envidia a más de un maestro de escuela. Así es que no vi el motivo para que no se acordaran de mí.

Después que hubieron cumplimentado suficientemente al señor cura, principiaron con el santo, y aquello fue el disloque. Si el señor cura miraba para el techo, puedo asegurar a mis lectores que el

santo tampoco movió la vista de donde la tenía fija. Sin embargo, terminados los cantares, las muchachas retiráronse satisfechas; la fe, lo supliera todo.

Sé de algunos señores curas que no les parece bien que las mozas entrasen tocando y cantando dentro de la iglesia, y quisieron desterrar esa costumbre. Los que tal hicieron perdieron los ramos, porque tal determinación fue un jarro de agua que apagó aquel orgullo cristiano, que ofrecía tanta satisfacción y alegría, al conducir públicamente y ofrecer cantando y tocando aquellos ramos, en cuya confección rivalizaban los pueblos a ver quién los hacía mejores. Y como todas las cosas buenas son *causa nostra letitie,* debe manifestarse, como lo hacía David, tocando el arpa, cantando y bailando delante del Arca Santa – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 5 de agosto de 1913)

LO DE MARRUECOS

Estamos (y estaremos) luchando con la parte del imperio marroquí que nos cupo en suerte para que lo europeicemos.

Metidos como estamos ya en el lío, ni protesto ni defiendo semejante aventura. Creo que pertenecemos a España para seguirla hasta en sus desaciertos cuando ya no tienen fácil remedio; para que al último podamos decir siquiera: «Todo se ha perdido menos el honor».

Los moros conocen su historia; y su historia y nuestra historia; su sangre y nuestra sangre, y hasta su religión y nuestra religión, forman una mezcla de fácil explotación, si esa mezcla no la hubiésemos emponzoñado antes de ahora.

El moro odia al español más que al cristiano.

Hubo día en que la monarquía goda envilecida por Witiza, deshonrada, afeminada y viciosa con Rodrigo, debía desaparecer y desapareció. Muza derrotó a Rodrigo y los moros invadieron a España. Pero no entraron llevándolo todo a sangre y fuego, no. Muza respetó el señorío del godo Teodomiro. Abdelazis se casó con Egilona; los obispos que quisieron continuaron al frente de su misión con una libertad y tolerancia que no concedemos hoy a ningún culto disidente; porque en tiempo de Almanzor, con motivo de una peste, salió por las calles de Córdoba la procesión mozárabe con el obispo Teobaldo a su frente, tropezándose muchas veces con los grupos musulmanes, que recorrían también las calles cantando «los suras del Korán».

Prosperó la agricultura; manifestóse el arte y el buen gusto, a una altura maravillosa, en Granada, Medina-Azhara, Córdoba, Toledo, etc., etc. Florecieron las ciencias y la Córdoba de los Abderramanes

fue la grande, la hermosa y la temida sultana del Califato de Occidente.

Pero llegó también un día en que el débil Boabdil fue vencido y repasó el Estrecho, cesando con él la dominación árabe a los ochocientos años.

Azares de la guerra. Las conquistas de un día se pierden otros y la historia de todos los pueblos registra estos mismos hechos, sin que el odio apenas sobreviva a la lucha; pero en España, fuimos más allá.

No todos los moros marcharon con Boabdil. Con los moros vivían los cristianos, y vivían los hebreos, y acataron todos la suerte del vencedor, que no debiera mirar en ellos más que vasallos con derecho a esperar de él protección para sus intereses y respeto para sus creencias.

Pero no fue así; el tribunal de la Inquisición preparaba su ruina, y por sus creencias fueron maltratados y confiscados sus bienes, con los que se enriquecían los que se dedicaban al oficio más lucrativo y honroso de aquellos tiempos: delator y muchas veces calumniador. Horrores nos cuenta la historia de aquella época. Quisimos imponer por la fuerza nuestra religión a los que nunca trataron de imponernos la suya.

Y por último, uno de nuestros reyes realizó el acto más impolítico, más brutal, más injusto y más desastroso que registra nuestra historia. La total expulsión de todo cuanto oliera a moro o judío.

Y aquellas familias, con intereses creados durante ochocientos años; los que cultivaron los campos de España; los que la embellecieron con admirables monumentos, y los que la ilustraron con la ciencia, fueron ignominiosamente arrojados, porque no quisieron hacer bien el papel de hipócritas.

Y con ellos marchó el trabajo y el comercio, y España quedó pobre; y quedó en algunos puntos despoblada; el arte se resintió; la ciencia nos dejó a oscuras, sin más luz que el resplandor de las hogueras inquisitoriales, que aún siguieron funcionando mucho tiempo A.M.D.G.

Y los moros y los judíos lleváronse mucha sangre nuestra, dejándo-

nos la suya; pero llevaron también ese odio a España, que tan africanamente nos demuestran cuando tienen ocasión.

El moro conoce su historia. ¿Quién sabe si las arengas del Mizián, o las predicaciones de los santones no eran recuerdos para los suyos del bárbaro lanzamiento de sus padres? Porque esos moros y hebreos que conviven en Marruecos son los hijos de los judíos y moriscos que un día expulsaron de España.

La religión mahometana no tiene para ninguna otra preceptos de condenación; al contrario.

Entre Mahoma, el rabino Abdiahy el fraile Bokaira, entresacando de los libros sagrados de judíos y cristianos, prepararon el Korán, que es una colección de cuentos, de visiones, de sermones, de preceptos y de consejos, donde la verdad se halla a veces al lado de la impostura; lo sublime mezclado con lo absurdo y máximas en contradicción con otras. Esta obra extraña fue presentada por Mahoma a los suyos, diciéndoles que lo recibiera del cielo por mano del ángel Gabriel. En ella hay que distinguir los dogmas y los preceptos.

Mahoma niega la Trinidad de los cristianos, porque la cree incompatible con la unidad divina; reconoce la existencia de Dios, que tiene como ministros a los profetas, siendo los principales Abrahám, Moisés, Jesús y Mahoma, que es el primero.

El verdadero musulmán debe creer en la inmortalidad del alma, en la resurrección de la carne, en el juicio final, en el castigo de los malos y en la suprema felicidad de los justos; consecuencia necesaria de la justicia de Dios, que no puede estar acorde de ningún modo con la predestinación, que adopta en su doctrina para hacer de ella un auxiliar del espíritu de conquista para la dominación terrena que Mahoma perseguía.

Los preceptos obligatorios son: la circuncisión que tomó de los judíos; la oración que todo creyente debe hacer cinco veces cada día, además de la pública del viernes; las obligaciones como acto prepara-

torio para la oración; la limosna; el ayuno del Ramadán en memoria del retiro de Mahoma en el monte Herat, y la prohibición de ciertos alimentos y licores fermentados.

La poligamia, costumbre establecida en Asia desde los tiempos más remotos, está también autorizada por el Korán, si bien le señala límites.

Mahoma recomienda mucho que fuesen tolerantes con los pueblos del «Libro», esto es con los cristianos, los judíos y los persas discípulos de Zoroastro. Por esta razón, consiente a su lado a los hebreos y toleraron el cristianismo cuando fueron dueños de España.

No es pues el moro, ni por su historia, ni por su raza, ni por sus creencias, un pueblo irreductible si supiésemos explorar uno y otro, y no tuviéramos en contra antecedentes que nos colocan en situación poco favorable.

La quema de sus poblados y sembrados debiera suprimirse porque así lo aconseja la razón cristiana y la conveniencia de no hacernos más odiosos.

Busquemos, entre ellos mismos, todos los recursos para conquistarlos. Conquistemos primero amigos para que ellos conquisten a los demás. Sin los de Tlaxcala, no hubiese Cortés conquistado a Méjico. Empléese la fuerza solo como auxiliar de la atracción benigna y el convencimiento de nuestras humanitarias, civilizadoras y beneficiosas intenciones.

Trabájese mucho por aumentar cuanto se pueda el número de los amigos, haciéndoles saborear las ventajas del progreso. Fórmese con ellos mismos el ejército que haya de luchar. Que el moro ya algo instruido y educado, luche por el progreso y la civilización contra el bereber y el rifeño incivil, y le vencerá a poca costa para España; y cuando no luche, que se convenza, propagando entre ellos lo beneficioso de nuestra protección que no tiene otro objeto que llevar al África el progreso de Europa.

Salgan del África los recursos todos que para su obra redentora necesitamos allí. Principiemos por mezclarlos en las filas de nuestro ejército; y, cuando nos merezcan confianza, después de haberlos tratado bien y educado e instruido, podamos ir retirando nuestros soldados poco a poco y con la prudencia con que se trata un molde después de hecha la figura y endurecida la pasta.

Pero si continuamos sangrando a España, llevando allí nuestra juventud; si abandonamos nuestra instrucción, que ya agoniza, por llevarla al África; si hemos de fomentar la agricultura para dejar yermos los campos de España; si hemos de construir en África los caminos y ferrocarriles que aquí necesitamos; en una palabra, si aquello se ha de comer esto, entonces basta ya, señores, que tan culpable será el gobierno que tal haga como el pueblo que lo consiente.

Y esos triunfos que tanto nos cacareáis y que tan caros nos cuestan, no han de dar otro resultado más que los batiremos muchas veces para que aprendan a batirnos «cuando los triunfos nos debiliten». – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 12 de agosto de 1913)

POR LOS LABRADORES QUE PERDIERON SUS COSECHAS

Los pueblos o aldeas de este concejo de Cangas de Tineo, Berguño, Cibuyo, Otás, Pládano, Saburcio, Combarro, Vega del Castro, Agüera, Labayos, Folgueraju, Mieldes, Dagüeño, Peján, Moral, Ardaliz, Villatejil, Santiago, Cadrijuela, Nando, Mendiello, Sillaso y alguno más, han perdido la cosecha por una tormenta de piedra y agua, que arrasó los frutos, se llevó y estropeó las tierras y prados, mató mucho ganado y tres personas perecieron víctimas del rayo.

En esas veinte o veintidós aldeas, viven quinientas familias o más, que están sintiendo los rigores del hambre.

Ante esta situación, *El Distrito Cangués* publicación la más modesta de cuantas ven la luz pública, tiene el deber de levantar la voz y hacerse oír de los poderes públicos, y en nombre de esas quinientas familias decirles: los que sufren son españoles, honrados, pacíficos trabajadores y contribuyentes. No saben más que trabajar y sufrir; nunca supieron pedir. Jamás perturbaron la paz, ni manifestaron con la huelga, ni cansancios del trabajo, ni protesta contra las pesadas cargas que los abruman.

La fatalidad les llevó el hambre al hogar y el desaliento al corazón. Muchos piensan ya en emigrar.

Antes que esto suceda, antes que abandonen la patria y el hogar, y en tierras lejanas nos avergüencen con el relato de sus desgracias, y el abandono que en ellas hallaron, deber es de todo gobierno impedirlo socorriéndolos. Primero, dispensándolos del pago de los impuestos por un año; y después, algún socorro para que sin hambre, puedan volver a preparar otra cosecha, y a convertir en tierras las peñas lavadas por la arroyada, y a limpiar las escombreras que el arroyo depositó

en las llanuras. Estos infelices están conformes con que no les falte siquiera pan de centeno que comer.

Afortunadamente la zona castigada no es de tal extensión que no tenga un fácil remedio. La caridad española es inagotable. Y así como levantamos la voz ante los poderes públicos en demanda de socorro para esas quinientas familias de labradores, más tímidamente pero no con menos, o acaso más, confianza, llamamos también a la puerta de las señoras de nuestra aristocracia para también decirles: «Señoras; el calor de la caridad enjuga las lágrimas del dolor. Y como la mujer es la encarnación de la caridad, no tenemos más que señalaros el punto donde debe acudir. Quinientas familias en Cangas de Tineo sienten los rigores del hambre. Acordaos de ellas, figurándoos que participáis de la misma suerte».

Centros Asturianos de Madrid, Cuba y Argentina, un pequeño sacrificio, para que cuando volváis, halléis abiertas las puertas de vuestras aldeas. – La Redacción.[3]

(*El Distrito Cangués*, 19 de agosto de 1913)

[3] El jefe de redacción era Odón Meléndez.

¡¡POBRES MAESTROS!!

Están terminando las vacaciones escolares, y el pobre mártir volverá a abrir la puerta de la bodega, en cuyas paredes habrá ya la humedad pintado un color verdoso.

¿Habrá descansado en esos cuarenta días y reforzado sus energías el hombre de los CINCO O SEIS REALES DE SUELDO? No, acaso se dedicó durante ellos a ganar un jornal. Sufrió las burlas afrentosas de los gobernantes, engañándole con tardías, regateadas e incumplidas promesas; y su mujer, sus hijos y sus acreedores, le exigieron esta última humillación.

Y sin embargo, vuelve con el ánimo lleno e inundado del más puro y entusiasta amor por la enseñanza, y sigue sin desmayos, en la difícil labor, por lo dura, penosa y compleja que es la educación e instrucción de la infancia.

Y en el hombre de los cinco o seis reales de sueldo; y en la bodega de color verdoso descansa y se garantiza la base fundamental de la sociedad; ¡su prosperidad y su grandeza!

Y como si el preparar los hombres que han de ser mañana dueños de la sociedad no fuera un acto cívico y altruista; y como si capacitar un pueblo sediento de cultura no fuera un acto de patriotismo, como si hacer la guerra a la ignorancia no fuera una hazaña grande, digna de encomio, y como si desempeñar el augusto ministerio de establecer la alianza de Dios con el hombre por medio de la educación moral de este; y como si dar al hombre una segunda existencia cual es la vida moral, sin la cual nada vale la vida física, no fuera uno de los actos más grandiosos que puede realizar el hombre sobre la tierra. ¡¡Todo esto se

paga con CINCO O SEIS REALES DE SUELDO, en un local con paredes de color verdoso!!

Y el que se dedica a la educación e instrucción de los niños, abriendo generoso los abundantes veneros de su corazón, es el más tierno y solícito amigo del hombre, porque le acerca buenamente a su Dios, y le dignifica como ser nacional. Instruir y moralizar es la grande obra humana, que, al influjo de esta labor, el genio dormido del hombre puede brillar con toda su luz.

Y siendo la instrucción el primer elemento de la libertad y la madre de todo progreso, ¿por qué, pregunto, los pueblos amantes de la libertad y ansiosos de progreso, como el nuestro, consienten escuelas con paredes de color verdoso y maestros con cinco reales de sueldo?

¿Por qué lo consienten cuando todos reconocen que esto constituye una vergüenza nacional?

No se puede decir sin faltar a la seriedad, o sin acaso ofender al contribuyente, que no lo permiten los recursos del tesoro. Para todo hay, menos para instrucción. Véase la distribución del presupuesto, y fijaos en el lugar que ocupa la primer necesidad del pueblo.

Semejante conducta no puede gobierno alguno justificarla con la necesidad de ejércitos ni escuadras. Vamos completamente errados, buscando la prosperidad con expansiones territoriales, a costa de guerras caras y sangrientas. La prosperidad de los pueblos no puede nacer más que de su propio suelo, engendrada en la escuela.

En pleno siglo veinte, casi todos los maestros de la gran masa rural solo cobran misérrimos sueldos de 625 y 500 pesetas anuales.

Y sucédense a menudo los gobiernos. Y no hay uno que diga al coger las riendas: «No gobernaré un solo día sin concluir con esta vergüenza». Y no hay un hombre que al entregarle la cartera de Instrucción no se plante y diga también: «No la acepto, si no he de poder dar el pan suficiente al maestro que me encomendáis. No quiero ser la tapadera que cubra tanta miseria».

¿Qué esperan? Que esa gran masa rural que constituye la mayoría de la nación, harta ya de ver el hambre en el rostro del mentor de sus hijos, y ver a estos almacenados dentro de las húmedas y oscuras paredes de color verdoso, lance el rugido de fiera ofendida en sus cachorros, y pida cuentas de la administración de sus intereses, cuyo despilfarro se advierte en las alturas; y solo para sus hijos no hay recursos en el tesoro.

Despierta, patria querida; sal de ese letargo; sacude esa indiferencia criminal y di a los hombres que te gobiernan: «Quiero ante todo y sobre todo instrucción y educación para mis hijos; en locales adecuados e higienizados, no en nauseabundas bodegas, atentados contra la salud del educador y el educado. Quiero que consideréis y dignifiquéis al hombre a quien habéis encargado de sacar de las tinieblas, del error y de la ignorancia a los hijos del pueblo rural. Quiero con él ser exigente; que trabaje, que nos instruya, que nos eduque; pero para esto, es necesario, es de equidad y de justicia que les deis medios de vida, medios de subsistencia; que no tenga que buscar fuera de la escuela lo que la escuela tiene obligación de darle; el pan con que ha de alimentarse y alimentar a sus hijos, para que, libre de negras preocupaciones, entre de lleno en la para él honrosa y para nosotros provechosa función de educador de nuestros hijos».

Si este clamoreo no suena incesantemente en el oído de los que rigen nuestros destinos, hay que temer que esto se prolongue. Hay que suponer fundadamente que para el 1914 regirá el presupuesto actual; y el pobre presupuesto de Instrucción seguirá siendo la cenicienta de la casa.

¿Por qué? Porque tú lo quieres, pueblo. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 2 de septiembre de 1913)

NO SE DEBE SENTIR EL MAL SIN PENSAR EN EL REMEDIO

Bien reciente está el desastre sufrido en las cosechas por muchas aldeas de este concejo de Cangas de Tineo, como atestiguándolo están profundas excavaciones, peñas labradas, montones de escombros, obra todo de la tormenta que, en día aciago, sembró el hambre para muchos y el luto en el hogar de algunos.

Bajemos la cabeza ante aquello que sea superior a nuestra fuerza o a nuestro ingenio, pero estamos obligados a luchar con uno y otro, por aquello de «A Dios rogando y con el mazo dando», con lo cual no pretendo rebajar la eficacia del esconjuro, único recurso que oponéis a la aterradora amenaza de una nube.

Cuando descarga una nube de piedra, puede matar una cosecha entera sin poder evitarlo. Pueden los rayos matar ganados y personas, sin que el aldeano tenga medios de torcerles la dirección; aunque debiera conocer y tomar algunas precauciones para elegir el sitio donde guarecerse en un día de tormenta.

No veo, pues, recurso alguno para evitar que un pedrisco nos arrebate una cosecha, ni que una chispa nos arrebate la vida o mate nuestros ganados, mientras no se ponga aquí en práctica el modo de deshacer las nubes a cañonazos. Y mientras la ciencia dispone, voy a exponer la causa por que las arroyadas son tan frecuentes en este concejo de Cangas de Tineo, y acaso en algunas más de la provincia, y el modo con que podrían si no evitarlas por completo, al menos reducirlas y contenerlas en su acción devastadora.

Nada tan desastroso y aterrador como una arroyada de las proporciones de la reciente.

Un pedrisco puede concluir con toda la cosecha de un año; pero, al

fin, deja la tierra para volver a trabajar. Una arroyada lleva el fruto y la tierra; y pueblos conozco en este concejo que vienen arrastrando una vida miserable desde hace más de cuarenta años que otra arroyada les llevó las tierras. Otras aldeas desde hace más y otras de menos, y otras desde ayer, y es lo cierto, que hay pocos pueblos que no estén dañados por las arroyadas, ya de unas, ya de otras, porque casi todos los años ocurren con mayor o menor gravedad en un sitio o en otro.

Todo el Occidente de Asturias es muy quebrado, y el concejo de Cangas de Tineo está formado por cuencas o encañadas que forman los ríos Narcea, Luiña y otros, con tantos afluentes como el de Coto, Gillón, Moal, Antrago, y otros tantos, más grandes o más pequeños.

A uno y otro lado de estos ríos, elévanse las montañas en las cuales, desde el río hasta la cumbre, están a más o menos distancia diseminadas las aldeas que constituyen la casi total población del concejo, hallándose muchas de ellas unas sobre otras, tres a veces, en línea recta.

Lo que se cultiva en estas aldeas son para una mano, como aquí se dice, patatas y maíz que se llama «el lado de la borona»; y para la otra mano, el trigo y el centeno que generalmente se llama «El corinal del pan». Estas dos manos cambian el fruto todos los años. Las arroyadas siempre ocurren por el lado de la borona.

Como las grandes tronadas tienen lugar generalmente en los meses de junio, julio y agosto, cuando en las patatas y el maíz se practican las operaciones de escarda y arriendo, las aguas, a veces torrenciales que las nubes descargan, encuentran la tierra suelta, removida por reciente trabajo, y también a veces pulverizada por el calor, y es muy frecuente ver iniciarse una arroyada cerca de la cumbre de la sierra, y bajar aterradora cruzando la ladera y amenazando poblados, arrollando personas y ganados, y confundirse con el río cuyas aguas hemos visto muchas veces detener.

En los pueblos que, como he dicho, se hallan en línea recta desde el río hasta la cumbre, como Agüera, Sierra y Arbolente, Cibuyo y

Otás, Combarro y Berguño y tantos y tantos otros como están en esta posición en todo el Concejo, es donde ocurren semejantes catástrofes.

¿Y sabéis por qué?

Porque desde el pueblo más alto al más bajo, todos tienen a un mismo lado el control de la borona, y al lado opuesto el del pan; y sucede que la que principió, por ejemplo, en Combarro llevando las patatas, en Berguño arrasó cierres y paredes, y arrancaba hasta las peñas. En Otás vieron marchar maíz y patatas y a Cibuyo vimos llegar troncos de grandes dimensiones. Y así sucesivamente, en todos los pueblos cuyas posesiones están unas sobre otras, y cometen la imprudencia de sembrar patatas desde la cumbre de la sierra hasta la orilla del río, ayudando de este modo a la acción devastadora de las aguas.

Se comprende fácilmente que si el pueblo más alto tuviese el centeno sobre las patatas del otro, aunque en estas principiase a arroyar, nunca alcanzaría las proporciones como si viniese de arriba con un doble curso. Y si las patatas del de arriba estuviesen sobre el centeno del pueblo de abajo, aunque en aquellas arroyase, pararía seguramente en el centeno al que podría estropear algo, pero nunca llevarles la tierra, al contrario, recibirla; porque una arroyada, por muy fuerte que descargue una nube, en poco recorrido no arrastra más que tierra, y al llegar al terreno duro y cortezoso como en esa época se hallan los cortinales del centeno, no pudiendo las aguas abrirse cauce, se desparraman, pierden la fuerza y la misma paja basta a detenerlas. Todo esto se sabe por observación, además. De este modo, nunca puede ser total la pérdida de la borona en dos pueblos porque, como rara vez una nube alcanza todos los términos de dos pueblos, y como las patatas y el centeno están en los dos lados opuestos, por cualquier lado que venga la nube siempre salva alguno, y el que sufra será siempre mucho menos de lo que había de ser. Digo esto porque los pueblos altos, al introducir la incostosa variación en el cambio de cultivo, no lo harían solo en provecho de los pueblos de abajo, porque alcanzarían ellos las mismas ventajas.

Además, en los cortinales destinados a patatas, o cualquier fruto que sea, que son demasiado pendientes, ¿no podían dejarse por el medio en sitios convenientes algunos trochos de roza, pues ya se sabe que para detener una arroyada en sus comienzos basta a veces una siñesta o un pequeño zarzal?

Ya no aconsejo que el centeno y las patatas se cultivasen en tierras interpoladas con uno u otro fruto, que harían imposibles las arroyadas. Para esto hay dificultades hasta en la legislación por los pasos con abonos y frutos, porque se cosechan, se siembran y cultivan en épocas muy diferentes.

No sé si dejaré expuesta con bastante claridad la idea que en la práctica concluiría o atenuaría mucho el azote de las arroyadas. Muchos me comprenderán y estarán conformes; y si en esto no ocupo más tiempo, es porque sé que nuestros aldeanos no han de salir de su ruina, a menos que no se lo hiciesen por fuerza. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 9 de septiembre de 1913)

LA EMIGRACIÓN

Es triste, pero muy triste, el ver esas bandadas (así parecen) de jóvenes de ambos sexos, casi niños algunos, que abandonan la patria huyendo del hambre, así puede decirse, pues nada llevan de ella más que su idioma en la lengua, su religión en el corazón, su imagen en el pensamiento y su pobreza en la maleta.

Y más triste aún el pensar que, no siendo sus familias, nadie se preocupa de la suerte que van a correr esos desgraciados, sin patria, que sin condiciones por la edad muchos de ellos, y por la instrucción los más, se lanzan al mundo, sin consejo ni protección de nadie, a luchar por la existencia, en cuya lucha han de resultar muchos vencidos.

Y esta sociedad cadavérica, que debiera retorcerse de dolor al ver que por esa corriente emigratoria se le escapa la fuerza, poniendo en peligro su vida, dejando quebrantado aquello que constituye la existencia de los pueblos, que es el amor a la patria, mira impasible las lágrimas, los besos y los abrazos de padres e hijos que se despiden de estos, algunos casi niños, escenas desgarradoras que la clase agrícola presencia todos los días.

Y sin protesta de nadie contra las causas que lo motivan, sin que apenas la prensa se digne ocuparse de la fatal sangría, ni los gobernantes tomen medida alguna para atajar y detener a los que huyen, es lo cierto que nuestra juventud emigra huyendo del hambre, huyendo de la esclavitud, huyendo de la explotación y huyendo de una sociedad en la que casi todos se creen con derecho a vivir del sudor del agricultor.

¿Con qué derecho, razón o justicia viven en la holganza y la opulencia todos los que prestan al agricultor, con un interés al que ninguna ley ha puesto límites, como el que lo explota con ganados a medias,

por cuyos contratos de aparcería obtiene muchas veces el ciento por ciento?; yo no lo sé, pero es lo cierto.

Y el porqué existen sobre gran parte de la tierra esas cargas de origen incierto, oscuro y siempre injusto, que se llaman foros y otras cosas, que más de un gobierno prometió abolir y no lo hizo; yo no lo sé, pero existe todavía.

Y el porqué el obrero es dueño absoluto de su jornal, el comerciante de sus ganancias, el letrado, el médico y todos, todos, son dueños del producto de sus actividades y trabajos, y solo el agricultor ha de repartir su sudor, separando lo primero la renta para el señor y para el usurero que legalmente le estafa, sin mirar que quede o no quede para sí el alimento necesario; yo no lo sé, pero así sucede.

¿Y por qué, siendo la agricultura la riqueza, la vida de los estados y de los individuos, la condición de su existencia social y política, y el agricultor el hombre más útil a la sociedad, puesto que sin él no podría subsistir; debiendo ser la propiedad agrícola considerada por el hombre público como una de las bases fundamentales del poder del Estado y del bienestar general, ¿por qué, me pregunto, está tan abandonada, consintiendo la propiedad de la tierra a quien no la cultiva, y consintiendo tantas aves de rapiña en torno del cultivador?

¿Y por qué se consienten tantas arbitrariedades sobre la tierra, ni sobre los hombres que la cultivan, ni se consienten campos sin cultivo, habiendo hombres que emigran por falta de tierra libre?

Una política ilustrada debiera procurar que el mayor número de sus ciudadanos, los que se dedican al cultivo de la tierra, poseyesen alguna propiedad territorial, porque fijando al hombre en su heredad, le hace amar a su país, estimarse a sí mismo y temer la pérdida de los bienes que disfruta; pues no hay patria para el desgraciado que nada tiene.

La propiedad de la agricultura representa el carácter de los libres, base de su gobierno, de su sustento y su reposo.

Y mientras no volváis los ojos, estadistas, a la agricultura, princi-

piando por dejar la tierra libre en poder del que la cultiva, para que sea la depositaria de su sudor a la vez que de sus amores, para que la cultive, la ame y la defienda como cosa suya; mientras esto no suceda, no podéis impedir que esa emigración a bandadas que nos debilita, que nos avergüenza y que desde lejanas tierras nos maldice, por la boca de la joven a quien prostituyó la miseria o la falta de defensa que no encontró en tierra extraña, o desde un hospital, o desde el campo donde sucumben todos aquellos que sin condiciones los hemos visto marchar a luchar desventajosamente por la existencia.

¿A dónde vamos a parar? La agricultura, fuente de toda riqueza, va secándose por falta de brazos que huyen de ella. En lugar de los pueblos ahuyentar los yermos; los yermos cercan los pueblos. Si la sangría de la emigración no fuese bastante para consumar nuestra ruina, ahí tenemos la guerra. Para el África corre también en grande abundancia, una sangría abierta en nuestra bolsa nacional. Y si la emigración no fuese bastante para llevarnos los brazos fuertes, ahí está también el África mandándonos a diario luto para muchas familias, que se cruza en el camino con la maldición de muchas madres, única correspondencia que puede existir entre África y España.

Los pasos de los conquistadores quedan señalados con la desolación y dejan sembrado el odio, que crece, se desarrolla y se eterniza, porque queda regado con sangre. Los de los legisladores y administradores benéficos con la propiedad, con la abundancia y con las luces.

Si queremos restañar las fatales sangrías que amenazan nuestra ruina, hay que colocar a la cabeza de todo, lo que equivocadamente se atiende lo último, casi, casi con menosprecio: «La escuela y el azadón». La mayoría de los que marchan son labradores, hartos de hambre y faltos de escuela. Cuando tengamos agricultores libres e instruidos, nadie huirá de España, que es bastante rica para alimentar a todos sus hijos.– Odón.

(*El Distrito Cangués*, 21 de octubre de 1913)

PARA D.ª MARÍA LUISA CASTELLANOS

He leído con muchísimo gusto la primera de sus «Cartas a Horacio» dirigida a sus lectores y que encabeza esta pregunta: «¿Por qué hay tantas solteras?».

No sé si es usted señora o señorita; no tengo el honor de conocerla; solo sé, porque usted lo dice, que es joven todavía; pero razona usted como una mujer, a quien la experiencia o el estudio haya hecho dueña de los secretos del corazón humano, y conocedora de las necesidades del mundo.

Cree usted, con muchísima razón, que la causa que aleja al hombre del matrimonio, es el miedo que le impone la mujer exageradamente lujosa. Las razones de ese miedo las expone usted con mucha claridad y acierto.

Yo también, mi desconocida amiga, he conocido muchísimos matrimonios en que el desmedido afán de lujo de la esposa concluyó con la fortuna del marido. Y aún más; si la fortuna consistía en un sueldo, incapaz de correr tras las transformaciones de la moda, he podido adivinar los reprobados medios de que algunas mujeres se valían para no quedarse atrás.

Pero, aun cuando a tanto no se llegue, yo me preguntaba muchas veces: «De todo lo que esta señora gasta en trajes, joyas y aderezos, para presentarse en una sociedad a la que prodiga sonrisas, conversaciones, bailes, besos y pensamientos secretos, en lo que ocupa la mayor parte del tiempo, ¿quién saca más de todo esto, su marido o el mundo?».

El excesivo lujo en una mujer casada, ¿es acaso para gustar más a su marido? No, seguramente. Porque el día que se estrena el traje de

moda, la joya o el aderezo costoso hay necesidad de exhibirse para recoger del mundo la sensación de su buen gusto, por medio de las sonrisas, los elogios, y aun los galanteos que con tal motivo, son de buen tono delante de su marido.

No, no; no es la mujer elegante la que el hombre formal elige para compañera de su vida. Y como el afán del lujo y de la moda se apoderó, puede decirse, de la juventud femenina, por eso hay tanta soltera; porque asustaron al hombre con los mismos perifollos con que pensaban agradarle.

La mujer que mucho se ocupa de sí olvida por completo su misión en la tierra. Nació para compañera del hombre; pero por su propia naturaleza, está destinada a las ocupaciones domésticas. Su obligación consiste en gobernar la casa y su gloria mandar en ella. Cuando su voz tiene eco y ascendiente en el seno de la familia, es el ángel tutelar que inspira y vivifica todos los sentimientos nobles y elevados. En la fortuna es la alegría y el contento; en la adversidad, el consuelo y el paño de lágrimas. En medio de la pobreza tiene bastante predominio para ahuyentar la indigencia. Su poder está en el corazón, donde encuentra siempre recursos, que en vano buscaría en su inteligencia.

Así es como el hombre sueña con la mujer que ha de elegir para compañera. Pero sabe bien que la que corre tras el lujo y la moda, no ha de dar los resultados que necesita. ¡Por eso hay tanto soltero!

Y a nadie seduce el lujo. La que de soltera se acostumbra a él, ¿cómo se resignará cuando las necesidades del matrimonio se lo impidan?

Y además de caminar a la ruina si se empeña en sostenerlo, ¿qué papel cree que desempeña en el mundo la que viste con más lujo del que le permite su fortuna? Pues el mismo que aquel que se tiñe el cabello para ocultar las canas, o se pone una peluca que cubra la calva. Siempre se conoce el engaño. Brilla mucho más la mujer por su modestia que por el centelleo de sus joyas. Las mujeres comienzan

a corromperse por la coquetería, la ociosidad y el lujo; y concluyen los hombres con sus galanteos, que para esta clase de mujeres, no son ciertamente aquellos que conducen a matrimonio, y el pillaje del criado.

Que vuestro adorno, mujercitas de hoy, sea sencillo, que no ofenda, ni vuestra fortuna, ni menos la decencia y el pudor, como muchas veces lo ha hecho la moda.

Y ya que hoy me da la chifladura por dar consejos, no terminaré sin tirar una chinita a muchos jovencitos, que recargan también más de la cuenta su adorno personal, presentando tipos afeminados, que si alguna vez se dirigen a mujeres de tan buen juicio como D.ª María Luisa Castellanos, con su charla insustancial y sus ridículas piruetas, siendo solteras, en lugar de pensar en la posibilidad de un matrimonio, dirían para sus adentros: «Excelente muñeca para divertirme con ella». – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 2 de diciembre de 1913)

DE LA HABANA

Unión Club-Occidente de los concejos
de Pola de Allande y Cangas de Tineo

Hemos recibido el programa de la grandiosa gira, romería que en obsequio de sus socios se habrá celebrado en La Habana el 23 del próximo pasado noviembre en el Parque Palatino.

Según el programa, a las nueve de la mañana se constituiría la Directiva y la Comisión de festejos en los Jardines del Parque para recibir a los invitados, prensa y asociados. A las diez, misa con acompañamiento de brillante orquesta, con asistencia del excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo, socio de honor. A las diez y media principiaron los bailes asturianos de todas clases, con gaita y tambor. A las once se servirá un aperitivo helado. A las once y media, se tomarán grupos fotográficos para los diarios y revistas de la capital. A las doce, la Comisión distribuirá los puestos que cada uno debe ocupar para el almuerzo que principiará seguidamente, al final del cual, y entre sorbos del champán asturiano (sidra «La Praviana») pronunciará hermoso discurso el elocuente orador Sr. Miguel Coyula. Después, gran baile de salón dirigiendo la orquesta el Sr. Felipe Valdés. Al trasladar a nuestro semanario la reseña de la grandiosa gira, tenemos el gusto de decir a nuestros hermanos que viven allende los mares, que no hay un solo vecino de los concejos de Cangas y La Pola que no participe de vuestras alegrías, y que no haga votos fervientes por la prosperidad de ese Club, lazo de unión y hermosa manifestación de fraternidad entre la numerosa familia que, con la creación de ese Club, habéis formado con los hijos de los concejos de Allande y Cangas de Tineo.

No podemos tampoco menos de felicitar a don Gumersindo Álvarez, don Manuel de Llano y otros, que son el alma de ese Centro que tantos beneficios ha de reportar a sus asociados.

Ese Club es para los que estáis, la casa querida en la que os parecerá respirar el aire de la tierrina; porque allí hablaréis nuestro castellano antiguo: *el home, la fame, el filo, la faba, la guiada,* etc., etc., hermoso lenguaje con el que el romancero cantaba las fazañas del Cid. Será el punto de cita en donde os saludaréis con la ansiedad que producen estas palabras: —«¿Qué sabes de por allá?». Y os enseñaréis las cartas de vuestros padres, de vuestros hermanos y hasta de la novia que con vosotros guardó las vacas, con sus inocentes protestas de amor. Sí; en ese Club, ajeno a la política y a toda idea mezquina, no cabe más que el amor entre la familia canguesa y allandesa que todo lo llena, porque nace y crece robusto, alimentado por el amor a la tierrina, y por el santo y grande amor a España.

Para los que llegan, ya que, por desgracia nuestra, sigue corriendo en abundancia la sangría de la emigración, será también ese Centro una esperanza, un consuelo, porque los que lleváis en esa algún tiempo, y tengáis posición y relaciones, no habéis de consentir, pudiendo, que ningún cangués ni allandés vague por esas calles sin colocación ni trabajo. Para esos pobres que diariamente emigran de aquí, sea en todo lo que pueda esa Asociación la protección y hasta el consejo para quien lo necesite, a fin de que la honradez de los hijos de Allande y Cangas, sea en La Habana tan pura y hermosa como el sol que alumbra nuestras montañas. No creo que haya uno solo de cuantos en esa viven, nacidos en los dos concejos hermanos, que deje de pertenecer a ese Club para robustecer su vida.

Así se lo aconsejamos aquí, cuando les damos el mismo abrazo de despedida. Dadnos cuenta de todos los actos que ese Club realice, que será el asunto que con más gusto acogerán las columnas de *El Distrito Cangués*.

Tan pronto como recibimos el programa de festejos de vuestra gira-romería, anduvo de mano en mano por entre muchas familias vuestras; por eso no se publicó íntegro en el número anterior, como lo hacemos ahora para conocimiento y satisfacción de todos.

En nombre, pues, de vuestras familias y en el de la redacción, saluda y abraza a todos y felicita a la directiva, vuestro amigo.– Odón.

Nota.– Compuesto lo que precede, llegaron a nuestro poder los periódicos *El Día* y *El Diario de la Marina,* que se publican en la Habana, en los que se dedican grandes párrafos a reseñar la grandiosa fiesta llevada a cabo por el Club de Occidente, dedicando sinnúmero de felicitaciones a los organizadores y a todos los que tomaron parte en tan hermoso acto.

En conformidad con el señor Odón, unimos nuestra sincera felicitación a las ya recibidas por los socios del Club de Occidente.

(*El Distrito Cangués*, 16 de diciembre de 1913)

¡¡LA MÁS GRANDE DE LAS REVOLUCIONES!!

Hubo un día, en el antiguo mundo, en que los ladrones, los asesinos, los fulleros, amparados por las leyes de aquellos tiempos, fueron los amos del hombre y de la tierra, y despojaban a sus semejantes por todas las artes de la infamia que aquellas permitían. Las grandes conquistas de Roma no tuvieron más objeto que recoger los grandes tributos que a los vencidos imponían, y no solo respetaban la barbarie de estas leyes donde quiera que las encontraron, sino que las establecieron donde no las había, porque necesitaba de una oligarquía plutocrática que respondiese al tributo exigido, y que esta a su vez explotase a la plebe desventurada.

Así se gobernaba el mundo hace mil nuevecientos catorce años; no sin continuas protestas de lo que llamaban «plebe», que cuando no podía sacudir el yugo del hombre, huía de los pueblos a disputar su guarida a las fieras para presentarse amenazadora en los caminos. Y los que robaban amparados por la ley, llamaban ladrones a los robados, que después robaban impulsados por la desesperación y por el hambre.

Y había un pueblo en donde los romanos habían creado las leyes que explotaban y tiranizaban la plebe, y al frente de este pueblo, como ejecutor de ellas, habían colocado al fastuoso, pero podrido de cuerpo y alma, al incestuoso Herodes.

Aquel pueblo esperaba al Redentor que los profetas le anunciaran; y en su desesperación, ya intentaran sublevar al pueblo, Judas y Matías; más tarde, Sadok y Judas Galonnita, y todos sucumbieron. Creyendo el Bautista que se acercaba el día de la venida del Redentor prometido, se retira también al desierto a preparar la gran revolución,

y comenzaron a apuntársele los rebeldes, pero antes de organizarse siquiera, el Bautista fue preso y decapitado.

Pero ya Jesús, rodeado de sus apóstoles, elegidos entre lo más pobre, y seguido de los republicanos y desheredados de la fortuna que de todas partes venían a oírle, caminaba dejando profundas e indelebles huellas por los senderos de Palestina.

Y aquel hombre salido de un taller de carpintería alfombrado con virutas de sicomoro, sin más apoyo que el de los débiles, sin más armas que la humildad y la oración, proclamó la libertad del hombre, la igualdad de todos, haciéndolos hijos del Padre Celestial, y copartícipes en la común herencia del cielo y de la tierra, e impuso la fraternidad diciendo: «Amaos los unos a los otros como hijos de un mismo padre».

Lanzado ya el reto a los tiranos, a los monopolizadores, a los amos del hombre y de la tierra, aquel hombre debía morir; y los mantenedores de aquel orden social fundado sobre la iniquidad, principiaban ya a preparar su ruina. Y hablaba también en el templo con los doctores, y su triunfo era mayor y resultaba más, porque después de demostrarles sus errores en la explicación de la ley, ponerles de manifiesto sus argucias, no podían averiguar la bondad de su doctrina.

La multitud aplaudía en secreto, y los más descreídos decíanse en voz baja mirándose unos a otros: «Podrá no ser el Mesías prometido en las Escrituras Sagradas, pero se le parece mucho, y si Dios no lo ha escogido para su hijo, tal vez no encuentre otro que pueda serlo mejor».

Y la turba doliente y acongojada de los [...] encadenados, exprimidos y oprimidos, los que arrancaban a la tierra, ya en las minas, ya en el cultivo de ella, con sangre de sus venas y fibra de sus músculos, acortándose la vida, frutos que jamás saborearían y provechos que nunca habían de disfrutar, lo abandonaron todo y seguían a Jesús.

Y los príncipes y sacerdotes, y los escribas y fariseos, decretaron su muerte.

Y Jesús continuaba su predicación y su palabra de fuego, era la luz que trazaba a la humanidad una nueva senda, que llevaba el consuelo y la esperanza a todos los corazones, sin cuidarse para nada del odio que crecía en el rencoroso y pérfido corazón de los fariseos.

Estos sintieron conmoverse el antiguo mundo y quisieron contener aquel gigantesco incendio; pero ¡estaba escrito! que aquella chispa que brilló en el modesto establo de Belén había de aparecer como gigantesca llama, centelleando en la cima del Gólgota, para servir de sol al universo.

Porque la doctrina de Jesús era una gota de rocío que había de convertirse en un mar. Su palabra tenía un eco más poderoso que la voz de todas las tempestades reunidas; y esparcía más luz que todos los soles y volcanes juntos; porque todo aquello era el cumplimiento de la promesa que Dios hiciera a Eva en el Paraíso.

Hace ya mil nuevecientos catorce años que tuvieron lugar aquellos acontecimientos, y desde entonces a hoy el pueblo no ha dejado un momento de acariciar, defender y propagar la doctrina del Crucificado, porque aún no se extinguió por completo la razón de los príncipes, sacerdotes, doctores, escribas y fariseos que la combatieron y siguen combatiéndola, aunque solo batiéndose en retirada porque su triunfo definitivo «está también escrito».

La Iglesia conmemora todos los años tan grandiosos acontecimientos, que si no lo cree obra de Dios, habrá de confesar cuando menos, que fue la más grande de las revoluciones llevada a cabo por el más grande de los hombres.

Los cristianos adoramos a Jesús, como al Dios hecho hombre, viéndolo acaso más grande muriendo en el Gólgota que dando la Ley en Sinaí.

Pero si desde mi casa a la iglesia me rodearan todos aquellos que trataron de despojar al Salvador de aquella aureola divina con que los cristianos le adoramos, y me repitiesen cuanto han dicho y escrito

para presentármelo como al hijo del carpintero, yo les contestaría: «Venid, venid conmigo, y si no queréis, como yo, adorar al Dios que se hizo hombre, adorad vosotros al hombre que se hizo Dios por la sublimidad de sus doctrinas y por lo grandioso de su muerte». – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 7 de abril de 1914)

EL CONFLICTO EUROPEO. AÑO II

15 AGOSTO 1914. Cuando estas líneas vean la luz pública, de hoy en ocho días, no sé las proporciones que habrá tomado el conflicto que amenaza a Europa. El cielo está cubierto de negros nubarrones. Los pueblos, espantados de terror, porque las máquinas de destrucción, que el ingenio del hombre perfeccionó, han principiado ya su obra, cuyas ventajas solo los buitres pueden aprovechar. ¿Cuál fue la causa que acarreó la desgracia? Un asesinato que todo el mundo condenó. Y del crimen que solo un loco pudo cometer, quiso hacerse responsable a un pueblo entero. Serbia llegó al límite máximo a que podía llegarse por el camino de la humillación que el más fuerte le trazara, sin más culpa que la de ser serbio el asesino, pero era bastante para que los que un día se repartieron a Polonia pensaran también en Serbia. Pero esta vez no pudieron ponerse de acuerdo.

Y el orgullo, los recelos y los odios, mal dormidos, despertáronse en Europa, y el crimen de Sarajevo encontró el terreno abonado para que de él nacieran los crímenes más horrendos que registra la Historia: «La guerra en los aires, en las aguas y en la tierra».

¿Responsables? Tres coronas imperiales, que conducen a sus pueblos al exterminio. Sea cualquiera el vencedor y el resultado, ninguno da los coronados pasará a la historia con el nombre de Grande. Una solución de paz merecería más laureles que todas las conquistas con sangre. Desde los antiguos romanos hasta hoy, no hay pueblo que se haya enriquecido con la guerra, aun cuando la victoria fuese esclava de sus banderas.

Un monarca humano, justo y amante de su pueblo, debería estremecerse al solo nombre de la guerra. El honor de la guerra consiste…

en matar, en quitar la vida, arrebatando un derecho que solo corresponde al autor de ella. En tiempos de guerra crece el orgullo, se despierta la avaricia, es hollada la justicia, reina la fuerza y la violencia, la disolución toma su libre vuelo; el poder del mando pasa casi siempre a manos de los hombres más perversos, los buenos se ven oprimidos, arruinada la inocencia; muchas veces ultrajadas las matronas y las vírgenes, comarcas destruidas, templos asolados, violados los sepulcros, y cerrando este cortejo, el hambre y la peste, compañeras inseparables de la guerra. La guerra es el decreto del genio del mal; es la premeditación y ejecución de innumerables homicidios.

¿Tendremos en España que intervenir en la contienda? Yo creo que sí.

Se violan las neutralidades, se invaden los pueblos sin previa declaración de guerra, y alguno de los contendientes puede necesitar solo una isla o pedazo de tierra española, como estación para sus operaciones navales, y alargar la mano sin más aviso, siguiendo el procedimiento con que la lucha empieza a desarrollarse, y entonces España iremos a la guerra si nos obligan. Y mientras ese caso llega, nosotros, amantes de la paz y del progreso; en nombre de las víctimas que van a ser inmoladas, en nombre de la humanidad y de la fraternidad universal, a vosotros, los culpables, los perturbadores del sosiego y de la salud de los pueblos…

¡¡Malditos seáis!! – Odón Meléndez de Arvas.

(*El Distrito Cangués,* 15 de agosto de 1914)

UNA PROTESTA. LOS MAESTROS Y *EL NARCEA*

En el número de *El Narcea* correspondiente al 28 de agosto pasado hay un párrafo que dice lo que sigue: «Entre los maestros del concejo de Cangas hay gran revuelo. El Sr. alcalde les denunció como malversadores del dinero que reciben para menaje. Hay algunos, no malversadores, que quieren protestar públicamente de la denuncia, pero hay otros que al parecer cometieron la falta de que se les acusa y quieren echar tierra al asunto. Según noticias, la Asociación de Maestros piensa intervenir en la cuestión; habrá jaleo».

Los maestros del concejo de Cangas de Tineo protestan con toda la indignación que siente la dignidad herida, despreciando, como se merece, al autor de esa especie calumniosa, vertida en un papelucho que para vergüenza de todos se publica en Cangas de Tineo.

Malversadores, no. ¿Que hay maestros que quieren echar tierra al asunto? Mentira y calumnia, que no cabe más que en las columnas de *El Narcea*.

¿Que el alcalde los denunció como malversadores del dinero que reciben para menaje? ¿Con qué pruebas? ¿Dónde está, a quién y ante quién se hizo tal denuncia?

Los maestros rinden anualmente cuentas justificadas ante quien corresponde de las cantidades que perciben para material. Todas han sido aprobadas por la superioridad.

Casi todos los maestros del concejo de Cangas de Tineo cobran de sueldo 500 y 625 pesetas. No hace mucho tiempo tenían para material una cantidad igual a la cuarta parte del sueldo, casi sin descuentos, porque aún no se había formado el Montepío. Hoy reciben una cantidad igual a la sexta parte, con el 12 por 100 de descuento.

Que esto es insuficiente está en la conciencia de todos los que la tienen, menos de aquellos que nos acusan de malversadores de una cantidad casi irrisoria.

Y se convencerían más y más de su insuficiencia y de la torcida intención que alienta a nuestros calumniadores si supieran que en estas aldeas todos disfrutan por igual de un presupuesto que solo se forma para niños pobres, sin que el maestro pueda evitarlo, pues tan pobres se creen todos para el uso del material de la escuela, como para el pago de retribuciones, que ni padres ni Ayuntamiento, nadie nos paga cosa alguna, a pesar de la legitimidad de ese emolumento.

Esperamos tranquilos la visita anunciada por la alcaldía, que nunca, nunca formuló tal acusación, ni mucho menos la palabra malversador.

Y mientras esta no se verifique y haya motivos fundados para acusarnos, a todo aquel que directa o indirectamente tratándose de maestros escriba o pronuncie la palabra «malversadores» le llamamos EMBUSTERO y CANALLA.

[Siguen las firmas: ODÓN MELÉNDEZ, JOSÉ MARÍA ORDÁS, MAXIMINA YÁÑEZ, JOSÉ GONZÁLEZ, JUAN FRANCISCO GONZÁLEZ, DICTINIA RAPOSO, BONIFACIO RODRÍGUEZ, SERGIO HERNÁNDEZ]

(*El Distrito Cangués*, 12 de septiembre de 1914)

EL DOMINGO EN LA REGLA

La fiesta del Ecce Homo es una de las mejores que se celebran en el concejo de Cangas de Tineo. El señor cura de La Regla puso este año, como suele decirse, toda la carne en el asador. Ni los años, ni los quebrantos de salud que desgraciadamente padece, entibiaron el entusiasmo que siempre tuvo por la fiesta de un santuario de tan piadoso renombre en estos concejos del Occidente de Asturias. Cuando yo llegué, salía la procesión, cuyos ornamentos, nuevos y hermosos, llamaban fuertemente la atención. Vi también un número de sacerdotes que pocas veces se reúne en fiesta alguna, y un derroche de pólvora, que solo en El Carmen, de Cangas, y en El Acebo podía superar. El crédito pirotécnico de Cantarín sube como sus cohetes, que en tan gran número jugueteaban en el espacio.

Todo era grande y hermoso, y el paso de la procesión parecía que iba repartiendo la vida, porque a su proximidad bailaba el gigante, revoloteaba la rueda, elevábase el globo, que con el estampido de los cohetes, los acordes de la gaita, acompañada del tambor y los cánticos del clero, formaban en conjunto una voz que decía: *Sursum corda.*

Terminada la función religiosa, principió lo que podemos llamar la segunda parte de la fiesta.

Extendiéronse los manteles por todo el campo de La Fontanina, en los cuales iban colocándose las víctimas que, según decreto de Jaime Graña, habían de ser devoradas por la multitud de verdugos que las rodeaban.

Grande fue el número de meriendas. Y mientras en el campo de

La Fontanina tenían lugar tales desbadaguertos, la gente de poco pelo, los que no teníamos merienda nos fuimos arrimando por los muchos cafés-tabernas que por la plaza había; unos al de Quintín; otros, al de Carlota de Villar; otros, a casa de Ricardo; otros a la de Paco Martínez, y otros y otros, a otras y otras… ¡Tantas había!…

La fiesta principió a animarse enseguida. Nada faltaba en ella: ni los pajaritos que por cinco céntimos sacaban el sino en un papelito; ni los horrorosos descuartizamientos que los ciegos nos presentaban en grandes cartelones[4] chorreando sangre, cuyo relato, estilo de *El Narcea*, se nos daba en una copla, también por cinco céntimos; ni las ruletas con dulces para los niños; ni las rosquillas tan acreditadas como las de Teresina, de Cibuyo; ni frutas de Soto, San Esteban y el Pládano; ni sidra, ni tiendas con cintas tocadas en el Santo; en fin, con decirte, lector ausente, que en la plaza del Santo estaba la mar y los peces, y que en las meriendas de La Fontanina había hasta cuadriles de rana…

La villa de Cangas había enviado a La Regla todo lo mejor que tenía. He visto en La Regla, no solo la alegre y bulliciosa juventud, sino casi todo lo serio y formal de ella, los que por su posición y por su mentalidad constituyen la responsabilidad del pueblo.

Todo marcha bien en Regla de Perandones hasta las tres o cuatro de la tarde. Y como no hay nada estable en este pícaro mundo, sin previo toque de atención para preparar una ordenada retirada, principió un aguacero de cosaca acometida, que nos puso a todos en alemánica desbandada.

Las jóvenes canguesas fueron las que más sufrieron los efectos del aguacero, por causa de la tan estrecha falda que ahora se usa, que las imposibilitaron para ponerse rápidamente a cubierto del agua.

Como el aguacero no tenía trazas de ceder, preparáronse autos,

---

[4] Se refiere a los llamados pliegos de cordel o romances de ciego, que los ciegos iban cantando de pueblo en pueblo y de plaza en plaza, narrando los sucesos de la época y de la zona.

coches y carricoches a transportar la gente a la villa, y entonces, al ver cómo subían las jóvenes a los vehículos, pude apreciar, por segunda vez en ese día, los grandes y graves inconvenientes de la tan estrecha falda.

El domingo que viene es la fiesta del Cristo, en Cibuyo. En otro tiempo iban a ella las señoritas canguesas vestidas de aldeanas, con dengue, refajo y pañuelo atado arriba. Estaban de bonitas como las mismísimas rosas. No tienen tiempo a preparar para ese día trajes de aquellos, que si no, les aconsejaría que volviesen a hacer aquellos alardes de asturianismo que tanto realzaban los favores que de la naturaleza recibió la mujer canguesa.

Y si yo no bastase para convencerlas, solicitaría la ayuda de don Mario,[5] que seguramente habría de prestármela, porque acordaráse que cuando era rapaz presentábase muchas veces por las fiestas de estas aldeas cantando al frente de grupos de señoritas aldeanas, sintiendo él, acaso, no tener también montera y calzón corto para ponérselo, porque don Mario es muy asturiano y muy cangués.

Creo que en Cibuyo no faltará el domingo de la juventud canguesa. – O.

(*El Distrito Cangués*, 26 de septiembre de 1914)

[5] Se refiere aquí a su amigo y compañero, el también maestro y escritor en prensa Mario Gómez, del que ya hemos hablado anteriormente.

MIRANDO A EUROPA

LO QUE DIRÁ MAÑANA LA HISTORIA

Existió un imperio que se llamaba Alemania. Al frente de él había un hombre que se creía también jefe de una Alianza que se llamó Triple. Y en su orgullo y su soberbia llegó también a creer que los destinos de Europa habían de ser regulados por sus gestos, por las encrespaduras de su bigote y por movimientos del sable, que en son de amenaza levantaba muchas veces por ver si temblaba el mundo.

La Triple Alianza formábanla naciones que se engrandecieran despojando y aun anulando o suprimiendo otras.

Y temiendo llegase la hora de las reivindicaciones, uniéronse para defender aquellos atentados que ellos mismos declararon legítimos, con toda la legalidad que puede tener un robo a mano armada, porque sea un hecho consumado.

Ante la constante amenaza de la Triple, todos los pueblos armáronse hasta los dientes, y hubo en Europa unos años de paz armada contra la cual protestaba sordamente el obrero famélico, el comercio arruinado, la agricultura falta de brazos y caminos y sobrada de impuestos, y la instrucción del pueblo en un completo abandono dentro de una vergonzosa miseria.

Casi todos los recursos arrancados a los pueblos empleábanse en cañones y acorazados.

Los odios, los miedos y los recelos agitaban el corazón de los pueblos, que no podían resignarse a ver sobre sus cabezas la sombra que proyectaba el sable, siempre levantado.

Y la proximidad de un conflicto europeo estaba en la conciencia de todos.

Y llegó el momento. Y el hombre ciego, que se creyó el Coco o el Papón de Europa, no había llegado a ver que los pueblos libres no querían vivir bajo la férula del sable y que su militarismo era contrario al bienestar que el pueblo buscaba y había de encontrar en la paz, con la instrucción y el trabajo.

Y al verse en la contienda abandonado hasta de alguno de los suyos, en su desesperación, viendo que el mundo se le venía encima, pisotea neutralidades, allana territorios que no le pertenecían, pide forzosamente millones a los pueblos que ocupa, destruye ciudades sin que le infunda respeto alguno ni las grandezas del arte en la catedral de Reims, ni el Dios de los católicos que pudiera estar en sus tabernáculos, ni la sabiduría escrita en los volúmenes tan cuidadosamente guardados en la Universidad de Lovaina, ni los enfermos en los hospitales, ni niños, ni mujeres…; nada, nada respetan sus cañones.

Los hunos habían entrado en Bélgica, y Atila iba diciendo: «donde mi caballo ponga los pies no volverá a nacer la hierba».

Y horrorizada Europa unióse para concluir de una vez con el imperio del sable y abrir los cimientos de una paz duradera.

Y los aliados llegaron a los campos Catalaminos, y la dictadura y el militarismo cayeron para no levantarse.

Bélgica preparó su grandor, extendiéndose por los dominios del invasor. Francia recuperó la Alsacia y la Lorena. Serbia y Montenegro recogieron lo suyo, absorbido por Austria y Turquía. Y la infeliz Polonia volvió a aparecer como un pueblo libre en el mapa de Europa.

La gloria de los Zeppelines se escribió a continuación del proceso de Morrals. Las hazañas de la ocupación belga forman la segunda edición, notablemente corregida y aumentada, de las de Murat en Madrid.

Y cuando el émulo de Napoleón fue a reunirse con él, levantó este la cabeza para decirle: «¡He sido más grande que tú!». – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 3 de octubre de 1914)

¡¡BÉLGICA!!

Las guerras durarán mientras los hombres sean bastante necios para admirar y aplaudir a los que cultivan con éxito la vieja [¿costumbre?] de matar.

Era un pueblo trabajador y honrado, un pueblo venturoso. La paz tenía en su hogar desde hacía muchos años. Así lo decían sus campos bien cultivados, y en el purísimo azul de su cielo no había más nubes que el humo que despedían las chimeneas de sus fábricas. De paz era la canción del obrero en los talleres; de paz hablaban los amores del hogar y el bullicio alegre de la fiesta popular; en la paz, en la hermosura y en el amor pensaban siempre las confeccionadoras de tan hermosos encajes que el admirable pueblo repartía al mundo para engalanar con ellos el imperio del amor y de la paz. Y hablaban también de paz el bienestar del rico y la tierna hogaza en la mesa del pobre, y el continente satisfecho que presentaban hombres y mujeres, todo anunciaba la existencia de un pueblo feliz, de un pueblo culto, de un pueblo católico, de un pueblo trabajador y honrado que se llamaba Bélgica.

Pero hacía cuarenta años que el genio del mal sentara sus reales en un pueblo vecino, y abriera talleres y fábricas para la confección de máquinas infernales que no tenían más objeto que la destrucción de la humanidad. Y el pueblo católico, el pueblo trabajador y pacífico, al ver que la locura guiaba los pasos de sus vecinos, protesta contra la guerra, declarándose neutral. Pero, ni la niñez, digámoslo así, de un pueblo pequeño, ni las grandezas del arte, ni los recuerdos de la historia, ni la hermosura del suelo, ni la riqueza del fruto, nada, nada fue respetado por el genio de la guerra, cuyos atropellos aun admiran muchos necios. Y, entonces, calláronse las canciones de paz en los

talleres y fábricas, y callaron las canciones de amor en las jóvenes, porque el luto principió a pesar sobre el corazón de las mujeres, y el odio brillaba en los ojos de todos los hombres.

Los fogonazos del cañón secaron las flores de los campos; el humo que despedían las chimeneas de las fábricas fue reemplazado por el humo de la pólvora, y el olor que despedían los muertos hacía caer a los vivos. ¡Y una tras otra, fueron sucumbiendo Lieja, Lovaina, Brujas, Amberes, Bruselas…! ¡Y la sangre de los jóvenes corrió, para quemarla y esterilizarla, sobre la tierra que antes fertilizaran con su sudor; y en los hogares piden pan los niños sin padre; murieron las fábricas y talleres, y en las iglesias que no destruyó el cañón oran las mujeres por los que se fueron para no volver.

Y no es Bélgica sola la que llora. Llora Francia, llora Inglaterra, llora Alemania, llora Rusia, y se retuercen de dolor Austria, Serbia, Turquía, y unos más y otros menos, sufren las consecuencias de la lucha todos los pueblos ¡¡DE LA CULTA EUROPA!!

Ábrense zanjas que se llenan de agua muchas veces, y tras los cestones y fajinas de la línea de fuego permanece el hijo del pueblo horas y días enteros, con el agua a la rodilla, sin poder salir más que a encontrar la muerte, poco más segura que la que en la zanja le llega a la rodilla, a menos que el cuerpo del compañero que cae le sirva de alzapié para dejarla más baja, exponiendo más la cabeza. ¡¡Qué horror!! ¡Y aún hay necios bastantes para admirar y aplaudir la eficacia de los zeppelines y la precisión y alcance de los obuses de nueva invención!

Y en esta fiebre destructora que se apoderó del mundo solo se destaca la figura blanca de un anciano, que eleva sus brazos al cielo pidiendo a Dios la paz: Benedicto XV. Porque cuando la lucha termine, Europa tendrá una millonada de hombres de menos; otra millonada de hombres mutilados; otra, de viudas sin amparo, y otra, de huérfanos desvalidos. Y todo, ¿por qué? Si lo preguntáis a los de la trinchera, no sabrían decíroslo: hasta allí los llevaron, y allí les mandan. El hijo

del pueblo se bate sin saber por qué. Los que lo saben y los culpables de todo, no están con él en la trinchera. ¿Cuándo terminará el azote más terrible que registra la historia? Nadie lo sabe. ¿Y no temen los que perturbaron la paz que el hijo del pueblo, en uno y en otro bando, no ya volviera contra ellos los fusiles, pero sí arrojarlos, y abriendo los brazos, y partiendo las distancias, corrieran a encontrarse con el hermano, gritando: «¡¡No haya fronteras; el mundo es un hogar; la humanidad, la familia; todos somos hermanos! Si tal sucediese, no pondríamos en duda la civilización de Europa. – Odón Meléndez de Arvas.

(*El Distrito Cangués*, 21 de noviembre de 2014)

LA RECOLECCIÓN DE LA CASTAÑA

Terminó por este año la difícil y peligrosa operación de recoger las castañas, sin que afortunadamente se sepa que hubiese caídas desde los árboles, como otras veces tiene ocurrido, y en las que más de uno perdieron la vida o quedaron inútiles.

La cosecha de este año, sin ser grande, es de aquellas en que suele decir el cosechero, casi satisfecho, que «hubo medias castañas».

Como el concejo de Cangas de Tineo se extiende por las cuencas que forman sus ríos, todos los pueblos que están en las orillas, y aún los colocados a media ladera, cosechan castañas de superior calidad y en una cantidad regular, figurando entre los primeros Cibuyo, Santa Eulalia y otros muchos.

En el cultivo del árbol castaño se ve poco la mano del hombre, ni siendo para injertarlo ahí donde nace. Por eso vemos al castaño en sitios donde no debiera estar; y con ser grande el valor de su producción, lo vemos en casi todos los pueblos sombreando con sus ramas y debilitando con sus raíces prados o tierras que sin la presencia del castaño aumentarían su producción en más de lo que vale lo que él produce.

En casi todos los pueblos hay terrenos baldíos en los que debiera estar el castañedo reunido, que puede darse en folgueirales y sitios donde otra cosa no produce, y desgafar los prados y tierras buenas, a las que tanto perjudica con sombras y raíces.

La mayor parte de los castaños que hoy existen cuentan muchos años de existencia, lo que prueba que nuestros abuelos, aunque sin orden ni acaso mucho provecho, plantaron mucho más que nosotros.

En este concejo, tan surcado todo él de ríos, arroyos, excavaciones

de arroyadas y otros accidentes, están la mayor parte de los castañedos a orillas de precipicios y barrancos cuyas profundidades, unidas a la altura de un castaño secular, hacen temblar de miedo hasta a los que del suelo miramos al que en las cimas del árbol con larga y pesada vara varea las castañas, operación peligrosísima y costosa.

Apenas se encuentran ya jornaleros para varear, y el que menos exige doce reales de jornal, medio real para tabaco, un cuartillo de vino por la noche, cama y una alimentación que vale más de dos pesetas. De modo que, solo echar abajo las castañas sin las mujeres para cogerlas y otro peón para acarrear las cestas, varas, etcétera, sube todo a los que muchas veces no paga el valor de las castañas. Y el jornal del *varexón* no puede regatearse; el peligro es mucho.

Algunos pensaron en la conveniencia de dejarlas madurar bien y cogerlas en el suelo cuando cayeran; pero las castañas así recogidas pudren por el golpe que reciben al caer después que salen del erizo. Para eso es este, para con sus puntas preservarlas del golpe. Por eso la necesidad de varearlas antes que el erizo abra, si han de conservarse sanas durante el año.

Otros pensaron en el medio de asegurar al que varea por medio de un cinturón, una cuerda y un gancho; pero aseguran los que tales trabajos practican que sería un estorbo, utilizable en pocos casos. Ni la longitud de la cuerda ni las dimensiones del gancho son las mismas que se necesitan en las diferentes posturas que en un mismo árbol tiene que colocarse el que varea.

El árbol alto y viejo, y más si está sobre un barranco, precisamente ha de meter mucho miedo el subirlo. Sus cañas engañan muchas veces; suelen estar huecas y podridas; además, producen poco.

He dicho que la mano del hombre no anda por los castañedos más que para recoger el fruto. Todos los castaños, viejos y muy altos debieran fradarse, y al echar nuevos retoños despuntarlos para que suban menos y parren más. Un árbol parrado, con poca altura y cañas

nuevas de resistencia, produce mucho más y apenas ofrece peligro a los que están acostumbrados a este trabajo. Deben cortarse todos los que están encima de los arroyos y en sitios muy peligrosos, y llevar los castañedos fuera de los pueblos para que dejen penetrar en ellos el sol, tan necesario a la salud. En todos los buenos prados y tierras deben cortarse también los castaños que los sombreen, porque en este caso quitan mucho más que dan.

Plántese mucho castaño; pero en sitios que, sin ser buenos para otra cosa, siempre dan castañas, si tienen mucho fondo, y aunque no sea mucho, un castañedo engorda pronto, y se abona con sus mismas hojas y con los corrimientos de arriba en esta tierra pendiente, que todos paran junto al castaño.

Fradar sin compasión todo árbol viejo; sacaréis ahora mucho dinero de la madera, que tan buen precio tiene, y volveréis nueva la arboleda del castaño, que a los seis años de fradado empieza a dar casi tanto como daba y cada vez mucho más. Despuntar las guías de las cañas de los fradones y de los injertos cuando veáis que suben muy altas, a menos en los sitios donde queráis criar una viga u otra clase de madera; pero, para la producción, mucha rama y poca altura, y la rama limpia de esas cañas interiores que no viendo el sol no producen y son una sangría que debilita a las que salen afuera.

Hay mucha arboleda de castaños en el concejo de Cangas de Tineo, pero mala. Mala, porque no produce lo que debía producir, por vieja; mala, por lo peligrosa, por alta y por vieja también, porque sus cañas encierran en su interior la descomposición y la vejez, y porque crecieron sin más dirección que la necesidad que siente toda planta de buscar el sol cuando crece entre bosques espesos. Aldeas tenemos ocultas bajo las ramas de castaños, en donde apenas entra el sol, y las mejores tierras y prados, sombreadas también por castaños, mientras tienen grandes extensiones de terrenos, que acaso no se prestan para otra cosa, convertidos en folgueirales y sin un árbol, en donde

debieran estar los castaños, plantados con separación bastante y por hiladas, a fin de que el sol y el aire penetrasen en todo él, dirigiendo su crecimiento con el despunte de sus gulas, al objeto de obtener árboles bajos y parrados en sitios no peligrosos, sin perjudicar la producción de otras fincas destinadas a otros usos.

Hay que ordenar la agricultura por secciones, embelleciéndola y enriqueciéndola, con la separación correspondiente de esa informe mezcolanza de casas, tierras, árboles y prados que nos dejaron nuestros abuelos. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 28 de noviembre de 1914)

FRANCÓFILOS, SÍ; GERMANÓFILOS, NO. ¿POR QUÉ?

Sin Alemania acaso habríamos llegado ya, si no al desarme general, a una reducción grande en los ejércitos permanentes. Estaríamos en el camino de la formación de tribunales internacionales para la resolución pacífica de todos los rozamientos que surgiesen entre los pueblos. Pero Alemania todo lo fiaba a su fuerza con la cual creía tener seguro el respeto de los pueblos fuertes y la sumisión de los débiles. Así nos lo hizo ver con el atropello de Bélgica por su parte, y el de Serbia por Austria, por ella aconsejada.

Hace ya más de cuarenta años que el militarismo se entronizó en Alemania, y los recelos que esta política sembró en Europa pusieron en guardia a todos los pueblos, y unos tras otros fueron aumentando considerablemente, en perjuicio de la cultura, en perjuicio de la fábrica y del taller, y en perjuicio de la tierra inculta, ese… ¡¡Presupuesto de Guerra!!, al que Bottach llamaba frase repugnante y dolorosa, porque representa impuestos, guerras, inmoralidad, opresión, sufrimiento, lágrimas, pobreza y barbarie.

Y ese militarismo, a que Alemania nos obligó y nos impondría a todos con su triunfo, es la supremacía del sable sobre el fuero civil, y la del imperialismo sobre la soberanía del pueblo. Por eso la causa de los aliados es la causa de la libertad, de la civilización, de la democracia y del derecho.

¿Cuáles son las razones que alegan los germanófilos? El odio que debemos tener a Francia, dicen algunos, por el atentado de 1808.

Pues bien; por la misma razón odiamos a Alemania. Aquella Francia era la Francia militarista e imperialista, era la Alemania de hoy; era la Francia que debe ser odiada, pero no la Francia republicana.

Los francófilos condenamos el militarismo donde quiera que impere. Nosotros también fuimos nación guerrera y vencimos a Francia muchas veces, y a Madrid trajimos prisionero a Francisco I. Luego, los franceses de hoy, ¿deben por eso odiarnos también?

Y en nuestros días tuvimos también una sombra de militarismo, cuando confiábamos las riendas del gobierno a los Espadones, a O'Donell, Narváez y otros, de cuyas manos siempre salían malparadas la libertad y la democracia.

El militarismo fue siempre el enemigo de la paz; y los amantes de la paz desean, por la paz, el triunfo de los aliados.

Dicen otros, para justificar sus simpatías por Alemania, que debemos desear la ruina de Inglaterra, porque nos llevó la posesión de Gibraltar.

Un tratado de paz, concertado en Utrecht para la terminación de la Guerra de Sucesión, nos privó de Gibraltar, entregándolo a Inglaterra. Fue obra de las potencias europeas, Austria entre ellas, que nos despojaron de algo más que de Gibraltar, y con esas condiciones aceptó la corona Felipe V, y por ellas le reconocieron. Los francófilos somos tan patriotas como los germanófilos, y queremos que, por otro tratado, se nos devuelva esa parte de nuestro solar que nos arrebató el militarismo de la Europa de 1713.

Los motivos que alegan los germanófilos como fundamento de sus simpatías por Alemania y su odio a Francia, no pueden justificarse ante la actual contienda.

Los francófilos creemos que el triunfo de los aliados será la inauguración de una era de paz duradera.

En la terrible lucha, que hoy conmueve al mundo, la agresión partió de Alemania y de Austria, azuzada esta por aquella. Y cuando vieron contrariado su orgullo y sus designios y suspendido y aun rechazado el avance de sus ejércitos, llamaron en su auxilio al Califa del Islamismo, al príncipe de todos los creyentes del Korán, al Sultán de Turquía.

Y la católica Austria, la que llevaba su veto a los cónclaves, va del brazo con los mahometanos, sin mirar que acaso los acontecimientos pudieran volver a colocar frente a frente a la cruz y a la media luna.

Y un partido español que se llama católico, cuyo patriotismo se subleva porque Inglaterra posee una plaza española, aplaude la aparición del mahometanismo en la lucha, sin que su catolicismo se subleve contra el que tiene puesto su pie sobre la cuna del cristianismo.

Católicos germanófilos, ¿os parece que pueden marchar juntos vuestro patriotismo y vuestro catolicismo? – Odón Meléndez de Arvas.

(*El Distrito Cangués*, 5 de diciembre de 1914)

¡¡LA GUERRA!!

Hace poco preguntaron a un político inglés si podría saber cuándo terminaría la guerra —«No puedo decir cuándo terminará —contestó—; lo que puedo asegurar es que principiará en mayo».

Las grandes naciones de la culta Europa están matándose en horrible carnicería. Y convidaron al festín para que fuesen testigos y participantes de su cultura, al indio asiático y al negro africano. Y hasta la católica Austria y la cristiana Alemania, no encontrando espada de corte en el Evangelio de Jesús, llamaron en su auxilio al Korán con la cimitarra de Mahoma.

Y el socialismo alemán traicionó sus principios y rasgó las estrofas de su canto *La Internacional,* y votó el presupuesto de guerra, que había de concluir con tantos pueblos. Y en las demás naciones puede decirse que siguieron el mismo camino, sin que los socialistas de los pueblos neutrales protestasen siquiera.

Estábamos en un error los que creíamos que el Socialismo impondría la paz. Hasta ahora no hizo otra cosa que atentar contra la bolsa del burgués… ¡¡El mundo dio un gran salto atrás!!

Y seguirá, pues, por mucho tiempo dirigiendo el Diablo su vendimia desde el trono de la crueldad, sepultando la misericordia, llenando todas las hojas del libro de las iniquidades a la luz de los incendios, riéndose de todas las desgracias, que no respetan ni la flaqueza del anciano, ni la debilidad del niño, ni el pudor de la doncella, ni las joyas del arte, ni el sagrado de los templos, ni el derecho de las gentes, ni las enseñanzas de la Historia.

Y no hay duda de que la gloria de los adelantos modernos, en esta diabólica labor de vendimia, corresponde a la nación que ya en 1870

se presentó ante el mundo con toda la perfección posible y siguió por espacio de cuarenta y tantos años inventando máquinas para la destrucción de la humanidad. Si los demás pueblos te siguieron, ¡de tu militarismo es la gloria, Alemania!

Y cuando se escriba la historia de estos tiempos, para vosotros, los entusiastas del militarismo en todas partes, se estampará en todas las páginas del libro la palabra «¡Maldición!».

¿Y tendrá España que intervenir en la contienda?, se preguntan algunos. No; no intervendrá España en la lucha porque el pueblo no quiere la guerra y ¡ay de aquellos que quieran empujar al pueblo por donde el pueblo no quiera ir!

Ni directamente por unos ni por otros; ni por los torcidos caminos de la ocupación de Tánger, ni por los intentos de unión ibérica, ni por ningún otro que indique un mal entendido patriotismo ha de correr aventuras que le comprometan; porque el pueblo sabe ya, por su historia, lo que valen y cuestan los triunfos guerreros y las expansiones imperialistas, comparados con esa paz que hace sonreír a la naturaleza misma y que es una necesidad urgente a todo pueblo civilizado.

Grande fue España en los tiempos de Felipe II; pero las guerras que sostuvo para el sostenimiento de tan grandes dominios produjeron en su interior un hambre más grande que su grandeza exterior. El dinero llegaba de América a millonadas. Solo el año 1595 entraron por Sanlúcar treinta y cinco millones en oro y plata, y al año siguiente no había un real en toda Castilla. Y nuestros tercios en Flandes, famélicos y desarrapados, rompieron muchas veces la disciplina y cometieron otros excesos.

No; no queremos esas grandezas. Queremos una España grande por su cultura, rica por las producciones de su suelo bien cultivado, por sus carreteras que la crucen en todas direcciones, por sus canales que la rieguen en todos los secanos, por sus ferrocarriles que perforando todas las montañas penetren sus silbidos en todos los valles para

hacer fácil la exportación de nuestra riqueza minera y forestal y lleven la vida de una a otra región con el mismo orden que las venas del cuerpo humano; queremos un pueblo instruido y educado para el trabajo, que solo piense en los medios que pueden prolongar y embellecer la vida, para que Europa, aterrada ante el cuadro que el militarismo le dejó, cambie de modelo y copie a España.

Así entendemos la grandeza, y así la queremos; y una grandeza así solo la paz puede dárnosla. Esta es la voz del pueblo, que se hará oír de los gobiernos. Los gobiernos son para el pueblo; no el pueblo para los gobiernos. Por eso estos no pueden hacer lo que aquel no quiera; por eso no iremos a la guerra.

Y como nada aspiramos fuera de España más que una expansión pacífica, sostenida por la conveniencia y amistad de todos, nadie vendrá a molestarnos dentro de ella.

Pero si de la actual contienda pudiese aún quedar un Espadón con ansias de conquista, venga cuando quiera, que aun sin grandes ejércitos ni grande perfección en las máquinas de matar, habrá siempre en cada aldea un Juan de Prócida que haga sonar las campanas, tocando a vísperas… — Odón Meléndez de Arvas.

(*El Distrito Cangués*, 6 de febrero de 1915)

¡¡RIEGO!!

Hallábame en Madrid cuando tenía trece o catorce años, y ya me llamaba la atención el ver que entre tanta estatua como se levanta en la capital de España no apareciese también la de aquel mártir que fuera la encarnación de las libertades patrias. Y me parecía que conocía algo de historia, y, sin embargo, llegaba al pie de alguna de ellas y no podía menos de preguntarme: ¿qué habrá hecho da bueno este señor?… ¡Y la estatua de Riego no parecía por ninguna parte!

Y, como si fuese a protestar contra la ingratitud de un pueblo, llegábame a la Puerta del Sol, en donde siempre había alguno de aquellos del organillo, y, acercándome al primero que veía, le daba cuatro cuartos (moneda de aquel tiempo) para que tocase el himno de Riego; pero teníamos que retirarnos a los callejones de la calle de la Paz o junto a la Fuente de Correos, y aun con estas precauciones nos llevaron alguna vez a la prevención, al del organillo y a mí.

¡Eran los tiempos de González Bravo! De aquel hombre funesto, enemigo de aquella democracia que primero había saludado ofreciéndole el porvenir. Aquel que también había dicho al pueblo, que el más bello ideal de la justicia humana sería ver ahorcar un ministro… ¡Ah!…

A los acordes del himno de Riego levantábase el corazón de los hombres libres y corrieron muchas veces a las barricadas a defender la Libertad. Y temblaron los tiranos cuando oyeron…

> Si algún traidor la pisa,
> La muerte sufrirá…

Y Riego era asturiano, del Occidente de Asturias, del concejo de Tineo, y en Cangas tiene aún parientes.

Por eso, la idea de la celebración del centenario de la gloriosa muerte de aquel cuya memoria debe grabarse con caracteres de oro en los anales de las libertades patrias y cuya iniciativa se debe a D. José Luis Rico, si en todas partes fue aplaudida, en Cangas de Tineo, pueblo del Batallón de su nombre, en el que se cubrieron de gloria los cangueses rechazando al invasor por la independencia de la patria; el pueblo que más tarde fue su Milicia Nacional, el terror de las partidas latro-carlista, que aquí mandaba el absolutismo; el pueblo que hace bien poco a los partidarios de la reacción, que aún quiso levantar en este pueblo liberal, en el que algunas familias ostentan con orgullo el apellido Riego; en este pueblo no podía menos de arraigar profundamente la idea del señor Rico, y está dispuesto a cooperar cuanto pueda para que el día del centenario se honre como merece el mártir, el valiente asturiano que al frente de su Batallón, que también se llamaba de Asturias, proclamó la más liberal de las Constituciones que en aquellos tiempos podía desearse, frente al absolutismo brutal de un rey, que principió por no ser un buen hijo, como lo atestigua un proceso; luego, un mal patriota que felicitaba a Napoleón por sus triunfos en España, y que mientras los españoles (acaso equivocadamente porque no conocían bien a Fernando) no querían por rey a un Bonaparte, estaba tratando de venir a reinar ungido por Napoleón y casado con una princesa de aquella familia, y que después de sentado en el trono constitucional por el esfuerzo del pueblo español, que sentía ansias de libertad, llama en su ayuda, no ya a los franceses de Murat, pero a los más odiosos, si cabe, a los del Angulema, para que viniesen cien mil a pisar las libertades patrias y a revestirlo del poder absoluto para con él ensañarse con aquellos que más trabajaran y más padecieran para libertarlo y hacerlo rey.

Y a alguno, como al Empecinado, lo sacaban en una jaula de hierro los días de mercado para que los partidarios de la noche le injuriasen y maltratasen. Y a nuestro Riego lo condujeron a la horca a rastro sobre

un serón, al que llamaban «carroza triunfal de los negros» muchos de aquel fanatizado pueblo, que todavía fueron capaces de gritar «¡Vivan las caenas!».

……

Pasaron para no volver aquellos tiempos malditos sin que en los tiempos que corremos se levante una estatua, un monumento como protesta de la sangre liberal vertida por el más falso, el más ingrato y el más inconsecuente de nuestros reyes absolutos.

Está próximo el día del centenario en el cual debemos celebrar un acto de resonancia, capaz de borrar las huellas del serón por las calles de Madrid.

Creo que toda España tomará parte en la honra que debe tributarse al que al ver a la puerta de la cárcel el serón sobre el cual querían conducirle a la horca arrastrando, dijo: «Eso será bueno para el que no tenga alientos para ir por su pie»; pero cayó sobre el serón, maltratado por golpes que le dieron, distinguiéndose por su ensañamiento un… P. Zoilo. Querían que por los golpes y la forma en que le conducían se presentase abatido ante la horca, para que el pueblo lo interpretase como expresión de cobardía y de arrepentimiento; pero el héroe lo desmintió al ofrecerle el brazo un fraile (¡acaso el… P. Zoilo!) para subir al cadalso. —«¡¡No —dijo el mártir—; ni la ayuda del absolutismo quiero; prefiero la del verdugo!!».

……

España entera preparará un centenario digno de la memoria de aquel hombre.

Si España entera no lo hiciese, lo hará Asturias. Si la ingratitud entrase en Asturias, no llegaría a Cangas ni a Tineo.

Y si todos los liberales se olvidasen de lo que deben a Riego, yo soy viejo, señor Rico, pero si para ese día del centenario vivo, le emplazo a usted para que comparezca en Tuña ante la casa donde nació don

Rafael, para que juntos gritemos: ¡Viva la Libertad!», y oigamos el himno de Riego, que ya buscaremos quien lo toque, ya que ahora nos gobiernan los González Bravo. Este himno fue siempre la alegría y aliento de los liberales y el terror de los reaccionarios. Es la Marsellesa española, y es el que para la memoria de Riego y por amor a la libertad debiera declararse himno nacional. – Odón.

(*El Distrito Cangués,* 13 de marzo de 1915)

¡¡CRISTO Y LA GUERRA!!

Pasarán acaso de cuatrocientos millones la población que en el mundo reconoce a Cristo como hijo de Dios y siguen sus doctrinas, que no son otras que los diez mandamientos, cuyo resumen es el amor a Dios y al prójimo.

Hace ya 1915 años que en el Gólgota tuvo lugar el cumplimiento de la última profecía respecto a Cristo; pues su nacimiento, el sitio en donde había de tener lugar; su vida, por dónde había de empezar su predicación, la forma parabólica de sus discursos, su venta y el precio de ella, la falsedad de los testigos, la flagelación y la crucifixión, hasta la lanzada del costado y el sorteo de sus vestidos, todo, todo estaba anunciado. Jeremías, Malaquías, Micheas, Isaías, David y Zacarías habían precisado, muchos siglos antes, todos los detalles de la Redención, desde Nazaret al Calvario.

Y viene al mundo, y reúne en una las verdades diseminadas por todo el género humano; instruye con la palabra y confirma con el ejemplo, consuela a los débiles, a los indigentes y oprimidos, llamándolos: «Venid a mí todos los que sufrís, yo os aliviaré»; y llamaba bienaventurados, porque de ellos sería la dicha eterna, a los pobres, a los perseguidos y a todos los que sufrían y lloraban. Con su moral, enteramente de amor, les enseñaba a amarse los unos a los otros como hijos de un mismo padre, principio fundamental de la libertad, igualdad y fraternidad, que debieran ser el principio y el fin que ordenase todos los actos de la vida, dentro de una sola y gran familia: la humanidad.

Y no podía dudarse de la divinidad de Cristo, manifestada más que por la sublimidad de sus doctrinas: los ángeles del cielo le obedecían,

los espíritus del infierno huían de su presencia y el mar, a sus órdenes, templaba sus borrascas; por su mandato, hablaron los mudos, oyeron los sordos, vieron los ciegos y levantáronse los muertos; su mirada penetraba en el fondo de los que oían, y conoce la falsedad de los fariseos, el arrepentimiento de Magdalena y vio la traición dentro de un beso.

¡Era Dios! La bondad de su doctrina no podía tener más que un objeto: una bienaventuranza terrenal como preparación de la bienaventuranza cumplida y eterna que a la vez nos prometía.

¿Cómo aprovecharon al mundo las doctrinas del Crucificado?

Al cabo de mil nueve cientos quince años que el divino Mensajero de la paz y del amor derramó su sangre para hacer del hombre un ser digno de la paz y del amor eterno, el hombre de hoy, convertido en lobo para el hombre, se mata, se destroza y, cuando llegan al cuerpo a cuerpo, se abrazan y se muerden como las mismas fieras. Y mueren los artistas y los hombres de ciencias, y sus tesoros, afanosamente recogidos en el libro y trabajosamente concertados en las joyas del arte, caen por tierra, barridos por la metralla o quemados por el fuego del infierno…

¿Habrá fracasado el evangelio de Cristo, o estarán próximos los tiempos del Apocalipsis?…

…Cuando llegue a tus manos, lector querido, este producto de una hora de pensar amargo, habrán terminado ya las funciones con que la Iglesia de Cristo conmemora la Semana dichosa de la Redención… Para ti habrá llegado la Pascua florida, con sus alegrías primaverales; pero… a muchos hogares, también cristianos, habrá acaso llegado la noticia de la pérdida de un ser querido, muerto; ¡quién sabe! Acaso a bocados de un semejante, en esas luchas de cuerpo a cuerpo con que se asaltan, toman y pierden en la guerra actual una misma trinchera muchas veces. Muchos huérfanos y ancianos desvalidos, y muchas viudas desoladas, lanzados todos de sus hogares deshechos, andarán

por valles y cañadas pidiendo hospitalidad a los huecos de las peñas y de los árboles, después de haber buscado inútilmente plantas o raíces en los campos quemados por el fogonazo de los cañones y pateados por el casco de los caballos, en donde solo hallan alimento los buitres y cuervos.

Y nosotros continuamos en nuestros hogares, rodeados de seres queridos, y nuestros campos reverdecen y florecen y en ellos cantan el tordo, el jilguero y el malvís… ¡Nunca lo olvidemos por si algún insensato quiere empujarnos a la guerra!

La guerra concluirá por fin, sin que por ahora pueda nadie saber cuándo, y el mundo quedará resentido para muchos años, y los pueblos volverán los ojos al evangelio de Cristo, como el único puerto en que pueden hallar abrigo de las tormentas mundanas. ¡¡Paz y amor!!

La guerra actual era hace tiempo esperada, con todos los horrores que la acompañan, en el aire, en la tierra, en la superficie de los mares y desde el fondo de las aguas. La noble y la vieja Europa se dejó seducir, y concibió del orgullo —y en su centro se desarrolló el engendro, que tenía forzosamente que salir— un horrible gigante, híbrido, hijo del progreso y del orgullo.

No habrá vencedores ni vencidos; porque ni aun los que se crean lo primero han de quedar en condiciones de saborear el triunfo.

Y los césares, causantes de las desgracias de sus pueblos, si conociendo su yerro no buscan, como Judas, un árbol para ahorcarse, cada pueblo se encargará de buscar para el suyo una isla de Santa Elena, a menos que el sentido común haya sucumbido también en las trincheras. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 3 de abril de 1915)

LOS GRANDES CRÍMENES

¡Que tantos años de progreso en las ciencias no hayan servido más que para dar bárbaros elementos de exterminio y destrucción, triste es verlo y pensarlo! ¡Que al cabo de mil novecientos quince años en que cayó del cielo la semilla de paz y de amor fraternal estemos recogiendo este fruto; que veamos evaporarse la religión, rasgándose su manto de piedad y misericordia para dejar al descubierto solo la crueldad animal con la demencia del hombre, es terriblemente desconsolador; pero que se mate encendido el pecho por el odio, invocando todos al Dios de paz y al padre de todos, pidiéndole la victoria unos por el exterminio de los otros, es el colmo de la perturbación que no conoce la blasfemia en las invocaciones!

Desde el París de los romanos y los francos en la isla de Cité hasta el París actual pasaron muchos siglos, y el progreso en el arte y en la ciencia llevaron a él hasta cerca de tres millones de habitantes con que hoy cuenta, y se ensanchó hasta cerca de ochenta kilómetros cuadrados en los cuales se gallardean y destacan riquezas aristocráticas como la columna de Vendôme, Las Tullerías, la catedral de Nuestra Señora, La Magdalena, Palais Royal, Cuartel de Inválidos, La Ópera, La Bolsa, etc., etc.; riqueza en su comercio, hermosura en sus parques y jardines, grandiosidad en sus calles y plazas, como la de La Concordia; luz, mucha luz en sus centros de instrucción, desde el antiguo de La Sorbona hasta sus escuelas de Medicina y Bellas Artes; caridad, mucha caridad en sus diez y ocho hospitales y veinte o más casas de beneficencia…

Pues bien; a ese centro donde se dieron cita y se reunieron la riqueza, el arte, la ciencia, la hermosura y en donde la caridad también ocu-

pa un lugar preeminente, allí dirige el zeppelín sus vuelos nocturnos, invocando y confiando en Dios el éxito de sus trabajos de exterminio y destrucción, sin preocuparse de si las bombas que va a arrojar pueden caer sobre un hospital, sobre un asilo de ancianos, sobre un silo, o destruir lo que vale muchísimo más que él, y que el blasfemo que se lo ordena, que cree compatibles en el mundo el sable y la cruz.

Lo mismo sucede con la incomparable Londres, y puede suceder con las grandiosas Viena, Berlín, Petrogrado y otras.

¡¡Semejantes crímenes no se registran en la historia del mundo!!

Y, por si esto no fuera bastante, ahí está el fondo de los mares recibiendo en su seno el alimento que conducen inofensivos buques mercantes para pueblos ajenos a la actual contienda, condenándonos a todos a las torturas del hambre.

La guerra actual no respeta al niño, a la mujer, al anciano, al arte ni a la ciencia, ni a los pueblos que quieren la paz.

Es menester que esto concluya. Si esperamos la paz de los que luchan, no la habrá mientras que alguno no espire y queden todos sin fuerzas para defender siquiera el solar de la noble Europa y que las hordas del África o del Asia vengan a comerse los restos de nuestra civilización.

Es menester que algo grande surja alguna vez desde abajo a arriba. Que el pueblo se imponga a los que lo llevaron a la guerra; que el pueblo proclame la paz.

Alemania puede tener cinco millones de hombres batiéndose, pero aún le quedan sesenta para sufrir las consecuencias de la lucha. Austria puede mandar al teatro de la guerra acaso dos millones, que se batirán mientras lloren cuarenta y nueve. En Francia pueden llegar a cuatro millones los hombres de la trinchera, y aún quedan treinta y cinco

para sufrir. Rusia llegará hasta los seis millones de soldados que puede mandar a la lucha, pero le quedan ciento treinta y seis sumidos en la miseria… ¡y en las tinieblas! Bélgica, Serbia, Montenegro y Turquía se retuercen de dolor, y otras prepáranse también para intervenir.

Pues bien; esa millonada de seres que odia la guerra y que sufre las consecuencias de ella, que despierte, que se levante, que se imponga, que proclame la paz.

Esta guerra no es hija de ninguna idealidad de raza, de cultura ni de religión. Es hija del orgullo y de la ambición; es la continuación de una lucha comercial hace tiempo comenzada, y que la soberbia de alguno confió a la fuerza lo que con tratados pudo arreglarse. Para esto, los grandes criminales protegieron el progreso y la ciencia en todo lo que pudo ser útil para la ejecución de los grandes crímenes: la guerra. ¡Y aún hay brutos que les llaman grandes hombres!

¡¡Pueblo que sufres!! En nombre de la salud pública tan gravemente herida, ante la cual ninguna consideración puede detenernos, que tus ancianos, que tus mujeres, que tus niños, que todas las jóvenes den el grito de paz, que resuene en toda Europa, y las armas caerán de las manos del hijo, del esposo, del hermano, del prometido.

¡Si vuestros gobiernos, vuestros soberanos concertaron la guerra, concertad vosotros la paz! Que la voluntad del pueblo se manifieste como la única soberana. Los pueblos neutrales batirán palmas y les tenderán la mano si oyen el grito salvador de los pueblos que sufren.

La paz y el orden son necesidades urgentes para los pueblos que llamándose civilizados quieran ser felices. – Odón Meléndez de Arvas.

(*El Distrito Cangués*, 15 de mayo de 1915)

DE BOGAYO[6]

Así se titula un precioso libro escrito para este concejo de Cangas de Tineo por uno de los mejores cangueses. Del mérito literario del libro *De Bogayo* me guardaré muy bien de decir una palabra en su elogio; pudiera perjudicarlo; y aunque el valer del autor está fuera de mis alcances, no así su modestia, que la conozco muy bien, y no quiere sufrir elogios, ni aun de los que sean capaces de hacerlo como se merece.

Don Mario Gómez, al escribir *De Bogayo,* con sus monólogos, en prosa unos, en verso otros, cuadros de costumbres canguesas, con sus tipos, arreos y lenguaje, todo de casa, tenía todas las potencias de su alma fijas en la tierrina, que tanto quiere porque le vio nacer, porque, según él mismo dice, sufrió muchas de sus travesuras de rapaz, y porque de ella tiene, según dicen todos, el cariño de cuantos siquiera una sola vez le trataron.

Los tipos, las costumbres, las necesidades, el lenguaje y todo a lo que dicho libro se refiere, se desarrollan y presentan en ese género festivo, riquísima propiedad de Mario, que tiene para mí el inconveniente de que, como todos quieren leer *De Bogayo,* anda de mano en mano y van a estropearme el ejemplar que me cupo en suerte.

Yo no sé lo que iremos ganando con el cambio, pero es lo cierto que el concejo de Cangas de Tineo irá, como va todo, cambiando lo antiguo por lo moderno. Muy bien si solo se abriese la puerta a la ciencia y al arte; pero ha de entrar también algo que haga resentirse a mucho bueno que anida por estas montañas, protegido hasta ahora

---

[6] *De Bogayo* es obra del médico Mario Gómez en el año 1915. Este era gran amigo de Odón, por eso, cuando se publica el libro, Odón escribe una crítica que se publica en *El Distrito Cangués* del 12 de junio de este mismo 1915.

por nuestras costumbres patriarcales y por el cariño a la Santina de junto al puente.

Desapareció ya casi por completo el calzón corto y la montera y el dengue y la saya de ancho vuelo, y huirá también la inocente superstición con su guerra y bruxas y nubleiros, siempre vencidos por la virtud de las fumazas, la volcadura de los carros, las cruces del robledal y la pala; las estupendas curas con el alicorniu y las no menos estupendas de las vacas *pasandois los calzones*…

Desaparecerán también las bodas tal y como se hacen y se conciertan, y los entierros y las fiestas a la usanza actual. ¡Y quién sabe si desaparecerá también nuestro *son de arriba* con sus castañolones, que, llenos de *papas,* llevaría cada uno el almuerzo para dos cavadores; el ruido de los panderos, los cantares de las mozas que los tocan, que con los *ijujús* de los mozos bastaba un baile de *son de arriba* en una de estas laderas para espantar los lobos en dos leguas a la redonda.

Todo desaparecerá, porque las regiones irán españolizándose, como España va europeizándose, aunque entre las «europeizaduras» lleguen cosas de tan mal gusto como la falda de *a pasín y a pasín,* que impide ya a nuestras canguesas subir al Acebo, *saltar pasadas,* ni llevar aquel garbo y soltura que les prestaba la canguesa saya de ancho vuelo.

No soy partidario de una españolización completa; quisiera que se conservase la variedad dentro de la unidad, no solo en el hablar, el vestir y en otras cosas, sino todo, en todo lo que ahora no quiero decir.

El calzón corto y la montera, el dengue y la saya, las giraldillas y el *son de arriba* con todos sus *ijujús,* tienen una historia muy honrosa. En los tiempos del calzón corto se prestaba el dinero a escondidas, tras una pared, como dicen los que aún lo recuerdan, sin testigos, sin interés ni documentos.

Vestidos de calzón corto y montera se criaban aquellos que después eran aguadores, a los que se les dejaba la llave de casa, mientras los dueños iban de paseo, para que entrasen solos y llenasen las tinajas de

agua. Yo he visto a criadas llegar a la fuente a pedir la llave al aguador, al regreso de los señores. Y aquellas criadas eran acaso las que para entrar al servicio doméstico no necesitaban más recomendación ni mejores informes que los del aguador. Eran fieles; eran buenas. ¡Como que no habían bailado nunca más que giraldillas y *son de arriba*! ¡Asturianas!

Y como nuestras costumbres, nuestra lengua, nuestros trajes y todo nuestro ser sostuvo hasta ahora un pabellón tan honroso, a pesar de algunos inocentones lunares, no creo justo que la ingratitud de la historia lo condene todo al olvido cuando le llegue la hora de desaparecer por completo.

Y para cuando Cangas y su concejo tengan un historiador, porque la importancia que le espera así lo exija, que no se olvide nunca de lo que fuimos.

¿Datos para la historia? Que se conserven, y los encontrarán en las que los aldeanos llamamos *Vaqueiradas,* del señor Flórez; en la primer época de *El Narcea* encuadernado por su director D. Abel G. del Valle, y en *De Bogayo*, de don Mario Gómez. – Odón.

(*El Distrito Cangués,* Cangas de Tineo, 12 de junio de 1915)

¡CRISTO!

Con la celebración en Cibuyo el 26 de septiembre, terminaban las fiestas con que en este concejo se honra a la imagen del Crucificado.

Son muchas las de esta clase, entre las que sobresalen el Ecce Homo, de La Regla; el Cristo, de Limés; el de Gedrez, y, una de las mejores, la del Cristo de la Misericordia, en Cibuyo.

Son pocos los que viviendo en el concejo de Cangas de Tineo no hayan presenciado alguna vez el paso de la procesión desde la iglesia parroquial hasta la capilla, recorriendo medio kilómetro de carretera, sombreada por copudos castaños, hermoseada por extensa vega y pintorescas laderas, por entre las que culebrean, cristalinas y bulliciosas, las aguas del Narcea.

El día estaba lluvioso, y solo de cuando en cuando aparecía el sol, como para enviarnos una triste sonrisa. En uno de estos intervalos de sol, acaso el más claro, llegó a la carretera la procesión, como siempre majestuosa, seguida de los muchísimos devotos con que cuenta en estas aldeas el Cristo de Cibuyo. Y los murmullos del Narcea juntáronse con los cánticos del clero, con el canto de las aves, con los acordes de la gaita y del tambor, con el estampido de los cohetes y el repique de las campanas, formando todo ese concierto admirable y conmovedor de las aguas y la tierra, las plantas y los pájaros y el hombre y la fe cuando se juntan y adoran al Señor.

Y tan hermosa manifestación del culto cristiano no tiene en estas aldeas la poderosa ayuda de la riqueza ni del arte. Pobres son los ornamentos, y sin mérito artístico las imágenes; pero los ojos de la fe no dejan lugar al examen por los ojos de la cara. Los primeros ven a Jesús hermoso en el pesebre, hermoso en la huida hasta el punto de fascinar

al bandido Dimas que le pide el beso que lo dejó predestinado; hermoso en su juventud trabajando en un taller alfombrado con las virutas del sicomoro; valiente y hermoso en la predicación, deshaciendo las vallas que separaban las castas en que el orgullo y la fuerza habían dividido a la humanidad; grande en los milagros, grande sufriendo los azotes, grande despreciando la muerte por la redención del siervo, del esclavo, del que padece, y más grande y más hermoso en el Calvario perdonando a sus verdugos. ¡Ah!, entonces parecía que se eclipsaba la luz que envolvía y se apagaban los relámpagos que acompañaban al Dios de Sinaí, porque el del Calvario parecía más hermoso y más grande. Por eso en las procesiones del Cristo no necesitamos de costosos ornamentos ni de imágenes esculturales para que todo nos parezca grande y hermoso.

Y mientras en los pueblos del Occidente de Asturias, rincón apartado de la cristiana España, celebran fiestas en honor de Aquel cuyas doctrinas son fundamento de paz, de amor y de caridad, otros pueblos de la cristiana Europa destrózanse a cañonazos, y algunos piden a Cristo el exterminio de sus enemigos, ayudando a la potencia de sus cañones. ¡Y acaso, acaso, también alguno en estas fiestas, mientras su lengua cantaba el *Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bone voluntate,* tenía el corazón henchido por la satisfacción que le producen los triunfos de Hindenburg y Makenssen con tantos miles de muertos, sin acordarse de que para la guerra y sus causantes y para los que con la guerra simpatizan no puede tener Cristo más que una maldición….

Pídote mil perdones, lector amigo, porque al empezar a leer esto creíste ver la reseña de una fiesta. Tú no tienes la culpa de que estas consideraciones se me hayan ocurrido en una fiesta del Cristo, ya fuese en Limés, en La Regla o en Cibuyo. Es mi modo de ser; por medio de un pensamiento se cruza otro, y concluyen haciéndome caer por el lado de mi chifladura de siempre.

Todo en Cibuyo era alegría el día 26; derrochábanse el vino, el café, los licores, la cerveza y los cigarros; la gaita animaba el baile, y las castañuelas oíanse desde Combarro. Con la salud, los colores, los rizos, la gracia y la hermosura que las aldeanas exhibieron en el campo del Cristo de Cibuyo, tendría Montecristo asunto para una crónica hermosa; pero tanto bueno hállase muy escaso en los salones del gran mundo. Al atardecer, arreciaba el agua, y necios los romeros y necia la lluvia, tuvieron aquellos que ceder y retirarse.

Se me olvidaba decirte, lector amigo, que como el tiempo no estaba para meriendas de campo, había oveya por las casas. Todas las oveyas ladronas pagan sus delitos y sufren la ejecución por este tiempo en las fiestas, como en Acio, Otás, Arbolente, Folguerjú y otras, y algunas veces suelen vengarse, produciendo una fuerte indigestión en los muchos que se ensañan con la pobre ladrona después de muerta y cocida. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 2 de octubre de 1915)

LA GUERRA

¡Catorce meses de guerra, sin que por parte alguna asome una esperanza de paz! ¡Sigue el exterminio, y al final el *Vae victis* ha de ser poco menos aterrador que el de los tiempos de Breno!…

Creen algunos que la paz es imposible en el mundo, porque en el hombre, por más civilizado que esté, han de asomarse siempre los instintos del gorila. Es un error la tal creencia.

En todos los tiempos el hombre no fue educado, instruido ni preparado más que para la guerra. En la historia de todos los tiempos no vemos más que desfilar por ella, con el renombre de grandes, emperadores, príncipes o reyes, y otros guerreros, a los que, en lugar de grandes, debiera llamar la historia bandidos coronados y perpetradores de los grandes crímenes.

Con esa historia se viene entusiasmando al hombre, desde su niñez en la escuela, fijándose mucho más en los hechos de los Césares y Alejandros que en los trabajos de Leseps y los descubrimientos de Pasteur. Los torneos de la Edad Media; los duelos, aun en el día de hoy, hasta hace poco consentidos por los gobiernos; las ejecuciones de la pena de muerte, presenciadas en público hasta por mujeres y niños, ¿qué fue todo eso más que el cultivo del instinto animal del hombre? En las escuelas hoy, ¿no tiende al mismo fin eso que llamamos patriotismo, diciendo que la patria de cualquier hombre está limitada por aquel mar, por aquel río o por aquel monte? ¿No fuera mejor decirle al niño que el mundo es un hogar y la familia la humanidad?

El hombre debiera disfrutar en el mundo una felicidad como preparación de la felicidad eterna que nos estaba prometida. Esta era la idea que costó la vida al mártir del Gólgota; pero… sus doctrinas

fueron mal interpretadas y peor ejecutadas, y, en su nombre, Europa llevó al Asia la guerra de las cruzadas; en Europa misma, los representantes de Aquel sostuvieron guerras con Alemania, y Francia y Aragón recibieron, para destrozarse, el aliento del Papa; y el instinto animal del hombre siguió creciéndose con aquellas y otras guerras y la presencia de las hogueras y los autos de fe que le suministraban aquellos en los que no debiera ver más que humildad, caridad y amor, cimientos seguros de la paz.

No es, no, que la parte animal del hombre pueda sobreponerse a la parte racional que en el hombre existe; todos los males que hoy le afligen son las consecuencias de su educación, y la Iglesia cristiana también sufre las consecuencias de sus extravíos terrenos.

Hoy los papas no gobiernan el mundo, y gracias a eso, no hace mucho, el año 1899, la Iglesia, en pro de la paz universal, pudo conseguir que se reuniese la primer Conferencia de La Haya, y el Papa no fue admitido en ella; solo el cismático Nicolás de Rusia le invitó a que concurriese.

La misma suerte tuvo en la de 1907, porque solo le apoyó con calor la protestante Inglaterra. El representante de la paz fue excluido, y los que representaban la soberbia y el orgullo no pudieron concertar la paz.

Para que la paz fuese un hecho, había que proceder al desarme general que proponía Nicolás de Rusia; pero algunas naciones habían formado una alianza para sostener recientes despojos: la Alsacia y la Lorena, la independencia de Nápoles, los Estados Pontificios, etc., etc., y no se creyeron seguros con el desarme; al contrario, siguieron armándose hasta los dientes, y aquellos preparativos provocaron el conflicto actual.

El militarismo y la paz no pueden vivir juntos. Los papas de hoy, desde que dejaron de ser reyes, claman por la paz y no son oídos. Pidió, el que hoy gobierna la Iglesia, una suspensión, nada más que por

un día, para celebrar el nacimiento del celeste mensajero de la paz, y no fue escuchado. Está pidiendo hoy mismo que se respete el día de los difuntos para rezar en paz por tantas víctimas como inmolan, y no le atienden.

Y si los de la trinchera siguen encarnizándose con la vista y el olor de la sangre, los neutrales seguimos recibiendo enseñanzas de guerra, y, como siempre, de aquellos de quien no debiéramos de oír más palabras que de paz y amor, con la diferencia de que antes venían de arriba y ahora son de abajo. Me refiero a nuestra España.

¿Quiénes son aquí los germanófilos partidarios del militarismo? Ya lo ha dicho en París hace poco un político español. Los jaimistas, desautorizados por D. Jaime, algunos mauristas, desautorizados por Maura, y como todos alardean de católicos, puede decirse también que desautorizados por el Papa.

Fueran germanófilos, partidarios del militarismo, todos los que viven en el pecado del liberalismo, y soñaran, como ellos, en conquistas en África y en Portugal y otras, y que la enseña de la patria tuviera que pisar charcos de sangre, y no habría que extrañarlo. ¡Pero que lo sean, particularmente, aquellos que aseguran estar con el Papa, que por su condición están más obligados a obedecerle y, como él, levantar los brazos a Dios en demanda de paz!…

La religión cristiana y el militarismo son incompatibles. Para su defensa, no lo necesita la religión; y para la opresión de los pueblos, lo maldice.

Los aliadófilos quieren el triunfo de los aliados porque, como él,

creen ver un camino por donde, aunque lejana, pueda venir una paz duradera.

Los germanófilos quieren el triunfo de Alemania porque sus ideas, que pertenecen al pasado, solo un régimen militarista podría sostenerlas, si este imperase en Europa.

Bien sé que para que hubiese neutralidad absoluta era menester que la cabeza dejase de pensar y el corazón de sentir. Desearán todos la paz; pero con el exterminio del enemigo. Y he aquí los instintos del gorila anteponiéndose a todos los pensares y sentires. ¿Por qué? La educación torcida o falta de ella.

Si me preguntasen si creía en la eficacia de la educación para sentar la paz y la felicidad posible en el mundo, contestaba afirmativamente. Arquímedes pedía un punto de apoyo y movería el mundo, decía, para probar la eficacia de la palanca. Y yo transformaría el mundo y probaría la eficacia de la educación si me diesen curas y maestros que mereciesen este nombre. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 23 de octubre de 1915)

SOSTENGO LO DICHO

Para mi querido amigo, el ilustrado
maestro D. Ibo M. Solar[7]

He leído con gran complacencia tu bien escrito pedagógico *La guerra,* aunque parece viene así como a refutar, aunque no sea más que de soslayo, otro mío que trataba del patriotismo exagerado, enseñado y practicado — al menos hasta ahora —, causa de las desgracias presentes. Me fijé que en tu escrito, tratando del patriotismo alemán, dices: «les sirvió para cobrarse con creces y curarse a expensas de la República francesa». ¡¡Oh!!…

En la nota que al final me dedicas, dices: «Odón asentirá conmigo si le digo que pueblo sin patriotismo es un pueblo automático, que debe desaparecer».

También tú asentirás conmigo, amigo Ibo, si te digo que el patriotismo guerrero y conquistador no es tal patriotismo; porque entonces nada tendríamos que reprochar a Alemania si, en uso de su patriotismo, trata de anexionarse a Bélgica, a lo que esta se opondrá también por patriotismo; y, según eso, patriotismo será el grito de guerra en el mundo, en unos para conquistar y en otros para oponerse a la conquista.

No, amigo Ibo; para que un pueblo sea grande y feliz, no necesita de grandes extensiones territoriales. La extensión de las naciones de-

---

[7] Ibo era maestro de Cangas de Tineo. Director y redactor de *El Narcea* en su 1.ª etapa, fue demandado por M. Flórez de Uría (ver la sentencia en *El Narcea* del 1 de septiembre de 1909). Odón lo consideraba su amigo, y así lo dice en numerosas ocasiones; incluso le dedica alguno de sus artículos como este del 4 de diciembre de 1915, o el de «Las flores», publicado en *El Distrito Cangués* de 27 de mayo de 1916».

biera señalarla la Geografía Física. ¿Te atreverías a probarme que son más felices los súbditos del Kaiser que los del Príncipe de Mónaco, o los del Zar que los ciudadanos de Andorra? ¿Eran más felices los españoles de Carlos I y Felipe II que los de hoy? Tú, que tan bien conoces la historia, sabes que nunca hubo más hambre en España que en aquellos tiempos en que no se ponía el sol en nuestros dominios, porque queríamos sujetar pueblos que no podían ser de España, ni debían serlo, por su situación geográfica, por su lengua y por su raza.

Grande es todo pueblo que tenga sus campos bien cultivados, ocupados todos los brazos, instruidas todas las cabezas y educados bien todos los corazones. En la agricultura, la industria, el comercio y las artes está el ancho campo para el desarrollo de la ciencia. Los hombres que así entiendan el patriotismo son los mejores patriotas. ¡La paz y el progreso en todo lo que proteja y prolongue la vida!

Ya recordarás que decía necesitaba curas y maestros para establecer la paz en el mundo. No se alarmen nuestros curas y maestros actuales. Me refiero al mundo en todos los tiempos. Todos los curas —y entiendo por cura lo mismo a Pedro el Ermitaño que al Abad de Claraval—, pastores, popes, rabinos, santones y brahamas, todos han predicado el odio y las guerras santas.

Y no es que todas las religiones no tengan en sus cimientos principios de paz y de amor. Moisés decía al pueblo hebreo: «No mates, no robes, no mientas, honra a tu padre y a tu madre; en suma, guarda la Ley de Dios». Zoroastro decía a los antiguos persas: «Cubrid la tierra de vegetación y animales útiles, y haréis la obra que más agrada al Creador, porque enriquecéis y embellecéis la suya». Los católicos podemos aceptar sin reparo la mayor parte de las máximas de Confucio. Mahoma también decía a los suyos: «La piedad no consiste solo en volver la cara de Oriente a Occidente, ni postrarse en tierra a la voz del muecín; piadoso es el que socorre al pobre, recoge al peregrino y redime al cautivo». Y nuestro divino maestro Jesús lo abarca todo en

el precepto más grande de su doctrina: «Amaos los unos a los otros, como hijos de un mismo padre».

¿Por qué con tan hermosa moral en todas las religiones el mundo se halla hoy en guerra? Porque en todos los púlpitos se predicó más religión que moral, y en todas las escuelas se enseñó menos moral que patriotismo.

El día que en las escuelas y en las iglesias no se hable más que de paz y amor, habrán concluido todos los Kaiseres, los Zares y todos los Césares, con sus sueños guerreros de conquista. ¿Estás conforme, amigo Ibo? Creo que sí. Te quiere siempre. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 4 de diciembre de 1915)

LA AGRICULTURA

> La gloria de mejorar y reformar la agricultura del país, no cede a ninguna otra gloria. — Bujead

La agricultura es el arte más antiguo, el que debiera ocupar mayor número de brazos, porque es el que constituye la riqueza de las naciones, el bienestar de los individuos, y fue muchas veces el encanto de los insignes guerreros, el reposo de eminentes políticos y sabios distinguidos, en cuyos ejercicios encontraron digno remate a sus anteriores trabajos, en los que en ninguno como en el cultivo de la tierra pudieron ennoblecerse y elevarse tanto como cuando se vieron participar del poder creador de Dios. En los siglos pasados los alquimistas han empleado muchos esfuerzos para buscar la piedra filosofal; pero hoy está en la conciencia de todos que la piedra filosofal solo puede hallarse en la agricultura.

Y, a pesar de la antigüedad de su nobleza, lo provechoso de su grandeza y lo indispensable de su existencia, la agricultura en nuestra España agoniza; los brazos huyen de ella, y tenemos un 48 por 100, casi la mitad del territorio, sin cultivo. Y en pocas partes se habrá escrito tanto de agricultura como en España. Desde Lucio Julio Columela hasta hoy, contamos con nutrida biblioteca *de re rustica*, y, en todos los tiempos, con un lujo de teorizantes agrícolas, que no sirvieron más que de testigos de nuestro decaimiento y del espantoso atraso en que vegetó siempre nuestra agricultura.

¿Y por qué?

Porque los gobiernos no utilizaron nunca aquellos escritos, aque-

llos consejos, que caían en manos de los hombres como cae una semilla en campo estéril. Hoy mismo, aún no se explica que a la vista de nuestra decadencia agrícola la incuria de los gobiernos no haga nada por desbravar y civilizar a los hijos del campo en todo aquello que tienda a capacitarlos para comprender lo rutinario de su labranza y de su cultivo de la tierra.

La educación agrícola ha de ser obra de la instrucción primaria. Pero casi nada se consigue haciendo que el niño lea manuales de agricultura ni aprendiendo de memoria cartillas, como viene ocurriendo hace tantos años.

No basta dar al niño instrucción agrícola; es preciso que se complazca en practicarla, despertándole el entusiasmo por la naturaleza, haciéndole sentir la poesía del campo, fomentándole el amor al suelo natal y el gusto a los trabajos de la agricultura y de las industrias que de ella se derivan, poderosos lazos que atan fuertemente al individuo con la familia y la familia con el terruño.

¿Qué se necesita para ello?

Que cada escuela tenga una huerta a donde se lleve al niño a poner en práctica aquello que le enseñan los libros y aprende en las cartillas, que de nada le sirve si se cree que la misión de la escuela está cumplida con hacerle solo sostenerlo en la memoria.

No se trata de que el maestro forme verdaderos y completos agricultores; pero sí de que en las localidades cuyo interés general es el agrícola el niño salga de la escuela despegado de la rutina, con el espíritu abierto a la reforma, con amor a todas las cosas del campo y el gusto de todos sus trabajos, al mismo tiempo que con aquellas nociones de agricultura científica al alcance de las necesidades del siglo en que vivimos.

España es un país esencialmente agrícola; pero puede decirse que la potencia productiva del suelo español jamás ha sido puesta a prueba. Cuanto más creíamos ir progresando veíamos huir de la tierra

los brazos que debían cultivarla, porque de nuestras escuelas no salían más que cabezas calientes que se creían capacitadas para asaltar la suerte con poco trabajo, y corrieron a América en busca del vellocino de oro de mágicas leyendas, abandonando los campos de su patria, de los que nada se les dijera ni enseñara. Las imaginaciones infantiles las pasearon por los campos de la historia; por entre las estrellas; desmenuzaban la gramática e interpretaban la Biblia, todo en el encierro de la escuela. Pero no se le enseñaba a mejorar el árbol malo con el injerto, ni que podía obtenerse trigo de la tierra que produce espinos, ni que había otros abonos más que los malos y pesados que con perjuicio de la salud muchas veces se confeccionan en las cuadras y corrales; ni se le enseñó los que corresponden a cada fruto, ni la clase de trabajo, ni los modos, ni los tiempos más favorables de sementera. Nada de esto sabía al salir de la escuela, y, en cambio, sabía que hay un pez que se llama pez espada, y sabía mejor las patas que tiene una araña que los dientes que precisa un garabato.

Hay que inculcar en el niño el amor al árbol, para que la generación que nos suceda remedie el mal que está causando la generación presente, que corta sin piedad, sin acordarse de plantar, como desgraciadamente lo estamos mirando impasibles en nuestro concejo de Cangas de Tineo. Hay que acometer con brío la repoblación forestal, para que además de la riqueza y hermosura selvática, produzca sobre nuestro suelo una abundante evaporación que menudee y regule las lluvias que han de fertilizar la tierra.

Para todo esto organícese en nuestras escuelas la Fiesta del Árbol; compártase el tiempo de encierro en la escuela con excursiones al campo, si la escuela, como debiera tener, no tiene un campo propio. Y en las escuelas rurales, sea la enseñanza agrícola el eje alrededor del cual giren, para auxiliarla, todos los otros conocimientos. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 22 de enero de 1916)

ESPAÑA, CON LA GUERRA O SIN ELLA

Es aterrador ver en nuestros mercados la escasez de los artículos de primera necesidad para la vida, y los precios elevadísimos que alcanzaron, haciéndola imposible para lo que se llama el cuarto estado de la sociedad. El conflicto obrero será bien pronto lo que fue para Europa el crimen de Sarajevo. ¡No se puede vivir! ¿Es la guerra actual la causa del malestar que sufrimos? Pudo agravarlo y adelantarlo algo; pero aun sin la guerra hubiéramos llegado, sin tardar mucho más, al estado miserable en que vivimos, por la escasez y carestía de lo indispensable para la vida.

Pensemos cuerdamente.

El noventa por ciento de nuestros emigrantes que en número desconsolador para España abandonó su patria, eran hijos del campo. El noventa por ciento de la clase obrera cuyo número congestiona las ciudades, son también refugiados que huyeron de la tierra. Unos y otros rompieron el arado, cuyos pedazos se ven hoy por entre las malezas del campo yermo.

¿Por qué se abandona así el campo más fértil del mundo, por cuya posesión lucharon tantas razas? Repito que pensemos cuerdamente, y hallaremos la causa.

Calle por un momento el obrero, cuyo malestar exterioriza por las calles de las poblaciones, en huelgas imponentes, y oiga, si ya no lo sabe, el malestar del agricultor, que acaso no tardará en seguirle en su organización y procedimientos de protesta contra los explotadores y otros que pudiendo remediar sus males, que son los de la nación entera, lo tienen sumido en el abandono y entre las garras del feudalismo, que le oprime poco menos que en los tiempos de la Edad Media.

El arriendo, el foro, enfiteusis, latifundios, rebasa morta, etc., etc., son restos de la oscuridad de otros tiempos, inaceptables para el hombre de hoy. En esas condiciones no quiere la tierra; la abandona. Un hombre lleva una hacienda, propiedad de un señor que tuvo en otros tiempos un castillo roquero que dominaba aquella y otras aldeas; hoy vive en Madrid, y claro está que renunció ya al derecho de fustigarle la espalda en sus ratos de mal humor, y renuncia también hasta al derecho de pernada; pero es el dueño de cuanto se cultiva en aquella y otras aldeas. Los hijos del cultivador, que nada han de heredar de sus padres, ni han de sacar otra cosa de aquella hacienda más que trabajar mucho para malcomer, peor vestir y pagar la renta al señor, abandonan aquella situación, y, con ella, a sus padres ancianos, si los tienen, y a sus hermanos pequeños, y huyen a otras tierras, ansiosos de libertad y de justicia. Trabajar para el señor, no. Si llega a constituir un hogar, quiere trabajar para sí, y para dejar algo a sus hijos. Hay otra clase de agricultores que son los pecheros de estos tiempos, que, ya por foro, o por enfiteusis, o por censo de cualquier otro nombre, tienen que dar una participación de su trabajo en la cosecha, aun cuando esta sea nula, aun cuando un mal año, un pedrisco o una arroyada se lo lleve todo; una parte que no guarda proporción alguna con lo que se recoge; tan odiosa como el diezmo, pues este subía o bajaba según aumentaba o disminuía la recolección anual. Tampoco en estas condiciones se puede cultivar la tierra; y los hombres de hoy dejan el campo y prefieren ser obreros en la ciudad, en donde su jornal cae libre al bolsillo, sin que pague pecho a ningún señor, ni contribuciones al Estado.

Sería interminable si siguiese exponiendo la desgraciada situación del agricultor y las diferentes cargas que esclavizan la tierra española. No es mi ánimo hoy demostrar lo injusto de estas cargas y propiedades, porque ya he dicho algo en otras ocasiones y estoy siempre dispuesto a probarlo. Mi objeto es probar que con la guerra y sin ella habíamos de sufrir la escasez y la carestía; porque no se cultiva, y nues-

tro suelo no produce lo necesario; porque los brazos fuertes huyen del campo, unos a engrosar la falange obrera y otros huyen de España; porque España es la tierra de los foros, en Galicia, Asturias y León; de los latifundios, en Andalucía; de la «rabasa morta», en Cataluña; del trabajo por arrendamiento, en todas partes, de las grandes propiedades acumuladas por los grandes señores, cuyos títulos son tan oscuros como la justicia de los tiempos que los engendraron. La tierra está aprisionada en España por manos que no la cultivan, y nadie quiere compartir con ella la esclavitud, ni reconocer el pecho, que debiera desaparecer.

Cuando la barbarie europea termine, principiará para nosotros a agravarse el mal. La emigración correrá más abundante a reemplazar las víctimas, para reconstruir lo que la barbarie arrasó. Y nuestros gobiernos, como siempre, nada harán para contenerla, y marcharán los sin patria —que son los más en España—, porque nada poseen en ella.

Mientras la tierra sea esclava y el que la cultiva no sea dueño de lo que trabaja, España caminará a la despoblación, su suelo a la incultura y sus pocos habitantes a la miseria.

Si este mi tosco trabajo, dictado por la verdad sentida y palpada, llega a manos de los que sufren, han de decir que he puesto el dedo en la llaga. Si lo leyese algún político de esos que nos gobiernan, dirá —aunque muy bajito para que nadie se lo oiga— que acaso tenga razón. Pero si llega a manos de los señores de rentas, alargarán cuanto puedan su hocico vampireo para llamarme ¡¡DEMAGOOOGO!! – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 12 de febrero de 1916)

SAN LUIS DEL MONTE (I)

LA CAPILLA ABANDONADA POR FUGA O SECUESTRO DE SUS MORADORES

La sierra de Prada es la que forma en parte y divide las cuencas que formaron las aguas del Narcea y Luiña. Desde el Cascarín, de Cangas, en que empieza a subirse, hasta Gillón, hay un camino por la misma cumbre, el más transitable en otros tiempos, y aun hoy, mientras la nieve no lo impide. Aún se llama el Camino Real de Prada, y aún recuerdo cuando los sábados y días de feria se instalaba una taberna en el Caleyo de San Tervás.

En todo ese camino hállense las capillas de San Antonio del Pando, de San Pelayo, de San Tervás y de la Magdalena; en un cerrillo próximo a San Pelayo, la de San Cipriano, y, entre San Tervás y la Magdalena, algo más abajo de la cumbre y por la parte del Narcea, San Luis del Monte.

De las fundaciones de dichas capillas, que unas pertenecen a pueblos del río de Naviego y otras a los de Rengos, poco o nada se sabe, más que lo que la tradición conservó, tan desfigurado y aumentado acaso, que sería engañar al lector si algo como cierto se asegurase. Todo se reduce a la protección de los santos, llamados en momentos de apuro, ya contra los lobos, ya contra los ladrones, que en aquellos tiempos infestaban los montes y los caminos que los cruzaban, siendo el más peligroso el camino Real de Prada. De ahí proceden las apariciones y fundaciones.

Otros dicen y creen que perteneciendo las capillas a pueblos de las dos cuencas, fueron allí colocadas, como aun hoy se colocan cruces, para que los defiendan de una mala nube; los de Naviego, para que la haga descargar en Rengos, y los de Rengos, para que la empujen a

Naviego. Los que esto creen no deben estar en lo cierto, porque nunca se supo que entre los santos hubiese disgusto alguno por causa de las nubes, cuando por mucho menos los hay, y muy gordos, entre los de Rengos y Naviego, que a estas fiestas concurren.

Dejémoslas a todas, que nos darían motivo para emborronar muchos pliegos, y vamos a nuestro San Luis del Monte.

Tampoco llegó nada hasta mí del origen de dicho santuario, a donde desde tiempo inmemorial van a buscar alivio en la sordera muchos de estos contornos. Sábese que es una de las más antiguas del concejo. Es una capilla como todas, situada en un campo no muy llano, en una hondonada que forma una hermosa fuente, de la que me dijeron era la madre de las aguas que forman la cascada de Aguas Blancas. Hay junto a la capilla una casita de pequeñas dimensiones, a la que pomposamente llaman Casa de las Novenas, y yo creo firmemente que, por su pequeñez y distribución, no fue más que la habitación de un ermitaño, de aquellos que en otros tiempos vivían adheridos a una ermita, que con un sayal que los cubría les producía bastante para vivir.

El retiro al desierto en el cristianismo, fue como una continuación de los terapeutas del judaísmo. Entre nuestros eremitas y demás padres del Yermo, hubo muchos Santos, acaso los más; pero algunos… no fueron al Yermo a hacer penitencia, ni se arrimaron a una ermita para adorar al santo; fueron empujados por la holganza, o huyendo de la sociedad, con la que tenían cuentas que liquidar, y presentábanse de día en los poblados, pidiendo con el sayal vestido, y otras veces…

Ya no había ermitaños hacía muchos años, al menos por esta tierra, cuando el santuario de San Luis adquirió mucha celebridad por un milagro, del que nos habla el Padre Feijoo; y es que la capilla de San Luis no se abría en todo el año más que el 19 de agosto, día de su fiesta; la humedad de los inviernos y la proximidad de la fuente habían hecho salir en el interior de las paredes un musgo que apenas se advertía más que en el color verdoso, pero que producía también una

florecilla de color morado, cuya presentación tenía lugar en aquel día, a eso de las once, hora de la misa, después que el sol y el aire habían penetrado en el interior y habían alegrado aquella planta parietaria, cuya flor para abrirse estaba esperando la visita del Rey de la Creación. Las paredes, en aquel momento solemne —al alzar, según decían—, cambiaban por el morado el color verdoso, y el pueblo clamaba: ¡milagro!, ¡milagro!…

Llegaría esto a noticia del Padre Feijoo, acaso cuando estaba escribiendo su *Teatro Crítico* y en la sección del mismo que dedica a los milagros supuestos. Vino a aquí; mandó dar llana y blanquear la capilla, y se acabó el milagro.

Pero la fiesta de San Luis del Monte era una de las mejores. Tengo oído decir a más de un viejo que en aquel sitio había habido misiones por padres franciscanos. También tengo oído decir a persona de cuya veracidad no puedo dudar, que un Arvas, un Uría y un Flórez Valdés, en aquel tiempo constitucionales, fueron presos en Cangas por el jefe de una partida absolutista —un tal D. Lucas— y conducidos hasta La Muriella para fusilarlos en San Luis, y fusilados serían si en la Muriella no hubiesen burlado la vigilancia de un centinela. ¡Pobre San Luis! *(Concluirá)*. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 26 de febrero de 1916)

SAN LUIS DEL MONTE (II)

LA CAPILLA ABANDONADA POR FUGA O SECUESTRO DE SUS MORADORES

(Conclusión)

Yo nunca fuera a la fiesta de San Luis, ni había visto el sitio ni la capilla; y, aun no hace muchos años, allá me llevó la curiosidad, porque yo no soy sordo. Como mi cabalgadura —que muchos conocéis —no podía llevarme más que hasta Ventanueva, tuve allí que arrimarme a mi compañero de viaje, el cayado, y fui llegando como pude. Y después de descansar un poco y de beber agua en la fuente, di una vuelta alrededor de la capilla, y se le ocurrió a mi compañero de viaje maltratar una gran mata de ortigas que nacieran pegadas a la pared espalda que mira al monte y muy cerca de la esquina norte, y vi que por aquel sitio asomaba un arco en la pared, que acaso el corrimiento de las tierras dejaba solo al descubierto lo que era bastante para creer que allí existiera un hueco —pues para su cimentación no era necesario salvarla por sobre un arco— para una salida cubierta. ¡Ah! Entonces me asaltó un pensamiento diabólico. Miré a la sierra, por donde pasa el Camino Real de los robos; miré a la casita del Ermitaño, y me acordé de Juan Palomo y de otros de su clase, que tenían grandes amistades con algún ermitaño. Pero aquello fue como un relámpago. Maldije tal pensamiento, y entré en la capilla a pedir perdón al santo, y pedirle que pusiese ante los santos anacoretas todo mi respeto y veneración; por más que el bendito San Luis no tenía culpa maldita si algún bigardo había buscado su *modus vivendi* alrededor de su casa.

Entré, como digo, en la capilla; pero en vano busqué en ella algo que se pareciese al Santo Obispo; solo alguna figura liliputiense, con algunas otras, cuyo mérito artístico sería algo menos que las que

Hernán Cortés encontró en Cholula y por allá, y de las que en sus anales de las misiones nos envían en fotografía los misioneros. Esta clase de imágenes, que tanto abundan en nuestras capillas, que no se parecen a ningún santo ni santa, porque todos fueron hombres y mujeres, debieron ser, sin duda alguna, la causa del conflicto iconoclasta.

A pesar de todo, la fiesta era buena. Elías, Saturno y otros, vendían mucho vino y café; rosquillas, pan, frutas y otras mil cosas, se vendían también en abundancia. ¿A quién estorbaba el santo y los suyos, para separarlos de su casa? Se dice que curaba los sordos, y que nunca se metió con nadie porque con sus ganados apastase en sus términos; ni daba ni quitaba posesiones a nadie.

Yo creo que parecerán los santos, el incensario y demás, y que la fiesta de este año será una de las mejores.

¿Se habrán llevado también los secuestradores el palito que había para escarbar los oídos? Si lo llevaron, lo siento por una vecina mía, que, a fuerza de escarbar, se quedó sorda como una tapia. –Odón

(*El Distrito Cangués*, 4 de marzo de 1916)

¡LA PATRIA, EN PELIGRO!

El hambre llama a nuestras puertas y penetró ya en muchos hogares. El hambre de la mina, del taller y de la fábrica paséase en imponente manifestación por villas y ciudades, amenazando el sosiego y la paz, pidiendo pan, como si del desorden y de la huelga pudiese venir la hartura. Apena el ánimo ver en la prensa lo que ocurre en la mayor de las provincias. Los artículos de primera necesidad para la vida suben de precio, poniéndose fuera del alcance del jornal del obrero. Y suben y suben, y a cada subida, nueva petición pidiendo más jornal, nueva huelga y nuevas amenazas al orden social…

Y seguirán las carestías por las escaseces, las huelgas y las exigencias, hasta que el obrero mismo ahuyente el capital, cierre las fábricas y talleres y ciegue las minas.

¿Y después?…

Todas esas multitudes, que en su desesperación esperan hasta la carga del sable y el disparo del mauser, no producen un solo grano de pan, ni una patata, ni un garbanzo. ¡Y todos piden de comer!

El capital llegará a retraerse, y los gobiernos agotarán también los recursos para dar trabajo a tanto obrero, en aras de la paz y del sosiego, siempre amenazados.

¿Y después?…

Porque la carestía y la escasez irán en aumento. La tierra, la gran nodriza de la humanidad, va secándose.

Y vosotros, políticos de todos colores, al ver que falta el agua, ¿no se os ocurre burearla por las cañerías y ver si por alguna de ellas se filtra, o si en el ojo de la fuente hay algún impedimento que dificulte la salida? ¡¡Ciegos!!

Preguntad o buscad la filiación de todos esos obreros que amenazan pidiendo pan, y veréis que en su mayor parte han cultivado el pan, las patatas y el garbanzo, o son o fueron hijos de cultivadores. Y venid por estos campos, y los veréis yermos o mal cultivados, porque huyeron de ellos los brazos fuertes que debieran cultivarlos.

Y como la tierra no produce lo bastante, la patria continuará en peligro, sin que los torcidos recursos del momento, que nuestros gobernantes buscan, puedan alejarle de él.

Mientras la agricultura no supere, en ciencia, en fuerza y en riqueza. a todas las demás artes o industrias, como la obra de Dios sobre la obra de los hombres; mientras los gobernantes no consideren la prosperidad agrícola como la base fundamental del poder del Estado y del bienestar general; mientras el mayor número de ciudadanos no posea y cultive, como suya, alguna propiedad territorial, que, aunque corta, baste para fijarlo en su heredad, para que ame a su país, para que se estime a sí mismo, y para que tema la pérdida de los bienes que posea; mientras que la tierra no sea libre, para que vuelvan a ella una gran parte de los obreros que sobran en las villas y ciudades, amenaza constante del orden; mientras sean más los que comen que los que producen; mientras, en suma, la tierra sea esclava del señor, pechera del forista, del censualista y de tantas otras cargas que sobre ella pesan, el cultivador no la ama, no la cultiva y no la defiende como cosa suya, hasta de los elementos que la amenazan.

Y no la ama ni la cultiva, no, porque de su cultivo no saca más que trabajo, hambre y miseria.

Y el hijo del cultivador no ve en el trabajo de su casa ni pan para hoy ni esperanza para mañana.

Y por eso el padre decae, el hijo emigra, la tierra se seca y la patria perece; porque el obrero aumenta en número y en exigencias; el capital se retraerá, y las huelgas cambiarán de procedimiento y de forma.

Y mientras todo eso, la patria estará en peligro, si no sucumbe. –Odón

(*El Distrito Cangués*, 1 de abril de 1916)

JESÚS DE NAZARETH

> ¡Qué es la religión de Jesucristo? — Todo menos falacia, menos brujería, menos crueldad, menos ambición, menos encone, menos orgullo, menos comerciar con el alma del cristiano; todo, todo menos el mal.
>
> Roque Barcia

Era el año 4004 de la Creación cuando tuvo lugar el nacimiento de Jesús. Las naciones más ilustrabas y sabias, los caldeos, los egipcios, los fenicios y los romanos, alejábanse cada vez más del Dios verdadero, y todos sus adelantos no eran capaces de separarlos del camino del politeísmo, en el cual encontraron dioses que para su culto era necesario el crimen. Les forjaron historias de amores impuros, de celos crueles y otros excesos, que eran el asunto de sus bacanales, de sus fiestas y sacrificios. Pero había un pueblo en medio de las naciones occidentales de Asia que, a pesar del contagio universal del paganismo, alimentaba la esperanza de la venida del Mesías, enviado por el Dios verdadero para redimir al mundo, enseñándole el camino de la verdad. Y cuando iba ya acercándose la hora, iba también apoderándose del mundo un desasosiego contagioso, una cavilación inmensa. La misma Roma no se halló exenta de preocupaciones, y fue consultada la Sibila Cunmana; en Atenas levantábase un altar al Dios desconocido, y Virgilio, el cantor inmortal, exclamaba: «Ved al mundo que vacila bajo el peso de su bóveda; tierras y mares, todo se regocija por el siglo que va a nacer… el niño gobernará el mundo pacificado… perecerá la serpiente».

¡¡Y era que el niño había nacido!! El pueblo, que lo esperaba, había

oído a los profetas que lo anunciaran. Isaías les dijera que se llamaría Enmanuel; Jeremías le dio el nombre celestial de Jehová; Malaquías habló de él y de su precursor; Miqueas designó el lugar de su nacimiento; Isaías predijo que empezaría su predicación en los confines de la tierra de Zabulón y Neftalí, del otro lado del Jordán y en la Galilea; David precisa hasta la forma parabólica de sus discursos, y Zacarías, su entrada humildemente triunfal y su venta por las treinta monedas. Todas las circunstancias del gran sacrificio estaban anunciadas muchos siglos antes de su cumplimiento: la falsedad de los testigos, la flagelación, la crucifixión, la lanzada que había de abrir su costado, el sorteo de sus vestiduras, etc., etc.

Y llegó por fin la hora: el niño anunciado por los profetas tenía ya treinta años, que había pasado en su mayor parte arrancando virutas a los trozos del cedro y el sicómoro, en el taller del carpintero José, a quien también llamaba padre. Empieza a predicar su doctrina, reuniendo en ella las verdades diseminadas por todo el género humano; predica con la palabra y el ejemplo, y tiene enseñanzas para las ciudades y para el campo, para los ignorantes y para los doctores, para los ricos y para los pobres. Llamaba a sí, para consolarlos, a todos los abatidos y a todos los que sufrían. Con su moral, enteramente de amor, enseñaba a los hombres a amarse los unos a los otros, como hermanos, hijos de un mismo padre; principio fundamental de la liberación del hombre, porque la libertad, la igualdad y la fraternidad fueron después por el Apostolado predicadas en nombre de Jesús Crucificado. Después que esparció su luz por espacio de tres años, obrando prodigios a la vista del pueblo, que oyó su voz mandando a los muertos levantarse, hablar a los mudos, ver a los ciegos, andar a los cojos, ahuyentar a los demonios y al mar calmar sus borrascas, prepárase a morir vendido por Judas, negado por Pedro y abandonado por todos; pero le consuela el noble arrepentimiento de Pedro y las lágrimas de

la Magdalena, y contaba con el corazón de todos aquellos a quienes llamara bienaventurados en el Sermón de la Montaña.

La obra de la Redención juntó en sí todo lo más grande que podía haber en el cielo y en la tierra. Del cielo, la sangre de un Dios hecho hombre; y de la tierra, las lágrimas de una Madre, con las que iba ungiendo la tierra que pisaba Aquel que cargaba con la cruz. ¡¡Mater Dolorosa!!

Llega por fin al Gólgota, cuya cima estaba esperando el cumplimiento de la última profecía. Hasta la calavera de Adán, piadosamente depositada por Melquisedes en la peña que había de sostener la cruz, esperaba que la sangre del justo viniese a lavar la mancha del primer pecador. Y cuando «todo está consumado», la naturaleza se turba, asociándose a los sufrimientos de su Rey; una mano secreta desgarra el veto del templo; quiébranse las lápidas de los sepulcros; el sol, por no alumbrar tal crimen, cubre su faz con velo fúnebre; agriétanse las peñas, y por una de aquellas grietas corre la sangre, depositada en el agujero que sostenía la cruz, a lavar la calavera de Adán.

Después… las puertas del cielo se abrieron para Adán y sus descendientes. Jesús, muriendo, ha triunfado de la muerte, porque dejó abiertas las puertas de la vida eterna.

…..

La religión cristiana da dulces esperanzas a la virtud, grandes inquietudes al vicio, eficaces consuelos al arrepentimiento, y nos inspira amor, dulzura y piedad para nuestros semejantes. ¡Pero…!

En los desgraciados tiempos que corremos, y al cabo de mil novecientos diez y seis años, el Justo y sus doctrinas no caben todavía dentro de este orden social, fundado sobre la iniquidad, en el que todo contribuye a que los bienaventurados del sermón de la montaña

vayan en aumento. Sin piedad se explota al pobre y se le esclaviza; existe el señor, acaparador de la tierra, que despoja a muchos de la legítima herencia que les corresponde como hijos de Dios; el sable, que amenaza a los de abajo, protege la soberbia y el despilfarro da los de arriba; y, como si todo esto fuese poco, parece que el mundo se revuelve contra Dios: cada tiro que la barbarie europea dispara para quitar una vida, es el amago de un bofetón contra el autor de ella. Y con esta civilización que llaman moderna, mezclada con restos de los malditos tiempos de las castas, el explotador, el señor, y el sable que los protege, crucifican en espíritu, cada hora y cada momento, al amigo del pobre, del humilde y del que padece, a nuestro Redentor Jesús de Nazareth. – Odón.

(*El Distrito Cangués*, 22 de abril de 1916)

LAS FLORES

Para mi querido amigo y compañero Ibo M. Solar.

La vida del campo, con sus frutos, sus plantas y sus flores, mitiga la violencia del carácter, calma las pasiones, inspira ideas buenas, y nos acerca o nos llama hacia Dios por medio de la contemplación habitual de la naturaleza[1]. La inclinación al campo o al cultivo de alguna planta es natural en las almas tiernas, y estas podemos buscarlas y encontrarlas, seguramente, aun en las ciudades, en toda casa que la rodee un jardín, o en la que en sus balcones o ventanas aparezca lozana una planta; que en la hermosura de las flores nos enseña la del corazón de quien la riega y la cuida. El gran Cervantes, tan apasionado de los árboles y de las flores, decía: «Donde hay flores, que cuidan los dueños de la casa, no como objetos de lujo, sino como objetos de afección, allí hay corazones a los cuales escalan fácilmente las alegrías y las tristezas de los demás seres humanos».

Yo creo, amigo Ibo, que si el maestro es el llamado a formar el corazón del niño con inclinaciones siempre al bien, ningún auxiliar más eficaz puede encontrar que en el cultivo de las flores.

Creo firmemente hasta en la desaparición de las guerras, de las tiranías, de las crueldades y demás instintos animales del hombre si los futuros zares, kaiseres y reyes fuesen educados en sus jardines.

Y tan arraigada tengo esta creencia, que si la desgracia me llevase un día a países para mí desconocidos, y la necesidad me obligase a tener que llamar en alguna puerta, buscaría la de la casa que tuviese

---

[1] De nuevo vemos cómo su amor por la naturaleza nos lo presenta como un verdadero místico.

claveles u otras flores en sus ventanas o balcones, para llamar seguro de encontrar en ella gentes en cuyo corazón viviría la ternura.

Y si hoy cualquiera me preguntase de qué modo puede presentarse la mujer para aparecer más interesante y más hermosa, contestaría sin vacilar: «regando un tiesto». – Odón

(*El Distrito Cangués*, 27 de Mayo de 1916)

LA VOZ DE CANGAS

Es este un periódico bisemanal que aparece en julio de 1916, y que se publica el segundo y cuarto sábado de cada mes en Cangas de Tineo (hoy, Cangas del Narcea). Consta de cuatro páginas con un formato de 32 × 44 cm, y con texto a 4 columnas. Se imprime en La Imprenta Moderna, cuyo propietario y administrador era Santiago García del Valle. Gumersindo Díaz Morodo (Borí), director de *El Distrito Cangués*, dice de esta revista:

> *La Voz de Cangas* la publicaba el alcalde para combatirme sin que se diese de alta en la contribución

El alcalde al que se refiere Borí es el que cerró *El Distrito Cangués,* José M.ª Díaz López «Penedela».

J. J. Morodo[2] decía en 1980 que solo se conservaba un número de esta revista quincenal. Yo he podido recuperar después otras cuatro ejemplares.

---

[2] J. J. Morodo. «Apuntes para una Historia de la Prensa Canguesa». Revista *Entrambasaguas*, n.º 2, 1980, Cangas del Narcea.

LA NEUTRALIDAD

Circula un periódico[3] por estas aldeas, que, aunque no tiene más que un suscriptor en cada parroquia, ¡y basta!, es el que pone al corriente a nuestros aldeanos en los asuntos de la guerra, por el afán del suscriptor en calentarles la cabeza, y aunque de una manera insidiosa, prepararlos para los acontecimientos que el periódico profetiza.

Quien sea el periódico, y los suscriptores, ya lo adivinaréis; y cansado de oír cosas que me exasperan, mentiras que no trago, apreciaciones y deduciones que me ofenden, he de hacer un poco de historia, para que mis compañeros de aldea sepan a qué atenerse, y no traguen el anzuelo germano-jaimista, que con colores españoles, les echan como cebo.

Apenas rotas las hostilidades, el periódico a que me refiero, muy defensor de la religión católica por cierto, se declaró germanófilo: y al ver que el amigo de Lutero, con una preparación de cuarenta años, caía como una tromba sobre la católica Bélgica y sobre nuestra vecina, la también católica Francia, desbordó el entusiasmo por todas las columnas del defensor de la religión católica, y sus suscriptores, defensores también de la religión y del «progreso», juntaron el ruido de su palmoteo al de los cañonazos que destruían la catedral de Reims y la Universidad de Lovaina.

Y al amigo de Lutero juntáronse también el jefe del Islam, y los defensores de la religión católica redoblando el palmoteo.

Y entonces oía yo a muchos suscriptores del periódico católico decir: «España sería un auxiliar poderoso para Alemania si nuestro ejército pasase los Pirineos, y cogiéndola entre dos fuegos, sería la

[3] Se refiere aquí Odón a *El Distrito Cangués.*

ocasión de acabar con la Francia de las Combes, de Briand y de Valde-Ruseau; sin acordarse que, en su mayor parte sigue siendo la Francia de Carlomagno, de S. Luis y de Lourdes».

Pero ni los cantos del Gran Ruiseñor, ni la propaganda del periódico, ni las alharacas de los suscriptores, pudieron torcer las simpatías de la gran mayoría del pueblo, que corrían hacia Francia, impulsadas por la religión, por la vecindad, por la raza, por la razón y el derecho.

Y como todo en este mundo «cambea», cambió también el aspecto de las cosas; porque Alemania no esperaba lo de Italia, lo del Japón, lo del Marne, las caricias yankis, lo de Portugal, lo de Rumanía y acaso Grecia; Italia triunfa en Goritzia, y los turcos van, como suele decirse, de capa caída, y el amigo de Lutero ve que el mundo se viene encima.

Y los un día partidarios de la intervención en favor de Alemania, visto el ningún caso que de ellos hizo la gran mayoría del pueblo español, porque de sus propagandas resultaron efectos contrarios, y con motivo de la Nota de Francia a los neutrales y a España, no solamente hoy aconsejan la neutralidad, sino que amenazan con revoluciones y guerras civiles, caso de que se rompiera, por donde a ellos no les conviene. España no quiere la guerra; ¡no irá a la guerra!

Los que sentimos afecto por los aliados, nunca pensamos que nuestro ejército podía pasar por los Pirineos para ayudar a Francia, como los otros querían que pasase para cogerla entre dos fuegos.

No; para los aliados, nuestras simpatías y un bocado de pan si podemos quitárnoslo de la boca; pero la sangre española que no se vierta más que en defensa de la integridad o la libertad de España. Más neutralidad no puede pedirse; porque sería tanto como pedir que la cabeza dejase de pensar y el corazón de sentir.

Tenemos la seguridad de la neutralidad, porque odiamos la guerra. Pero si las circunstancias nos empujasen a ella; si nuestros intereses la exigen, y si nuestro honor la demanda, ¿por qué no? Obligación

tenemos de seguir con España, a donde quiera que vaya; con la suerte y con la desgracia; con el acierto y con los errores.

En todas las guerras del mundo casi siempre el vencido se equivocó, porque de saberlo, haría todo lo posible y llegaría al límite de todas las transacciones por evitar la guerra; y este error ha de pesar forzosamente sobre algunos de la actual contienda; pero en ninguna parte se habla de revoluciones ni guerras civiles; sufren el peso de la guerra y sufrirán el error de la derrota, con la dignidad y la firmeza que inspira el santo amor a la patria.

Y cuando oigo o leo la palabra revolución o guerra civil, cuando España pueda estar comprometida, aun por desacierto, creo que no habrá un español capaz de poner dificultades a la acción de la patria, más que aquellos que cuando nuestro honor estaba comprometido en África prepararon lo de S. Carlos de la Rápita, cuya deslealtad costó la vida al general Ortega.

¡No queremos guerra! Pero si el destino a ella nos lleva aun valiéndose del desacierto, ¡viva España! Y si de ella saliese vencida, ¡viva España! Y si vencedora, ¡viva España! Pero, en cualquiera de los casos hablar de revoluciones y guerras civiles solo se les ocurre a los que han ensangrentado ya muchas veces el suelo de la patria.

A un amigo mío, que decía era tan español como yo, se le ocurrió decirme un día que si España intervenía en favor de los aliados, la guerra civil jaimista sería un hecho, en el que tomaría parte — Quien así piensa, ni es mi compatriota, ni puede ser mi amigo. No tuve más que decirle. Si vamos a la guerra, será un error gravísimo; pero si mientras nuestro ejército cumple donde quiera que sea los mandatos de la patria, los que promueven, dentro de la casa, algaradas, revoluciones o guerras civiles cometerán el mayor de los crímenes. – Odón.

(*La Voz de Cangas*. Aparecido en la 1.ª mitad de octubre)

¡POLONIA!

Apenas el ángel exterminador principió a batir sus alas sobre la desgraciada Europa, todos presentimos un desgarramiento en el mapa de la Geografía política, y creíamos ver hundirse unos estados y levantarse otros, sufriendo sangrientas y dolorosas amputaciones algunos, mientras que otros tratarían de engañarse a sí mismos, cubriendo en vano las heridas y miseria con pedazos de tela arrancados al enemigo, sin que al fin se pueda saber el porqué de la guerra más encarnizada e injustificada que registra el mundo en su historia.

Y los presentimientos de todos principian a cumplirse: desaparecieron unas en todo y otras en su mayor parte, Serbia, Montenegro, Bélgica y siguen otras el mismo camino, sucumbiendo con ellas, la riqueza, las vidas, y el arte en sus mejores manifestaciones.

Y tras esas desapariciones, aparece como salido de un sepulcro, el fantasma de la en otro tiempo grande, guerrera y heroica Polonia. La Polonia de 1772 en que sufrió el primer reparto entre la Prusia, Austria y Rusia, no es la que resucita ahora; entonces comprendía la Curlandia, la Semigalia, toda la Lithuania, la Podolia, la Galitzia y la mayor parte de los pueblos que forman hoy lo que se llama Prusia oriental.

La Polonia fue fundada por Leck hacia el año 330 en las llanas márgenes del Vístula, siendo gobernada en sus primeros tiempos, por los XII palatinos, los que por las discordias suscitadas entre ellos, obligaron al pueblo a poner el gobierno en manos de uno solo, y fue elegido Craco, fundador de Cracovia, que la hizo su capital. Hacia el 980, Micislao I abrazó la religión cristiana por consejo de su esposa, hija del Duque de Bohemia; hasta aquí, el Soberano de Polonia se titulaba Duque.

Su primer rey lo fue Boleslao I, que incorporó a Polonia la Bohemia y la Moravia.

Los que en el trono le sucedieron, fueron grandes guerreros unos, como Boleslao, Boca Torcida, que luchó tenazmente contra los rusos, y viéndose una vez estrechado por ellos con fuerzas muy superiores, y viendo que el ala derecha de su ejército flaqueaba, por la huida del palatino de Cracovia que la mandaba, al día siguiente le mandó de regalo, una piel de liebre, una rueca y un huso. El palatino se suicidó de vergüenza y aquella pérdida costó la vida, por sentimiento, a Boleslao. Fue también un gran rey, Casimiro el Pacífico; Ladislao IV, que destrozó en una ocasión todos los dominios que pertenecían a los Caballeros de la Orden Teutónica; Casimiro el Grande, Juan Sobieski y otros muchos, que hicieron de Polonia un estado grande como muro de contención de las ambiciones de Moscovia, de los teutones y de otros a quienes hacía sombra la fortaleza de Polonia. Y llegó un día, en que puestos de acuerdo Prusia, Austria y Rusia, principiaron a minar la integridad del pueblo de Juan Sobieski; en tiempo de Estanislao Augusto IV, principiando por debilitar todo cuanto pudiera despertar el espíritu nacional de los polacos, fomentando entre ellos desórdenes y discordias; y una lucha terrible debilitó a Polonia por espacio de cinco años; lucha que algunas plumas verdes la llamaron del fanatismo contra las luces. Y mientras esto ocurría en Polonia, en donde la influencia y el oro de las tres potencias armaba brazos fraticidas, preparábanse estas para realizar el primer reparto, gracias a la anarquía que ellas mismas preparaban y sostenían para favorecer sus ambiciones. Y en el 1772 entre Prusia, Austria y Rusia, se repartieron una parte de Polonia, a pesar de un partido nacional que hizo los esfuerzos posibles por defender la religión católica y la independencia, según proclamara en la célebre acta de Bar.

Y siguieron los gabinetes de las potencias despojadoras atizando el malestar interior de Polonia con la intención del segundo reparto;

conocidas las intenciones por un polaco ilustre, el inmortal Kociusko, se prepara a la defensa de su patria, poniéndose al frente de las fuerzas sanas de Polonia, y se cubre de gloria en dos batallas; pero le fue forzoso ceder, porque el cobarde Estanislao, consintió en aquel convenio disfrazado por el que Prusia entró en posesión del resto de la Polonia grande; Austria, de la Polonia pequeña, y Rusia adelantó sus fronteras hasta el centro de la Lithuania y de la Valkyria. Las potencias despojadoras, garantizaron por segunda vez la integridad del territorio que dejaban a Polonia; tal garantía era para conservarlo en espera de la tercera y última partición. Esto fue en 1793. El engrandecimiento de los raptores de Polonia, inspiraba inquietudes al resto de Europa; y alentado por Francia vuelve el heroico Kosciusko a ponerse al frente de los polacos y gana brillantes victorias a los rusos; mas cuando los perseguía, sin declaración de guerra alguna, fue alevosamente atacado por los prusianos con fuerzas muy superiores, y se vio precisado a retirarse a Varsovia, haciendo levantar el sitio que le habían puesto, fuerzas contra él coaligadas para cortarle la retirada. Austria puso también en marcha contra Kosciusko sus ejércitos, y del fondo de la Ukrania, sale Subarof con un poderoso ejército a sostener a los moscovitas, y la batalla de Macicovice, el 10 de Octubre de 1714, fue la última de Polonia, en la que Kosciusko, gravemente herido, cae prisionero y entrega su espada diciendo: *Fines Polonia.*

Todavía Francia, por el tratado de Tilsit, volvió a colocar, en 1807, en el número de las naciones, a más de dos millones de polacos, pero el triunfo de los aliados contra Francia en 1912 destruyó todas las esperanzas del nuevo reino de Polonia, como así sucedió. ¡Todavía! El 29 de Nnoviembre de 1830, brilló sobre los muros de Varsovia el fuego de la libertad; y aquel Duque Constantino, sorprendido en medio de la efervescencia popular, a pesar de tanto como tenía por qué quejarse de él, aquel pueblo noble decía: que confiaba su seguridad a la generosidad de los polacos. ¡Siempre heroica, noble y generosa la

infortunada Polonia! Aun luchó diez meses contra todo el poder de los rusos auxiliados por sus cómplices, todos los que sufrieron brillantes hechos de armas de los polacos e inmortalizando en los fastos de Polonia, la terrible batalla de Grochov, como la toma de Varsovia, el 8 de Septiembre de 1831, por los rusos, después de la cual, el general asesino mandó a Rusia aquel parte, expresión del más grande de los crímenes «¡La paz reina en Varsovia! ¡La paz de los sepulcros!». Y aquella parte de Polonia, último resto de un gran pueblo, fue incorporada a Rusia por un ukase imperial.

Esta es, amigo lector, contada a grandes rasgos, la historia del pueblo heroico, cuya aparición se prepara, mucho menos segura, que la que le hizo aparecer en 1807 por el tratado de Tilsit. ¡Pobre pueblo digno de mejor suerte! Y es que los imperios centrales, nunca pensaron en reconocer personalidad propia a aquellos pueblos, con cuyos despojos se engrandecieron. Dos circunstancias y la necesidad, hicieron que Alemania y Austria, proclamasen hoy la independencia de la parte que en el robo correspondió a Rusia, porque acarician la idea de reunir a sus ejércitos otro ejército polaco que con su legendaria bravura se mate por los centrales creyendo que se mata por la independencia de Polonia. Pero a la Galitzia y toda la Polonia austriaca no se le da más que la autonomía, y a la prusiana ni aun eso. Y aun a la rusa, no se le concede libertad para elegir un Rey entre algún noble polaco, descendiente acaso de sus gloriosos y antiguos reyes, o constituirse con el régimen que les acomode. ¡Se le impone un soberano; pobre pueblo!

Si mi débil voz pudiera ser oída de todos los polacos que viven en girones arrancados a la fuerza, desde el primero hasta el tercer reparto, les diría: «¡Hijos de los Boleslao, Casimiro, Ladislao y Lobieski! Ahora tenéis la ocasión. No vertáis vuestra sangre generosa por ninguno de aquellos que se repartieron vuestro hogar nacional. No os conforméis con la mentida independencia de la Polonia rusa. Es necesario que aparezca la Polonia fuerte, reuniendo todo lo que robaron por tres

veces, Rusia, Prusia y Austria, para que podáis contener la ambición de esos tres imperios, que a vuestra costa medraron, y con su medro perturbaron a Europa. Es necesario volváis a ser la Polonia triunfadora de Moscovia, de los teutónicos y de los turcos. Los neutrales así lo quieren y Kosciusko os lo manda. Que en Alemania, Austria y Rusia, se deje oír la voz polaca gritando ¡¡arriba la Polonia entera!! Francia será para vosotros lo que fue siempre y a vuestro lado están todos los que conociendo vuestra historia, os admiran y compadecen». – Odón Meléndez de Arvas.

(*La Voz de Cangas*, 16 de diciembre de 1916)

ALEMANIA

En el conflicto actual, Alemania se está haciendo tristemente célebre por sus procedimientos de devastación, por sus atropellos y por su crueldad, poniendo toda su ciencia en el arte de la guerra, a las órdenes de la barbarie y del salvajismo.

Aunque el odio, no solo de los que contra ella luchan, sino también del resto del mundo que, sin batirse, sufre las consecuencias, parece que se le viene encima; agentes bien pagados y algún periódico bien subvencionado sostienen en todas partes la causa alemana y consiguen, contra el sentir de los más, que aun en nuestra España haya quien se llame germanófilo. No hay, ni en la aldea más remota, ni en el rincón más oculto y apartado, en donde los alemanes y sus hechos no preocupen hasta las inteligencias más oscuras, en las que a veces se forman conceptos fantásticos sobre la extensión del imperio, la grandiosidad de sus ejércitos y marina, lo diabólico de sus inventos, el valor sobrehumano de sus soldados, y a la cabeza de ellos, un Kaiser, cuya talla, que miran con los ojos de espanto, la ven nada inferior a la del coloso de Rodas.

Alemania es un pueblo como otro. Y para desvanecer aquellos errores, de los que participan muchos aldeanos lectores de *La Voz de Cangas*, he creído oportuno decirles algo de lo que es y fue el imperio alemán, que es con su Jefe actual, Guillermo II de Hohenzollern, figura de triste celebridad, pasarán a la historia para que las generaciones futuras se horroricen cuando lean en la historia del mundo la guerra actual que, llamándose europea, amenaza envolver al mundo.

La Alemania de hoy es una reunión de estados que forman lo que más propiamente dicho se llama Confederación Germánica, a cuya

cabeza, con el título de emperador, se halla el rey de Prusia, uno de los estados confederados con el de Baviera, Sajonia, Wustemberg, otros grandes ducados como Meklemburgo, el Laudgraviato de Hese, Badén, algunas ciudades libres, como Hamburgo, Lubee, Bremen, etc., etc. Tiene una población de 65 millones.

Lutero y el protestantismo tuvieron allí su cuna y aunque hay libertad de cultos, la religión del estado es protestante.

Los antiguos germanos, apenas salían de la adolescencia, eran presentados en la asamblea pública, en donde de manos de algún guerrero recibían el escudo y la espada, y desde aquel momento pasaban a colocarse entre los hombres de guerra y se debían a su patria.

La nación teutónica estaba en lo antiguo dividida en tribus que tenían su gobierno particular en manos de jefes electivos. Solo de los sajones se dice que tenían de muy antiguo reyes hereditarios, que los hacían descender de Odino.

La agricultura era despreciada y no se conocía la propiedad. Todos los años los magistrados repartían a cada aldea y a cada familia el lote de tierra que debía cultivar.

Los germanos eran severos en sus costumbres; no admitían la poligamia y la dote de su esposa consistía en una armadura completa.

Los germanos fueron en ocasiones el terror del Imperio Romano. Augusto envió a Varo a someter a los pueblos de Germania; pero los germanos mandados por Arminio dieron al cónsul la batalla de Teutoburgo, y las águilas de tres legiones y el cadáver del cónsul quedaron en poder de los germanos, y en Roma, una consternación igual a la sufrida por la batalla de Cannas; Germánico, el hijo de Druso, quiso vengar a Varo, y aunque consiguió algunas victorias, se vio precisado a volver a pasar el Rhin. Fueron muchas veces batidos, pero jamás se

acobardaron y los emperadores Trajano, Marco Aurelio y otros solo consiguieron contenerlos.

Deshecho el imperio romano de Occidente, luchaban los pueblos que quedaron en el suelo germánico, bávaros, sajones, turingios, frisones y otros, por sustraerse a la soberanía que los francos hacían pesar sobre su antigua patria. Carlos Martel contuvo a todos estos pueblos, pero la gloria de subyugarlos estaba reservada a su nieto Carlomagno, el primero que abrió los cimientos de la civilización germánica, Ludovico Pío, su hijo y sucesor, no pudo conservar tan vastos dominios e hizo una imprudente división de sus estados entre sus hijos, los que después de luchar entre sí, concluye la Germanía por constituir una monarquía cuyo primer rey fue Luis el Germánico.

Accidentada fue por demás la historia de este pueblo. La corona era electiva. De las casas de Sajonia, Baviera, Suabia y otras, salían los que se llamaron después embajadores de Alemania, en cuya elección tanto influyeron los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia.

Casi siempre, en lucha contra los papas, dábase el caso que de Roma se fulminasen excomuniones contra el emperador, a la vez que alguno de los orgullosos arzobispos alemanes excomulgaba al Papa. Enrique III hizo deponer tres papas y tres veces dispuso del solio pontificio en favor de tres alemanes.

Pero la firmeza de Gregorio VII, y los poderosos recursos que en aquellos tiempos le prestaba la fe, abatió al emperador alemán en aquella lucha que se llamó de las investiduras.

Aquellas luchas contra la Santa Sede, fueron preparando ya desde aquellos siglos la gran revolución que más tarde operó Lutero.

El imperio alemán fue disuelto en los tiempos de Bonaparte, el que formó, con algunos estados, una liga teutónica llamada Confederación del Rhin, mientras que su rival, Federico Guillermo de Prusia, formaba otra con los estados de las márgenes del Elba.

Como se ve, el odio entre los germanos y los francos o sea alemanes

y franceses, grandemente aumentado en la guerra del año setenta, está justificado por la historia.

Las luchas seculares de los alemanes contra los papas, y por último, la revolución operada por Lutero y protegida por Mauricio de Sajonia y demás príncipes alemanes, ¡¡justifican también!! el germanofilismo de algunos españoles que alardeando a la vez de su amor al pontificado, creen muy católico también amar a los inventores del sumergible y a los que con preferencia enfilan la puntería de sus cañones a las torres de las catedrales.– Odón (*La Voz de Cangas*, 1 de junio de 1917)

He leído con muchísimo gusto el kilométrico artículo «Insistiendo» que publica *La Voz de Cangas* del 3 de noviembre y suscrito por Fernán Escudero, en contestación (así parece) a otro que suscribía Un aliádofilo, en el número anterior de la misma *Voz de Cangas*.

Es claro, que el que soltó la liebre para que otro la corriera, fue Odón con su primer artículo «La neutralidad»[1]; pero se retiró por el foro diciendo, ahí queda eso, y «Un Aliadófilo» se encargó de replicar a Fernán Escudero, haciéndole una pupa tremenda, como se advierte en su artículo «Insistiendo» [...]

Dice que son sumamente discutibles las ideas que sustenta «Un Aliadófilo» ¿Y las suyas, señor germanófilo, no son discutibles? ¿Hay algo que en ideas no sea discutible, o cree Ud. en la infabilidad de las suyas? ¡Vaya por Dios!

Dice en otro lugar que son cosa peculiar en el aliadófilo frases de mal gusto por la honrosa clase sacerdotal. No sé dónde leyó u oyó esas frases, porque el aludido, se precia de ser casi, hasta excesivamente respetuoso con todas, porque así lo exige su educación. Y

---

[1] Se refiere aquí el autor a lo escrito por Odón en la 2ª mitad de septiembre o 1.ª de octubre en *La Voz de Cangas* (Véase el artículo de Odón en el apartado correspondiente a este periódico).

Ud. sabe que en la clase escuderil, hay quien también las pronuncia gordas. Porque sabe Ud. bien ciertamente, que cuando Odón publicó el artículo que motiva estos, «La neutralidad», uno que como Ud. es escudero, devolvió el periódico con un mensaje diciendo que no lo quería mientras en él escribiese el pedante, el blasfemo (y algo más) de Odón y sus aliadófilos. Podía nombrarlo con perdón de ustedes, pero respeto mucho la tranquilidad de estómago de los lectores de *La Voz De Cangas*. Podía haberlo llevado al juzgado, pero Odón, no quiere concederle tal honor. Y es como Ud. escudero, aun cuando entre los dos medie la distancia que hay desde el zafio Sancho Panza, hasta el fino y culto Fernán.

Dice Ud. también, o quiere decir, que conoce a Odón, al Aliadófilo y de seguro que también a mí, a pesar de la gasa que los cubre. No creo que haya nada de común entre los tres más que el aliadofilismo; pero no le extrañaría que Odón al verse atacado por quien también gasta celada, bajase la visera. Son cosas de esgrima muy admitidas (…)
– D. Suero de Quiñones

(*La Voz de Cangas*, 11 de noviembre de 1916)

DUELOS Y DEBATES

REACCIONES QUE PROVOCAN SUS ARTÍCULOS

Odón utiliza como canal de difusión de sus ideas los periódicos de la zona suroccidental asturiana, provocando con ello reacciones diversas. Aunque ya hemos visto muestras en los capítulos anteriores, vamos a ver algunas más en este capítulo.

***

El 16 de abril de 1910 el médico José Gómez López-Braña publica un artículo, que no he podido encontrar, que suscita la respuesta de Odón el 23 de abril de 1910, y todos los que de este se siguen.

***

Otro debate de Odón fue el que tuvo con un tal Pepín del que nada sabemos, y que se originó por un error de imprenta en un artículo que Odón publicó en *El Narcea* del 26 de abril de 1911 (artículo que no poseo). Por un descuido aparecía el nombre de Odón donde debía decir Adán. Cuando la revista inserta una aclaración para intentar subsanarlo, en el número correspondiente al 10 de mayo de 1911, era demasiado tarde, pues estaba ya lanzado el primer artículo de este duelo:

> Aclaración. En el número correspondiente al 26 de abril próximo pasado, hemos sufrido un error en la composición del artículo titulado «La unión de los labradores». Hemos puesto Odón en vez de Adán, dando lugar a que el Sr. Odón se diese por aludido y contestase, en este número, a una alusión que fue debida a un error.
>
> Lamentamos mucho el error cometido y pedimos mil perdones al autor de dicho artículo y al Sr. Odón, pues a ambos hemos molestado con ello.

***

En el número de *El Narcea* correspondiente al 26 de junio de 1914, un tal Roger de Flor se dirige a Odón con un artículo titulado «Odón nos da la razón», contestando a lo que este escribió en su artículo titulado «Pobres».

***

Cerraremos esta sección con el debate que Odón mantuvo con su sobrino Evaristo Meléndez de Arvas, quien le dirige primero un artículo desde *El Narcea* del 1 de enero de 1914 titulado «Para mi pariente Odón Meléndez». En contestación, Odón publicó en el periódico *El Narcea* del 1 de enero de 1914, el titulado «Para mi pariente Evaristo», que reproducimos aquí íntegramente,

CONTESTACIÓN AL SEÑOR GÓMEZ

En el número de *El Narcea* correspondiente al 16 de abril, aparece el artículo «La propiedad», que suscribe José Gómez y L. Braña, en el que principia diciendo, refiriéndose a otro mío con el mismo título y fecha 2 del mismo mes, que apenas está conforme con ninguna de sus afirmaciones. Bien sé que el señor Gómez, persona para mí tan respetable, es el maestro en el pensar, en el decir, en el escribir y en todo. No salgo de mi asombro al ver que en dicho artículo me concede el honor de quebrar[2] […] la causa que lo impide, prohibido por el origen de la propiedad acumulada, no por los que viven del trabajo de la tierra, sino por los que viven de lo que otros trabajan en la tierra.

Con esto, al parecer, no se halla conforme D. José Gómez. No me bastó decir en qué forma se repartía la tierra, ni cómo jugaban con ella, despreciándola como a la mayor parte de la humanidad, que pasaban a ser propiedad de un convento o de un señor a otro, pueblos enteros, por un breviario, por un azor, por un caballo…

Y esta burla, este juego, o mejor dicho este latrocinio, debemos acatarlo, según D. José, porque fue amparado por las leyes de Justiniano, del Fuero Juzgo, de Alfonso el Sabio, etc., etc. Esta afirmación me hubiera hecho perder la calma si Ud. mismo, D. José, casi a renglón seguido, no me sacase del apuro, diciéndome: «No, amigo Odón; las leyes y el derecho cambian, evolucionan, siguen a las ciencias, a las artes, a las costumbres, y todo esto es más movedizo que la arena del desierto». ¿En qué quedamos?…

Aquellas leyes fueron las leyes que dictaba el más fuerte. Los seño-

---

[2] Los puntos suspensivos entre corchetes que aparecen en este artículo indican que algún fragmento del texto es ilegible por hallarse estropeada la hoja del periódico.

res puede decirse que no estuvieron nunca en quieta y pacífica posesión de aquella riqueza a tan poca costa acumulada. El pueblo protestó en todos los tiempos, y surgió la lucha eterna del pobre con el rico, del esclavo contra el señor. Lucharon los desheredados de Roma hasta que sucumbieron los hijos de Sempronia. Alzóse el esclavo y Espartaco pereció en la demanda. Levantó su voz San Basilio, y dijo: «el rico es un ladrón». Jesucristo aseguró «que era más fácil que entrase un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos. Nadie tiene derecho a lo superfluo mientras haya cerca de sí uno que carezca de lo necesario». En España corrió la sangre plebeya luchando por los fueros de la humanidad, contra los derechos de barones y conventos; la fuerza se impuso y la razón de la fuerza dictó leyes contrarias a la fuerza de la razón. Podrán acaso los acaparadores de la tierra, al amparo de aquellas leyes, sacudirse del nombre de ladrones; pero lo echarán sobre los dictadores de unas leyes que rechazan hoy indignadas la sana razón, la conciencia honrada, la caridad cristiana y el amor al prójimo. Entre aquellos acaparadores no había nada de esto; por eso fueron tan criminales como los dictadores […]

¿Quién soy?… ¿A quién pertenezco?… Y aquel hombre, que naciera para ser honrado y útil a la sociedad, en un lado será un mendigo, en otro un criminal y en todas partes un vagabundo peligroso. No, D. José, no. Para estos desheredados es para los que pido el Mendizabal II que les diga: «hijo de Dios, ¿ves ese pedazo de terreno yermo, que solo produce espinos porque nadie lo cultiva? Métete en él y hazle producir trigo; es tuyo, te corresponde, porque es de tu Padre, dueño y señor del mundo».

Y ya que las leyes y el derecho cambian, evolucionan, siguen a las ciencias, a las artes, a las costumbres, etc., etc., ¿no le parece, D. José, que llegó la hora?

Nadie puede torcer la ley eterna del progreso ni impedir el triunfo de la democracia. A los aristócratas acaparadores de la tierra y grandes

propietarios, de suceder la propiedad individual; es decir, la tierra para todos. Y si la humanidad llegase a perfeccionarse, haciendo posible y conveniente el comunismo, vendría entonces el Mendizabal III sin que nadie pudiera impedirlo, porque todo sigue a las ciencias, a las artes y a las costumbres.

Pero… voy a contestarle, señor Gómez, a algunas preguntas que me hace, y concretarme algo más, porque creo que no voy muy ceñido a la contestación.

Me pregunta si quiero que se entre a un examen general de títulos de la propiedad, para reconocer la validez de algunos y desechar los otros. ¿Para qué? ¿No dije ya lo que quería? La tierra para quien la trabaje, y nada más que la que pueda trabajar. Para esto no hace falta buscar entronques ni revisar títulos. Mendizábal I no preguntó por dónde ni cómo les viniera aquella propiedad que estaba en manos muertas; aquello fue muy fácil, como pudiera ser lo otro.

Me pregunta también si quiero un nuevo reparto y que se empiece vida nueva. Pues no estaría mal, ni sería tampoco un caso sin precedentes. El pueblo israelita cada cuarenta años procedía a un nuevo reparto de la propiedad de la tierra entre sus tribus, y aquel año se llamaba del jubileo. Vea sino la Biblia, señor Gómez. Y eran gobiernos inspirados por Dios y guiados por los profetas. Y como las leyes y el derecho cambian y evolucionan, si las ciencias, las artes y las costumbres lo aconsejasen… sentiría el daño que se infiere a la lógica; pero el de los propietarios…

Vamos ahora a los cien duros, o sea a la adquisición de la propiedad individual y su legitimidad, por ahora, porque como todo cambia y yo no niego la necesidad un día de la venida de Mendizábal III, no quiero eternizarla como se pretende con la señorial.

Recordará usted, D. José, que yo sostenía que con mis cien duros podía comprar una tierra, o un prado, si lo necesitase como agricultor. Una tierra cultivada, un prado cercado, un bosque poblado de frutales

y todas esas cosas hechas, son propiedad legítima del que las hizo, y esto solo es lo que puedo comprar; el trozo labrado sobre el que radican, ni nadie puede venderme, ni yo comprarlo, si de ese modo viene a mí, siempre es mío, mientras no me sobre, es decir, mientras pueda cultivarlo. Y como no todos han de ser agricultores, o puede uno cambiar de postura cuando quiera, dedicándose a otra cosa, de ahí el derecho de comprar y vender aquellos beneficios o mejoras que cualquiera coloca sobre la tierra, con las cuales va la tierra misma; pero como no debo retener más tierra que la necesaria, porque puedo perjudicar a otro, que tiene tantos derechos como yo a una parte de la tierra, si acaparase más de lo necesario me expondría a perder las mejoras que había adquirido con ella, que de ningún modo justificarían la avaricia de nadie. Así concibo y así quiero la propiedad, señor Gómez, y no es mía la culpa de que a usted no le guste así.

Aquello de los apeadores de la propiedad señorial y de los banquetes a los plebeyos con el objeto que yo decía, no en mi artículo de dos de abril, sino en otro anterior, y que Ud. dice (en mi concepto sin razón suficiente) que es vana palabrería, fundándose en que los señores eran demasiado orgullosos. Eso ya lo sé, D. José, pero los aldeanos eran demasiado humildes y aceptaban como un honor una comida en el patio del castillo, a lo que yo acaso dije mal llamándole banquete, pues yo no decía que este fuese en la cámara de honor, ni en la torre de los homenajes, ni que el señor fraternizase con ellos en la mesa. La forma de apear la propiedad la he visto en documentos y lo demás es *vox populi,* que si no es *vox Dei,* tampoco es vana palabrería; es, como yo decía, la historia contada por la tradición; y si vamos a llamar palabrería a lo que la tradición nos legó hasta que se escribió la historia, ¡por Dios, D. José, que no podemos llamar vana palabrería a algo que nos impone la obligación de creer…!

Todos esos argumentos suyos, D. José, son para probarme que la

propiedad no fue robo; y yo, por darle gusto, rebajaré un poco, y le digo que, si no fue robo, no he visto cosa más parecida.

Urge, pues, reformar la propiedad de la tierra, renunciando ese legado monstruoso de la Edad Media; la Edad Moderna lo exige.

Los bárbaros que bajaron de los bosques de Germania vinieron impulsados por el hambre, vinieron huyendo de los fríos y nebulosidades del norte en busca del clima templado y del cielo azul del mediodía.

Si el sol alumbrase y calentase lo mismo al obrero en el taller o en la fábrica que al agricultor en el campo; si en todas partes se respirase aire sano y en todas partes se viese el cielo azul, no habría miedo a bárbaras invasiones, porque el hombre sería libre en todas partes y en todas partes tendría asegurado su pan y respetado su derecho. Pero si continuamos aferrados a ese legado de los tiempos bárbaros, vendrán, como usted dice muy bien, y saldrán de las bohardillas y sotabancos, de los talleres y fábricas, no los que vinieron con Ataúlfo, sino los que seguían a Atila.

Así nos lo anunció repetidas veces la Mano Negra en Andalucía.

Conformes con esto, ¿qué nos falta para estar conformes en todo, D. José?…

No tengo más que decirle. No traté de convencerle, ni mucho menos traerlo a mi campo, porque mi pequeña inteligencia no puede remolcar una de mucho peso. Usted a mí no puede hacerme abdicar un ápice de los principios que sustento; pero consentirá en que soy muy terco. En este encuentro, créame, D. José, quisiera haberle devuelto algún golpe, para que su triunfo tuviese más mérito; pero los aldeanos tenemos pocos recursos.

Muchas gracias, D. José, por el honor dispensado y por los elogios inmerecidos que me dedica en su artículo, y cuente siempre con la admiración, el respeto y el cariño de Odón.

(*El Narcea*, 23 de abril de 1910)

LA PROPIEDAD (III)

[José Gómez y L. Braña]

Mi buen amigo Odón: decía yo en mis anteriores que, hasta hoy, la tierra venía siendo de propiedad individual, sin que por eso tal hecho constituyese un robo, ni mereciesen el duro dictado de ladrones y criminales los legisladores que patrocinaron y ampararon esta propiedad. Me parece que lo dejé bien probado, y me alegraría que a Ud. así se lo pareciese.

Ahora me resta probar que ya hecha adulta la humanidad las cosas no pueden continuar en el estado que traían, que si explicables y disculpables hasta la fecha, dejarían de serlo de hoy en adelante si es verdad que la mentalidad humana llegó a desarrollo suficiente para acoplar sus leyes a lo que prescribe la eterna justicia.

Debo probar que nadie tiene ni puede tener derecho a ocupar como suyo un palmo de tierra, y por lo tanto, que sobre ella ningún individuo puede transmitir dominio alguno; que la tierra pertenece por igual a toda la humanidad por donación de la munificencia del Creador, en cuya obra ningún hombre le prestó auxilio alguno por el que pudiese crearse ningún derecho.

Tal vez le parezca a Ud., o se lo parezca a algún lector de *El Narcea*, que existe cierta contradicción entre lo dicho por mí antes y lo que sostengo hoy, o si no que eran bien excusados mis esfuerzos anteriores si había de venir a sostener lo injusto de la propiedad individual de la tierra.

Pues no hay tal contradicción, y tiene lo dicho mucha importancia para la definitiva resolución que se debe acordar al problema que estudiamos.

Si la propiedad actual fuese fruto del crimen y del latrocinio, la solución sería efectivamente la que Ud. propone; recoger esos bienes sin consideración alguna a títulos inscritos o por inscribir. Pero si, por el contrario, la adquisición fue hecha de buena fe, según usos y costumbres de aquellos tiempos, y con arreglo a derecho, aunque todo fuese erróneo, entonces la sociedad actual, al traer a sí esta propiedad, debe indemnizar por equidad y por justicia a los actuales propietarios, como ya hace en las actuales expropiaciones forzosas que realiza sin escándalo para nadie.

Solucionando tal como Ud. piensa, se impone un golpe de fuerza, que tal sería la violenta expropiación, con gravísima perturbación social. Solucionando según entiendo yo, se imponen negociaciones, avenencia, indemnización, armonía para llegar al mismo fin, o sea que la tierra pase al dueño único que le fue asignado desde la creación por la voluntad divina.

Vea Ud. cómo no eran excusados mis razonamientos anteriores, ni existe contradicción alguna con ellos por mucho que yo pruebe lo injusto de la propiedad individual de la tierra.

Otra observación me conviene hacer, y esta no tanto a Ud. como a algún espíritu quietista y bien avenido con el orden actual que lea nuestro periódico y al que pueda parecerle que yo me muestro a última hora un peligroso revolucionario afiliado de lleno en el partido socialista.

Pues si algún asustadizo piensa así, me cumple decirle que siga leyéndome con ánimo sereno, porque mi propósito, lejos de tratar de promover guerra, es el de evitarla, y ya claramente lo demuestro echando plancha y torno a los propósitos de Ud. para que no nos precipitemos por la pendiente, y que no estoy afiliado a partido alguno, y menos al socialista, del que me separan esencialísimas diferencias.

Del socialismo se habla más y se estudia menos de lo que se debe. El socialismo tiene principios económicos incontrovertibles; tiene otros justísimos, que sin ser suyos se los apropió; y tiene otros censurables

y perniciosos, que desvirtúan a los anteriores e impiden, o al menos dificultan, el avance de los ideales más esenciales de ese partido.

Por esta mezcla de bueno y malo no deben desecharse en bloque todas las doctrinas socialistas, porque desechadas verdades inconclusas, desatendidas justísimas reclamaciones de las clases pobres, los socialistas las convierten en bandera suya y a su amparo introducen otras doctrinas erróneas.

En mi concepto, en el campo socialista se debe espigar con cautela, sí, pero no huir de él como de campo maldito. Setas venenosas hay en los bosques y no por eso se desprecian las comestibles. Pues así se debe hacer con las doctrinas socialistas.

Que el socialismo tiene doctrinas de verdadera justicia, suyas o tomadas de escuelas anteriores, pues deber es aceptarlas de todo el que labora en el edificio social. La procedencia de los materiales importa poco con tal que sean buenos y den más solidez y hermosura al edificio.

Que tiene doctrinas erróneas, pues desecharlas, y hasta por caridad procurar que las desechen los demás que las profesan.

El procurar hoy matar o anular el socialismo en lo que tiene de esencial para la mejora del proletariado, es completa candidez. El socialismo se impone y se impondrá, y tanto más violentamente, y tanto más dolorosamente, cuanto mayores y más irritantes sean las medidas represivas que se le opongan y cuanto más se conciten las pasiones y se enciendan los odios. Combatirlo con actos de justicia; ninguna arma se puede esgrimir más poderosa.

Lo sabio, lo prudente y lo acertado, estará en estudiar estas doctrinas, hallar la causa que las determina; atender las pretensiones justas y prestarles apoyo, cueste lo que cueste; revisar nuestras leyes y expurgarlas de lo que tengan de anacrónico e inservible y adicionarlas y ampliarlas favoreciendo las nuevas orientaciones; conseguir, en una palabra, que las leyes se anticipen y prevengan la revolución, en vez de esperar a que la revolución venga a dictar leyes.

Si esto hubieran hecho los interesados en ello, en tiempo oportuno, al vislumbrarse la Revolución Francesa; si hubiesen sabido ceder en lo equitativo, convenciéndose de lo insostenible de sus irritantes privilegios, no hubieran perdido todos sus bienes y hasta su cabeza por la miseria de no ceder un coto de caza y hubiesen evitado mucha pérdida de sangre y los muchos trastornos que sufrió toda Europa con las guerras del Imperio.

Cualquiera que mire cuál era la organización política, económica y moral de la Francia anterior a la revolución, por miope que sea verá que aquella situación era ya insostenible, que un cambio se imponía, y que la gran hecatombe se avecinaba si no se acudía pronto a prevenirla, humanizando las leyes y cambiando o derogando las que, si habían sido buenas en tiempos pasados, ya no servían para los presentes. Los hombres aquellos, endiosados con sus jerarquías de castas, no lo vieron o no quisieron verlo, y así les fue, como les iría ahora o pronto a los que no presienten nada por los acontecimientos de Barcelona en el último julio, a los que no les preocupa la creciente organización de las clases pobres favorecida ahora más que antes por el maquinismo que las une y estrecha en los grandes establecimientos fabriles.

Bueno que muchos abominen de la revolución francesa; también abomino yo de todos sus horrores; pero yo voy un poco más lejos: abomino de la revolución, pero también de los que dieron lugar a ella, y así haría si viviese cuando se realice la que nos amenaza. Si para esa fecha vivo yo, abominaré de los horrores que ocurran, pero no escasearé mis censuras para los que, a sabiendas, injustamente, sostuvieron la carga pesada del servicio militar sobre los pobres, sobre los que nada tienen que defender, exasperando su justa indignación, para los que disfrutan y defienden el monopolio de la tierra para unos cuantos, sabiendo que la providencia la creó para todos.

Y volviendo al principio de la digresión, le digo a usted, ilustrado Odón, y digo a los que por tal me tomen, que no soy socialista, y has-

ta que no lo seré nunca si los socialistas no renuncian a muchos de sus principios que de implantarlos serían muy perjudiciales a la sociedad.

Ahora, que si alguna vez coincido con ellos, no por eso tuerzo el camino como alguna vez se hace por evitar una mala compañía.

Y por fin, otra salvedad voy a hacer, muy pertinente también, para librarme de censuras de los que lean muy a la ligera mis artículos, aunque entre estos no le incluyo a usted.

Con negar el derecho de propiedad individual de la tierra, entiéndase bien, no niego ni quiero negar el principio de propiedad, que es una cosa bien distinta.

El hombre tiene derecho a la vida, y si tiene derecho a la vida, forzosamente ha de tenerlo a los medios necesarios que le concedió la providencia para sostener esa misma vida; luego hay que reconocer y reconozco como eterno e inmutable el principio de propiedad y el poder jurídico del hombre sobre la cosa que necesariamente le es necesaria.

Lo que no admito, y fíjese bien, amigo Odón, porque es cosa bien distinta, lo que no quiero que prosiga, es la organización, la manera como se ha desenvuelto en leyes el derecho de propiedad respecto a la tierra; a la tierra solamente me circunscribo. Y no lo olvide, ni aun respecto a la tierra niego el derecho de propiedad a nadie; muy al contrario, lo extiendo a todo el mundo, sin excluir a una sola persona, porque creo que a todas les es esencial a la vida; quiero lo que ya querían los jurisconsultos romanos: *suum cuique tribuere;* y porque quiero esto, y porque reconozco que todos tenemos derecho a la tierra, es por lo que me opongo a que la tierra sea materia de monopolio y a que a nadie se le conceda la exclusiva de su propiedad, propósito bien ajeno al que por donación la entregó por igual a toda la humanidad.

Desembarazado con las explicaciones dadas, y libre ya, puedo continuar la discusión de nuestro tema en el número próximo.

No se impaciente usted si algo tiene que contestarme, porque oyendo toda mi doctrina la comprenderá usted mejor y le será más

fácil ponerme los reparos que crea oportunos y a los que muy gustoso concederá toda la atención que usted se merece, su muy afectísimo amigo. – José Gómez y L. Braña.

(El Narcea, 7 de mayo de 1910)

LA PROPIEDAD (IV)

[José Gómez y L. Braña]

Si hoy, mi distinguido Odón, no recojo ninguna de las observaciones que usted me hace, no es porque las desdeñe, es debido a que no puedo hablar y escuchar al mismo tiempo.

Cuando cumpla el compromiso que adquirí de demostrar que ni la propiedad individual de la tierra ni las leyes que la amparaban constituían un latrocinio, pero que ya debía cesar aquella lo más pronto posible por no ser justa, y que la tierra se debía restituir a la humanidad, para quien, en usufructo, había sido creada; digo, que cuando ultime ese compromiso que adquirí con Ud. y con el público, ya recogeré los reparos que Ud. me pone en su interrupción.

Me parece que la primera parte la dejé probada; veamos ahora la segunda, o sea: que la tierra es de toda la humanidad, ahora y mientras duren los siglos, en todos los momentos, y que para que esto se cumpla no se puede distraer ni tan solo un palmo de tierra ni vender prado alguno, ni otra finca, por legítimamente ganados que hayan sido los cien duros de su coste.

Si tuviera que habérmelas con un darwinista ateo, solo adorador de las leyes de la naturaleza, no todos los argumentos que voy a emplear tendrían verdadera aplicación; pero para Ud., dotado de tan buenos principios morales y religiosos, todos son abrumadores, lo mismo los de orden ético que los filosóficos, económicos, que los prácticos, y muy confiadamente espero llevar la convicción a su ánimo.

El darwinista diría que para el hombre, como para los demás animales de la escala zoológica, la palabra justicia y su significación no existen, ni debe existir el mal sentido que se concede a la palabra

egoísmo; que el imperativo para el hombre, impuesto por las leyes de la lucha, por la vida y la selección natural, está reducido a defender su vida y propagar la especie, sin más deberes que los que reconoce el león cuando devora su presa sin preocuparse de los gritos famélicos que lanzan los otros felinos esperando los menguados restos.

Pero Ud., que como hombre de razón no puede sustraerse a argumentos de orden lógico y económico, como buen católico no puede sustraerse tampoco a los que se apoyen en principios de eterna justicia, y por eso digo que a Ud. le comprenden todos, ya que existen muchos y muy poderosos de los dos órdenes.

Para demostrar a Ud. que no puede comprar un prado ni un palmo de tierra, parto de un supuesto que Ud. no tendrá inconveniente en admitirme, y es que para comprar una cosa hace falta que exista un vendedor dueño de esa cosa, y que nadie pueda vender lo que no es suyo, sin legítima autorización.

Si Ud. me admite esto, que no dudo lo admitirá, me bastará probar a Ud. que ningún hombre es dueño de un palmo de tierra ni está autorizado para su venta, luego que ninguno puede vender, luego usted no puede comprar; que la humanidad tampoco tiene sobre la tierra más poder sobre ella que el usufructo y no puede tampoco vender, luego Ud. tampoco puede comprarle tierra a esa entidad. Por lo tanto, que si los hombres ni aisladamente ni en conjunto pueden vender porque no son dueños de la cosa, ni están autorizados, queda demostrado que es imposible que Ud. pueda realizar ninguna compra de tierra, por insignificante que sea, por faltar una de las condiciones esenciales al contrato, la existencia de vendedor.

Si Ud. me negase la primera de que parto, aún me queda un recurso, que él solo bastará sobradamente a la demostración de mi tesis, y es el de probarle a usted que la propiedad individual de la tierra está en pugna y contradicción con la libertad humana y con los fines del hombre.

Veamos si puede haber un hombre dueño de la tierra con quien Ud. u otro puedan contratar.

El que tal pretenda se apoyará en la ocupación, en que encontró la tierra, la declaró suya y acordó transmitirla perpetuamente a sus sucesores en la forma y proporciones que le pareciese.

De no apoyarse en esto, se apoyará en el trabajo, en que fue el primero en laborarla y hacerla producir, por lo que acuerda declararla suya.

Y, finalmente, si no se apoya en ninguno de estos dos fundamentos se apoyará en el consentimiento de los hombres: en que estos le concedieron o le consintieron la propiedad de la tierra y por lo tanto la considera propia.

Me parece que no existe ninguno más que estos tres pretextos para considerarse dueño de la tierra y que cualquiera otro puede referirse a uno de ellos.

Estudiemos los tres, empezando por la ocupación.

El hombre que encuentra tierra se posesiona de ella pero no puede hacerlo más que a título precario (perdónenme los que me vean entrar en terreno prohibido). Él no hizo la tierra, debe tener dueño, no sabe a qué o a quién la destina este dueño o dueños, pero declararla de su absoluta propiedad, con poder de disfrutarla y enajenarla, de ningún modo.

Verdad que nada menos que un Justiniano sancionó el derecho de propiedad por la simple ocupación, diciendo: *quod epin nullius est, de ratione naturalia ocupanti conceditur.*

Algo duro me es tener en contra a este señor jurisconsulto romano, pero no por eso dejaré de decirle: ¿de dónde saca Ud. que la tierra no es de nadie? La tierra tiene amo, es de la humanidad. Por lo mismo que llegó a ella un individuo, es muy probable que luego llegue otro u otros y el banquete que está preparado no es nunca solo para el primer convidado que llega, es para todos, si ordena bien su casa el anfitrión.

Si este señor Justiniano (le llamaré señor a pesar de su insignificancia) viniera a nuestros teatros y entrase al salón una hora antes de la función, vería que todo estaba vacío, y se creería el dueño de todas las localidades sin percatarse de que todas o la mayor parte tenían destino, y que de nada bastaba su primera ocupación, lo que bastaría hacérselo observar para que se convenciese.

Pues en la tierra también hay billetes sacados para los futuros ocupantes, y es necesario estrecharse un poco según vayan llegando, sin que pueda dejarse fuera de puertas al que llegó después, ni obligarle a hacer uso de la fuerza, que si eso constituye un derecho, con frecuencia se recurre a él como última ratio cuando ninguna otra vale.

Verdaderamente no comprendo cómo viendo la tierra y viendo los hombres no encontró Justiniano la finalidad de aquella, y se atrevió a decir que no tenía dueño y debía ser propiedad del primer ocupante. Si después de un naufragio, salvándose a nado, arriban los marineros del buque a una isla desierta, el primero que llega, según los juriconsultos romanos, puede declararse dueño de toda la isla, atribuyéndose el derecho de propiedad, y hacerse árbitro de la suerte de todos los demás, quedando a su antojo el consentirlos y mandarlos, o el devolverlos a las olas únicas a que tienen derecho como primeros ocupantes. ¿Habría en esto razón ni justicia?

Pero, ¿qué debemos entender por ocupación de la tierra por el hombre? ¿Es la que materialmente él pisa con sus pies? Esta no se lo disputa. ¿O es la que por un acto interno de voluntad se le ocurra declarar suya? ¿Cuánta ha de ser? ¿Un continente? ¿La tierra toda? Según el principio dicho, no hay limitación, y él, lo mismo puede apropiarse lo poco que lo mucho, si de su voluntad depende.

Incomprensible es la racionalidad de este derecho, pero aún ofrece otra particularidad no menos extraordinaria.

El segundo náufrago que llegó a la isla le dice al primero: «bueno, pues por el mismo principio, si a tu muerte yo te sobrevivo, yo seré

el amo porque fui el segundo ocupante y entonces pasaré a ser el primero». Esto parece natural que sucediese. Pues no, el derecho aquel murió al nacer. El náufrago primero contesta: «ya no rige aquella ley, la que rige es muy otra; ahora ya podré yo legar la isla al último grumete si se me antoja; ese derecho subsistió solamente lo necesario para favorecerme a mí, pero el que me suceda en el mando se apoyará en otro derecho que llamaremos de herencia, donación, legado, lo que quieras, menos ser válido el de ocupación».

No. El derecho de propiedad individual de la tierra no puede fundamentarse en la simple ocupación.

¿Se fundamentará en el trabajo? Indudablemente razones aparentes hay muchas en favor de este derecho de derecho, pero no resisten un examen atento y hay que desecharlas como las que tratan de sancionar la ocupación.

Por lo que pude comprender, a esta escuela pertenece Ud. No crea Ud. que está solo, ni tampoco mal acompañado. Como usted piensan Balmes y Thiers y muchos otros, pero yo, si tuve franqueza de decir que no pensaba como Justiniano en cuanto a la ocupación, también la tengo ahora para decir que no pienso como Ud. y esos señores, y hasta pretendo convencerle a Ud., a pesar de todas sus protestas y esas autoridades. Usted, más que viejo y más que terco, es hombre razonable.

Pero se hace forzoso suspender por hoy. El negar al trabajo todo derecho de propiedad de la tierra bien merece capítulo aparte. Pesadillo voy pareciendo a su espíritu acomitivo, ya lo veo, pero el asunto que Ud. tuvo el acierto de plantear, es sumamente importante, muy de actualidad y muy necesario hacerlo preocupación de todo el mundo y, por lo tanto, muy disculpable mi pesadez. Ármese de un poco de paciencia y en cambio le prometo escuchar después, en silencio, con atención, todo lo que Ud. quiera decirle a su siempre amigo, J. Gómez y L. Braña.

(*El Narcea*, 14 de mayo de 1910)

PARA TERMINAR

ADVERTENCIA – Por estar ya tirado primera y cuarta plana, y por no haber recibido a tiempo el artículo «Para terminar», que debiera encabezar este número como contestación al del 30 de Abril del Sr. Gómez, va a continuación.

Cuando estas líneas vean la luz pública, acaso aparecerá también la respetable y autorizada opinión de don José Gómez respecto a la propiedad, según en su último escrito nos promete. Era tiempo: van dos artículos titulados «La propiedad» frente a mi modo de apreciarla en su origen, en su estado actual y cómo debiera ser, no toda, sino la mayor parte de ella, y no he visto en dichos artículos más que el empeño de mantener la legalidad de la acaparación grande de la tierra, por unos pocos en perjuicio de muchos. Para sostener esto, no era necesario que en el último artículo, o sea en el correspondiente al 30 de abril último,[3] se me hiciese aparecer, poco menos, como un dinamitero que pide soluciones violentas, y que lo que yo sostengo es un anarquismo ligeramente velado, con alguna otra afirmación que, o no se interpretó bien, o no se miró mejor, o acaso yo esté equivocado, porque no tengo aquel número a la vista; pero creo que no, y además, se me repite tanto eso que usted llama palabras gruesas, que, francamente, estoy con cuidado mirando cuando llega la Guardia Civil a la puerta. Todo esto, es lo que me importa poner en claro, y de ahí, que le conteste antes de esperar a oír su anunciada opinión respecto a la propiedad. En su artículo a que aludo, del 30 de abril, cualquiera comprenderá que, después de terminado, me queda el derecho al uso de la palabra.

[3] Artículo que no poseo y por eso no puedo insertarlo aquí.

El primer expositor de las doctrinas anarquistas, Bakunin, en su célebre folleto *Catecismo revolucionario,* escrito en cifras y que vino a ser algo así como la Biblia de los anarquistas, decía: «El anarquista revolucionario hombre consagrado a sí mismo; no debe tener intereses personales, ni sentimientos, ni propiedad… Al individuo y al Estado, sucederá la Comunidad Autónoma…, la riqueza para todos… He aquí lo por venir».

Yo, que no soy ni socialista siquiera, por lo que el socialismo tiene de atentatorio contra el individualismo; yo, que quiero que todo el mundo tenga propiedad; yo, que veo con gusto la riqueza donde quiera que esté, siempre que proceda del honrado trabajo; yo, que para dar al desheredado lo que en justicia le corresponde, como hijo de Dios, solo pido un legislador como lo fue Mendizábal, se me contesta que tomo puesto a la derecha del anarquismo (y menos mal que es a la derecha) y que pido soluciones violentas.

También se me dice que sostengo «que todos los que adquirieron propiedad hasta la fecha y los que legislaron acerca de ella fueron unos ladrones y unos criminales». Los apeos, los banquetes, los reyes y los señores que se repartían la tierra, no son de esta fecha, don José. ¿Adónde quiere llevarme con eso? ¿No he sostenido que lo que cuestan los cuartos es muy legítimo cuando se necesita para trabajarlo? Desde que dejaron reyes y señores de repartirse a barbecho la tierra, hasta hoy, hay mucha propiedad bien adquirida.

Cuando en su primer artículo «La Propiedad» parecía que quería sostener que no debía haber propiedad, por aquello de que nadie tiene derecho de achicar el planeta, y que la tierra pertenecía a la humanidad, etc, etc, me pareció usted más cerca de Bakunine que yo, y callé la boca, aunque pudiera decirle que Dios mismo autorizó la propiedad de la tierra, pero después de un reparto equitativo, como sucedió en la tierra de Canaán, repartida entre las tribus de Israel; y en prueba de la legalidad de la propiedad individual, está la ley del

Sinaí, en la que se previene a todos: «no hurtaréis ni codiciaréis los bienes ajenos»; por lo que aparece claro, como la luz meridiana, que todos deben tener lo suyo y respetar lo del otro. Dios ni desheredó ni mejoró en la tierra a ninguno de sus hijos; las desigualdades son obra del hombre. Cuantos beneficios de Dios proceden nos corresponden por iguales partes: sol, aire, tierra, agua, nacer, morir, etc., etc.

No voy a seguirle por toda esa serie de argumentos más añejos que los apeos y de mucho menos valor, al menos para el objeto que se propone, ni hacerle ver lo que robustece usted mismo mis creencias cuando dice: «el más fuerte pudo con el más débil, y le desposeyó, o el más débil se asoció a otro o a otros para defender lo que se había apropiado». Lo mismo dije yo: la fuerza, y siempre la fuerza.

Bien sé que hoy resulta poco modernista la palabra ladrón, que es tan antigua como los apeos y las leyes de Chindasvinto. En nuestros tiempos hemos visto desaparecer o evaporizarse grandes intereses, y a nadie se le ocurrió decir que fuesen robos; es más chic llamarles irregularidades, filtraciones, malversaciones. La palabra ladrón solo se aplica a aquel que al frente de una cuadrilla armada o por sí solo asalta la propiedad ajena y mata y atropella por apropiársela. En los tiempos nuestros, quien tal hace, sube al patíbulo.

¿Qué menos hicieron Alejandro con Darío y los césares romanos en casi todo el mundo conocido hasta entonces? Y en España, al frente de cuadrillas armadas, ¿no robaron los cartagineses a los fenicios, los romanos a los cartagineses, los godos a los romanos y los moros a los godos? Y de estas dominaciones busca usted las leyes y los argumentos para legalizar una situación que debiera desaparecer como desaparecieron aquellas.

La mayor parte de los reyes godos, así como los césares romanos, unos fueron asesinos y otros asesinados, y legislaron los asesinados y los asesinos. Así eran las leyes; siempre a la fuerza. ¿Qué valor tendría a estas horas el testamento de Carlos II si el Archiduque hubiese ven-

cido a Felipe en la guerra de Sucesión? ¿Qué derecho daría a los americanos la doctrina de Monroe si hubiésemos tenido mejor escuadra que ellos? La fuerza, siempre la fuerza.

Y yo, mísero de mí, que creyendo había pasado ya el Imperio de la fuerza, solo pedía un legislador que estableciese el imperio de la justicia; y a eso se me contesta que soy anarquista y que pido medidas violentas; y me lo dice el que defiende la legalidad y la buena fe de lo que procede de los tiempos de la violencia. Si mi deseado Mendizábal II fuese anarquista, también lo sería el I, y vea usted lo que son las cosas; a Mendizábal I le levantaron una estatua, don José. ¿Y por qué al Mendizábal I no sucedió inmediatamente el Mendizábal II, ya que la propiedad de los conventos y la de los señores traía, como usted dice, un mismo origen, y tan manos muertas eran y son para la tierra unos como otros? Sin duda alguna, porque los frailes eran más débiles y los señores más fuertes. La fuerza, siempre la fuerza.

Me dice usted también que la inmensa mayoría de los propietarios adquirieron y trasmitieron legalmente y de buena fe sus inmensas fortunas territoriales, y que los legisladores antiguos ni fueron ni quisieron ser encubridores de ladrones. ¿Quién lo duda?

Si nos hallásemos una porción de amigos frente a una buena fuente de raya y uno de ellos hiciese de legislador y fuese señalando a unos, diciéndoles: «tú, que pareces noble, come de la fuente; tú, que también parece que te azulean las venas, comerás también de la fuente; tú, porque eres valiente, y tú, porque eres listo, también a la fuente»; y mientras al resto, entre los que nos hallamos usted y yo, les dijese: «vosotros comeréis lo que sobre, con la obligación de fregar la fuente».

¿Dudaría usted, don José, de la buena fe del legislador ni de los favorecidos? Creo que no. Yo tampoco.

Si el sol estuviese al alcance de la mano, ¿no cree usted que todos los legisladores y reyes que usted me cita habrían puesto ya también la mano sobre el reparto del sol, y cada señor tendría hoy su cachi-

to guardado para calentarse en diciembre con la mejor buena fe del mundo, aunque en agosto tiritasen de frío los plebeyos? ¿Y qué diría usted si fuese uno de los tiritadores?

Lo que creo saqué bien claro de nuestra pequeña polémica, es que conocí su táctica, don José. En dos artículos que usted titula «La Propiedad», no vi nada en concreto respecto a ella más que en el primero; parecía que no aprobaba usted ninguna. En el segundo, después de tanto lujo de argumentación, concluye diciéndome: «No olvide usted que yo, por ahora, no apruebo nada». Pues se redujo todo a pretender cansarme con una defensiva maestra, sin comprometer nada, y asestar después, de una manera aparatosa, la estocada final, o sea su opinión acerca del derecho de propiedad. Algo se había de aprender en un encuentro con el maestro.

De que si los legisladores se equivocaron, y de que si esas leyes no responden ni se ajustan a los principios de la eterna justicia, y de que si llegó la hora de cambiarlas, etc.,, yo ya dije mi opinión; y veremos cuál es la suya, y entregaremos las dos a los lectores de *El Narcea.* Bien sé que me quedaré con la peor parte; los desheredados no leen *El Narcea.*

No creo encuentre en todo lo que precede nada que le moleste, porque librárame Dios de tal intención, que en mí sería imperdonable después del honor recibido. Si uno a otro no nos convencemos, es porque somos ya viejos y las ideas que sustento hoy las acaricié ya en mi juventud; es decir, que son mis primeros y últimos amores. A usted le pasará lo mismo, aunque no lo diga así.

Alárguese cuanto quiera la distancia que nos separa en el modo de apreciar las cosas; pero no se moverá del sitio donde estuvo siempre la admiración y sincero afecto con que le mira su afectísimo, Odón.

(*El Narcea*, 7 de mayo de 1910)

LA PROPIEDAD

(Para los pocos que hayan leído con algún interés mis anteriores manifestaciones)

Como no pienso continuar rebatiendo uno a uno los argumentos que el señor Gómez opone a cuanto dije respecto a cómo debiera ser la propiedad de la tierra; primero, porque no quiero abusar de *El Narcea*, que por un exceso de complacencia tanto me tolera; segundo, porque no quiero cansar a los lectores, y por último, porque tampoco es culpa del señor Gómez el que yo no me deje convencer, voy a concluir (creyendo que ya lo había hecho), afirmando más cuanto al principio dije, a pesar de los proyectiles que desde su castillo fuerte y elegantemente construido me lanza el señor Gómez, para hacerme dejar mi humilde barrienda que no abandonaré mientras viva.

No sé si cuando esto vea la luz pública habrá terminado el señor Gómez. No importa, por mi parte no tendré más que decir.

Ya sabes, querido lector, que el principio de la polémica, sostenida tan brillantemente por el señor Gómez contra mi modo de pensar, fue porque, de acuerdo con mi razón y mi conciencia, repetí lo que un hombre mucho más pensador que el señor Gómez (aún con ser este mucho) había dicho ya frente al Parlamento, frente a la nación y frente al mundo, «que la tierra debiera ser de quien la trabaja». Aquel hombre fue Pi y Margall, en quien amigos y adversarios reconocieron que entre sus muchas y buenas cualidades descollaba tan pura como cabe en el hombre la rectitud y la honradez a una altura que nadie superó y a donde muy pocos llegaron.

Estando hoy la mayor parte de la propiedad de la tierra en manos

muertas, que la esclavizan sin trabajarla, saqué, en mala hora, a relucir otro principio que sustentó un célebre filósofo, de que la propiedad fuera un robo; y yo, tratándose de la propiedad acumulada en grande por los señores, cuyo origen se pierde entre las nebulosidades de la Edad Media, dije lo menos que podía decir; que si no fuera robo, fuera una cosa muy parecida.

Esto escandalizó al señor Gómez, y quiso probarme la legalidad del señorío sobre la tierra, recordándome leyes que solo la fuerza pudo dictarlas y hacerlas obedecer; leyes que desnaturalizaron al hombre, de tal modo que no lo conoce el mismo que lo creó. Los acaparadores de la tierra confeccionaron esas leyes que justifcasen su posición; los desheredados cuando pudieron protestaron concluyeron por recibirlas entre la punta de la espada y otra clase de amenazas, que los llenaron de espanto; y con tales procedimientos los embrutecieron y llegaron a atrofiar sus sentidos, de tal modo que se creyeron hombres nacidos de peor condición; nacidos solo para el trabajo y la carga, como las bestias, y como a las bestias les cruzaba también, a veces, la cara el látigo del señor, y besaban la mano que los fustigaba. Los señores acaparadores, potestades de la tierra, se envolvieron en el manto del orgullo y la soberbia de Luzbel; la humanidad hermana que Dios creara a su imagen y semejanza, no existía.

Los atropellos y los robos fueron sancionados por el tiempo, como hoy aún, pasando a la categoría de hechos consumados; pero el desheredado protesta desde donde puede hacerlo, y si en tierra las leyes no lo impiden, cuando no está al alcance de ellas, cuando emigra a buscar patria, desde la cubierta del buque que se aleja, la última mirada que dirige a la madre que lo deshereda es de odio, y sus últimas palabras de despedida serán las de «¡ladrones, ladrones!» ¿Quién se extrañará de ello?

Y luego me recomendaba don José proceder con calma, y que nada de insultos, etc., etc. Yo no insulto a los ricos acaparadores de la tierra; fue un santo el que les llamó ladrones; fue Jesucristo el que casi les cerró

las puertas del cielo, fue Jesucristo el que maldijo a los tiranos explotadores, el que ensalzó a los humildes y el que llamó a los bienaventurados a los que padecen persecución, a los pobres y a los que trabajan. Con los desheredados y con los explotados está Jesucristo y su doctrina; con los acaparadores y explotadores del sudor del pobre, las leyes que nos citó el señor Gómez. ¿Con quién estará la razón y la justicia?

Pero ¿a qué continuar por este camino? Porque el señor Gómez haya dicho en su artículo (creo que fue el IV) «que dejaba probado que la propiedad no fuera robo», el señor Gómez falló su pleito y…, es claro, en su favor. Yo he sostenido casi lo contrario, y no he fallado; que fallen los que me lean.

Y no se vaya a creer que yo soy partidario de una igualdad de fortunas, ni que yo odie al rico, no. Aquel que con su honrado trabajo lo tenga, es muy legítimamente suyo. En los Estados Unidos hay muchos millonarios, y a uno le llaman el rey del acero; a otro, el rey del petróleo; a otro, del hierro; a otro, del algodón; etc., etc.

Líbreme Dios de envidiar sus riquezas a aquel a quien el trabajo, el arte o la ciencia hayan hecho rico. Pero en España no tenemos esa clase de reyes; todos son reyes de grandes extensiones de tierra, con sus vasallos que la trabajen. Nada desde sus alturas arriman a la tierra; ni ciencia, ni capital, ni trabajo; no arriman más que la boca, como el vampiro, para absorber el jugo de la tierra y el sudor del que trabaja.

Entre muchísimos casos que ocurren aún hoy día, voy a referiros uno, como pudiera citaros ciento, para probaros también la razón que tengo para pedir que todo el mundo sea dueño del fruto de su trabajo, que lo mismo puede colocarse en el bolsillo que en la superficie de la tierra.

Una de esas haciendas que los señores dan y quitan cuando y a quien les parece, pasó en nuestros días, en arriendo, a manos de una familia en la que había un padre y un hijo muy trabajadores. En un trozo de terreno yermo, aquellos dos hicieron un prado, buscaron y encontraron

aguas, y el prado llegó a producir diez carros de yerba. Apenas concluido, y sin dichos colonos haber disfrutado casi nada de tanto sudor allí vertido, se expropió aquella finca para que una de las carreteras hoy en construcción, y lo que no valía cincuenta duros cuando aquellos hombres principiaron a trabajarla, está hoy tasada en tres mil pesetas que recogerá el señor. (Y si no fuese expropiada les subiría la renta)

¿Qué fue lo que allí se apreció, el terreno o el sudor de aquellos pobres? Si fue el terreno, valía cincuenta duros. La diferencia donde estaba, no solo el sudor de los hombres, sino acaso la vida del padre, que falleció al terminar el prado. ¿A quién corresponde? Díganoslo el señor Gómez, y si no se atreve, díganlo esos mis buenos y desconocidos amigos de La Pola. Los arrendamientos como están hoy dejan atrás los contratos de aparcería, porque una vaca, si crece o mejora, las ventajas son de los dos; pero en la tierra… ¡ya pueden los colonos tener afán de mejorarla! Por eso prospera la agricultura, y así progresa todo.

Todo el mundo debe ser dueño de su trabajo, nadie tiene derecho sobre el trabajo de otro; la esclavitud en el trabajo debe desaparecer en unos para que desaparezca la holganza de otros. El trabajo es un censo electoral impuesto a todos, con el cual se ha dado al género humano el suelo que cultiva y que le alimenta. La Divinidad ordenó las cosas de tal modo que le hizo forzoso al hombre el trabajo para satisfacer las necesidades que ella misma le diera, y para ello concedió a todos un derecho al trabajo de la tierra, que fue su primera, sagrada e imprescriptible propiedad. Y el trabajo es la salud de los pueblos, y no tiene derecho a la vida quien pudiendo hacerlo, no trabaja. No hay ningún desheredado de sol ni de aire; tampoco puede haberlo de tierra. Y ante el que cultiva la tierra debieran descubrirse los ricos holgazanes, que no comen un garbanzo, ni un grano de arroz que no haya sido regado con el sudor del labrador. El trabajo de la tierra es el gran templo en el mundo de la libertad.

Por eso la tierra ni el que la trabaje no pueden ni deben ser esclavos

de nadie; nadie debe tener derecho a imponer cargas sobre la tierra; la tierra libre para que la trabaje el hombre libre, para que emplee en ella con gusto y provecho todas sus energías, todos sus amores. Aunque cada uno cogiera para trabajarla toda la tierra que quisiera, siempre habría bastante. No importa que la avaricia de alguno le hiciese coger más de lo necesario; lo que no se puede cultivar, queda yermo, y desde aquel momento estará a disposición del que lo necesite: esta es la tasa.

Hay tierra bastante para el hombre, como hay agua y espacio bastante para los peces en el mar y aire y espacio para las aves, por mucho que unos y otros se multipliquen. Todo lo tiene previsto la sabiduría del Creador. ¡Ojalá llegase a escasear la tierra yerma! Pero, por desgracia, no son todos los que quieren dedicarse o de algún modo coadyuvar al cultivo de la tierra. De ella viven todos; para cultivarla los menos, y en condiciones tales que sin el don de la profecía, cualquiera puede augurar que esto se va.

He dicho al principio que no era mi objeto, al presente, rebatir uno por uno los argumentos, bien fundados algunos, sutilezas otros, pero todos ellos elegantemente presentados, como sabe hacerlo el señor Gómez. Yo, atento solo a sostener el principio que motivó esta discusión y a poner en claro la finalidad que persigo, digo las cosas como las siento, con convicciones profundas; creo decir la verdad, y esta siempre es hermosa por sí sola y no necesita más adornos que la franqueza y el valor para decirla, pese a quien pese.

Para transformar la propiedad y colocarla en su sitio, dice el señor Gómez en uno de sus artículos, que no debe apelarse a medidas violentas y que debemos felicitarnos porque Dios no me llevó al puesto de juez. ¡Ah, señor Gómez! Para los grandes males hay que apelar a los grandes remedios, por dolorosa que sea la operación. Un cuerpo gangrenado no puede ser curado llaga por llaga ni úlcera por úlcera, necesita una transfusión de sangre nueva. Los males que aquejan a la sociedad actual son la decrepitud, agravada con los vicios de antigua

juventud; vicios que nos empeñamos en sostener, hoy que el cuerpo no los resiste; vicios que en ningún tiempo pudieron ser virtudes, a pesar de las leyes que los autorizaron; vicios que enervaron nuestras fuerzas y que atrofiaron nuestros sentidos; vicios causa de la anemia que debilita hasta las aspiraciones más nobles del hombre, y que no tienen otro procedimiento curativo más que una transfusión de sangre nueva.

No he nacido para juez, y bien sé que la causa que defiendo es digna de un mejor mantenedor; pero sé también, y esto es lo que pido, que la operación se haga desde arriba, con leyes radicales que corten de raíz el mal, que por dolorosa que sea lo será mucho menos que la revolución que amenaza desde abajo. ¡Ay de la sociedad el día que el desheredado tome por su cuenta las funciones de legislador! Los desheredados de hoy son hijos y nietos de muchas generaciones desheredadas también: el hambre, el odio y la venganza no razonan.

Y como no hay idea que se pierda, ni revolución que se ahogue, ni dogma racional que no triunfe, ni esperanza salvadora que no se realice, ni promesa de libertad que no se cumpla, como decía Castelar, creed próxima la hora de los de abajo si los de arriba no lo hacen.

Y para concluir, y para que mis lectores vean que estoy en el mismo sitio donde principié, volveré a recordar qué es lo que quiero.

La tierra libre de toda carga para que la cultive el hombre libre, que ese es el fin: que Dios creó la tierra y la entregó al hombre. El hombre cultivando la tierra embellece y enriquece la obra del Creador. El hombre debe ser propietario de todo lo que pueda cultivar, porque el hombre, como hijo de Dios, es dueño de la herencia que le entregó su padre, y nadie en la tierra puede ser a costa de otro señor de ella, porque todos somos hermanos y no hay ninguno que legalmente pueda acreditar mejora ni desheredamiento. El que posea nada más que lo que pueda cultivar, tiene lo justo. Lo que esté yermo será propiedad del primero que lo necesite; donde quiera que caiga el sudor del

hombre será el título más legítimo de su propiedad, que todos deben respetar. Cuanto se diga en contrario, son sutilezas.

Y con esto se transformará el mundo y la Divinidad sonreirá cuando vea su obra embellecida y enriquecida por el estímulo de la propiedad, por la satisfacción de la libertad y por los medios de la riqueza. Creo haber dicho bastante; pero líbreme Dios de pronunciar el fallo. Todas las luchas, todas las polémicas y discusiones, debieran terminar como en Inglaterra aquella guerra que se llamó de «las dos Rosas». Disputábanse la Corona dos pretendientes; cansados de luchar, uno de ellos penetró solo en Londres, presentóse al pueblo y le dijo: «¿A quién queréis por rey, a Eduardo de York o a Enrique de Lancáster?» El pueblo aclamó a Eduardo de York. Yo, a pesar de mi inferioridad, atreveríame a presentarme ante todos los que cultivan la tierra y preguntarles: «¿Cómo queréis la propiedad, como yo la quiero o como la quiere el señor Gómez?». Y estoy seguro de que mis amigos de La Pola y algunos más unirían su voz a la mía para gritar todos juntos: «¡Viva la tierra libre para el hombre que la cultive!».

Aprovecho esta ocasión para reiterar al señor Gómez la creciente admiración y cariñoso respeto que siempre le profesó el más humilde amigo y s.s. – Odón.

(*El Narcea*, Cangas de Tineo, 28 de mayo de 1910)

Nota editorial.«Accediendo a los deseos de D. Odón Meléndez, publicamos el artículo de despedida que hace en la discusión que venía sosteniendo con don José Gómez; y en cambio, con su beneplácito, retiramos hasta el número próximo el VI de este señor, correspondiente a la serie de los que viene publicando y que con mucho gusto nuestro podrá continuar en los números sucesivos».

CONTESTANDO A UNA ALUSIÓN DE «PEPÍN»

En el número de *El Narcea* que corresponde al 26 de abril próximo pasado, en su bien escrito artículo titulado «La unión de los labradores», y refiriéndose al «tan decantado problema social», problema eterno, de difícil solución como «la cuadratura del círculo»; así dice, y seguidamente: «que Odón tendrá que vérselas negras para resolverlo, después de su expulsión del paraíso». Supongo que lo de la expulsión y paraíso no habrá querido meterlo dentro del problema, por lo que no tendré necesidad de mirar tan atrás, y vamos al grano.

Como para la resolución del problema al que Ud. alude, que es problema del hambre, el problema de la emigración, o como Ud. quiera; la lucha entre el siervo y el señor; el que trabaja sin comer y el que come sin trabajar; las amenazas de la miseria a los procaces insultos del lujo despilfarrador; todo esto, que se ve, se palpa y se siente, son los relámpagos de tormenta que se avecina. Pues bien, para la resolución de ese problema que Ud. llama eterno, que yo creo se le va acercando la hora, he presentado ya soluciones justas, fáciles y sencillas, que Ud. no olvidó y que recordarán casi todos los lectores de *El Narcea*.

Tiene Ud. razón al decir que «conviniendo todos en la realidad abrumadora del problema, son pocos los que convienen en la manera de plantearlo, y muchos menos en la de resolverlo». ¡Ya lo creo! Y no hace falta tener pujos de filósofo, sociólogo ni economista para conocer el mal ni encontrar su remedio. Si me dijera Ud. que no se atreven a emplear el único modo que hay para resolver tal problema, a pesar de estar en la conciencia de todos los filósofos, sociólogos, etc., estábamos conformes. Afortunadamente, está también en la concien-

cia de los más interesados, y creo que han de tomar por su cuenta la resolución, prescindiendo de filósofos y psicólogos.

Ya sabe Ud., mi desconocido «Pepín», que en nuestra historia hay precedentes fáciles y sencillos que trataron de resolver parte del problema, por el único modo que considero más razonable: «Arrancar la tierra de manos muertas». Sí; Ud. recordará, acaso con pesar, aquel procedimiento; yo también lo recuerdo con pesar, porque no produjo los frutos que debía, debido a la fría nebulosa de aquel tiempo, que estropeó en flor un fruto tan hermoso. Si para esto pide Ud. «la unión de los labradores», entonces cuente con mis escasas fuerzas, pero con una voluntad que nadie puede suponer.

Véngase un día por estas aldeas y pregunte a cualquier anciano (pues solo ancianos encontrará): «¿Por qué aquello está yermo?; ¿por qué allí no se hace un prado?; ¿por qué allí no se plantan árboles, aquí viñas, y por qué consintió Ud. que sus hijos emigrasen, y cómo y por qué vive Ud. en tanta miseria?».

«¡Ah!, contestará el anciano, porque no tengo nada mío; todo esto poco que cultivo, como lo de los demás vecinos, pertenece a un señor que me lo quitará o me subirá la renta cuando las exigencias del lujo y comodidades de la vida moderna se lo aconsejen. Yo, nunca he de salir de la miseria, por mucho que trabaje; ni mis hijos, después que yo falte, pueden recoger siquiera algo del sudor que tengo depositado en esas cercas, en las tierras, en los prados y hasta parte de la piel, que dé la cara, pies y manos dejé en otro tiempo en los zarzales que arranqué. Todo queda para el señor; a mis hijos, nada les queda aquí; por eso, no solo consentí, sino que les aconsejé la emigración; quiero que trabajen para sí, y lleguen a tener algo, ya que su padre siempre fue esclavo».

Poco que Ud. medite esto, mi desconocido amigo, verá Ud. claro como la luz meridiana, de dónde procede la carestía de los artículos de primera necesidad, que tanto dificultan la vida del pobre obrero; de dónde procede la vergüenza nacional de que la juventud abandone la

patria; y que otra parte de ella abandone el campo y se refugie en las poblaciones a aumentar la formidable falange de los obreros, que también escasos de recursos, amenazan y conseguirán comerse a los patronos…

¿Y después…?

Si queremos reconstituir una sociedad que amenaza ruina, volvamos los ojos a la tierra; rompamos las cadenas con que la aprisionan los grandes acaparadores, que ni la aman, ni la conocen, ni la cultivan, ni la defienden.

El trabajo de la tierra no es un trabajo mecánico; es un trabajo que requiere mucho cariño. El labrador que no vive en su heredad; el que no duerme y descansa en la siesta, sobre la tierra y a la sombra del árbol; el que no sonríe a la vista de sus plantas bien cultivadas; el que no pasa a menudo la mano por el lomo del jato, y le rasca la testuz, y al cerdo en la barriga, no es buen labrador. Pretender esto en la propiedad de otro, y en ganados a medias, es pedir lo que casi repugna a la naturaleza misma del hombre.

Hay que hacer propietario de la tierra a aquel que la cultive. Nadie se cruce de brazos mientras haya terrenos yermos. Los yermos piden brazos; los brazos parados desean yermos. ¡Maldito el que se interponga entre los amores de la tierra y el hombre que la ame y la desee para cultivarla!

Para enriquecer y pacificar a Irlanda, se propuso Gladlstone hacer a los colonos dueños de la tierra que cultivaban; por un procedimiento parecido, se emanciparon en Rusia, no hace mucho, diez millones de siervos. ¡Pero aquí…! Todos los problemas meten miedo a nuestros espantadizos prohombres, no atreviéndose a resolver siquiera ni el problema de los foros, de los latifundios, de la «rabasa morta» y otros eslabones de la larga y pesada cadena que arrastra el pobre agricultor.

Si para romper esa cadena quiere Ud. la unión de los labradores, la tendrá. Si solo se propone aplicar nada más que un calmante, no hará Ud. nada.

El labrador es esclavo, y solo a otro esclavo, a un Espartaco puede creer, aunque sufran la derrota en Brindisi y los crucifiquen por el camino de Capua; pero, no; hoy tenemos armas que no hacen sangre.

Y para terminar.

Llegó Alejandro a la ciudad de Gordium y le presentaron aquel célebre «nudo gordiano», y le hicieron presente la creencia general de que sería dueño del Asia el que acertase a desatarlo. Al ver Alejandro la complicada composición del nudo, sacó la espada y lo cortó. A aquel acto rápido, sin temores ni vacilaciones, siguió la derrota de los persas y la conquista de muchos pueblos, hasta fundar a Alejandría, que fue el centro de todo el comercio de Europa, de Asia y de África.

De este modo, sin tener que vérselas negras, mi desconocido «Pepín», resolvería yo el problema pendiente seguro de que, como Alejandro, conquistaría después todas las felicidades, fundando también la hermosa y riquísima ciudad llamada Agricultura, que sería como Alejandría, el centro de comercio con todas las demás clases sociales. Solo, solo en la agricultura puede un estado fundar su poder y su grandeza.– Odón.

(*El Narcea*, 10 de mayo de 1911)

LA UNIÓN DE LOS LABRADORES[4]

[Pepín]

Para Odón

¡Cosas de la vida! ¡Y qué lejos estaba yo de pensar, cuando con este mismo título escribí mi artículo anterior, que había de tener que vérmelas con el señor Odón y recibir algún pinchazo de sus barbas crespas, aunque solo fuera a guisa de ósculo de paz y consejo de amigo! Nada; que, al primer tapón, zurrapa; al primer paso, tropezón. O lo que es igual: al primer Adán, Odón.

Porque la verdad es que toda la culpa tiene ese bendito Adán, a quien yo maldeciría si no fuera por mi padre, porque no contento con ser la causa de todas las lacerias que aquejan al género humano, viene ahora, con solo su nombre, a armarme un lío de todos los diablos. Y ¿qué culpa tengo yo, pecador de mí, de que los tipos de imprenta se hayan trastornado en las cajas o en las galeras o galerines, por no decir en las manos de los cajistas?

Pero, hablando en serio, Sr. Odón: ¿de veras que tomó usted la alusión para sí y se dio por ofendido? ¿O es más bien una guasa? ¿Es que ha querido meterle en apuros a este pobre «Pepín», de los cuales difícilmente podrá salir bien parado? Perdóneme que haga esta hipótesis, porque, como un servidor apenas le conoce a usted más que de nombre, por haber visto alguna vez su firma en *El Narcea,* no sé si suele gastar este buen humor o es, por el contrario, un tipo de seriedad imperturbable.

---

[4] «Pepín» contesta a este artículo en el número 277 de *El Narcea,* correspondiente al 24 de mayo de 1911.

Y no me choca que una vez recogida la alusión, se haya usted ofendido. Yo hubiera hecho otro tanto, porque la hubiera tomado por un sarcasmo. Sírvale de desquite, y para descargo de mi conciencia lo digo, el saber que yo también me he ofendido; es más, me he pasado un berrinche al ver mi artículo de tal manera crucificado por manos aleves, y prometí firmemente — propósitos vanos — no volver a escribir otra letra para *El Narcea,* en donde con tan mala pata había entrado.

Pero lo que a mí me choca sobremanera es que usted se haya visto aludido por este galopín, que habla, o mejor dicho, le hacen hablar de un «Odón que fue expulsado del paraíso». —Tal dice el impreso: «porque estoy seguro de que ya Odón tendrá que vérselas negras para resolverlo después de su expulsión del paraíso». Tal había escrito yo: «porque estoy seguro de que Adán tendría que vérselas etc.» ¿Qué es eso, Sr. Odón? ¿Por ventura ha sido usted expulsado alguna vez del paraíso? Me deja usted confuso. Aunque yo no llego, ni con mucho, a la altura de usted en eso de conocimientos históricos — lo de Islandia, lo de Rusia, lo de Brindisi, lo de Gordium…—, no tengo noticias, sin embargo, de que haya sido nadie expulsado del paraíso, más que el padre único del género humano y la muy golosa de su costilla. Y si por paraíso quiere usted entender el cielo — acepción muy corriente en toda tierra de garbanzos o de nabos —, no sé tampoco que hayan expulsado de él más que a aquellos ángeles rebeldes de que nos habla la Escritura. Y sospecho que usted no querrá incluirse en esta categoría. ¡Sería una metempsicosis extraña! Y un tantico de soberbia.

Pero usted va al grano. Para usted el problema está resuelto. Y piensa usted… lo que dice en su artículo, y que «ese es el único modo que hay para resolver tal problema», ¿verdad? Pues hace usted muy (¿…?) en pensar así. Desde luego yo no pienso ponerle contribución por ello, ni creo que nadie le tendrá a usted por contrabandista. Pero como ni a usted ni a nadie le importa un ardite lo que yo pienso sobre su manera de pensar —si es que pienso algo, porque no me gusta

formar juicios temerarios—, me abstengo por ahora de decir si estoy conforme o disconforme con lo que usted dice.

Un pasito más. Usted me invita cariñosamente a dar una vueltecita por estas aldeas —¡estimando!—, e interrogar a los viejos, a los labradores, acerca de la causa de sus males y sus remedios. Me parece muy bien la idea; al fin y al cabo, como suya. Pero ¿ignora usted, mi querido Odón, que el doliente nunca es criterio seguro para juzgar de sus propias enfermedades, ni, mucho menos, de los remedios con que hayan de curarse? Yo conocí un baturro noventón que echaba la culpa de todos sus achaques al clima endemoniado de las Asturias, y aseguraba, con toda la fe de sus pulmones, que, si tuviese medios para volver a su tierra, no podría competir con él un mozo de veinticinco años. Además tiene otro inconveniente hablar con un desconocido, Sr. Odón; porque no sabe usted si el que estas líneas suscribe ha vivido, o está viviendo aún, la vida íntima de los labradores en mitad de estas aldeas. Todo pudiera ser. Aunque repito que, en cualquier contienda, siempre será mejor juez el que la contempla impasible desde su casa, que el que ha dado o recibido algún garrotazo.

Después trata usted de saber si la unión de los labradores que yo propongo es… para eso, para lo que usted propone, ofreciéndome en este caso trabajar con todas sus fuerzas. Pues no sabe cuánto se lo agradezco. Pero para otra vez le recomiendo un poco de calma. A decirlo iba en este artículo, pero la amena interviú gráfica que estamos celebrando, me distrajo de mi propósito. Otra vez lo diré, cuando hable para los labradores, que es a quienes puede interesar únicamente.

Para terminar, Sr. Odón; si usted puede llevar a cabo lo que se propone, hágalo en hora buena. Yo, en caso de usted, quién sabe si lo haría. Solo siento no poder corresponder ofreciéndole también «mis escasas fuerzas», porque para esa empresa mis fuerzas no aparecen por ninguna parte, ni escasas ni abundantes. En cambio, lo que yo voy a proponer no es ninguna empresa de gigantes, ni apenas necesita

el concurso del gobierno, almohadón suavísimo donde reclinan su cabeza todos los holgazanes que quieren que el gobierno se lo dé todo hecho. Mi propuesta está en manos de todos, de los labradores mismos, que pueden por sí solos organizarse para muchos de los fines de la vida, al amparo de las leyes vigentes, que no son del todo despreciables en este punto.

¿Que esto es un calmante? Precisamente los calmantes son las medicinas que más agradece el enfermo; porque mientras las otras pócimas o medicamentos cualesquiera no sirven para otra cosa que para atormentarle más y dejarle, al cabo, marcharse al otro barrio con parches y brebajes, los calmantes restituyen la calma a su organismo y le hacen dulces los momentos, largos o cortos, que le queden de vida.

Y todo esto lo he dicho…por una errata ¡Dichosa errata! Aunque, después de todo, no hay mal que por bien no venga. Si esta errata ha servido para hacer amigos a dos que no se conocían, ¡bendita sea! Si ha dado materia para dos sendos artículos, como el de usted y el mío, ha desempeñado su papel. ¡Cuántas veces se desea una errata como esta! – Pepín.

(*El Narcea*, 24 de mayo de 1911)

¡ODÓN NOS DA LA RAZÓN!

[Roger de Flor]

En el próximo pasado número del semanario inclanista, Odón Meléndez publica un artículo titulado «Pobres labradores».

El lector de *El Narcea* que lo haya visto forzosamente tiene que reconocer que Odón usa de los mismos argumentos y razones expuestas en diversos artículos publicados por este periódico.

Ahora, aunque tarde, viene a reconocer la razón que teníamos en todas las campañas que emprendimos en favor de los labradores.

Nos habla del abandono en que está sumida esta sufrida clase, a la cual no se halaga más que cuando se necesita de ella, v. g. en vísperas de elecciones; de la pasividad con que se ven las grandes miserias, que debido a las pasadas tormentas, tienen que pasar la mayoría de las gentes del campo. Sigue diciéndonos que la usura que gravita sobre el labrador, no tiene leyes que le pongan coto; que el arriendo de la tierra carece de leyes que le pongan tasa; que las injustas cargas del foro no han encontrado disposiciones que las rediman, y que es vergonzoso que aquellos que nos gobiernan, no presten los auxilios que están de su parte para remediar tantos males, por ejemplo, el Ayuntamiento de Cangas de Tineo que hasta la fecha nada hizo que contribuyese a favorecer a los paisanos de este concejo. Y excita a la unión para conseguir lo que no se alcanza individualmente Como todo esto y mucho más lo hemos dicho antes de ahora, Odón en su artículo viene a decirnos que todas las campañas que hemos sostenido en pro de los labradores, estaban inspiradas en los más altos móviles de equidad y justicia.

Y al hablarnos en artículos de tiempo atrás que *El Narcea* no quería el bien del paisano, lo hacía obcecado por los apasionamientos

políticos. Por eso ahora, que no se quiere mezclar en cuestiones tan importantes, escribe un artículo resumen de cuanto sobre esta materia hemos hablado, osea el visto bueno a todo lo que hemos dicho.

Al fin Odón ha despuntado como una persona noble que, reconociendo errores, sabe hacer justicia.

Y tengo para mí que acaso en su interior reconozca que el desinterés y altas miras perseguidas por el partido kleiserista y su periódico son dignas de encomio y alabanza.

Se lamenta que después de tantas miserias y necesitando el campesino patatas para sembrar, hayan venido unos cuantos carros de ellas procedentes de Laciana, las cuales fueron acaparadas por «Uno» que comprándolas a seis reales arroba, las vendió luego a diez.

Este acto realizado por ese «Uno» para quien Odón casi desea la bala que mató al Pernales, y esos otros que copan cuantos carros de centeno llegan de Castilla, no me extraña nada. Lo que sí me maravilla es que habiendo quien pueda con unas imple orden impedir esos abusos, se esté tan tranquilo, importándole un bledo que los agricultores sufran las consecuencias del proceder de esos acaparadores. ¡Ho!, si estuviera en el poder el partido kleiserista, otro gallo nos cantara.

Qué razón tiene al decir que las quejas lanzadas cuando las tormentas fueron infructuosas y que quien debía atenderlas miró la desgracia del labrador con la más profunda indiferencia.

Supongo que en este párrafo se referirá a Inclán, ministro de Hacienda en aquella época, que tenía en su mano las «llaves del dinero», y que podía mandar socorros, aunque el expediente no se tramitase hasta más adelante.

He aquí a Odón hablando como un hombre.

Luego viene una nota de la redacción en la que se dice que el expediente de las tormentas se halla a informe del Consejo del Estado, y que aunque se apruebe, no se dará socorro alguno, porque no hay dinero en el llamado «fondo de calamidades». ¿Cómo lo va a haber

siendo así que este fondo, en que se nutren las calamidades mayores a la patria, ha quedado agotado en la época en que Inclán y compañía ocuparon el poder?

Sigue dicha nota atacando al gobierno actual, porque a última hora apoyó al Sr. Kleiser, y dice que se confabulan contra vosotros para «sitiaros por hambre». A continuación pone: «solo D. Félix trabajó para que se os socorriese; pero la política mezquina, miserable, de los gobernantes conservadores neutralizó sus trabajos».

Con referencia a la anterior nota vamos a hacer dos preguntas a nuestros lectores:

1.ª - ¿Cuando ocurrieron las tormentas, y siendo Inclán ministro de Hacienda, no ofreció este conseguir una indemnización para los damnificados? Al menos eso dicen los números 18 y 19 del citado semanario inclanista.

2.ª - ¿No le era facilísimo a D. Félix conseguir dicha indemnización ocupando cargo tan importante? Yo creo que sí, y todos los que tengan dos dedos de frente también.

Luego si no la alcanzó fue porque no le dio la gana, porque no le importa nada el distrito de Cangas de Tineo y porque a los labradores solo ofrece cuando están cerca las elecciones, a fin de que apoyen su candidatura.

Los números 30, 33, 36, 38, 40, 41, 43, etc. del *órgano* de los inclanistas, hablan de que D. Félix ha sido encasillado por el actual gobierno; de que cuenta con su apoyo en todo lo que a este distrito se refiera y dedica frases encomiásticas a Dato y Sánchez Guerra. Luego todos los ataques que ahora vomita contra dicho gobierno, son resultado de una mal contenida corajina, al ver que a última hora apoyó al señor Kleiser.

También arremete contra los conservadores, diciendo que son una calamidad, cuando en realidad los que acaban con la nación son los liberales, que en las épocas de mando no se preocupan más que de sacar

todo el jugo posible del presupuesto. Si hay alguna ley que beneficie al paisano, se debe a los conservadores, que son los únicos que de este asunto se preocupan.

Todo lo que escriben respecto a si el expediente está [...][5] o no al informe del Consejo de Estado, es una perogrullada, pues esos trámites solo se siguen cuando hay interés en no conseguir una cosa; y al decir que los gobernantes conservadores neutralizan los trabajos de Inclán en este asunto, mienten descaradamente, pues poco tiempo antes de las elecciones dicho gobierno concedió a D. Félix, según personas autorizadas, 25.000 pesetas para los labradores de Grado, lo cual demuestra que aun después de haber dejado el poder le era fácil lograr algo para los damnificados por las tormentas. ¿Y al no hacerlo así, no pone de relieve el poco interés que tiene por esta tierra?

Creo que son necesarios obras y hechos para dar crédito a las gratuitas afirmaciones que nos endilga el citado colega. – Roger de Flor.

(*El Narcea*, 26 de junio de 1914)

[5] Fragmento ilegible en el ejemplar que conservamos.

LOS SINDICATOS DE *EL NARCEA*[6]

Algunos labradores desearon conocer mi humilde opinión preguntándome qué me parecía de esos sindicatos cuya organización nos presenta *El Narcea* como único remedio al malestar que sentimos.

Al recibir esta pregunta reuniéronse en mi cabeza, en confuso tropel, multitud de contestaciones, sin que mi lengua se decidiese por ninguna, porque entre ellas, y no sé por qué, aparecían también la política, el kleiserismo y su derrota, el engaño, fines bastardos, el despecho, los intereses y la situación de *El Narcea* y… ¡hasta el Maura, sí!

Yo nunca fui socialista, por lo que el socialismo tiene de atentatorio contra la libertad individual; pero no puedo menos de reconocer algunas ventajas que el labrador podía obtener creando sindicatos agrícolas. Y no creyendo que los sindicatos sean, como dice *El Narcea*, el ungüento de cúralotodo, ni muchísimo menos. Y teniendo otras convicciones de principios que muchos ya conocen. Y no siendo de aquellos (acaso por temperamento) que al ver un hombre arrastrando una cadena le diga: «Engánchala a la cintura, y la llevarás mejor». Yo, no. Le diré:

«¡Rómpela si puedes o te ayudaré a romperla!»

¿Qué había de decir a mis compañeros de arado? Que con los sindicatos no haríamos más que colgar la cadena a la cintura, buscar fuerza en la flaqueza, hacer más llevadera la servidumbre. Esto, mirado

---

[6] A este artículo de Odón se refería así Roger de Flor en la nota que insertaba en *El Narcea* el 14 de agosto de 1914: «Para el próximo número, contestaré en debida forma el presuntuoso artículo de Odón Meléndez (ni aunque fueses el árbitro de esta cuestión, ¡vaya un modo de hablar!) titulado «Los sindicatos de *El Narcea*» y a la Nota de Redacción puesta al pie del artículo de M. Fernández. (¡Qué graciosos son los chicos del Xiplo!)».

por el lado bueno. Pero el reverso de esta medalla tiene algo (de lo que enteré a mis interlocutores) que podía oscurecer todo el lado bueno.

No hace mucho que en otro escrito mío en *El Distrito*, al lamentarme del abandono en que vivimos porque no hay leyes que pongan coto a la usura, ni tasa para el arriendo de la tierra, ni leyes que rediman otras cargas, que es lo menos que por ahora podemos pedir, decía, para que lo oyesen nuestros gobiernos, que llegaría un día en que unidos todos los labradores nos prepararíamos para la conquista del todo, ya que ahora nos niegan una parte. Nada se le da al que nada se le teme. Así nos lo dijo el obrero. Y como el pobre labrador no amenaza con el sable, ni puede lanzar excomuniones, ni hasta ahora se declaró en huelga, ni organizó manifestaciones, ni sus quejas pasaron más allá que a donde llega el sonido de las campanas de su iglesia, por eso vive abandonado y despreciado por todos.

Nada tan necesario como la unión de todos los labradores para romper las cadenas.

Hubo un día en que los menos, pero los fuertes y los osados, se echaron encima de la tierra que cultivaban los más, y se llamaron señores de ella. Y desde entonces acá siguen los cultivadores regándola con su sudor, a título de siervos, unos, o de pecheros, los mejor librados.

Unámonos, sí, para conquistar el pedazo de tierra que cultivamos, que nos corresponde por un derecho indiscutible.

«La tierra propiedad libre de quien la cultive». — La idea de este derecho, arrebatado, está fija en mí, como una constante pesadilla. Si fuera más joven, a ella dedicaría todas mis energías y recursos, y por ello comprometería la libertad y la vida.

Su triunfo se lo dará bien pronto la necesidad. El porvenir de los pueblos civilizados entraña acontecimientos tan colosales y mudanzas tan profundas, que probablemente no nos formamos de ello una idea, ni somos capaces de formárnosla.

Y como tiende a la perfección, sin el principio que dejo sentado la sociedad sería siempre imperfecta, y no tendrían cimiento seguro ni la libertad ni el progreso, ni la paz ni la riqueza.

Así hablé ante mis compañeros, alentándolos para uniones más provechosas y seguras, contando nos apoyarán muchos y profundos pensadores que crean llegada la hora de la emancipación del labrador para el progreso de la agricultura.

La repetición de estas mis declaraciones, de todos ya bien conocidas, eran para tratar lo menos que pudiera de los inverosímiles sindicatos de *El Narcea* (muchos ya descubrieron el juego), porque no quiero perjudicarlo en sus asuntos. Pero uno, que se empeñó en penetrar en los secretos del periódico de los sindicatos, me apretó de tal modo que tuve que hablarle tal y como lo siento.

El Narcea —les dije— fue abandonado por sus primeros explotadores, porque se había cerrado la mina. En lastimoso estado, después de una derrota, lo recogieron sus actuales poseedores. Nunca le importó, hasta ahora, la suerte de los labradores más que para perjudicarlos ¡Acordaos de lo de las arroyadas! Ninguno de cuantos en él escriben dio ni sabe dar un riego; son señoritos. Si llegasen a formar sindicatos bastantes para… alimentar una esperanza, seguramente volvería a abrirse la mina. Los sindicatos no serían agrícolas, serían de kleiseristas. Si fuesen lo primero, no os seguiría ni os lo aconsejaría, pero tampoco os aconsejaría en contra.

En este caso —proseguí— los sindicatos de *El Narcea* no tienen de agrícolas más que la careta. Todo en ellos es política, y las víctimas de la política son siempre los tontos.

Os lo dice - Un labrador.[7]

(*El Distrito Cangués*, 8 de agosto de 1914)

---

[7] Al lado de «Un labrador» y escrito a mano, aparece el nombre de Odón, lo que me hace asegurar que este artículo está escrito por él.

DE RE SINDICAL[8]

[Roger de Flor]

Este Odón es terrible. Ahora se ha metido con los sindicatos, en la creencia de que sus mágicos escritos convencerán al paisano de que es una tontería el asociarse, y dentro de poco nos vendrá diciendo que el sindicalismo es una grande necesidad en la agricultura. No sé si tomarle a risa o creer que delira cuando escribe. De todos modos, me parece que Odón atacando a los sindicatos que tratamos de propagar, nos favorece más que nos perjudica, pues en la actualidad el labrador que lee un artículo suyo no le hace caso o procura lo contrario de lo que ha leído; ¡tal es la fe que tienen en Odón!

Hace muy poco tiempo, hablaba de que si el labrador quería redimirse de la situación en que se hallaba, era preciso que se uniese y asociase; como el sindicato es la forma más natural y perfecta de la asociación y una de sus aplicaciones más fecundas, lo natural sería que Odón los defendiese. El no hacerlo así revela que no sabe lo que trae entre manos. ¿Será acaso que la edad le va trastornando las facultades mentales? Porque quien con tanta frecuencia se contradice no demuestra otra cosa.

Dejándonos de divagaciones, pasemos a entretenernos un poco con tu saleroso artículo titulado «Los sindicatos de *El Narcea*».

No creo que haya ningún labrador que solicite tu opinión sobre ningún asunto, por la sencilla razón de que comprenden que no estás en condiciones de darla. Seguramente habrás creído que todos esperaban que tú hablases para decidirse en pro o en contra de los sindi-

[8] Cumpliendo su palabra, en el número de *El Narcea* correspondiente al 21 de agosto de 1914, Roger de Flor contesta al anterior artículo de Odón.

catos; ¡cómo se conoce que la adulación produce su efecto! Te han dicho muchas veces que eres un gran escritor, que tus conocimientos son enormes, etc., etc., y a fuerza de oírlo lo has llegado a creer; así que no es extraño que ahora pienses que el paisano, fijándose en tu gran fama, va a considerar tus presuntuosos escritos como artículos de fe, los cuales observará al pie de la letra. Mas yo que deseo no vivas en el error, dígote que te equivocas, pues todos, sin distinción política alguna, están convencidos de que tus artículos no encierran sino quimeras, abstracciones ridículas, pedantes exclamaciones, párrafos copiados y un sinnúmero de tonterías sin pies ni cabeza. ¿Sabes quiénes son tus predilectos lectores? Pues unas cuantas criadas, de inclanistas, que después de fregar, pasan unos momentos de solaz expansión pitorreándose de las tonterías que nos endilgas en *El Distrito*.

Dices «que se reunieron en tu cabeza (muy grande debe de ser) en confuso tropel multitud de contestaciones». Lo que a mí me parece que está siempre en confuso tropel son tus ideas, y así resulta que todas ellas son una serie no interrumpida de insulseces.

Como crees haber descubierto con tu penetrante perspicacia las relaciones que existen entre los sindicatos y el kleiserismo y su derrota; te acordarás que en ciertas conversaciones has dicho que el triunfo de los kleiseristas era colosal, ¿por qué hipócritamente hablas al público de derrotas? El engaño, fines bastardos, el despecho, el interés y la situación de *El Narcea* y… ¡hasta el Maura, sí! Lo que debes de hacer ahora es demostrarlo para no dejarnos intranquilos. Si no lo haces, te consideraremos indigno de discutir con nosotros.

Hablas del socialismo y seguramente no conoces la más mínima expresión del credo marxista; ¡qué ganas tienes de presumir!

¿Ignoras que los sindicatos son la causa de la prosperidad agrícola y del engrandecimiento de los pueblos? ¿No sabes que Francia, Bélgica y Alemania deben en gran parte el desarrollo que alcanza la agricultura a los sindicatos? ¿Y no es una prueba de ello que en la

primera nación citada existan cerca de 7.000 sindicatos que agrupan tres millones y medio de socios labradores, y que cuentan con reservas metálicas que en junto ascienden a la respetable suma de veinticinco millones de francos? ¿Y no ocurre lo mismo en Alemania y Bélgica? ¿No estás enterado de que en Suiza, Italia, Austria, España, etc., se están propagando de una manera muy rápida dichas instituciones? Luego, ¿por qué vienes diciendo que los sindicatos solo servirán para hacer más llevadera la servidumbre que padecen ahora los labradores? ¿Propones tú algo que los redima mejor que el sindicato?

Seguramente dirás que para el paisano mejorar y desenvolverse la agricultura en debida forma, es preciso que se niegue a pagar las rentas, que organice manifestaciones a las que concurran cientos de individuos armados de estacas y que saquen las dependencias públicas a fin de que, siendo oídos por el gobierno, les conceda la tierra que cultivan. Esto, que es una de las muchas ilusiones que circulan por tu desequilibrado cerebro, no tiene realización posible, pues han pasado los tiempos en que por medios violentos se decidía la propiedad de un terreno.

El labrador puede hacerse dueño de la tierra que cultiva por medio del trabajo y del ahorro; como para esto necesita una ayuda, tiene que recurrir al sindicato. Este le sacará de entre las garras de la usura, le proporcionará las semillas necesarias a precios módicos, introducirá los modernos adelantos de cultivo para que la tierra duplique su producción, le asegurará contra la pérdida de los ganados, proporcionará el apoyo de los poderes públicos y contribuirá a aligerarle de aquellos factores que impidan su progreso económico. Por este camino es como únicamente llegará a poseer la tierra que cultiva.

¿Comprendes algo de los siete párrafos que has copiado para rellenar tu artículo y hacerlos pasar como de tu cosecha?

Mil gracias, Odón de mis entretelas, por tu gran consideración al querer tratar «lo menos posible de los inverosímiles sindicatos de *El Narcea*, por no perjudicarlo en sus asuntos». Fue lástima que no te

haya obligado a contrariar tus inclinaciones; de no haber sido así, que bien íbamos a estar… ¡infeliz!

Hasta ahora te considerábamos persona decente, pero nos hemos convencido de que eres un farsante y un calumniador que, a sabiendas, dices lo que no es cierto… ¿De modo que *El Narcea* ha tenido explotadores que se han marchado? Porque se cerró la mina, y en lastimoso estado lo recogieron los actuales poseedores… Vale más chirigotearse un poco que tomarlo en serio.

¿Cómo eres tan pesado? ¿No te cansas de decir que has hablado de las arroyadas de una manera tan grotesca, sin que tus famosos artículos hayan ocasionado beneficio alguno a los paisanos? ¿Puedes decirme en qué se ha perjudicado al labrador desde las columnas de este periódico?

Además que cuantos escriben en este semanario no saben dar un riego, y yo te contesto que, aunque fuese cierto, no tendría nada de particular, porque no hemos de ganarnos la vida con el arado. Sin embargo, Carlos Graña te apuesta cualquier cosa a que da un riego con más perfección que tú, y yo casi estoy por hacer lo mismo. A propósito, ¿cuánto tiempo tardan los chicos que van a tu escuela en aprender a leer, escribir y contar? Según me han dicho dos, los hay que después de seis años de asistencia a clase, casi ignoran estos elementales principios de enseñanza. Si así es, harías labor más provechosa dedicando el tiempo que empleas en escribir artículos, a estudiar los modernos métodos didácticos.

Estoy cansado de que alardees de labrador, siendo así que nunca has cogido los aperos de labranza. ¿No te acuerdas que desde la edad de 12 años hasta los 30 has estado ausente de la tierra natal y ocupado en todo menos en agricultura? ¿Y luego, cuando regresaste a la casa paterna no te buscaste el destino que hoy desempeñas y donde te pasas la vida sin realizar ninguna faena agrícola? Luego tú eres tan labrador como yo.

Para terminar te diré que no sabes una palabra de asuntos sindicalistas porque en reciente conversación sostenida con nosotros, y en la cual hablábamos de sindicatos, has tenido que callar debido a la imposibilidad en que te hallabas para contestar a nuestras preguntas. Una prueba de ello es la afirmación que haces de que un sindicato puede ser político y no agrícola. – Roger de Flor

(*El Narcea*, 21 de agosto de 1914)

CARTA ABIERTA PARA MI PARIENTE ODÓN MELÉNDEZ

[Evaristo Meléndez de Arvas y Odón]

Querido Odón. Muchas veces he sostenido contigo discusiones sobre política y siempre hiciste alarde de ser un verdadero republicano de los del grupo de Salmerón. También he leído varios artículos firmados por ti y publicados en *El Narcea,* en su primera época, osea antes de empezar la lucha política que hoy se desarrolla en este concejo[9], y en todos ellos tratabas de aparecer como un defensor del labrador que es el que más trabaja y menos come.

Yo te creí entonces un hombre honrado (políticamente hablando) dispuesto siempre para la defensa del pobre, del que sufre; pero hoy tengo un concepto formado de ti completamente distinto, y creo, parodiando la frase de Maura, que eres de los que van derechitos al comedero, al cajón del pan.

Si eres tan verdadero republicano como dices, amante de la justicia y por lo tanto con gran interés en que los derechos de cada cual sean respetados. ¿Cómo militas en un partido que tantos atropellos comete y tan desastrosamente administra los intereses del concejo? ¿Que dónde están esos atropellos y esa mala administración? Respóndeme a las preguntas siguientes:

1.ª ¿Por qué se gastaron en la Granja agrícola 40.000 pesetas, pagando una renta anual el terreno de 7.500, aunque a juicio de prácticos no vale más que 1.000, y se hizo un contrato escandaloso, según de público se dice, puesto que los edificios construidos y mejoras llevadas a cabo dentro de la finca quedarán para el dueño de la misma

[9] Se refiere aquí a las luchas que existían en el concejo entre kleiseristas o conservadores, e inclanistas o liberales.

el día que se rescinda el contrato que puede ser al terminar el primer año? ¿Qué beneficios reportó a los labradores la tal Granja, en varios meses que lleva funcionando?

2.ª ¿Por qué muchos señores de la villa que comen diariamente perdices, jamón, truchas, etc., etc., y que cosechan quinientas y más cuepas(sic) de vino, pagan por consumo una cuota inferior a la que pagan muchos labriegos que no consumen más que patatas, castañas y centeno? Para convencerte de la verdad de mi aserto pasa por el Ayuntamiento y echa una mirada al último reparto de consumos y verás lo injustamente que fue confeccionado.

3.ª ¿Por qué a un vecino de Gillón, Gedrez o Mieldes le ha de costar la visita del médico quince o veinte pesetas, y en la villa no cuesta más que una? ¿No pagamos todos los contribuyentes los médicos que están al servicio del concejo? ¿No te parece más justo, que de cobrar más unos que otros fuesen los ricos de la villa los que pagasen más y no cargar al pobre labrador a quien falsamente quieres hacer ver defiendes?

4.ª ¿Por qué han sido anuladas las últimas elecciones a concejales? En el colegio de Cibuyo, de cuya mesa tú formabas parte; los representantes del señor Kleiser no pidieron más que la elección se efectuara legalmente; y en los demás colegios ocurrió lo propio, habiendo levantado acta de los escrutinios varios notarios. La victoria fue de los kleiseristas, y sin embargo los partidarios de Inclán, echaron el resto y consiguieron anular las elecciones, burlando así los deseos de los paisanos de desembarazarse de las cadenas que hace tantos años arrastran. ¿Son liberales los que así obran? No: son estafadores de la opinión pública. Espero, amigo Odón, contestes las preguntas que te hago: y para terminar te recordaré un sucedido: hace próximamente diez y seis años y debido a lo escandalosamente que los inclanistas habían hecho el reparto de consumos, bajaron a la villa grandes grupos de paisanos que penetraron en el Ayuntamiento y redujeron a cenizas

la documentación. Uno de los citados grupos iba capitaneado por ti, siendo por tal causa encarcelado y procesado. Ayer, perseguido por los inclanistas, porque les exigías lo mismo que hoy pedimos, justicia, hoy eres su principal defensor.

¿Qué motivó semejante cambio de conducta? ¿Habrá que aplicarte a ti la palabra de asalariado que con tanta frecuencia los inclanistas pronunciáis?

Paisanos: no creáis en los sermones de Odón, porque su manera de obrar demuestra que es un falso apóstol. – Evaristo Meléndez de Arvas.

(*El Narcea*, 1 de enero de 1914)

PARA MI PARIENTE EVARISTO

Como decimos en la aldea, recibí la tuya que me envías por *El Narcea* del 1.º de este, dirigida al pariente y al republicano, con cuyos títulos me pusiste orgulloso. Y con la franqueza que a uno y otro título corresponde, voy a contestarte asegurándote, que ni tu carta ni mi contestación, pueden enfriar poco ni mucho, el afecto que siempre sentí, aun a pesar de la larga pendiente subiendo, que hay de un kleiserista a un republicano.

No sé por dónde empezar, porque ayer me presentabais como enemigo de todo el que gastaba corbata, y hoy me ponéis en el caso de defender a los que comen perdices.

¡Cosas de vuestra inocente travesura!

Lo que buscáis está claro; no teniendo, como no tenéis nada en la villa, buscáis algo entre los labradores de la aldea, pero con tan mala pata, que cuando Odón levantó la voz en nombre de ellos, pidiendo socorros por aquello de las arroyadas, vosotros quisisteis ahogar clamores diciendo que no fuera tanto con la sana intención de que no fueran socorridos, porque así creíais que convenía a vuestras miras políticas, tan torpemente defendidas.

¡Y ahora os presentáis por los campos de Montiel, ofreciendo vuestro inútil lanzón a la defensa de los labradores! ¡¡Si no servís siquiera para Quijotes!!

Otra prueba de vuestra torpeza.

Para buscar apoyo entre los labradores, arremetéis contra la Granja agrícola, tratándola poco menos que como a un mueble de lujo costoso e inútil, en un país esencialmente ganadero. Sobre esto nada tengo que decirte a ti, Evaristo.

Labradores, nuestro celosísimo diputado don Félix Suárez Inclán pudo con la autoridad de sus prestigios y por el amor que siente a su distrito, arrancar al Estado 40.000 pesetas para la instalación de la Granja agrícola en Bimeda. Ni un céntimo siquiera costó al municipio, ni un céntimo os costará a vosotros el cruce de vuestros ganados con los hermosos ejemplares que para el mejoramiento de la raza del país puso a vuestra disposición el celoso diputado. Su instalación y conservación, todo es cuenta del Estado; de ese Estado que tanto gasta en guerras inútiles y costosísimas, y que tantos millones echa al agua en la construcción de escuadras de provecho dudoso, es el que sostiene el grandioso beneficio a la agricultura que tan caro le parece al articulista kleiserista, que siento de veras que sea quien es el que lo suscribe. Son 40.000 pesetas que vinieron para el concejo; con los destinos de la Granja viven ya algunas familias, y las ventajas en el ganado las tenemos ya en puerta.

Ya lo sabéis labradores, lo que podéis esperar de esos protectores de pega. Si Dios hiciese el milagro (que solo Dios puede hacerlo) de que Kleiser fuese diputado, capaz sería de suprimirla si pudiera. Para eso, acaso serviría; para traerla, no.

¿Qué dirán de vosotros todos los concejos de la provincia que recibirían como bajado del cielo un establecimiento de esa clase? ¿No os da vergüenza? «Que si el arriendo es caro. Que las obras que se ejecutaron. Que si el día que se rescinda el contrato. Que según de público se dice. Que a juicio de prácticos, etc., etc.» ¡Mire cualquiera qué modo de apreciar el mayor beneficio que puede hacerse a un concejo, cuya riqueza estriba en la cría de ganados! Ya en otra ocasión os llamaron malos patriotas; yo no tengo necesidad de repetirlo. Vosotros, kleiseristas, sois los falsos apóstoles; los enemigos encubiertos del progreso; los políticos de visera baja; ¡fuera careta!

Creo Evaristo que contesté suficientemente a tu primera pregunta. Ni arriendo ni nada es caro; porque para vosotros todo es de balde. Si

sois buenos patriotas, decid conmigo: «¡Viva Inclán!». Si no lo decís, sois los enemigos de los intereses del concejo, que los sacrificáis por mezquinas ambiciones.

Y vienes con la segunda pregunta diciéndome, ¿por qué muchos señores comen perdices, truchas, jamón, pollos, etc., etc.? ¿Sabes por qué los comen, Evaristo? Porque los compran a los aldeanos. ¡Ojalá cuantos vivís en la villa comierais jamón, pollos, gallinas y ternera! Entonces valdrían mucho más los productos de la aldea. ¿Qué iba perdiendo con eso el labrador? ¿Que cogen muchas cepas de vino? ¡Ojalá cogieran más! ¿No se coge también vino en la aldea? ¿No son las viñas de los señores las que sostienen con el jornal a muchas familias pobres? Dices que hay cuotas en el consumo de señores inferior a la de muchos labriegos. Eso se dice escribiendo nombres, y estableciendo comparaciones. Todo lo demás es, como he dicho, política de visera baja. Que muchos aldeanos solo comen patatas, centeno y castañas, mejor lo sé yo que tú. Pero las causas que lo motivan las expuse y las combatí cuando pude y cuanto pueda, pidiendo la libertad de la tierra y la propiedad para el que la cultive. Pero por ese camino no me seguís vosotros, porque no es el vuestro. ¿A qué entonces os llamáis amigos del labrador, políticos farsantes?

No sabiendo por dónde dar, te descuelgas con la tercera preguntándome, ¿por qué a un vecino de Gillón, Gedrez o Mieldes le cuesta más la visita de un médico que lo que le cuesta a un señor de Cangas? Sabes de sobra que para un concejo grande, montañoso y por todas partes accidentado, para que estuviese, no por igual, pero medianamente servidos se necesitarían, por lo menos, dos médicos en Sierra, dos en Naviego, otro en Cibea, dos en Rengos, uno en el Coto y otro en Besullo, y aun con eso las visitas habrían de costar siempre más que en Cangas. Y si hoy nos parece excesiva la contribución del consumo pagando tres médicos, ¿qué sería si tuviéramos que pagar nueve? ¿Por qué cuando vosotros presentasteis candidato a la plaza vacante de mé-

dico, no la presentabais para servirla desde Mieldes, que buena falta hace allí uno? Acaso fuese aceptado. Pero una cosa es predicar y otra es el trigo.

Y viene la cuarta: ¿por qué se anularon las elecciones? ¡Y me lo preguntas a mí! Yo, testigo presencial de vuestros trabajos electorales, en los que vi indignado el soborno, la compra y la amenaza, sotanas colgadas a la puerta de los electores, farturas de bollos, vino y algo más a los que no tienen más conciencia que el estómago.

Se anularon porque era muy justo. Una de las cosas que más gracia me ha hecho es aquella en que me dices que crees que yo soy de los que van derechos al comedero, al cajón del pan. Vamos, te equivocaste; creíste que era kleiserista. Los que a *El Distrito* nos arrimamos ya sabíamos que aquí no había dueño y señor que lo subvencione todo, como dicen sucede en *El Narcea*. Aquí nadie alquila su pluma.

El Distrito Cangués pertenece a la opinión pública, y a esta señora se le sirve *gratis et amore.* Otra cosa ya sabes que no.

Me recuerdas también que fui procesado y encarcelado. Sí; muy honrosamente, con lo mejor de los labradores de este concejo. ¡Y quién sabe si volveré a serlo el día que crea hollada la justicia! Entonces no había kleiseristas, ni aquello tenía color político; y eso ocurre todos los días en varios puntos de España, por una contribución de suyo odiosa, llamada a sustituirse; pero en ninguna parte va la puntería a donde vosotros dirigís; al diputado.

No os vendría mal hoy una algaradita parecida a aquella, que parece que la andáis preparando con la siembra de la discordia entre la aldea y la villa, como el más miope puede ver en tu escrito. Pero tan maquiavélica intención no os da resultado alguno en estos tiempos. La villa es hoy la gran aldea cuyo comercio, en su mayor parte, es de aldeanos; y de la aldea fueron las familias más prestigiosas de ella: los Llanos, los Arangos, los Gómez, los Rones, el Alcalde, los González, etc., etc. El aldeano dejó de ser el de montera y calzón corto, y en lu-

gar de quitar la montera para hablar con el de la villa, se dan la mano con francas muestras de estimación recíproca; y mano a mano sobre la mesa de un café, discuten y arreglan sus asuntos con la cultura que afortunadamente en todas partes se impone.

Y ya que este punto tocamos y, a pesar de todo, llamo la atención de quien corresponda porque la intención que vislumbra en el escrito, si mi vista es fiel, se expresa con más o menos descaro por algunos que se les conoce ya tocados del ala.

Me refiero a la algaradita. Nada más sobre esto.

Si pretendiste, Evaristo, presentarme como sospechoso entre los aldeanos, pierdes lastimosamente el tiempo. Entre ellos nací, con ellos me crié y entre ellos vivo y con ellos participo de sus trabajos. Para ellos fueron casi todos mis trabajos, antes en *El Narcea*, y ahora en *El Distrito;* y para ellos son mis afanes en la noble profesión que ejerzo. No han de creerte. No insistas.

Yo, seguiré siendo siempre republicano, porque todos los males que me indicas, que yo en absoluto no te los negaré, son hijos del régimen en que vivimos y que no sois vosotros los llamados a hacerlos desaparecer; antes al contrario, si con los liberales son como nueces, con vosotros serían como calabazones. Por eso, en el caso presente, me hallaréis siempre en la vanguardia de la gran hueste inclanista, porque así me lo aconseja (por ahora) mi conciencia republicana.

Como tu escrito, querido Evaristo, creo haya sido escrito bajo la presión de un mal consejero, debemos concluir hoy nuestra correspondencia, porque hay entre los tuyos muchas cuentas atrasadas con Juan Sincero, con Cataplines, con Fray Toribio, con el Profesor del Arcipreste y con otros. Pero si con ellos no se atreven, y quieren venirse todos contra mí, los espero tranquilo y sentado donde los ingenieros militares llaman la cresta de fuegos. Mis contestaciones son pesadas y brutas como garrotazo de aldeano. Ni puedo remediarlo, ni conozco otra clase de esgrima. Luego que no se quejen.

Se despide de ti, queriéndote como siempre, tu pariente. – El republicano, Odón Meléndez de Arvas.

(*El Distrito Cangués*, 13 enero de 1914)

ODÓN: TE ESCAPASTE POR LA TANGENTE

[Evaristo Meléndez de Arvas y Odón]

Querido pariente: He leído con detenimiento la contestación que das a las preguntas que te hice en el penúltimo número de *El.Narcea,* y de dicha contestación saco la consecuencia de que siguiendo el sistema de todos los que escriben en *El Distrito,* aliando se os presenta una cuestión difícil de resolver, os escapáis con la mayor facilidad y gran cara dura por los Cerros de Úbeda.

No es cierto que en la carta que te dirigí haya hablado contra la instalación de la Granja Agrícola, pues me sobra saber que administrándola como es debido, tiene que reportar grandes beneficios al concejo: repasa mi citada carta y verás que lo que pregunto es porque se administran tan rematadamente mal las 40.000 pesetas que el Gobierno donó para dicha instalación. ¿Quieres quizá hacerme ver que porque las haya donado el Gobierno pueden los administradores de ellas tirarlas los cuatro vientos? ¿Quieres meter en mí cabeza, que porque el Estado gaste inútilmente (según tu modo de pensar) millones y millones de pesetas; en guerra y marina, que si ese Estado regala al concejo de Cangas de Tineo 40.000 o más pesetas tienen derecho a despilfarrarlas: los que las administren? ¿Y es un maestro de escuela, republicano de Salmerón y defensor de los intereses de los labradores, el que de tal manera opina? Pobre concejo, que manos te zarandean No he criticado en mi repetida carta, que los ricos coman jamón, perdices, etcétera, pues para la vida de los pueblos, según está montada la sociedad, es necesario que los ricos gasten el dinero para que los pobres puedan vivir; yo te pregunté si era de conciencia, que un rico que come exquisitos manjares, pague por consumo menos

cuota que un pobre que no come más que nabos y castañas, alimentos más propios para animales que para personas; te decía que si querías convencerte de la veracidad de mi aserto, dieses una vueltecita por el Ayuntamiento y echases un vistazo al último reparto de consumos. Yo sé que entendiste perfectamente mi pregunta, pero como para ella no tenías contestación posible... escribiste mucho y no dijiste nada.

La pregunta qué te hago relativa a los médicos, la contestas diciendo que cómo el concejo es tan grande y montañoso, que harían falta diez médicos, y que para pagar el sueldo era necesario aumentar el consumo etc. De manera, que para estar bien servido el concejo se necesitarían diez médicos, y como no hay más que tres deben vivir todos en la capital, y por ir visitar a Gedrez, Mieldes, etc. cobrar veinte pesetas, no cobrando más que una en la villa. ¡Peregrina manera de pensar del republicano Odón, defensor de los intereses de los labradores!

Dices fue de justicia el que se anulasen las últimas elecciones, a concejalas, pero te callas que en el colegio de Cibuyo de cuya mesa tú formabas parte, los dos kleiseristas que allí había en representación del Partido, tuvieron que enseñaros las culatas de las browings para obligaros a hacer la elección con legalidad. Respecto a si había sotanas colgadas detrás de las puertas, los señores Curas de San Damián, San Marlín de Sierra, Garceley y de otros pueblos te pueden dar la contestación.

Creo lo que dice de que los Llanos, Arangos, Gómez, González, Alcaldes, etc., etc. que son todos aldeanos que viven en la viña, pero lo que no te puedo creer es que reciban a los aldeanos que viven en la aldea con la confianza que dices, tratándoles como a iguales. Esas cosas te las creerían hace veinte años, pero hoy no cuajan.

En tu contestación, me hablas de cuentas, atrasadas que los kleiseristas tienen que liquidar con Juan Sincero, Cataplines, Fray Toribio y demás grajos que firman «El Distrito». Del concepto que tengo for-

mado de estos señores te diré: los considero una caterva de pedantes que con el Diccionario a la derecha.y la.Gramática a la izquierda, nos indilgan articulazos de tres columnas, salpicados de escogidos términos como los dos amores que encienden el corazón, la bandera que tremolan los cabecillas de la facción rebelde, puritanismo religioso y la monarquía, los campos de Montiel, Cresta de Fuegos, cuyos artículos no les importan un ardite a los paisanos. ¿Qué gana el paisanaje con que Inclán haya sido dos veces Ministro, Gobernador de Barcelona, protagonista de «Hortizuela», etc., etc.? ¿Qué le va ni que le viene con que el latoso Juan Sincero nos llame a los kleiseristas traidores a la patria, rufianes, y fariseos? Que dichos señores se dejen de majaderías y que hablen a los labradores de los maestros, que, sin regentar las escuelas cobran los sueldos, de los peatones que hacen el servicio dos veces a la semana en vez de hacerlo tres que es su obligación y de tantas cuestiones de gran interés para el concejo, y que están completamente abandonadas.

Terminaré haciendo una aclaración, y es que a mí no me inspira nadie más que mi corta inteligencia, mi carácter franco y mis deseos de que la verdad y la justicia triunfen en todas partes. A este modo de pensar puedes llamarle republicano, socialista o carlista si quieres.

Te abraza tu pariente Evaristo Meléndez Arvas.

(*El Narcea,* 16 de enero de 1914)

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA

[Evaristo Meléndez de Arvas y Odón]

Siempre tuvimos la completa seguridad de que Odón Meléndez, más tarde o más temprano, se asociaría a nuestra manera de pensar, y así sucedió.

En el último número del semanario inclanista publicó un artículo en el que, con gran claridad y valentía, culpa a los poderes públicos de la estoica tranquilidad con que ven a nuestros labradores morirse de hambre, sin que intenten poner remedio a sus miserias. Hace resaltar el lujo de esos que la sociedad llama señores, que se gastan en cosas baladíes los miles de duros, sin tratar de aliviar los pesares que afligen al infeliz labriego que tanto trabaja para no comer. Excita a una unión de agricultores a fin de que defiendan sus comunes intereses y no se dejen explotar por la infinidad de holgazanes que, dándose tono de grandes personajes, consiguen vivir a cuenta de los demás.

¡Estuviste bueno, Odón!

Si lees *El Narcea* te habrás fijado que los kleiseristas, llenos de entusiasmo, emprendimos el único camino por el que se puede llegar a conseguir el bienestar de los labradores; es este la fundación de sindicatos agrícolas.

Ya sabes que uno de los principales objetos de los sindicatos es dar muerte a la usura que tan cruelmente suele cebarse en los agricultores; sabido es que el labrador que tiene que recurrir al usurero para poder cumplir con sus compromisos, tarde o nunca se ve libre de las garras del mismo.

Otro de los fines de los sindicatos es comprar los artículos de primera necesidad directamente de los almacenes y pagarlos al contado,

consiguiendo de esta manera una diferencia en los precios de gran importancia para los consumidores. El seguro de ganados, seguro de cosechas y otra porción de beneficios de positivos resultados para el labrador, son consecuencia de la constitución de sindicatos.

Esta es la labor de los kleiseristas, que siguiendo siempre las instrucciones de nuestro jefe, caminamos por derroteros cuyo fin es conseguir el bien de los que con su sudor riegan la tierra que ha de producir el alimento para los demás.

Vemos claro que la formación de sindicatos nos acarreará grandes disgustos y molestias, pues tendremos muchos enemigos que, persiguiendo fines particulares, se opondrán por todos los medios que tengan a su alcance a que llevemos a la práctica lo que quizá sirva para impedir que ingresen en sus bolsillos algunos cientos de pesetas más al cabo del año. Pero no importa; todos los obstáculos que se interpongan en nuestro camino sabremos vencerlos, pues tenemos plena convicción que nuestros esfuerzos serán coronados por un éxito completo.

El magno problema «unión de los labradores» es de capital importancia para este concejo, y a los kleiseristas nos cabrá la dicha de llevarlo a la práctica.

Reconocerás, Odón, que hasta la fecha has seguido extraviada senda. Los inclanistas jamás se ocuparon de otra cosa que no fuese dar carterías a algunos amigos; crear plazas de peatones que generalmente no beneficiaron a nadie más que al nombrado para desempeñar el cargo, y quizá al que tuvo influencia para conseguir el nombramiento; quitar a uno el estanco para dárselo a otro, etc., etc.

Me regocija, Odón, ver que por fin hablaste claro, pues dice el adagio: «Más vale tarde que nunca». – Evaristo Meléndez de Arvas.[10]

(*El Narcea*, 26 de junio de 1914)

---

[10] En esta fecha, Evaristo era el director de la revista *El Narcea,* por tanto las ideas que aquí expone son las que tenía el periódico durante su segunda etapa.

BIBLIOGRAFÍA

Figueroa, Agustín de. *1894, la vida de un año*, Revista de Occidente, Madrid, 1942.

Freixas, Laura. *Cuentos de amigas*, Anagrama, Barcelona, 2009.

Ubieto, Antonio *(et al.). Introducción a la Historia de España,* Teide, Barcelona, 1967.

Jovellanos, Gaspar Melchor de. *Diarios* (1790, 1801), Alianza Editorial, Madrid, 1967.

López Álvarez, Juaco. Memoria Canguesa, Prensa histórica», Web del Tous pa Tous.

La Maniega. Fundador Mario Gómez, (del 26 de mayo de 1925 a finales de 1932)

Meléndez de Arvas, Cecilia. *Abolengo,* Gráficas Baraza, Oviedo, 1995.

Miguel, Amando de. *La España de nuestros abuelos,* Espasa Calpe, Madrid, 1996.

Morodo, J. J. «Apuntes para una historia de la Prensa Canguesa», (Papeles del Concejo, Cangas del Narcea)

Ortega y Gasset, J. *Obras Completas*, Espasa Calpe, 1961.

Pérez Bustamante, Carlos. *Compendio de Historia de España*, Atlas, Madrid, 1969.

Ron, Antonio de. *La casa de Ron y sus agregadas*, Lugo, 1932 (digitalizado por Elena Gutiérrez, Asturias, 2000).

Se remató este libro
el día 2 de julio
del año 2021.

Odón Meléndez de Arvas (Carballo, 1851–Cibuyo, 1923) fue un maestro de Cangas del Narcea que vivió en el pueblo de Cibuyo y ejerció en la escuela de La Regla de Perandones. Pero, además, fue un activo periodista que colaboró en la prensa que se editaba en Cangas del Narcea y en otras localidades asturianas. En este libro están todos sus artículos, escritos entre 1903 y 1916, que su bisnieta Ángeles Martínez ha encontrado publicados en *La Verdad, El Narcea, El Distrito Cangués, La Voz de Cangas* y *La Justicia de Grado.* Odón era una persona de arraigadas ideas republicanas, que escribió numerosos artículos costumbristas sobre la vida rural y de opinión, siempre defendiendo sus dos grandes intereses: la instrucción pública y los campesinos. Fue presidente de la Asociación de Maestros de Primera Enseñanza de Cangas del Narcea. En la prensa mantuvo diversas polémicas que también se recogen en esta obra.

TOUS pa TOUS
C. del N.